Marcos Carías Reyes

La Heredad

Segunda Edición, 2008

© *Secretaría de Cultura, Artes y Deportes*
Tegucigalpa, Honduras

Autoridades Secretaría de Cultura, Artes y Deportes

Rodolfo Pastor Fasquelle, Secretario de Estado
Rebeca Becerra, Directora General del Libro y el Documento

Concejo Editorial

Óscar Acosta
Marcos Carías Zapata
Héctor Leyva
Salvador Madrid
Eduardo Bärh
Rebeca Becerra

Diseño original de cubierta

Rebeca Becerra

Diagramación y Diseño

Doris Estrella Lainez Aguilar

ISBN

978-99926-10-80-0

Editorial Cultura

Printed in Honduras
Impreso en Honduras

PRIMERA PARTE

El Alba

La rosa blanca de la mañana se abre sobre las espléndidas campiñas. Despiertan las haciendas y la muchedumbre que se dedica a laborar en las fértiles parcelas, da principio a sus rudas tareas cotidianas. El canto de los gallos, que repercute en las lejanas alquerías, indica a los moradores del sitio que es la hora de abandonar los duros camastros o los estrechos tapescos, porque la vida de faena, la enérgica vida de lucha roturando la tierra obscura y prolífica, bajo el disco solar que enardece la sangre, va a iniciarse en el nuevo día, como en todos los anteriores. Tenues vellones de neblinas acarician aún las crestas bravías de las montañas. Bandadas de palomas irrumpen, como ruidoso abanico, en el sereno espacio. Chorchas, gorriones, viuditas y nichos feos pueblan los ramajes crujientes. El ganado abandona los sitios de reposo y vaga distraídamente por la inmensa sabana verde. Toda la campiña, fresca y palpitante de gérmenes, despierta.

Bordeando la sinuosa orilla del río, que se desliza perezoso y melancólico, cortando las sabanas, Juan José, mayordomo de la hacienda Santa Fe, y Braulio, ordeñador al servicio de don Salvador Andino, se dirigen al pueblo de Miraflores, ubicado allá lejos, en el valle apacible que se extiende al pie de la montaña de El Socorro, cuyas veredas altas y poéticas han de recorrer antes de llegar al villorrio, el más cercano de todos a las vastas posesiones del opulento terrateniente, dueño de Jícaros Altos, El Esfuerzo, El Hato y Santa Fe, cuatro divisiones que constituyen un solo emporio de prosperidad y riqueza.

—El Patriarca ha doblado el número de los hombres— don Juan José — y el nuevo realeo le costará muchas pesetas.

—Don Salvador se ha visto obligado a tomar esa medida, porque ya no da cumplimiento el personal viejo. El número de reses se ha triplicado en El Hato; Jícaros Altos, El Esfuerzo y Santa Fe, requieren cuidados aparte. Bien sabés que el patrón necesita hombres para la tierra y hombres para los animales, amén de los brazos que ha menester para llenar todos los servicios. Las reses no pueden dejarse solas en la montaña y hay que cuidar de que no se malogren los críos. A pesar de todo lo que pierde, el Patrón aumenta sus caudales ¡y sus enemigos se multiplican!

— ¿Enemigos?... don Juan José.

—Sí hombre— enemigos —aunque abras esa boca. Enemigos los sompopos, los mapachines, los coyotes, el granizo.

—Yo pensaba que era otra cosa, señor.

— ¡Otra cosa! ¡No faltaba más! ¿Enemigos de otra clase? Los que tenemos bastan para fastidiarnos y aún no han de ser esos todos. Nadie me lo ha dicho, pero seguro estoy que el Patrón, a pesar de su ángel, debe de tener malos querientes. ¡No faltará algún holgazán que reviente de envidia viendo cómo ha llegado don Salvador a tener todo lo que tiene, sin avergonzarse de nada… de nada, Braulio! Te lo digo yo que lo conozco y le sirvo desde hace doce años.

— ¿Doce años? doce años... don Juan José.

—Sí señor, doce. Parece mentira. Cuando yo entré como simple mozo a formar parte del personal, don Salvador sólo era dueño de la Santa Fe. Jícaros Altos, El Hato y El Esfuerzo no existían. ¡Muchos años y mucho sudor se han necesitado para hacer todo esto, Braulio! En aquellos tiempos, día a día, el Patrón se doblaba como nosotros, removiendo el barbecho, aclarando el guamil, con el machete y el azadón. ¡Es todo un hombre ese Patrón! Te lo digo yo, Braulio. Yo que he luchado doce años con él y que jamás lo he visto rajarse. Nadie como yo está capacitado para dar fe de la manera honrada cómo ese capital se ha formado. ¡Nada de raterías, nada de contrabandos, nada de reses arriadas al filo de la media noche y vendidas en otros departamentos, nada de eso! ¡A pura muñeca, Braulio!

—Es todo un hombre el Patriarca, don Juan José.

—Sí, hijo: todo un hombre. Pero un hombre como fue mi abuelo y como fue el tuyo. Hombres que estaban hechos con la madera de los robles y que en cuanto a honradez no cedían ante San José. ¡Hombres así hacen falta en este país! ¿Hombres ahora? ¡Bah! ¡Pamplinas, hijo, pamplinas! Ya se acabaron… Lo que nos resta son fantoches, contrabandistas y pícaros. ¡Yo quisiera ver en Honduras doscientos hombres como el Patriarca y doscientas haciendas como la Santa Fe! Entonces nos salvaríamos. Pero eso se acaba… se acaba, hijo. Si yo te refiriera toda la historia de la Santa Fe y de sus hijas Jícaros Altos, El Hato y El Esfuerzo. Por algo se llama Santa Fe. Lo mismo podría llamarse perseverancia, valor, paciencia, que esas palabras, con todo y lo que expresan, son poco para decir de golpe lo que encierra la Santa Fe. Pues si te cuento la historia no la creerás, hijo ¡que todo esto haya florecido a puro ñeque! Cuando don Salvador vino no existía nada. El principió a trabajar como negro, como bestia y a los cinco años aparecía Santa Fe, que es la madre. Después, la tierra se entregó, dio frutos, recompensó; y así fueron naciendo las demás, las hijas. Cuando el Patriarca se casó ya existía El Hato. Mucho tiempo después, el mismo día que bautizaron a la niña Maruja, fue

la bendición de Jícaros Altos. El Esfuerzo es la más moderna y pertenece a la opulencia del patrón. Cuando yo vine éramos seis hombres. Ahora somos cuarenta y cien en ocasiones.

En las talanqueras se rompían, murmurando, las claras aguas del río. Un gavilán, refugiado en el alto cono de un pino, clavada su dura pupila en los dos hombres, intentando magnetizarlos.

Adivinábase, abajo, el bochorno de la hora meridiana; las empinadas veredas, frescas y húmedas, se perdían en medio de los sombríos ocotales vestidos de pastes y enguirnaldados de gallinazos. Peñascos cubiertos de musgos adornaban la vía y, de cuando en cuando, la maravillosa orquídea hondureña mecíase donosamente sobre los abismos infranqueables. De muy lejos, el eco de los berridos llegaba a quebrarse en los macizos seculares.

—Nadie como yo conoce al Patriarca— iba diciendo Juan José mientras descendían hacia Miraflores. Nadie como yo ha comprendido la nobleza, la generosidad y el valor de ese hombre. Todos ustedes lo quieren y lo respetan. Nadie se queja de él. A nadie maltrata de hecho ni de palabras y ninguno dirá que le falta un centavo en su realeo. Así como lo miran… ese hombre tan suave es capaz de batirse con un tigre, a rejón, como lo hicieron antes los abuelos en las crudezas y es suficiente él solo para infundir respeto a una muchedumbre…

Desde un promontorio, erguido a la derecha del camino, los dos se volvieron a contemplar el panorama incomparable del valle y de las montañas vecinas. Allá lejos, esfumándose en la distancia, encontrábanse Jícaros Altos, El Esfuerzo y El Hato… dominándolas a todas, con algo de majestad y de raro prestigio, la bella Santa Fe.

Quince años atrás

En el límite norte de la yerma llanura, el hombre se detuvo. Un sol cobarde persistía aún sobre el horizonte lejano. En frente, borrosas ya, las grandes montañas que al medio día son intensamente azules. Muy cerca, invitándolo a traspasar la línea de robustas columnas, la masa acogedora, plena de murmullos vagos, del pinar; muy lejos, más lejos de su corazón que del lugar adonde llegaba, la ciudad de que huía, ubre de convencionalismos y de prejuicios; y los hombres sórdidos que le causaban repugnancia y lástima. Lástima por pequeños. Repugnancia por malos.

Visto así, a la luz difusa de la tarde, erguido sobre la llanura gris, el hombre era un notable trazo al crayón. Estaba formidablemente solo. Solo en la tierra porque despreciaba a los hombres. El ganado pastaba lejos… quizás muy luego en la sombra nocturna empezarían a brillar los ojos de las fieras. Él seguía inmóvil, contemplando con tranquila mirada la yerma llanura y, más lejos, la metrópoli de la vanidad y el oropel; y más lejos aún, el pasado.

Empezó a caminar hacia la línea de troncos robustos; llegó al lado de los primeros y se hundió en la masa compacta e infinita. En el pinar no se escuchaba ningún ruido. Velaban los felinos en sus madrigueras; de muy lejos venían sordos rumores: murmullo de cataratas que vibran allá en las entrañas de la selva. Avanzaba el Hombre hacia el corazón del pinar. Avanzaba sin recelos, como si temiese menos de las alimañas que de sus semejantes. Negra y siniestra al parecer, la noche, en la bravía aspereza del monte, era acogedora y buena. Sobre los altos conos del ocotal brillaban miríadas de estrellas. El corazón fuerte del Hombre era hermano de aquellos árboles, de aquellas constelaciones y de aquellos peñascos rudos.

En un claro del bosque, casi tan alto como el guamil, había un rancho de paja. La sombra de un eucalipto gigantesco caía sobre él. Allí durmió el Hombre, en el más antiguo de los lechos: el suelo húmedo de la tierra maternal, su primera noche. Noche de bodas con la heredad.

Al amanecer, los vecinos de la selva acudieron a saludar al huésped. Dejó el Hombre su madriguera para ver la cara del sol. Jocundo brillaba en el horizonte el gran fecundador del universo. El paisaje, a los ojos del que llegaba, lució espléndido: lejos de las curvaturas atrevidas de la sierra ¡la sierra azul! picachos, declives y simas hondas… y más picachos; desde allá venían los pinos, en formaciones compactas, interminables, bajaban por las laderas de las montañas, cubrían las sabanas y estaban allí cerca. Formaban un mar inquieto y polifónico.

Su visión enorme producía algo como desvanecimientos. Eran millones… millones. Su colorido estupendo deslumbraba la mirada y en cada uno había una voz cantando himnos milenarios. El Hombre los contemplaba con ojos ávidos, con una fiebre en las pupilas, con la santa intención de metérselos todos, muy adentro, hasta el alma. Los había amplios y abundantes de follaje, opulentos en la ramazón que avanzaba hacia los lados, dejando ver en medio de dos antenas vibrantes un espacio de cielo sereno. Había otros que subían impetuosamente, como ansiosos de violar las nubes; y otros pequeños, verdes, emperifollados, tal una parvada adolescente en día de fiesta; y otros nudosos como grises senectudes y otros robustos, pinos burgueses; y otros escuetos, ostentando encima de sus follajes una capa del polvo blanco de los caminos, por donde van y vienen todos los dolores, pinos proletarios. En medio de los pinares había manchas de robles, bañados de un amarillo de oro viejo; encinas y liquidámbares esbeltos a la vera del río. Más cerca los setos fragantes enguirnaldados de nidos y la grama húmeda donde palpitaban mil vidas microscópicas.

Aquella era la humedad. Su heredad. La tierra de sus abuelos y de sus padres. La raza de bronce. Mejor aún: la raza de madera dura, consistente, sólida, donde no abrió surcos el hacha de la fatalidad; donde no prosperó la carcoma del mal. Aquella era su raza, de la cual restan muy pocos ejemplares. Y estaba en su heredad, áspera, enmarañada, virgen, con la promesa de una gravidez rápida, de una fecundidad excelsa.

Desde el día primero empezó el Hombre a trabajar. Fue abriendo claros espacios en el laberinto del indomeñado guamil. Fue removiendo el suelo hasta tornarlo apto para recibir la simiente. Bajo el sol tórrido, en medio del campo, era el Hombre un bronce estupendo. Moreno, fornido, alto, motivo sublime para esculpir músculos férreos, tendones, piel quemada por el calor. Vivía solitario en su rancho de paja. Sus amigos: los añejos ocotales; su confidente, el viento, a quien daba sus recuerdos; la música del riacho llegaba a acariciar sus oídos; enternecíale el canto de las palomas silvestres que arrullaban en la espesura; regocijábase con el trino de los zenzontles y de los zorzales. En las noches, rendido de fatiga, dormía profundamente. Jamás bajaba a la aldea. La única persona que le veía con frecuencia era el mozo que le llevaba los alimentos. Cada vez más fuerte, cada día más limpio, cada hora más libre y digno, el Hombre cultivaba su heredad, abonándola con su copioso sudor.

Germinal

Empezó a desbrozar la vega más próxima al rancho. A golpes de machete fue abriendo claros espacios en la maleza compacta. El guamil áspero y erizado de puntas hirientes tardaba mucho en ceder. Las zarzas, implacables, brotaban doquiera. Del suelo emergían tenaces raigambres, aferradas desesperadamente a las entrañas vírgenes. La brega fue ardua y prolongada. Agobiábase el luchador, a la caída de la tarde, sintiendo que las espaldas se abrían; con dolores lancinantes en todo el cuerpo; roto, punzado, herido por las zarzas, sangrando por voraces insectos. Las manos cubriéronse rápidamente de callosidades y cicatrices. El sol del trópico quemaba la piel, hacía padecer los lacrimales y cortaba los labios. Muchas veces el Hombre sintióse desfallecer. Caería antes de triunfar sobre la bravía aspereza del terreno. Pero una fuerza oculta le ayudaba a mantener íntegra su resolución. Cuando el guamil cedió al filo tajante del machete y al ímpetu devorador del fuego lucieron las vegas anchas y propicias, atravesadas más abajo por el río bordeado de liquidámbares y robles. El sembrador fue a regar más tarde la simiente en los surcos abiertos por el arado y principió a fabricar cercas y a idear planes.

Por de pronto eran tres las vegas aprovechables; en una, el maíz; en la otra, el trigo; en la tercera, la huerta. Hubo de abonar pacientemente el terreno; libró combates heroicos con los pájaros y los roedores; persiguiendo a hondazos a los primeros; acosando en sus propias madrigueras a los segundos. Veló noches enteras para impedir que el ganado rompiera las cercas y destruyese los plantíos. Meses más tarde, una música distinta de la música del río, del arrullar de las torcaces y del himno monorrítmico de los pinares, acarició sus oídos: la canción de los trigales, del huerto lustroso, de la vega sembrada de maíz. Estaban allí, frente a sus ojos, los campos prontos a fructificar. Gloria suprema, gloria comprada a precio de constancia, de trabajo, de fe. Las anchas vegas, hasta los ribazos, cubiertas de cereales: el follaje nuevo y lustroso dejando adivinar las envolturas donde maduraba el grano; viendo hacia el otro lado, la huerta magnífica y exúbera, las guirnaldas airosas del platanar que muy pronto se verían enjoyadas con el oro de los racimos. Contemplaba entonces el sembrador su heredad, meses antes enmarañada y hostil, prometedora hoy. Ofrecía las primicias de su fecundidad. Era como una esposa, dispuesta a premiar con creces el titánico esfuerzo. Y el Hombre sentía agigantarse su amor hacia aquel pedazo de tierra. De la entraña profunda le subían a los labios frases empapadas en súbita ternura. Hablaba a la tierra como si fuese una amante buena y dadivosa, cubríala de mimos. Había en él una especie de santa locura. Verle agitar los brazos como queriendo encerrar dentro de su cálido nudo la extensión de las vegas; o la luz de la luna encontrarlo absorto, con los ojos perdidos en el follaje lustroso de la huerta y era fácil creerlo demente. Un día, con el alba recibió una sorpresa: ¡oro! ¡oro! ¡la vega era toda de oro! fulgían las espigas bajo el sol mañanero, el viento pasaba haciendo balancearse graciosamente las matas y vibraba en todo el campo un eco

jubiloso. ¡Cuántas horas de esfuerzo titánico, cuántos momentos de angustia significaba aquello! El sembrador conoció el prodigio de las gavillas doradas y recogió el fruto de largos meses de brega pertinaz. El horizonte tornóse más amplio ante sus miradas y nunca como en tal día brilló más jocundo el sol, ni fue más armoniosa la canción milenaria de los pinares.

En la aldea

A las doce meridiano, Juan José y Braulio estaban a la vista de Miraflores.

—La niña Maruca llegó seguramente hoy allí— decía el mayordomo señalando las casas apiñadas abajo —regresaremos antes de que la noche nos caiga encima.

—¿Y Carlitos vendrá también, don Juan José?—

—Es posible, hijo. Hace muchos meses que no sale de Tegucigalpa… arreciemos el paso que ya nos falta poco.

En la casa del cura esperaban los retoños de aquel árbol corpulento que se llamaba don Salvador Andino. María tenía diez y ocho años y Carlos veintitrés. Venían ambos de Tegucigalpa, dejando allá, no sin cierto pesar, la camaradería escolar y la discreta penumbra de los cines. Ambos estudiaban en la capital: la niña en la Normal de señoritas y el joven en la escuela de ingenieros; y conservaban inalterable el hábito de pasar las vacaciones al lado de sus padres, desde los tiempos en que las opulentas haciendas no eran más que tristes ranchos de estacón.

Miraflores era una de las aldeas beneficiadas con la carretera del norte, aunque, a decir verdad, los campesinos no sacudían su abulia, dejando perder las ocasiones que se les presentaban para hacerse ricos. El cura de aldea, personaje que con el telegrafista, el sub-comandante y el maestro, en los villorrios donde lo hay, forman la más elevada categoría social, hacía con su mofletuda y rubicunda humanidad, los honores del caso a los recién llegados. En el almuerzo, Maruca volvió a comer la sabrosa cuajada fresca, que tan buenos recuerdos le traía de los días de su niñez. A continuación, el cura invitó a los jóvenes a tomar una taza de café negro con rosquetes de harina.

Llegando los hombres a la puerta de la casa curial, Maruca corrió al encuentro de ellos, gritando jubilosamente a Juan José.

—¡Hola viejo! ¿Qué hace papá? Mamá… ¿Está buena? ¡Tengo prisa por ir allá!

Después de los adioses de rigor se pusieron en camino. La niña, amazona en el “Moro” y el joven cabalgando en el “Rocío”. Los mozos los escoltaban, a pie, haciendo resonar en el monte los ecos robustos de sus palabras.

—Cuéntenos, Juan José, ¿Qué novedades hay en la hacienda?

—Pues vea niña Maruja (así la llamaban cordialmente desde que era pequeñita) novedades tenemos muchas. Este año los manzanos de California y los duraznos dieron abundantes frutos. ¡Cuánto gozó el Patrón… no cabía en sí, tan contento estaba! Ahora está empeñado sembrando peras, cerezos, fresas, moras extranjeras… este capricho de las moras no me lo explico, niña Maruja. Tantas que tenemos nosotros. Vea… no hay más que estirar el brazo y ¡zás! coge usted un gajo de lo mejor. Y son más dulces ¡pero mucho más dulces las moras del país que las extranjeras!

Juan José hablaba campechanamente; era su palabra fácil y colorida; gozaba en el lugar de fama de sensato y valeroso contribuyendo en mucho a su prestigio la estima que le guardaba el Patrón. Estaba con éste desde hacía muchos años, cuando el floreciente emporio sólo era una promesa lejana. Maruca gozaba oyendo al mayordomo. Sabía él en todos sus detalles la existencia de la heredad. Conocía a los animales uno por uno y los llamaba con nombres propios. Los muchachos querían bastante a Juan José, cuyo rostro asociaban frecuentemente a sus más lejanos recuerdos.

—Los búfalos están aquí siempre, niña Maruja. El blanco es pacífico, pero el otro, el pintando… ¿Lo recuerda usted, verdad? es insoportable ¡el maldito! Ningún cerco respeta, las trancas más grandes no valen con él. Don Salvador está contento porque tiene críos de *nuco*, uno que le trajeron de Choluteca. El torete americano está siempre gordo.

—Y “Aramís”.

— ¡Ah! don Carlos. Aramís está soberbio. Vamos a coger raza con él. Usted se dará gusto ahora en su lomo.

De un altiplano divisaron, ya próximos, los rojos tejados de las casas que formaban la hacienda. Bajo la luz amarilla del crepúsculo, Maruca fue señalándolas, una a una.

—Allá Jícaros Altos, apenas se distinguen los árboles… ¿Se conservan bien todavía, Juan José?

—Sí, señorita, muy lozanos.

—Allá veo El Hato… ¿Cuántas vacas de ordeño, Juan José?

—Ochenta, señorita. Treinta recién paridas y no recuerdo cuántas más *chinastiadas*.

—¡Ah!, qué bien se distingue la chimenea de El Esfuerzo. Por el humo que sale sin duda estarán hornando… ¿todavía son tan sabrosos los rosquetes y los buñuelos de la niña Lipa?

—Ah, Maruja, usted de todo se acuerda. Todo, todo eso sigue lo mismo.

—¡Allá está mi Santa Fe!

Abajo, en la meseta, los tejados de la hacienda formada por los cuatro puntos cardinales que enumeró la joven y por un gran número de habitaciones secundarias, se esfumaban en la media claridad de la hora. Canto de gallos, ladridos, borbotar de fuentes, profunda voz del viento, ecos confusos del campo. Repentinamente, ante la mirada de los que llegaban apareció un paisaje de égloga virgiliana: cien ovejas desfilaban bajo los pinos. Iban con ellas un moreno pastor y un gran perro de los llamados policías o coyotes. Juan José gritó:

—¡Hola!… ¡hola!… ¡Marco Tulio! ¡Marco Tulio!

Con ímpetu uniforme los dos jóvenes saltaron de sus cabalgaduras y fueron al encuentro del pastor, que venía hacia ellos. Un cálido abrazo los fundió a los tres en una bella escultura. Luego vinieron las palabras, atropelladamente.

—Nuestro señor, don Marco Tulio— decía María —qué bien está usted— alto, fornido. ¡Buen mozo! ¿Qué hizo aquella su tenaz anemia?

Todos reían. El encuentro inesperado llenábales de honda satisfacción. Marco Tulio, huérfano de padre y madre, hijo de un pariente lejano de don

Salvador Andino, había llegado a la hacienda un año antes. Estudiando leyes en la capital sintióse un día bastante enfermo. Le aconsejaron reposo intelectual y aire puro. Dejó entonces las aulas y fuése en busca del campo, hacia Santa Fe. El Patriarca lo recibió con los brazos abiertos. Quería al muchacho como a sus propios hijos. Lo mismo que Carlos, Marco Tulio pasó en la heredad muchos días de su infancia y de su adolescencia. Don Salvador recordaba con profunda ternura a los dos *chigüines*, descalzos y rotos, andando tras él por los cerros abruptos. En los tiempos de lucha ruda y anónima, perdidos en medio de los altos guamilales, los dos niños habían sido los únicos compañeros del hacendado. Ellos llevaron en sus hombros pesadas trozas para fabricar cercas de mordaza; ellos azadonearon bajo el sol tórrido, removiendo la tierra; ellos habían recogido en las grandes praderas el estiércol de ganado con que se abonaban las vegas donde surgieron las hortalizas, orgullo del Patrón. Ellos durmieron teniendo por lecho el suelo duro, en las noches frías de diciembre. Al pensar en aquellos tiempos los ojos de don Salvador se humedecían. Lloraba de ternura y de agradecimiento. Lloraba recordando su desamparo en la crudeza del monte; la soledad terrible en que vivía y el heroísmo mudo de los niños que no se percataban siquiera de la grandeza anónima de su conducta. Por tales razones, amén del cariño familiar, el Patriarca amaba tanto a Marco Tulio.

La llegada de los jóvenes a Santa Fe causó sensación. Acudieron todos los habitantes del sitio: mozos, ordeñadores, campistas; las mujeres y las proles, que formaban una legión; la jauría saltaba en derredor de todos y el eco devolvía los ladridos jubilosos.

El Hogar

Cenaron, después de un año de ausencia, bajo el techo familiar. Mientras se saboreaba el clásico yantar: frijoles fritos con mantequilla rala o escurrida, según gustos; huevos, cuajada fresca, tortillas, café negro, evocaban días pasados y revivían escenas lejanas. El gran perro policía andaba rodeando la mesa y dejaba reposar la cabezota en las rodillas de los comensales. María lo acariciaba, exclamando:

—King… el viejo King, terror de coyotes.

—Hace quince días mató uno cerca de la talanquera alta.

—¿Todavía son tan audaces?

—Aún quedan muchos que osan acercarse aquí. Los tiros de dinamita cuando rompieron la carretera por Miraflores ahuyentaron a las manadas. ¿No recuerdan cómo aullaban hace años?

—Sí, los había por millares. Rondaban el rancho toda la noche, desde que obscurecía hasta el amanecer. Yo sufrí por ellos miedos horribles— comentó Marco Tulio.

El viejo King dio buena cuenta con gran cantidad de coyotes. Durante las noches, cuando alguno se aproximaba mucho a la casa, el perro se le iba encima y luchaban. Los colmillos agudos del can destrozaban el pescuezo de los rondadores nocturnos, bien nocivos por cierto. Siempre que faltaba alguna ternera en el corral, era señal indudable de que los coyotes habían tenido cena suculenta. Corrían tras el animal extraviado, dándole tremendos mordiscos en las grupas hasta que aquel, fatigado y sangrante, caía exánime.

El buen fuego del hogar reconfortaba a los jóvenes, llenando de dicha sus corazones. De nuevo se encontraban bajo el alero de su amada Santa Fe. ¡Santa Fe, la casona solariega de antaño, convertida hoy, gracias al brazo pujante de un luchador invencible, en un bello chalet! Enfrente la adornada un hermoso jardín donde abundaban los claveles, los jazmineros, las carboneras, los dragones, los alelíes, los tulipanes y las dalias. Rosales importados de la capital: bellas rosas centifolias, fragantes príncipes negros, magníficas glorias de Francia, pálidas rosas té y opulentas bellezas americanas. Dos eucaliptos, altos y frondosos, como

centinelas, uno en cada esquina del corredor. A cierta distancia, las habitaciones del personal: casas pequeñas y aseadas; champas para guardar aperos de labranza y fierros; caballerizas y establos.

En Jícaros Altos había una casa grande, soleada, maciza, construida a la antigua, rodeada por un grupo poco numeroso de los árboles que le dieron nombre y que varias leguas más adelante cubrían un extenso valle. En El Hato se encontraban los corrales de ordeño; reuníanse allí regularmente cien vacas lecheras; a veces ciento cincuenta; en las mejores épocas, doscientas. El Esfuerzo era la zona de mayor intensidad agrícola con sus magníficas hortalizas donde la variedad de legumbres era sorprendente. Los naranjos, en formaciones compactas, arreglados por expertos hortelanos; naranjas doradas del país, benditas por los caminantes cuando aplacan la sed en las jornadas fatigosas; naranjas mandarinas, de Chinandega y naranjas uvas; duraznales, manzanos, limoneros, ciruelos japoneses; a trechos veíanse enramadas cubiertas de granadillas y matas de piña, a poca altura del suelo. Un buen sistema de irrigación, establecido definitivamente después de cruentos esfuerzos y notables fracasos, mantenía la fertilidad del terreno. Muy próximo, el río se alejaba cantando hacia el corazón de la selva. Aquella vega era bellísima: en el ribazo, altos liquidámbares mecían sus copas; añosos robles extendían sombra propicia en las aguas y en los remansos tibios se formaban lechos movibles de hojas amarillas; bandadas de pájaros poblaban la vega: chorchas, turditos, viuditas, taragones y turcas. La casa del hortelano, pequeñita y blanca, se alzaba en el centro. El buen Pipe, su mujer Lipa y sus hijos tenían sin duda el alma llena de trinos y por eso eran de índole tan suave. De un lugar a otro habría, a lo sumo, un kilómetro.

El Patriarca

Tal era, después de quince años de trabajo pertinaz, la heredad. Con la llegada de los estudiantes encontrábase reunida en ella toda la familia: doña Laura, María, Carlos, Marco Tulio, Francisco, niño de diez años y Sara a quien llamaban "La Chichí", de seis. Ocupando el sitio de honor de la mesa estaba el Hombre, el Patrón, el Patriarca, como lo llamaban algunas gentes. Representaba cincuenta años, aunque ya iba frisando en los sesenta. Alto, robusto, moreno. En el rostro podían encontrarse dormidos los soles de innumerables veranos; en los cabellos, aún negros, las aguas de largos y copiosos inviernos; en las manos, aquellas manos de taumaturgo, la huella que dejaron impresa el taco de azada y el roce de las enormes pialeras. Nació en Tegucigalpa, antes de la asonada de Sánchez; hijo de madre espartana y de padre talabartero y militar, heredó de ellos la austeridad del carácter, la valentía del corazón y la probidad de las manos. Niño supo de arduas disciplinas y de rudas labores; el aula empezó a modelar su espíritu y a los quince años fuése tras su padre a la revolución del 94; adolescente hubo de experimentar las fatigas y los peligros de la campaña; anduvo, a pie, inmensas jornadas; ayunó casi todos los días; durmió las noches a la intemperie, calado hasta la médula a veces; ayudó a su padre a fabricar balas y estuvo en Las Anonas donde murieron Erasmo Velásquez y Vitalicio Laínez. Deshecho el núcleo revolucionario fue al ostracismo, permaneciendo largos meses en el Ocotal con su madre y dos hermanas, fugitivas de las iras de Garfias, amigo de *pelar* mujeres. Organizado nuevamente el movimiento, retornó al terruño, con el fusil al hombro; batióse en el Picacho y en Tatumbla. Cuando al fin entró vencedora la revolución a la capital, continuó sus estudios hasta graduarse de abogado, en la vieja universidad que fundó el Padre Reyes. Eran entonces tres hermanos, varones que hacían pensar en un renacimiento de los Gracos. Posteriormente, arribaron dos más. La política, ejercicio de almas fuertes, los atrajo siempre. Llevaron a ella su austeridad, su valor y su inteligencia. El mayor, a quien un avatar trajo el corazón y el talento de un girondino, murió prematuramente. Quedaban dos: el segundo hacía pensar en Danton. El huracán del novecientos tres los arrojó a los campos sangrientos y en Coray se batieron contra las huestes del "Tigre". En el transcurso de varios años supieron de ingratitudes, prisiones y exilios hasta que, de nuevo, el deber de ciudadanos los llevó a los escenarios de las tragedias patrias. Pelearon el novecientos siete en Calabaceras y Lizapa, donde cayó Sotero Barahona y en mil novecientos once, pobres y vencidos, fueron otra vez al destierro. Don Salvador cosechó en tales andanzas tremendas amarguras. Los importantes cargos públicos que desempeñó no alteraron su conducta rectilínea: había sido comandante de armas y gobernador político de varios departamentos y en diferentes ocasiones; magistrado, secretario de estado, jefe de poderosas columnas de tropa, guerrero de indiscutibles méritos y caudillo de vastos prestigios. Quiso ser la excepción en materia de honradez y en un país, donde robar constituye una muestra de habilidad, él permaneció con las manos limpias. Marchóse al exilio sin un centavo en el bolsillo, después de que pudo haberse

hecho rico fácilmente, porque no se resignó, como muchos, a doblar la cerviz. Reconociendo sus virtudes y sin duda con la idea de atraérselo o de neutralizar su fuerza para futuras contiendas, los vencedores ofreciéronle, repetidas veces, altos y lucrativos cargos. Su respuesta fue invariablemente negativa. Muerto su hermano había resuelto alejarse del torbellino de las pasiones políticas y, un día, tratando de proyectar luz hacia el futuro recordó que había heredado de su padre varias caballerías de tierra. Lió las maletas y retornó a su patria. Una tarde, hacía de esto más de quince años, un hombre se detuvo en el límite norte de cierta llanura yerma y dejando atrás, muy lejos, la ciudad, madre de injusticias y de prejuicios; y el pasado, fecundo en enseñanzas dolorosas, avanzó por la masa compacta de los ocotales. Meses más tarde su mujer y dos niños llegaron a su lado. Los años cruentos de lucha anónima vivieron los cuatro en el rancho, como en una madriguera. Algún tiempo fueron huéspedes de una familia campesina, en la mísera aldea cercana. Don Salvador no podía con la repugnancia que le causaba la suciedad de aquellas gentes y los niños estaban hablando ya como los pencos: “Agora mesmo, papa”. Eso lo desesperó y huyeron nuevamente hacia la serranía abrupta. La tierra recompensó al fin. Las primeras cosechas, tan difíciles, fueron la simiente de la prosperidad. Sucediéronse buenos y malos inviernos. Luchaban contra las alimañas, contra los insectos, contra las granizadas. Cuando, después de pocos años de lucha habían levantado la propiedad, vino la mano criminal del hombre a destruirla. En una de tantas revueltas una columna mandada por Juan García saqueó completamente la Santa Fe. ¡Tarde y noche pavorosas! Don Salvador escapó milagrosamente porque al arribar la horda él se encontraba en la milpa. Llegó Marco Tulio, jadeante, a prevenirlo. Doña Laura dejó la casa en manos de la soldadesca; ésta hizo su antojo robando víveres, instrumentos, rompiendo baúles, destrozando muebles. La señora y Carlos huyeron a través de la sabana; sonaron varios tiros y oyeron ellos muy cerca el zumbido de las balas. Eran perseguidos y el río estaba crecido. Afortunadamente unos aldeanos amigos llevaron a doña Laura, en silla mano, a la otra orilla. Al reunirse todos, pasaron la noche escondidos en una cueva. Cuando se fueron los montoneros, don Salvador contempló su ruina. Milagrosamente, las pocas reses de que entonces disponía habían sido llevadas, una semana antes, a la montaña. El luchador tuvo, entonces, momentos de infinita desesperación, pero estaba forjado en buen acero. Vendieron algunos semovientes y con el producto empezaron a trabajar de nuevo, puesta en Dios y en sus brazos la confianza del porvenir. Todos se multiplicaban aunando sus esfuerzos. No tenían dinero para contratar mozos y era preciso ejecutar personalmente las faenas más rudas. Don Salvador quemaba, rozaba y tapiscaba con la ayuda de los niños. Varias veces éstos corrieron el peligro de morir asfixiados porque el viento, estremeciendo los follajes, provocaba remolinos de chispas. Como era necesario rondar para que el fuego no se corriera hacia los potreros vecinos, permanecían días y noches enteras alrededor de las llamas, chamuscados, sudorosos, aguantando sed. Más tarde la lucha ofrecía diferente aspecto, pero no era menos dura. Venían los combates con los pájaros voraces, con los sompopos, con los mapachines y las ardillas, defendiendo las milpas y las huertas. Así era siempre justa la inmensa alegría de las buenas cosechas y era también acerbo el dolor cuando una repentina sequía o una granizada violenta lo echaban todo a perder.

Cuando la feracidad de la Santa Fe rindió óptimos frutos brotaron otros emporios. Surgieron las hortalizas, se multiplicó el ganado, se construyeron más edificios. Maruca se bautizó el mismo día en que se dio la bendición a Jícaros Altos. Bajo unos corpulentos morros, solos en medio de la vegetación lujuriosa de la campiña, tuvo lugar una regia zarabanda aldeana. Ya en el camino de la prosperidad la hacienda fue ensanchándose, creciendo. Don Salvador había volcado en ella todo su amor de varón fuerte. El asco que le produjeron las rivalidades torpes y las bajezas de los hombres, conocidos en veinte años de batalla política, se sedimentó en el fondo de su corazón. A la amargura de las decepciones la dulcificó la miel de las ternuras familiares. El embriagante olor de las selvas de coníferas operó milagros en sus viejas heridas. Lejos quedaba el fuego del vivac que encendió en bélica locura su juventud. Lejos las antecámaras donde los lacayos palaciegos doblan el espinazo. Después de que celebró sus bodas con la heredad no le fascinaban las glorias políticas; y, así llegó a despreciar sus galones y sus charreteras de general. Continuamente recibía insinuaciones de los partidos, para tomar parte activa en los debates cívicos. Las masas veían en él un representativo de la antigua y casi extinta progenie de varones justos y dignos. Sus enemigos —que los tenía numerosos como todo hombre recto— lo difamaban embozadamente. Él seguía cultivando su heredad, con el tesón y la fe de los viejos tiempos; libre, fuerte, respetado de todos, amado de los más, irguiendo bajo el sol nuevo de cada día su talla desmedida, émulo de los héroes de una canción de gesta, de un romance de bronce.

El Salto

Amaneció domingo. Celebrando la llegada de los jóvenes se organizó una excursión al Salto, precioso lugar situado a cuatro leguas de Santa Fe, camino de la montaña. Muy temprano, los mozos arribaron con los caballos. Allí estaba el “Rey” favorito de María, “el Moro” en que solía cabalgar don Salvador; una mulita blanca a quien llamaban “La Paloma” que por su mansedumbre siempre ocupaba doña Laura y “Aramís” magnífico potro retinto que los muchachos bautizaron con el nombre del bravo mosquetero.

—Tenga cuidado con él, Carlitos— clamaba la voz del campechano Juan José —llevaba mucho tiempo de estar comiendo y engordando, sin tascar el freno. Está delicadísimo…

El potro, impaciente, hería la tierra con los cascos. Era un soberbio animal, brioso, de larga crin, lustrosa pelambre, movimientos nerviosos y ojos vivísimos. Don Salvador pagó mucho dinero por él, pero daba gusto.

Tomaron el atajo, cruzando el ocotal. La mañana clara infiltraba al cuerpo serenidad y bienestar. Sentíase el deseo de reír, de charlar, de vivir el dulce minuto. Circulaban en el grupo bromas ligeras: las víctimas eran, desde luego, los que hacían las figuras menos airosas: la señora en su mansa mulita blanca y Paco, jinete en un borrico. Los recuerdos de la niñez aleteaban en la memoria de los jóvenes e interrogaban frecuentemente sobre el destino de personas y lugares inolvidables.

Descendían un cerro muy alto. Ante sus ojos extendíase un panorama maravilloso. Oleadas de verde follaje por todas partes. ¡Pinares crujientes, líricos pinares que el vate cantó, pinares hondureños, quien os ha visto y no os ha admirado! Insondables abismos, cañadas profundas, vegas floridas, senderos blancos, valles obscuros donde los ríos serpentean como boas gigantescas y en el confín: la sierra azul. Andando leguas y leguas, frente a las miradas del viandante, el paisaje es el mismo. Se llega a un límite: ya no se extiende ante vuestros ojos el mar de los pinares salmodiantes; estáis ante una llanura infinita, batida por los vientos: el océano de los cañaverales y de las fincas de bananos. Diseminadas en esos millares de kilómetros hay ciudades, pueblos y villorrios. Más adentro, en el subsuelo, en la entraña, minas de oro, plata, hierro, carbón de piedra. Colgados en el abismo los torrentes impetuosos y por el cauce profundo, los ríos blancos, azules, con reflejos dorados a veces.

Poco antes de medio día hacían alto frente a la casa de don Andrés López. Ataron las cabalgaduras y siguieron a pie, atravesando un bosquecillo de robles. Llegada a sus oídos un potente estruendo. De golpe, se encontraron ante la catarata, magnífica, arrolladora, estupenda. En su curso, el río San José, de onda glauca y tersa, llegada hasta el borde de una enorme cortadura. El llano habíase partido en dos, quizás por algún terremoto, en lejanísima edad. El abismo cubría muchas leguas, infranqueable; y el torrente se precipitaba en el vórtice con ímpetu de animal desbocado. Abajo, sobre los peñascos, el agua se pulverizaba en gloriosa espuma que subía a varios metros de altura. Y después, por el cañón profundo el río seguía rugiendo hasta perderse en el horizonte. La vegetación, en torno de la cascada era lujuriosa, exuberante; crecían palmas y helechos y, en medio de los peñascos, brotaba la orquídea hondureña de aterciopelados pétalos…

—En mi vida— comentaba el Patriarca —pocas veces he contemplado un espectáculo tan imponente. Pero no es único. En el corazón de nuestras selvas se repite con frecuencia. Poseemos la energía hidráulica que se necesita para grandes empresas. Nuestros estadistas lo ignoran eso. ¡Cosa que no es de extrañarse, pues nuestros estadistas lo ignoran todo!

La sabrosa merienda se tomó al abrigo de un roble gigantesco, encima de la tierra húmeda, cubierta de hojas secas. Y al atardecer, retornaron a casa.

La Fogata

—Dame una taza de café— Mariana, y vos Cipriano —un puro.

—El puro y el café están aquí, don Juan José— contestaron los interpelados al mayordomo.

En medio del patio, frente a las dependencias que habitaba la servidumbre, los leños chisporroteaban alegremente. En torno de la luminaria se acomodaban los campistas, los mozos, las mujeres y los hijos. Una verdadera tribu. Sentados en piedras, en trozas o más democráticamente, en el suelo, esperaban, charlando, que les repartieran café negro y fumaban. Las mujeres de la cocina afanábanse batiendo el nixtamal. Era la hora de los relatos espeluznantes, de los cuentos de camino, de los trasgos y de las consejas. Más tarde, cuando en el silencio se agrandaba los ruidos vulgares y la obscuridad se poblaba de figuras espectrales, para atravesar el patio, las mujeres se santiguaban buscándose las camándulas y los niños temblaban asidos de las enaguas. Ahora todos hablaban, reían y burlabánse; los pequeños abrían tamaños ojos y las hembras insinuaban, de tarde en tarde, un ¡Jesús, María y José!

Satirizaban a la señora Lipa. Ésta sufría de una verdadera obsesión, que la obligaba a pasar noches enteras de claro en claro y días completos de turbio en turbio. Juraba que el «Cadejo» la perseguía sin descanso ni piedad. Su marido, Pipe, el hortelano, había visto en varias ocasiones a «La Sucia» lavando ropa en la poza de El Ajoquín, pero ella nunca vio a «La Sucia», sin duda por ser hembras las dos. Ella sí llenóse de infinito pavor una noche que sintió en la carne, como dos brasas rojas, los ojos del «Cadejo». La bestia maligna la perseguía; no lo dudaba, pues en varias oportunidades pudo comprobarlo. Un día fue un perro sucio y caratoso que se vino siguiéndola; quiso pegarle y el animal desapareció; luego, iba caminando delante de ella, a dos pasos. Se detuvo y el maldito hundió también las uñas en la grama; le arrojó un guijarro y sus ojos vieron crecer y crecer y crecer al perro. Despavorida huyó, desgarrándose las ropas en los zarzales. Fue tan grande el susto, que una hora más tarde, no había recuperado el dominio de sus facultades.

El «Cadejo», famoso trasgo de las aldeas, toma formas diferentes. Sus pupilas brillan intensamente, de modo siniestro y sólo pensar en él pone la carne de gallina.

Pipe había visto a «La Sucia». Aparecíase a los que llegaban al río, por lo regular a la hora en que la proximidad de la noche vuelve tenebrosas las malezas. Se presenta en forma de una mujer joven, batiendo trapos sobre las piedras lisas.

Cuando los hombres se acercan, se transfigura rápidamente ante ellos, en una vieja horrible, desdentada arpía, que causa invencible espanto. Pipe se encontró con ella, en la poza de El Ajoquín, una tarde que fue a traer agua fresca en el ceñido. Fue tanto su miedo, que cuando llegó a casa le temblaban las piernas y le crujían los dientes. Con un buen quince de guaro normalizó el pulso.

Juan José, quizá el hombre más sereno de toda la cofradía, habló una vez a un muerto. Aquello era lo imposible, el colmo, el no más allá. Si a uno se le erizan los cabellos al oír pronunciar su nombre en las tinieblas, andando sin compañero ¿Cómo será interrogando a un muerto? Pero el mayordomo lo hizo. Fuera toda duda que los testigos sobraban.

Una noche, Juan José y Braulio, el ordeñador, dormían en la misma pieza. En la otra, la mujer con los hijos del primero. De pronto, los hombres vieron brillar una luz en la obscuridad. Las almas en pena vienen así a este mundo. Braulio sudaba frío. La luz empezó a moverse: fue de aquí para allá su resplandor azulado. Después de unos minutos de silencio, el ordeñador escuchó la voz de Juan José, un poco temblona, pero clara.

—Si sos de la otra vida… ¿cuáles son tus penas?

Braulio se hizo un nudo en el tapesco. El mayordomo le había preguntado al muerto y éste iba a contestar. Oyóse una voz cavernosa, una voz que llegaba de muy lejos, atravesando profundas bóvedas. Aquel era un lechero, que falleció pocos meses antes y debía una promesa. Juan José fue a pagarla y nunca más se repitió el azoro. Pero ¡qué hígados!

Se suscitaban discusiones acerca de si el “Timbo” y el “Cadejo” son el mismo personaje. Algunos opinaban que sí, otros que no. Se afirmaba que el “Timbo” no es una bestia feroz como el otro; lo único que hace es divertirse a costillas de la gente nerviosa.

Don Martín, el dueño de Las Limas era, en materia de trasgos, un gran conversador. Ante él habían desfilado todos los *azoros*. Los de las ciudades y los del campo. Sacerdotes sin cabeza, mujeres de blanco, cuerpos tibios que se acuestan junto a uno, cadejos, duendes y sucias; habían caído monos sobre su caballo atravesando lugares donde los simios no existían ni pintados y también sostuvo el bueno de don Martín, largos y amenos paliques con las almas en pena. Era este singular varón, enjuto de carnes, tal el hidalgo manchego y pródigo, como aquel, en fantasías. Militar retirado evocaba nostálgico los vivaques revolucionarios y proclamábase el más bravo, el más hábil entre los jefes de la

vieja guardia, que a decir verdad, tuvo mucho de superior a las nuevas, donde los galones han brotado como el cardosanto. Soldado de Vásquez, para él no ha existido jamás, ni entre los flamantes ases de las montoneras contemporáneas, un guerrero mejor que don Domingo. Don Martín fue, en su juventud, mozo de coraje. Era instruido, sensato, pero todas sus luces no disiparon aquella niebla fantasmagórica que envolvía su intelecto.

El Patrón y los muchachos habían reído muchas veces con las simplezas de don Martín. Él se enfurecía, pero en cuanto la ocasión le era propicia, soltaba la lengua. Gozaban los jóvenes en la tertulia de las noches, alrededor de la fogata. ¡Cuántas veces, en años idos, escucharon los mismos relatos macabros, los mismos cuentos de camino! Ellos recordaban un episodio de que fueron protagonistas: siendo niños acostumbraban recorrer las sabanas en busca de los terneros para encerrarlos en los corrales inmediatos a la casa, fuera del peligro de los coyotes. Ordinariamente regresaban arriando los críos al anochecer. Una tarde se empeñaron en dar con uno que se había perdido. Buscaron en vano y los sorprendió la noche en la crudeza del guamil. Perdieron el camino y horas después, fatigados, saltaron una cerca de alambre y se durmieron sobre la grama. Cuando despertaron no había amanecido, pero las claridades del oriente diafanizaban la atmósfera. Y sus ojos pudieron ver cruces y túmulos: estaban en el cementerio de Miraflores. Carlos se levantó de un salto, pasó como flecha sobre el vallado y lanzóse a correr. Marco Tulio lo seguía, llamándolo a gritos, temiendo que el otro se rompiese la cabeza contra un ocote o volase en cualquier barranca. El episodio fue célebre. Carlos permaneció ocho días en cama, con fiebre. Y el Patrón lo riñó severamente por haber *ensuciado* los pantalones.

La Niñez

De esta época databan memorias gratísimas para los jóvenes. Las imágenes de los diez años se asociaban con paisajes y sucesos de la heredad. Eran aquellos los tiempos inolvidables en que bajo el dulce cabrillar de las estrellas, cabe los aleros maternales de la casona solariega, se jugaba a la gallina ciega, pan caliente, a cojo pie, pisi-pisi-gaña y cucumbé. Entonces apenas empezaba a vislumbrarse la prosperidad de la hacienda y los escasos recursos de que disponía don Salvador, no le permitían contratar gran número de servidores. El personal era reducido, mas en cada habitación, por una persona adulta, había tres o cuatro chiquillos. Juan José estaba ya en la casa; nacido en el sur de la república lo alejaron del hogar maternal en temprana edad y vivió en Tegucigalpa su niñez desempeñando los oficios propios de los golfillos de arrabal. Con un viejo zapatero remendón, ejemplar de un clásico tipo que ya se extinguió, hizo sus primeras letras. Para enseñarle el libro de Mantilla el zapatero se calaba las gafas y lo llamaba a arrodillarse junto a su taburete, forrado de cuero. Ya sabía el niño Juan José que aguantaría palmeta durante mucho rato. “La letra con sangre entra”. La esposa del zapatero encargábase de instruirlo en el catecismo de Ripalda, de levantarlo los domingos, por la mañana, cuando sonaba el repique de la primera misa y de mandarlo, por la tarde, a la doctrina. Juan José sufría resignadamente los primeros meses, los rosarios y los sermones; medio soñoliento se persignaba al brillar el cáliz en las manos del cura; subía a los campanarios y vestíanlo de acólito en las procesiones de la Semana Santa. Después ya no gustó de tan inocentes diversiones. Cuando los gritos y las nalgadas de la nanita Petrona lo obligaban a vestirse y a salir en busca de la casa de Dios, torcía el camino, pasaba de largo frente a las iglesias de arquitectura colonial o churrigueresca y en unión de los demás pequeños del barrio marchaban al río. Generaciones tras generaciones han desfilado bajo los corpulentos amates y las ceibas frondosas que, en otras épocas, formaban valla en las riberas del Río Grande. Pasaban, sin sentirse, las horas, y al medio día Juan José retornaba al hogar del zapatero con el horrendo presentimiento de la escoba que vibraría en sus riñones. Las palizas menudeaban sobre todo en los grandes días de la patria: el quince, el veintiocho de septiembre y el tres de octubre. El pequeño Juan José, niño trotamundos, como el Gabroche de la novela francesa, hubiera preferido que se desplomara el cielo sobre sus hombros antes que perderse de ejecutar raras cabriolas en el palo ensebado, difíciles equilibrios en el triángulo, jocosas figuras en las carreras de encostalados o suertes de velocidad y destreza, persiguiendo al cerdo. Cuando el animalito salía disparado por esas calles de Dios, el pupilo del zapatero remendón abría en compás sus piernas delgadas, estimulado, como todos los rapaces, con el premio ofrecido. Disfrazado de muerte salía en las mojigangas del día de Mercedes, cuando el atributo de los *mostrencos* que casi tocaba las nubes, recorría las calles de la capital; y en las noches de Pascua vestido de enano era el terror de los bebés o bailaba al son de los sacabuches, las chicharras y los pitos. ¡Indescriptible alegría de los juegos pirotécnicos: castillos,

granadas, toro fuego, escupidores! ¡Y cuando salían los gigantones! ¡Y el tumulto inolvidable de los *gucaleos*, de las *riegas de pisto* y las encarnizadas batallas con el bando de Comayagüela, en la poza de Martínez y en el Cerrito de la Moncada! Un día, al fin, harto de recibir palizas, fuése a rodar tierras; apenas cumplidos catorce años se enroló en una revolución y anduvo con el infume, tan alto como él, por las serranías. Trabajó en los campos de la Costa Norte; ejerció su oficio de zapatero en la capital, estuvo de alta, peleó en las montoneras y lo hicieron coronel. Cuando don Salvador, con quien había militado como asistente en la última campaña, regresó de la emigración, Juan José acudió a ponerse a sus órdenes. Muy complacido, el jefe le dijo:

—Vengo a trabajar en Miraflores, Juan José. Si quieres te llevo conmigo.

Aún estuvo el futuro mayordomo en Tegucigalpa un año completo, hasta que se resolvió a dar tregua a su vida nómada, radicándose en el agreste rincón donde luchaba don Salvador.

Frutos del matrimonio de Juan José con una frondosa campesina eran Anarda y Felipe, menores algunos años que los hijos del Patrón; Ana Luisa, retoño de Pipe el jardinero, vecino de la aldea y Nieves, la huerfanita que criaba la «Niña Felícitas», antigua maritornes de la heredad, completaban el grupo. La buena ña o niña Felícitas, pasó ratos de verdadera congoja a causa de los pequeños, cuando éstos, acudiendo en bandada ruidosa a la cocina, se disputaban las bateas en que la cocinera les servía el almuerzo. Las bateas olorosas a cedro y bien pulidas sólo eran dos, pero todos los niños querían comer usando de ellas y como ninguno daba tregua de su apetito, allí era troya. La «Niña Felícitas» hacía esfuerzos sobrehumanos para restablecer el orden.

—¡Jesús, María y José!… ¡La Virgen del Pilar!… ¡el Señor me socorra! Haya paz en mis niños… haya paz. Venga usted niña Maruquita… venga, coma usted primero. Así no habrá enojos.

Después de que la excelente mujer llamaba en su auxilio a toda la corte celestial los ánimos se serenaban.

En las noches se reunían los niños de la casa y del vecindario en el amplio patio de la heredad. Cogidos de las manos formaban un enorme círculo saltando en torno de la luminaria. Sus argentinas gargantas llenaban de ruidos el ambiente. Cantaba toda la rueda:

Vamos a la huerta

del toro, toronjil
a ver a Doñana
comiendo perejil.

Doñana no está aquí
si no en su vergel,
abriendo la rosa
y cerrando el clavel…

— ¿Qué tal está Doñana?

Vamos a la huerta
del toro, toronjil
a ver a Doñana
comiendo perejil…

— ¿Cómo está Doñana?

— ¡¡Ya se murió!!

Seguían gritos estridentes, carreras locas y una vez reunida la cofradía, principiaba otro juego.

Pisi-pisi-gaña, jugaremos la cabaña.
¿Con qué mano la jugaremos?
—Con la mano cortada.
¿Quién la cortó?
—El Rey.
¿Qué se hizo el Rey?
— Se fue a traer agua.
¿Qué se hizo el agua?
—Se la bebieron las gallinas
¿Qué se hicieron las gallinas?
—Se fueron a poner huevos.
¿Qué se hicieron los huevos?
—Se los llevó una *viejita* dentro de la camisa.
¿Qué se hizo la *viejita*?
—Se fue a oír misa.

¡Revolica, revolica, revolica, a comer pan y miel a la puerta de San Miguel! ¡Cega, la mega, la tortolega, sabes andar, sabes correr, tenga la maña de irse a esconder!...

¡A la luna mayor!
— ¿Qué manda, mi rey señor?

— ¿En qué caballito querés venir?
—En el más andador.

— ¿Querés venir en león, en conejo o en gavilán?

— ¡En león!...

Después se iniciaba un nuevo juego.

Nana abuela, ¿qué ha perdido?
— ¡Una aguja y un dedal!
¿Qué quiere cenar esta noche?
—¡Un pollo asado!

¡Dé tres vueltas a la derecha, tres a la izquierda… y lo hallará!...

A la víbora, a la víbora de la mar
—Por aquí ha de pasar
el de adelante corre mucho
—y el de atrás se quedará.
¡Pás, pás, pasarás!...

Toda la muchedumbre juvenil se disgregaba corriendo por los patios alumbrados de luna, bajo las siluetas negras de los eucaliptos; sus voces se dispersaban en el aire embalsamado con el aroma de los jazmineros, la reseda y los galanes de noche. A veces, el Patriarca o doña Laura, intervenían amistosamente, en los juegos, haciendo observaciones a los niños para que se alejaran de los obscuros rincones donde tienen sus guaridas los alacranes, los ciempiés, las cazampulgas y las salamanquesas, cuyas picaduras son de cuidado y muy dolorosas.

En aquel entonces perduraban en la heredad las viejas costumbres: el chilate por las tardes y la devoción del ángelus. Bajo el alero hospitalario se reunía toda la familia, con algunos vecinos, para saborear el sabrosísimo chilate. Con el tiempo, el amor a éste se fue extinguiendo. Las gentes mayores preferían el café negro, cargado, fragante y los demás, en la época de las cosechas, bebían atole de elote, comían tamalitos *sipes* y rumiaban *punches* hasta saciarse.

Todavía vivía en el corazón de Maruca el resentimiento que le causaban los muchachos al cantar esta copla:

— ¡Mariquita la pelona
se levanta de mañana
a batir el chocolate

de don Juan de la jarana!

O esta otra:

¡Tortilla tostada
gallina en pinol;
traéme Mariana
la cumba de atol!

Durante algunas noches la chiquillería abandonaba los lechos, imitando a la gente mayor, que se levantaba a ver la cauda maravillosa de un cometa. El resplandor intenso y fugaz que causó un bólido, produjo sensación en la menuda grey de Santa Fe. Era aquello cosa de milagrería. Vago ya, esfumándose en las fronteras del olvido, aún se guardaba aquel recuerdo.

En el día, Marco Tulio y Carlos no se separaban del Patrón. Ayudábanle en las pesadas faenas agrícolas: arar, rondar el fuego cuando se quemaban las malezas, defender las milpas de la voracidad de los pájaros. Llegada la hora del almuerzo uno de los dos iba a la casa a traer la merienda y el yantar frugal se tomaba sobre la servilleta extendida al abrigo de un roble o de un arrayán. Libres de las faenas, los niños se internaban en el monte comiendo sanjuanillos, moras y guayabas *peruleras*, mientras se dedicaban a fabricar trampas para coger pájaros o extendían las atarrayas en las pozas obscuras, sacando presos en la espesa red olominas, guapotes y bagres; a veces apresaban un perro de aguas, gavilanes que miraban con fiereza o palomas *turcas* que servirían para el almuerzo; iban en busca de panales de jimerito que se encuentran en los troncos huecos y en una ocasión juraron haber visto una ardilla voladora. Cuando el aguacero se desprendía preludiado por gruesas gotas, buscaban asilo en la champa; repercutía el trueno por las concavidades abruptas, sobre las florestas locas de trinos y ebrias de fragancias, hasta que el cielo gris se despejaba y subía de la tierra húmeda un potente y saludable vaho.

La Caza

Los episodios cinegéticos eran uno de los temas de rigor en torno de la lumbre. A ese respecto nadie se quedaba sin contar, exageradamente, sus aventuras. Algunos eran expertos tiradores de venados, otros no dejaban conejo vivo en los matorrales, alguien bajaba de un tiro raudos quebrantahuesos, el de más allá se pintaba cogiendo armadillos. Recordaban los patroncitos sus excursiones nocturnas, acompañados de Juan José, de Braulio y de Pipe, a lo largo de los ribazos donde los cusucos fabrican sus madrigueras, en los agujeros profundos de las lajas. Precedidos de la jauría que olfateaba todos los rincones, se internaban en las selvas de caña brava, empapándose en los chagüites, batiendo los camalotales, hasta descubrir la vivienda del armadillo, formada por extensas galerías subterráneas donde se refugiaba haciendo precisa una larga tarea para capturarlo. La carne del cusuco es suave y blanca, como de gallina y verdaderamente agradable al paladar.

Una caza peligrosísima para la vida de los perros era la del perico ligero, animal de una bravura rayana en ferocidad. Al verse acosado, el perico ligero se tira de espaldas al suelo y se defiende con las dos armas temibles de que la naturaleza lo dotó: las uñas largas y afiladas como pocas; y la lengua aguzada que en los momentos críticos introduce certeramente por las fosas nasales de los perros hasta asfixiarlos. Sabueso que llega a caer en el abrazo formidable del perico ligero puede contarse perdido irremediablemente; la fierecilla aprieta y aprieta, así soporte una lluvia de golpes. Para desatar el nudo desesperadamente formado por el perico ligero en torno del cuerpo de sus víctimas hay que cortar las extremidades de aquel.

En la captura del *pisote solo* se hacía necesaria una larga maniobra. Batido en los charrales, el *pisote solo* busca la salvación en hondas cuevas, abiertas por sus uñas poderosas hacia las entrañas de la tierra. Los perros ladran y zapan frenéticos, en la boca de la cueva, levantando violentamente la hojarasca. Para vencer la obstinada resistencia del animal se prenden ramas secas en la abertura y se le vence mediante un arma terrible: la asfixia. Los tepescuintes prefieren también el subsuelo, al igual del pisote y del armado para evadir la persecución de sus grandes enemigos: el hombre y los sabuesos.

Maruca había acompañado muchas veces a los muchachos en las batidas nocturnas y evocaba episodios divertidos o terribles apuros en la caza del perico ligero, en la búsqueda de armadillos y en las sorpresas que se preparaban para capturar a los mapachines, que por su hábito de comer maíz son enormemente nocivos. Regocijábala mucho el recuerdo de las batallas libradas contra los guazalos y las comadrejas que en las altas horas de la noche asaltaban los

gallineros. En el silencio del campo estallaba de pronto el escandaloso cloqueo de las gallinas provocado por la súbita irrupción de los ladrones. Repercutía la alarma y llegaban los perros, siempre vigilantes y denodados, al lugar del peligro. Marco Tulio, Carlos y María, habían convertido en uno de sus deportes favoritos la captura de los guazalos y las comadrejas. Ellos acudían también a los gallineros, en ropas menores, corriendo en medio de la jauría y ponían sitio al intruso. Muy dichoso podía considerarse éste si escapaba vivo, pues lo frecuente era que su cadáver quedase en el sitio destrozado por los agudos colmillos de los perros. A veces, en su huída se refugiaban los animales en los hornos situados a poca distancia de las cocinas y de los gallineros; mas todo resultaba infructuoso, pues allí mismo eran ultimados a estocadas. Los muchachos se habían provisto de viejos sables, que allá en sus gloriosos días de revolucionario empuñara la diestra vigorosa del abuelito y manejándolos con suma destreza ensartaban en la punta cubierta de moho a los nocivos asaltantes.

La fauna del lugar era abundante. Frecuentemente se veían venados ariscos cruzar de un salto poderoso los altos vallados. Cuando el tirador era experto quedaban colgando del alambre de púas, heridos de una balazo certero. El patrón había hecho prodigios con su winchester. Maruca era enemiga de que se ultimase a los ciervos. Eran tan bellos y ponían una expresión tan dolorida en la mirada que conmovía el alma. No soportaba la niña aquellos ojos grandes, rasgados, tímidos, que imploraban clemencia. Había prometido recompensas a los cazadores que trajesen venados vivos. La tarea era difícil por lo inquietos que son estos animales, pero algunos tuvieron éxitos y la joven era dueña de una soberbia pareja. Precisamente el día que los estudiantes llegaron a Santa Fe, hubo buena caza. Al anochecer, dos mozos traían atravesado encima de varias ramas un hermoso venado. Ingresaban en medio de una verdadera procesión: campistas, peones, mujeres y niños acudían a escoltar el trofeo. Los perros ladraban dando enormes saltos. El guisado de la noche sería suculento.

Abundaban las liebres, las ardillas, los gatos monteses. Estos formaban la aristocracia. Seguía una muchedumbre de animales plebeyos a quienes se ultimaba por los daños que causaban en las huertas y en los rastrojos. Fauna variada y pintoresca: tepescuintes, zorros, mapachines, onzas, pisotes, guatusas, ratas del campo. Por las montañas vecinas andaban dantos, pumas, jagüías y cauceles.

En materia de aves nada había que desear. Los bosques de arrayanes y moras silvestres; las malezas obscuras abrigaban multitudes de pájaros, confundiéndose los colores del arco iris: el amarillo intenso de las chorchas, con el verde vivo de los loros y pericos; el azul obscuro de los clarineros, la tinta negra de los tijüiles y sanates. Los taragones, hermosos pájaros de larga cola azul; nichos feos, viuditas, turdos, gavilanes, chejes, quetzales, jilgueros, alcaravanes, urracas, almas de perro, quebranta huesos, vulgo tertecas o rey de zopilotes. En las orillas

de los riachuelos: ajoques, piches, pijijes, alcatraces, patos silvestres, martines y garzas. Bandadas de palomas silvestres, las codiciadas *turcas*. A veces cruzaba bajo el cielo sereno un ramillete de banderines; guacamayas y cotorras que venían de la montaña y en los remotos picachos, nidos de aguiluchos bravíos.

Así transcurrían las veladas en torno a la fogata. La voz de la conseja producía suave letargo espiritual; horas más tarde el patio iba quedando solitario; crepitaban los últimos leños, vivo aún el fulgor de la llama.

La Fiesta Poblana

El día de la fiesta de Concepción, el Patriarca y su gente llegaron a Miraflores. Emperifollados grupos llenaban el espacio libre, frente a la blanca ermita. Las pequeñas campanas, colgando de una enramada, repicaban jubilosamente. De todas partes arribaban aldeanos: los hombres con sus pantalones y sus blusas de dril blanco, rígida la engomada pechera y el cuello duro; adornados con franjas vistosas los ilamas y macholoas; colgando del cinto el largo cara de *gallo* y oculto en la faja, llena de balas, el especial. Tocadas las mujeres con sendos pañolones amarillos o morados; sujetas con vistosos chongos las trenzas largas y perfumadas con el olor intenso de los claveles de clavo. De todos los villorrios inmediatos bajaban feligreses a oír la misa. La aldea congestionábase de huéspedes. Por todos los rumbos vibraban las cuerdas de las guitarras y mandolinas o las notas del típico acordeón. Bravas canciones surgían de las enramadas de pino verde. Del pueblo más cercano venía un curita ignorante, lamido y prosopopéyico; a su lado la tentación era poderosa en el fru-frú de las faldas de etamina y de zarazas que ocultaban carnes morenas, frescas, apetecibles. Después de la misa, el abigarrado desfile: una regia fiesta de colores. El estanco se va llenando más a cada momento. Disputas, gritos, canciones. Llegan jinetes haciendo caracolear briosos potros. Las mujeres se disputan el privilegio de atender al cura. Pollos, mantequilla rala, cuajada, rosquillas en miel, buñuelos para el ministro del señor. Pica mucho el sol. El guaro quema las gargantas. Reverberan allá lejos las crestas de los montes. Arde la sangre. Canciones, gritos, disputas y luego los vivos destellos de los machetes deshojados. Da principio la fiesta bárbara: una injuria, vuelan los corvos esgrimidos por manos expertas, arde en las pupilas la brasa del odio. Siesta tropical. El vaho caliente de la tierra enardece más la sangre. Apenas sopla el viento. Hay en la plaza un revolar de mantones; una fuga de enaguas susurrantes. Dos, tres, cinco hombres se atacan fieramente. Acude el resguardo. Llegan más contendores, locos de sol, de aguardiente, de coraje. El cabo y los soldados pugnan por restablecer el orden. Pero ellos también han perdido la cabeza en el bravo néctar de la caña. Ordinariamente, después de cada fiesta, vienen tres o cuatro velorios. —Causaban honda pena a don Salvador las hecatombes regionales, originadas en querellas lugareñas, al calor del guaro, bajo el alero del estanco. Veía la condición lastimosa de nuestros aldeanos, que no han sacudido su modorra ni han tratado de no adquirir vicios. Comprendía bien el Patriarca que para ellos llegará la hora de la redención cuando aprendan a tener iniciativa, cuando olviden la siesta, cuando amen constantemente la parcela que Dios nos dio y sepan cultivarla con tesón, esmero y fe. A pesar de sus defectos, el Patriarca amaba a los campesinos, sintiendo lástima por ellos. En sus primeros años de trabajo quiso despertarles hábitos provechosos. Los defendía de la rapacidad de terratenientes sin escrúpulos. Los acaudillaba para perseguir a los cuatreros. Los libraba, mediante sus nexos sociales, de concurrir a las paradas cuando ellos tenían motivos justos para quedarse. Trató de suprimir el estanco y de mantener

perennemente la escuela. Todo inútil: la maestra rural hubo de marcharse cuando vio desierta el aula y don Salvador, cansado al fin de luchar con la rudeza de sus vecinos, que sumaron nuevas decepciones a las cosechadas en sus años de lucha política, en medio de la estulticia y la maldad de las clases ilustradas, no volvió a ocuparse de aquellos, sino de tarde en tarde, cuando llegaban en demanda de sus prudentes consejos o de su auxilio pecuniario. Su despecho se traducía en frases lapidarias:

—Los pencos seguirán siendo los pencos. Son testarudos reacios al progreso. Su pereza, su incomprensión los mantendrá en lugar inferior.

Duras palabras que encierran amargas verdades. Sin sospecharlo ni remotamente los vecinos de la gran mayoría de nuestras aldeas encarnan los tipos descritos por la pluma vigorosa de Blasco Ibáñez en su novela “La Barraca”. “Pimentó” el personaje que concreta los defectos y la rudeza supersticiosa y abúlica de todos los demás se reproduce mil veces en cada villorrio hondureño. Y los pencos continuarán en su apacible existencia, frente a la grandiosidad del terruño y a la incógnita del porvenir. Generaciones tras generaciones han de extinguirse; regímenes, doctrinas y proyectos han de sucederse sin que nuestra gleba del campo se redima de su abulia tradicional. El morbo está en la sangre. Es preciso que llegue el brazo propulsor conduciendo rieles, autos y libros para que la riqueza maravillosa del solar nativo sea tangible y potente, no tema de lirismos vacuos y entusiasmos pasajeros.

El Enemigo Misterioso

El Patrón se levantó muy preocupado. Estaba aún en la cama cuando llegó Juan José a darle una mala noticia.

—Una vaquilla blanca fue encontrada muerta en los potreros del Hato.

—Fiebre aftosa, ¿otra vez?

—No Patrón. No hay ese peligro ahora. El ganado está sano.

—Bueno. Iremos allá.

Pasado el desayuno, don Salvador acompañado de los dos jóvenes y de Maruca, se dirigió a caballo, hacia El Hato. Encontraron a dos campistas junto al animal muerto, ocupados en ahuyentar a los zopilotes que llegaban en grandes bandadas. Apeándose para examinar a la vaquilla. Uno de los campistas dijo:

—Fíjese usted, don Salvador, que sólo tiene comida la lengua.

En efecto, era raro que la res estuviese intacta, salvo la lengua, que había desaparecido. Nada de mordiscos. No se trataba, pues, de los temidos coyotes. Quizás alguna víbora. Pero ¿quién devoró la lengua? ¿Qué animal podía ser? Todos estaban perplejos.

Otra mala noticia. Del extremo opuesto llegaban dos mozos diciendo haber encontrado una vaca y una potranca muertas. Ninguna presentaba señales de uñas ni de estrangulamiento. Las examinaron cuidadosamente y no se les veían picaduras. La potranca tenía comida la lengua y la vaca las ubres. El asunto tomaba color de hormiga. Todos emitían opiniones. Alguien dijo:

—Es un tigre.

Otro exclamó:

—Es un puma.

Algunos afirmaban que se trataba de culebras peligrosas. Marco Tulio insinuó a don Salvador.

—¿No cree usted, que pueda ser el “Comelenguas”?

Inmediatamente recordó el hacendado que varios meses antes habían aparecido animales ultimados de manera idéntica. El enemigo misterioso sentía predilección especial hacia las lenguas y las ubres. Los periódicos de la capital dedicaron sendas columnas al ente ignorado que estaba causando serios perjuicios en las regiones ganaderas. No se podía afirmar de qué se trataba. Se lanzó la especie de una animal llamado “Comelenguas”, pero nunca se precisó si era una realidad el tal bicho, o si se trataba de una cándida leyenda. El ganado moría en medio de la desesperación de los hacendados incapaces de luchar ventajosamente con aquel adversario que hería a mansalva. Don Salvador ordenó redoblar la vigilancia y encerrar en los corrales el mayor número posible de reses. Ofreció recompensas a quienes descubrieran al misterioso enemigo. Las gentes de la hacienda afanáronse durante muchos días en la captura. Todo fue en vano. Nada se encontró y la historia del “Comelenguas”, verdadero o fantástico, quedó de moda.

Olvidáronse estos incidentes ante un descubrimiento repentino e inquietante. Un muchacho que andaba sabaneando vio impresa una huella desconocida sobre la arena de la Quebrada Blanca. Las proporciones le causaron extrañeza y llegó con la alarma. Muchos fueron inmediatamente a cerciorarse. El muchacho había dicho la verdad: en la fina arena de la orilla estaba perfectamente dibujada la huella de un plantígrado. La circunferencia alcanzaba el tamaño del puño de un hombre robusto. Desde luego no se trataba de un venado, de un coyote, ni de un perro. Esa suposición, por absurda, se descartaba de plano. Tampoco podía ser la huella de un gato montés ni de un tepezcuinte. Muchos no la habían visto nunca, pero en todos nació la misma sospecha. Por allí anduvo la noche anterior un tigre o un puma.

El suceso tenía su importancia. Los grandes felinos vivían en la impenetrable crudeza de las montañas de El Socorro y Las Botijas. Hasta ese día no se supo que bajara alguno a las sabanas. El peligro era inminente. Nadie osaría ir a los potreros por el temor justificado de una desagradable sorpresa. Una semana más tarde, llegaron noticias de haber sido visto un tigre de regular tamaño, en una cañada, a seis leguas de distancia. De El Salto avisaban que por allá había pasado la fiera.

La nerviosidad en los ánimos se hizo muy visible. Habían entre la gente de Santa Fe muy buenos tiradores. Acostumbrados a la ruda vida del campo,

después de las faenas del día, la caza de venados era una distracción inmejorable. Entregándose durante años a tal ejercicio, muchos llegaron a cobrar infalible puntería. Mas tratándose de un tigre, ya era otro cantar. Sobre todo, por lo raro de la hazaña, a la mayoría la asustaba la idea de encontrarse cara a cara con el felino y sus zarpas poderosas. Gloria perdida la de nuestros abuelos que mataban tigres, a rejón, en sus propias madrigueras. La señora Bernarda, que llevaba vividos más de setenta años de repasar las cuentas de su rosario de madera, hablando de aquellos varones, proporcionaba ratos solaz.

—Ché, maricas. Ustedes son incapaces de hacer lo que yo vi tantas veces a Simón, mi marido. Se iba a buscar al tigre a su cueva y allí lo ensartaba. Nada de balas, nada de revólveres. Un palo, un chuzo y una muñeca que valía oro. Así como oyen ¡oro! Aquellos si sabían su oficio. Entonces los animales se criaban al menudeo. Los había por todas partes. Pero, repito: un palo, un chuzo y una muñeca ¡qué valía por todos ustedes!

Asustados con los relatos truculentos de la anciana, exclamaban los mozos.

—¡Carajo! ¡tenían “güevos”!—

Ese era el tributo que rendía la gente nueva a los abuelos tallados en madera de roble y de encima. La admiración producida por las hazañas que realizaron aquellos llevaba implícito el reconocimiento de que la madera de las nuevas generaciones apenas resiste parangón con la de la progenie extinta. La carcoma ha hecho obra fatal. Lentamente fue minando la consistencia de los troncos y son más abundantes hoy los que están huecos. Raza de madera fina, dura, sólida. ¡Raza desaparecida!

El Patrón no temía al tigre. Con los muchachos, a quienes daba alas la novedad del asunto, organizó batidas en persecución de la fiera. Salieron varias veces, todos bien armados, a recorrer los sitios donde existían presunciones fundadas de que podían encontrarse con ella. Pero no les cupo tal honra. Una tarde, don Salvador exclamó: —Existe aquí un hombre capaz de hallar al tigre y de batirse con él. Mañana mando a traerlo.

Almendares

Llegó al mediodía. Era más bien alto que bajo; lo suficientemente robusto, conservando agilidad y soltura. Moreno, curtido por el sol. Ancha la palma de la mano; el rostro estaba atravesado horizontalmente por una cicatriz que empezaba en la mandíbula y se perdía en los cabellos. Traía una escopeta de las llamadas *chachas*, un largo cuchillo y un zurrón.

El Patriarca lo recibió cordialmente. Guardaba hacia Fernando Almendares un cariño fraternal. Era uno de sus hombres de más confianza. Sabía el hacendado que Almendares daba la vida por él, sin vacilar un segundo. Permanecía en la montaña, por lo más intrincado y áspero de la crudeza. En la aldea de San Francisco, estaban su casa, su mujer y sus hijos. Pero su afición desmedida a la caza lo habituó a vivir fuera de allí. Era un tirador formidable, capaz de las mayores audacias. Conocía la montaña palmo a palmo; sabía innumerables recetas para librarse de mordeduras venenosas y de ocultos males. Por eso jamás faltaba en su zurrón la raíz de guaco, infalible para las primeras. Sobrio, modesto, valiente, tenía su historia.

Siendo muy jóvenes venían un día con su hermano Domingo, hacia Tegucigalpa. En un recodo del camino fueron asaltados por varios malhechores. Cayó el hermano, acribillado, llevándose adelante a uno de los salteadores. Quedó él batiéndose con los otros cuatro. El revólver y el machete para algo se llevan cuando se va por esos solitarios caminos de Dios y se tienen malos enemigos. Lo encontraron tendido bajo un roble, sobre un lago de sangre propia y de los adversarios. Postrado estuvo varios meses curándose de los balazos. Aquella enorme cicatriz del rostro era un recuerdo de tal día.

El Patriarca dio a Fernando la comisión de buscar al tigre y de acabar con él. Regresó el cazador, acompañado de Marco Tulio y de Carlos, que se empeñaron en ir. En uno de los picachos tenía Almendares su champa, adornada con toda clase de pieles. A dos pasos la espesura indómita. La flora era allí de una exuberancia sorprendente. Infinita diversidad de árboles enlazados por lianas gruesas. A trechos se encontraban verdaderos laberintos por donde el paso era materialmente imposible. Apretujábanse en masas compactas: pinos, robles, encinas, liquidámbares, giñicuites, guarumos, chilcas. Selvas espesas de suyate y de pacayas; de bambú y de bisgüis; los árboles estaban vestidos de paste que colgaba en todas direcciones formando verdaderas cortinas. En los grandes peñascos crecía el musgo y emergían de las grietas incomparables orquídeas.

Los jóvenes exploraban la montaña bajo la experta dirección de Almendares. La vegetación lujuriosa, los bosques de altísimos liquidámbares, los peñascos vestidos de musgo florido, los abismos blancos de neblinas, les arrancaban gritos de estupor y admiración. No habían sospechado que la Sierra encerrase tanta belleza. Ante ellos se bifurcaban los senderos que iban hacia regiones desconocidas y misteriosas. Fernando respondía a sus interrogaciones, proporcionándoles detalles interesantes. Cuando encontraban rotas las lianas y abierta violentamente la maleza, explicaba el cazador:

—Esto lo hacen los dantos. Son del tamaño de un burro grande, bastante feos. Tienen una fuerza tremenda. Nada queda en pie cuando ellos pasan, como el huracán. Tienen los malditos muy gruesa la piel.

No eran peligrosos los dantos, sino cuando llegaban a enfurecerse. En su carrera lo arrollan todo, capaces de quebrar hasta grandes árboles y producen un estrépito infernal cuando se lanzan a través de la selva.

Los coyotes, en manadas, poblaban las montañas. Ellos oían, durante la noche, su espantoso concierto de taladrantes aullidos. Atacan al ganado, siempre con voracidad. Al hombre le temen. Abundaban también las jagüias, cerdos montaraces que se tornan feroces, a veces; había que tenerles cuidado. Venados magníficos, gatos salvajes, liebres, ardillas, tigrillos y monos haciendo cabriolas en las ramas elevadas: carita blanca era muy abundante y los olingos hacían resonar sus gritos hasta larga distancias. Fernando había visto a los monos llenar de hojas el agujero por donde entró la bala en el cuerpo de otro. Eran inteligentes; a veces sentía lástima de hacerles fuego y los dejaba tranquilos, meciéndose en el espacio asidos de la cola en los esbeltos liquidámbares.

Vivían en la crudeza animales peligrosos: pumas armados de garras potentes que cruzaban sigilosamente, haciendo huir a las pequeñas bestias; cauceles de agilidad sorprendente, feroces y osados como los pumas y serpientes enormes. Fernando había visto *zumbadoras* largas y finas; *micas* que se entierran para barrer con sus formidables colazos todo lo que encuentran; éstas son temibles, difícilmente se resiste uno de sus cuerazos y se mueven con una rapidez asombrosa, levantando del suelo torbellinos de hojas secas; cascabeles venenosos, corales, boas gigantescas llamadas *mazacuates* y tamagaces. Fernando poseía magníficos remedios, jugos extraídos de plantas medicinales para controlar los efectos de la mordedura de las víboras.

Varios días permanecieron los jóvenes en la montaña. Batieron las crudezas impenetrables sin encontrar al tigre. Disparaban sin tregua sobre los animales que ofrecían blanco. Por las noches, asaban la carne en el fogón de

campaña improvisado por Fernando y se hartaban de suculentos guisados. Retornaron trayendo pieles de venado para curtirlas, astas magníficas y dos guacamayas de encendidos colores y brillantes plumajes.

Navidad

El veinticuatro de diciembre, la Santa Fe estaba rebosante. La muchedumbre que habitaba todas las dependencias se congregó en la residencia patronal, para celebrar dignamente aquella noche. Llegaron, montados en briosos potros, los campistas de El Hato; acudieron los labradores y mozos de El Esfuerzo y de Jícaros Altos, con sus respectivas mujeres e innumerables familias. Con la afluencia de tantas personas empezaba la fiesta desde el mediodía. Por las sabanas inmediatas los campistas celebraban torneos de velocidad y destreza en sus fogosos cocerles. Afanábanse las mujeres de la cocina quebrando maíz sobre la "mano de piedra" para formar enseguida las pelotas de masa blanca y huestecita. En el almuerzo se sirvió mondongo para sesenta personas. El Patriarca hablaba a todos, sonreía a las mujeres, acariciaba a los pequeñuelos. Al anochecer brillaron grandes luminarias en torno de la casa. A diestra y siniestra veíanse grupos sentados junto a la lumbre. Rasgueaban las guitarras. Plañía el acordeón. Volaban las canciones. Se decían adivinazas, donde campeaba el ingenio de cada uno. La voz en falsete de Pipe interrogaba continuamente. A veces las frases maliciosas del viejo provocaban hilaridad.

—¿En el monte verdea y en la casa colea?

—¡La escoba, Pipe… la escoba!

—¿Cartas vienen, cartas van, pasan por el mar y no se mojan?

—¡Vea qué adivinanzas! Las nubes, tatita, las nubes… esa la saben hasta los cipotes.

En el tablado, construido en la sala mayor de la Santa Fe, se representó la pastorela "Rubenia", escrita por el Padre Reyes. Maruca y los muchachos convencieron a don Salvador para que les permitiera verificar la representación. Marco Tulio fue el director de escena. Durante varias semanas se impuso la épica labor de preparar convenientemente a los flamantes artistas. Eran los más destacados: Ana Luisa, hija mayor de Pipe, que tenía el papel de Rubenia; Andrés, retoño silvestre de don Martín, en el rol de Samuel; la primogénita de Juan José, que respondía al poético nombre de Anarda y en quien encarnó Dalmira. Entre el elemento joven mas idóneo se distribuyeron los demás papeles. Trabajo costó a los jóvenes hacer que aprendieran los versos, los batos y las pastoras. Los ensayos preliminares fueron cosa para morirse de risa. Pero no resultó mala la representación. Lo único de lamentarse, fue que a San José se le cayeron las

barbas cuando andaba en peregrinación con la Virgen María, fugitivos de Herodes de Idumea. Ana Luisa principió con mucho garbo el acto segundo:

—Grande fue la faena de este día;
El alma ha trabajado como el cuerpo,
Mas ya nada me falta; ya del todo
Desocupada estoy ¡gracias al cielo!
Ahora sólo resta que a Priscila
Venga a hacerle mi diario cumplimiento
Cortar quiero estas flores y regarlas
Sobre la tumba: este es el solo feudo
Que ha de pagar mi amor a la que fuera
El ídolo de todos mis afectos…

Un poco desentonada, aunque no del todo mal, cantó:

¡Oh bosque solitario
alegre en otro tiempo.
Do la bella Priscila
condujo tantas veces sus corderos!

Una nutrida salva de aplausos premió su esfuerzo, continuando la representación con jocosas intermitencias en las que retozaba el gozo de los corazones, hermanados en un afecto sincero, bajo el techo de la mansión patronal.

Don Salvador se divertía mucho, asimismo doña Laura y María, quienes felicitaron efusivamente a Marco Tulio por el éxito que obtuvo la pastorela, pues a él, como director de escena, correspondía el mérito sobresaliente. En un ángulo de la espaciosa sala estaba construido el nacimiento: un verdadero bosque de pacayas enguirnaldadas de bellotas y gallinazos. Era la obra de las muchachas que recorrieron las campiñas la tarde anterior, cortando flores. Lucíanse allí, desde la democrática flor de platanillo, hasta los aristocráticos jazmines, los girasoles, las dalias, los alelíes, las carboneras y los claveles de olor embriagante.

En la noche clara y tibia el entusiasmo iba creciendo, mientras chisporroteaban alegremente, en las cocinas, las enormes ollas nacatamaleras. A las doce se repartieron los nacatamales, las torrijas y el café humeante. El Patriarca, doña Laura, María y los jóvenes cenaron juntos, con algunos invitados, entre ellos don Martín, refiriendo sus historias. ¡Noche plena de remembranzas y evocaciones! En la paz del campo sólo resonaban las notas, ora gemebundas, ora alegres, de las guitarras y las voces de los campistas, entonando populares tonadas. Entre ellos, Celestino, mozo enjuto y decidor, era quien se llevaba la palma por su atiplada garganta y el inagotable repertorio de canciones, oídas

algunas de labios de su madre, en la champa donde vivió su infancia; aprendidas otras en los campos de la Costa Norte, en los cuarteles de Tegucigalpa y en los campamentos revolucionarios, porque Celestino, al igual que los demás, con rarísimas excepciones, había sido guerrillero. Estuvo en la Cumbre, en la campaña de mil novecientos diecinueve; Juan José y Fernando Almendares habían peleado a las órdenes del Patrón, plenos de ardor bélico, durante la revolución del mil novecientos siete, en Calabaceras y en los llanos de Lizapa, donde acabó el poderío de don Manuel Bonilla. Las palabras encendidas que brotaban de los labios de los cantadores, un poco chispos por el efecto de los tragos de guaro, traído de Miraflores a hurtadillas del Patrón, llenaban a todos el alma de súbita ternura. Aquellas canciones recordaban a cada uno, momentos felices o dolorosos de su pasado. Volvían a vivir horas extintas. De la sima misteriosa del olvido surgían rostros, paisajes, escenas lejanas. La evocación pretérita siempre causa en nosotros algo indefinible: tristeza por lo que fue y ya no es ni será. En aquellas canciones, bajo el sereno cielo estrellado, vibraba el alma de la patria. Vivía en ellas la Honduras de las azules sierras, de los ubérrimos bosques y de los impetuosos torrentes. Vivía en ellas, la Honduras de los hombres locos de sol, de pasiones, de obscuros anhelos. Flotaba en los versos la neblina de todas las montañas, el homo de los bohíos, el vaho de los enormes rebaños. Irradiaba en ellos el fuego de las luminarias que se encienden en las noches frías, las llamaradas de los bosques, los relámpagos que iluminan las trincheras. Volcábanse también en las canciones reminiscencias de la meseta azteca o de la pampa argentina. ¡Poetas de la serranía, magníficos poetas anónimos que dejaron temblando en una estrofa un jirón de nuestro cielo azul; el aroma de nuestras florestas ubérrimas; la sonrisa de una mujer hechicera! ¡Trovadores obscuros del villorrio; guitarristas excelsos de la champa; notas que se dispersan en el viento errante, vosotras vibraréis maravillosamente en el estro del poeta máximo del huerto solariego, del poeta que vendrá…!

La Cuadrilla

Diez leguas al norte de Santa Fe, se alzaba el macizo secular de Vallecillo, una de tantas estribaciones del ramal andino que en el centro de la república eleva sus picos altivos. Aislado de los focos de cultura, sin comunicación con ellos, impenetrable y hosco, sólo accesible por difíciles veredas, protegido por hondas barrancas, el macizo de Vallecillo constituía un refugio inestimable para los contrabandistas y los ladrones de ganado mayor.

Era el cuartel general de una de esas partidas de cuatreros: la que comandaba Pedro Raudales, alias “El Tuerto”.

Había sido insignificante en sus principios. Creció hasta volverse temible, en igual forma que las similares. Dos o tres prófugos de la justicia, que pernoctan durante el día en las obscuras madrigueras, salen, al filo de la media noche, a recorrer los potreros y vuelven con varias reses hurtadas. El procedimiento para negociarlas es sencillo: lejos de donde la fechoría se comete, el fierro es desconocido y las sospechas no se despiertan; o, para mayor seguridad, los animales son marcados con otras letras. No faltan deshechos de las cárceles, escoria de los pueblos, gente maleante que va agregándose y así, cualquier día, ya no son tres los malhechores, si no diez. La banda se organiza, poco a poco.

Pedro Raudales, “El Tuerto”, reo de asesinato que se fugó de las cárceles de la capital, errando por los montes, dio con un pequeño grupo de forajidos dedicados al abigeato. Muy luego se impuso y se convirtió en el jefe de la banda. Aumentó progresivamente ésta sus números. A los dos meses estaba organizada con quince hombres: prófugos de la justicia, indios surgidos de las cañadas, holgazanes de los campos que encuentran más agradable vivir a salto de mata; armados de rifles nacionales algunos, de revólveres y de chachas. La astucia de Raudales hizo temible la pandilla. Viéronse las aldeas amenazadas por una banda de entilados que robaban las casas en despoblado, asesinando sin misericordia a los hombres y violando a las mujeres. Varios crímenes espeluznantes hicieron sensación por esos días. Las actividades del “Tuerto” y sus secuaces tenían mucho que ver en ellos. El ganado empezó a desaparecer en proporciones alarmantes. No existiendo policía rural, los dueños de semovientes se vieron compelidos a defenderse de las acometidas de los cuatreros, sosteniendo con ellos nutridos tiroteos. Sin embargo, la amenaza persistía siempre.

Durante algún tiempo, la cuadrilla no dio muestras de existencia. La tranquilidad empezó a reinar en los caminos. Quizás una bala certera había despachado al bandido. La confianza renacía en las haciendas y no era preciso

rondar constantemente, armados hasta los dientes, en los potreros. En realidad, la calma del “Tuerto” se debía a una razón poderosa: estaba ausente. Sus hombres permanecían inactivos en el macizo, bajo las órdenes de su segundo, el “Cabo Emeterio”, un indio graciano. Distraían sus ocios jugando naipes, taba y dados; devorando carne salada, en espera del jefe. Nadie sabía para donde salió Raudales. Después de un aviso misterioso aquel montó en su caballo, dando al “Cabo” instrucciones terminantes, y diciéndoles al irse:

—Aquí esperen… La cosa jiede.

Había llegado hasta él, de su agente de la capital, la noticia de que la montada iba en su busca. Treinta números, bien armados y equipados, con orden de buscarlo hasta descubrirlo y hacerlo papilla. Por este motivo recomendó a su gente no moverse. Varios días más tarde estaba en Tegucigalpa conferenciando con el personaje que le dio el misterioso aviso. Rábula sin escrúpulos, hábil cortesano, político de campanillas, mago del “chivo”, Cipriano López, el agente y cómplice de los ladrones de ganado, era una de esas viscosas personalidades que abundan en nuestro mundo social. Sus enredos profesionales y los dados le rendían muy buenas ganancias, mas dejaban insatisfecha su codicia. Era fácil hacer dinero entrando en contubernio con la banda de ladrones de ganado que encabezaba Raudales. Así, el abogado Gómez, señor de reputación sin tacha dentro del convencionalismo urbano; miembro de casinos aristocráticos, de más de algún gabinete y de centros honorables integrados por la élite de la riqueza, la intelectualidad y el elemento oficial, era el agente secreto de los cuatreros que desde el macizo de Vallecillo extendían sus proditorias actividades en varios departamentos centrales del país.

Nadie hubiera osado denunciarlo públicamente. ¿Cómo, un caballero de los antecedentes del señor López, distinguido en el foro, la política y el mundo social, podía estar en connivencia con bandoleros? Sin embargo, era auténtico. Raudales que no solía amilanarse frente a las dificultades, exclamaba muy satisfecho:

—Esas son papadas. Don Cipriano lo arreglará todo.

La amistad de los dos— el bandido de la serranía y el ladrón de frac— se originó a raíz de la defensa victoriosa que hizo el segundo al primero, con ocasión del cuarto asesinato cometido por aquél, andando con un grupo de *entilados*. La suerte no lo favoreció esa vez porque la montada, que pernoctaba cerca del lugar del crimen, les cerró el paso. Cayeron muchos perforados por las balas de los gendarmes y otros ingresaron a la capital en *cordón*. Raudales salió después de estar un año a la sombra de una bartolina.

Cipriano López habíase hecho rico negociando el ganado que arreaban los cuatreros. Muchos capitales tienen esos orígenes misteriosos. “El Tuerto” era el brazo que ejecutaba y el rábula la cabeza directora. Por esa razón le envió tan oportuno aviso cuando salió la montada en busca de sus guaridas; y mientras la autoridad batía las serranías, infructuosamente, el bandolero esperaba, tranquilo, en casa de su cómplice.

Desaparecido el peligro regresó el jefe a incorporarse a su gente. Estuvo aún varios días inactivo. Preparaba un buen golpe, sin duda. Al pie del macizo, en un hermoso valle, el hato de los Molina tentábale poderosamente. Envió al “Renco” de espía. Fue éste a cumplir su misión y admitido como mozo estuvo varios días contando las reses, tomó nota de los hombres que cuidaban el lugar y se enteró bien de cuantos datos podían serles de alguna utilidad. Evadióse sigilosamente llevando preciosos informes al cuartel general. La noche siguiente, el “Tuerto” alistó sus hombres y dio la orden de partir. Descendían del macizo cruzando bajo los sombríos ocotales, en larga fila, de uno en uno. Iluminaba fugazmente la luna sus perfiles siniestros. Llegados a los potreros se dispusieron en orden de batalla, formando un gran círculo alrededor. El ganado quedaba adentro, mientras el círculo se iba estrechando más y más, hasta que podían hablarse de un lado a otro. Si alguna res trataba de huir saliendo del montón, rápidamente le caían encima las pialeras. Esa noche se derramó sangre. La alarma de los perros despertó a los Molina y a sus hombres, quienes se levantaron y salieron al campo, armados. Un grupo de cuatreros, parapetados en una loma, los detuvo a tiros mientras los demás arreaban el ganado, lanzándolo a fuerza de gritos y estacazos por los escarpados senderos que conducían al macizo.

Pedro Molina recibió un balazo en el hombro derecho y su hermano Antonio no pudo romper el cerco enemigo porque le mataron un hombre y le hirieron tres. Llegaron a Santa Fe a prevenir a don Salvador, encareciéndole valerse de sus nexos sociales para lograr que la montada saliera nuevamente en persecución de la banda. Por ser el propietario ganadero de mayor importancia en la región, don Salvador era el centro a donde iban los demás con sus quejas y sus temores. Indignado ante la osadía de los cuatreros y temiendo verse envuelto en una aventura trágica, si acaso se les ocurría atacar sus rebaños de El Hato, Andino gestionó cerca de las autoridades capitalinas pidiendo garantías efectivas para la población y el patrimonio rurales, seriamente amenazados por la cuadrilla de “El “tuerto”.

El Puma

Atendiendo la invitación que les hizo don Martín para visitar su casa nueva de Las Limas, María, Carlos y Marco Tulio dirigiéronse a las posesiones del viejo amigo de la familia. Tenían que cubrir tres leguas por un camino a trechos difícil. A medio kilómetro de Santa Fe, se unió a ellos Fernando Almendares, que iba por el mismo rumbo. Atravesaban la extensa sabana del Rodeo, cubierta toda de pinares. La mañana fresca era propicia a la expansión. No aligeraban porque tenían urgencia de llegar y más querían ir gozando de la delicia del viento, impregnado del fuerte aroma de las resinas. Carlos se había adelantado porque «Aramís», impaciente, distendía sus tendones poderosos. Fernando dejábase llevar por su macho, abstraído en sus reflexiones. María y Marco Tulio cabalgaban a la par, entendiéndose con la mirada y acariciándose con la sonrisa. Eran dichosos en tal momento: por la dulzura de la mañana luminosa, por su juventud sin sombras, por el recuerdo del pasado que tan íntimamente los unía y por el ritmo unísono con que palpitaban sus corazones.

A largos trechos se internaban en cañadas obscuras donde la vegetación era una masa compacta. Bosques reducidos, pero impenetrables, de bambú. No quedaba muy lejos la montaña de El Socorro y hasta allí extendíase la lujuriosa exuberancia de su vegetación. De improviso, en un lugar donde la arboleda era más nutrida y más compacta la maleza, «Aramís» retrocedió vivamente inquieto. Con un salto inesperado estuvo a punto de sacar de la silla mexicana a Carlos. El «Moro» y el «Rocío» dieron señales de miedo, resoplando por los anchos belfos y, simultáneamente, crujieron las ramas, se abrió la espesura y al alzar la vista se encontraron los azorados jóvenes con un hermoso y extraño animal.

Al grito de María, acudió rápido Almendares, que estaba un poco rezagado, exclamando precipitadamente:

—¡Arrienden!... ¡Cuidado! ¡Es un puma!

La fiera habíase detenido, quizás sorprendida. Era un soberbio «gato»: el cuerpo elástico, tenso; movía nerviosamente la cola; en las pupilas, que se agrandaban a cada momento, conocíase que estaba irritado; daba sordos mugidos. Indudablemente, iba a saltar.

Desconcertados con la repentina aparición, los jóvenes no pensaron en sus armas. Además sólo traían revólveres. Pero Fernando no se inmutó. Encañonó resueltamente a la fiera con el winchester e hizo fuego. Herido el puma, lanzó un

rugido de dolor rabioso, cayendo al suelo. Temerario, como siempre, Almendares fuésele encima, blandiendo el corvo. ¡Uno, dos, tres cinchazos! y el animal quedó tendido sobre la hojarasca.

—Siento haberlo macheteado— decía Fernando— porque la piel del maldito es hermosa. Pero no había otro remedio. A estos condenados no se les da tregua por que lo *desguazan* a uno. Hay que madrugarles.

La emoción les impidió reparar en que el "Rocío", asustado con la detonación, había salido en carrera loca. María no tuvo tiempo de arrendar y cuando intentó hacerlo, sus fuerzas no fueron suficientes para detener el animal desbocado. Se lanzó éste en una carrera veloz, a lo ancho de la sabana. La niña era buena amazona, pero la broma del potro era peligrosa. Galoparon los hombres, clavando desesperadamente las espuelas en los ijares de los caballos. El primero había ganado terreno y durante mucho rato su roja crin flameó agitada por el viento, tal un estandarte. Cayó el "Rocío" al fracasar en su intento de saltar encima de un cerco. Recogieron a Maruca sin conocimiento y la llevaron a un rancho próximo. Estaba intensamente pálida; se le notaban varios golpes en el cuerpo; sangraba el antebrazo izquierdo. El caso era grave, pues allí no había ni hojas de ruda para hacerla volver en sí. Al fin, pasó el síncope. Aunque la niña se quejaba de fuerte dolor en la muñeca, a Dios gracias, no había descompostura y después de un buen rato de descanso se pusieron nuevamente en camino, hacia Las Limas. Fernando regresó a Santa Fe a conseguir gente para llevar el puma. Para transportarlo fue necesario construir una gran parrilla con ramas de encina y varas de bisgüís. Pesaba bastante. La piel se curtiría con esmero para adornar la sala de la Santa Fe. Una de las extremidades, cercenada por el corvo, dio entretenimiento varios días a los pequeños de la casa. Robusta, carnosa, con la garra afilada y corva semejante a la punta de un alfanje.

—Tamaña cebolla— decía Almendares— de un manotazo lo acuestan a uno.

El cazador estaba habituado a luchar con los salvajes pobladores de la montaña y no se asustaba de nada. Confesó que el puma era el trofeo más notable de su vida azarosa. Los cauceles son feroces, sanguinarios y ágiles, de aquí que se les tema mucho como animales peligrosos. Más, los pumas no se quedan atrás. Su ímpetu es arrollador y cuando caen encima con todo su peso, difícilmente se libra uno de sus garras. Don Salvador, enterado de la hazaña, felicitó efusivamente a Fernando:

—Magnífico golpe, hombre… ¿Quién sabe si no sea éste el enemigo misterioso?

Las manías del Patrón

Eran célebres en la heredad las *manías* de Don Salvador. Marco Tulio decía que era temático. Se aferraba durante días y días a una misma idea, a un solo propósito, aislado, irreductible y daba qué hacer con él a la gente de la casa. Característica de los varones tenaces, don Salvador se obsesionaba frecuentemente. Entonces sus palabras y sus hechos convergían en igual dirección. Malhumorábase si el resultado de los esfuerzos no correspondía a sus deseos y, a sus gritos temblaban los mozos. Más de algún chapucero rodó por el suelo, al ímpetu de su puño. Los muchachos reían a hurtadillas, fingiendo seriedad cuando daban la cara, pues el Patrón no estaba para bromas. Aparecíale en el semblante la bravura latente en su espíritu. Volvía a ser el caudillo temible que electrizaba a los bisoños, haciéndolos saltar encima de las trincheras y romper las líneas enemigas. Como antaño, en medio del humo de la pólvora y el estruendo de la fusilería, fulguraban momentáneamente sus ojos grises. Aquellas eran ráfagas lejanas. Sordos rugidos del volcán que había sido, transformado por la paz de la heredad en sereno picacho. Enojábase fácilmente entonces, pero sólo durante algunos minutos. Recobraba la calma reía de sus arrebatos, chanceándose de los mismos que acababan de ser víctimas de su olímpica cólera.

Cuando pequeños, los muchachos sintieron varias veces helárseles la sangre y paralizárseles la circulación por las bravatas —las “viarasas” decía Marco Tulio— de don Salvador. Habían entonces, como siempre, animales que no respetaban ningún cerco e invadían los plantíos de trigo cuando éstos eran una verdadera promesa de buena cosecha, por la lozanía con que se alzaban. Don Salvador tuvo por culpa de los toros milperos, días de infinita desesperación. Parecíale ver destruida totalmente su obra y perdidos los heroicos esfuerzos. Montaba en cólera, persiguiendo a los animales, implacable, hasta arrojarlos fuera de los potreros. Los muchachos tenían que lanzarse a la carrera, tras los *milperos*, ahuyentándolos a pedradas. Eran animales *resabidos*, al decir de Juan José: refugiábanse en lo más espeso del guamil, haciendo difícil la persecución; tronaban en el monte los gritos iracundos de don Salvador; a pleno pulmón increpaba a las bestias, al cielo, a los muchachos y éstos, fatigados, molidos, con los pies sangrantes, tenían que lanzarse otra vez a la carrera como él, atravesando los zarzales donde quedaba la ropa hecha jirones. Llegaron a odiar con todo el vigor de sus almas juveniles a los causantes de tales lances. Una vez, con la ayuda de Juan José, hicieron caer en una trampa disimulada bajo la hojarasca a un toro negro, cimarrón, que era uno de los enemigos más tenaces. Lo ataron a un ocote y con varas de bisgüís le dieron reata hasta cansarse. Mugía sordamente la res bajo la lluvia de golpes y varas silbaban en el aire para hundirse después en las carnes. De complemento lo dejaron allí tres días, padeciendo hambre y sed.

Una de las manías más famosas del Patrón fue la de las bombas aspirantes e impelentes que proporcionaban el agua necesaria para el riego de las hortalizas y otros menesteres. Fracasó don Salvador en su primer intento de instalar una; fracasó en el segundo también. Colocada la bomba en la margen del río y tirada la cañería, cuando, al parecer, todo estaba bien, el agua no subía. Los instaladores no pusieron el esmero del caso para obtener eficiencia. Cubríalos de invectivas el Patrón. Durante muchas semanas su vida se concretaba en un solo empeño: adquirir una buena bomba y traer un mecánico competente. Llegaban ambos a Santa Fe. Nueva instalación, nuevos ensayos. El agua llegaba regularmente, en cantidad abundante, a donde era preciso. A los tres días no subía una gota. Nueva decepción, nuevo derrame bilioso, otra tormenta en el horizonte. Todos sufrían las consecuencias del mal humor que se gastaba el amo. Fueron necesarios muchos tanteos para dejar definitivamente instalada la cañería que desde el río surtía de agua fresca a la casa y sus dependencias y borbotaba en los canales y acequias, que mantenían la fertilidad de las vegas. Esta conquista era una de las empresas homéricas de que justamente se enorgullecía el hacendado.

Esta manía engendró otra: la de las especies raras de árboles frutales. Infatigable y emprendedor, el Patrón no se conformaba cultivando naranjos, duraznales, magníficos limoneros, aguacates, mangos y toda clase de legumbres. Hacía injertos, ensayaba cultivos, pedía simientes. Importó vástagos de manzano de California, de peral, de albaricoquero. En sus hortalizas podían verse, cuidados con esmero, fresas, cerezos, tomates, chiles de infinita diversidad. Las guías de trepadoras se daban como monte: ayotes, patastes, chiberros. En un país donde la mayoría de los llamados agricultores se siente satisfecha cultivando maíz y frijoles, don Salvador tenía la obsesión de los injertos, del mejoramiento gradual de las especies, del abono, del cultivo de árboles frutales que en gran escala quizás se convierta algún día en patrimonio de estas latitudes. Era un agricultor totalmente distinto de esa mayoría carente de visión y de iniciativa. Laboraba sin descanso, estudiaba, leía, ensayaba. No pretextaba, como muchos, la aspereza del terreno. Los suyos también lo habían sido, pero se les desbrozó, se les abonó y hasta la entraña más obscura llegó el agua. Así se tornaron fértiles. Tampoco se excusaba diciendo que no había protección para la propiedad rural. Triste verdad que sirve hasta cierto límite para dar pábulo a la abulia nacional. Él había luchado contra todos, enfrentándose a veces con la misma autoridad. Batió enemigos grandes y pequeños: desde las alimañas y los cuatreros hasta las plagas tenaces que destruyen las hortalizas. El indio se conforma con un yucal y una ayotera en torno de su mísera champa; allí está su vida, su pasado, su presente, su porvenir. El penco se fatiga sembrando maíz y frijoles; toda su aspiración radica en los reales que traerá del mercado a cambio de los granos. En tan primitivas manifestaciones radica la actividad agrícola de la patria. Maneras rudimentarias que jamás nos llevarán a la prosperidad, mientras la entraña va quedando exhausta de jugos y los conquistadores avanzan sobre los agros feraces.

El Patriarca comprendía bien, que uno de los factores decisivos para la grandeza de Honduras, es la tierra. Hacía de ello más de veinte años, viviendo en el litoral del Atlántico, trató de impedir que las parcelas de Norte fueran, festinadamente, a las manos voraces de un trust. En aquella época aún era nuestra toda Honduras, pero la rapacidad de políticos, logreros, enchapados en el metal vil de traficantes sin escrúpulos, favorecía las pretensiones absorbentes de las compañías fruteras. El gobierno se encontraba débil; el país amenazado por una revolución. Llegaba el momento de los ofrecimientos ciegos para obtener apoyo en dinero y elementos. Cayó el orden imperante y la promesa fue cumplida. Sonó la hora de las concesiones que encadenaron para siempre la zona más fértil de nuestro territorio. Nadie hizo caso de las palabras de don Salvador. Enfermos estaban todos de una insaciable sed de oro. Ante el grito de los que viendo la realidad dolorosa comprendieron su error, la respuesta es cruel: “demasiado tarde”; y la culpa pesa sobre conciencias hondureñas.

El carácter de acero del Patrón se revelaba en aquella terquedad con que amaba sus parcelas. En el mundo no había nada que superase, para él, al valor de la tierra, despreciada por unos, incomprendida por otros, vilipendiada por los más. La tierra que constituye para nosotros el jalón inexplotado; la veta virgen de donde surgirán emporios. Mas, es preciso que el brazo entre en consorcio íntimo, tenaz, con ella; y vendrán, exclamaba don Salvador, los caminos de hierro tendidos sobre las cumbres abruptas; las metrópolis trepidantes; las escuelas luminosas y los puertos como enjambres; la prosperidad, el bienestar y la grandeza de la patria.

Quehaceres

Era día de intensa faena. Las garrapatas, fierecillas temibles que en la espesura se reproducen por millones de millones, estaban haciendo pedazos al ganado. El patrón ordenó un baño general de las reses. Fueron encerradas en el corral grande, todas aquellas que tenían las carnes flacas, succionadas por los bichos insaciables. Durante el día anterior, los campistas arrearon el ganado hacia la casa; no quedando ninguna res enferma en los potreros. Rodeado de su estado mayor, del que formaban parte Marco Tulio y Carlos, bajo las inmediatas órdenes de Juan José, ducho en la faena, el Patriarca se pasaba todo el día entregado con celo insuperable a defender las carnes y la sangre de su ganado contra la voracidad de aquellos minúsculos, pero temibles enemigos. Hablaba continuamente, daba órdenes, reprendía, atento a la labor. En los breves momentos de reposo, burlábase de Marco Tulio y de Carlos, recordando un episodio lejano que por su comicidad le hizo reír muchas veces. Cuando los jóvenes llegaron a Santa Fe, por primera vez, fueron víctimas propicias de la temible plaga. Andaban por la espesura, se introducían en el laberinto de los guamiles donde crece la “flor de garrapata”, y al volver al rancho llevaban en los vestidos y en la piel una infinidad de bichos. El martirio era horrible para sus carnes tiernas; el ardor de la epidermis producíales verdadera desesperación; parecía que en todo el cuerpo les enterrasen alfileres y pasaban las noches sin dormir, impacientes, febriles. Friccionábanse la piel con velas de sebo para aplacar el dolor; entonces el Patrón sentía honda lástima al verlos en situación tan triste, acudiendo a consolarlos con palabras valientes. Después reía a pleno pulmón evocando las caras mustias de los niños.

Los animales se dejaban limpiar pacientemente. Hasta los más inquietos van perdiendo el brío con la sangre que les roban los bichos. Un buen baño con el líquido garrapaticida los librará de la plaga y recobrarán el vigor. Transcurrido algún tiempo habrá que repetir la operación. El Patriarca contemplaba con orgullo satisfecho sus rebaños: estaban allí, las vacas lecheras, de inagotables ubres; los novillos de amplia testuz, los padrones, los toretes, ejemplares de holstein y de cebú, adquiridos por don Salvador, en su empeño de mejorar la raza.

Otro quehacer prolongado y fatigoso era el trasquilamiento de las ovejas. Después de varios años, la majada había llegado a ser numerosa. El padre del rebaño, un barbudo chivo, tenía una historia célebre. Cuando pequeño, acostumbraban los muchachos jugar con él hasta irritarlo. Se fue habituando a propinar cabezazos, que llegaron a ser formidables. Retrocedía varios pasos y luego, velozmente, se disparaba sobre las personas o los animales, golpeando con la dura testuz. Ni los mismos novillos resistían a veces los asaltos. Se hizo peligroso porque atacaba a mansalva con frecuencia.

Una vez fue víctima de su furia doña Laura; encontrábase en el patio dando maicillo a las gallinas cuando acertó a pasar el chivo: un segundo más tarde, la señora rodaba por el suelo, al impulso de un cabezazo irresistible, propinado a traición. Gritó pidiendo auxilio. Vino presuroso don Salvador y comprendiendo de qué se trataba, montó en cólera, sujetó al chivo de la lana y lo arrojó fuera del patio, lanzándolo como pelota sobre la travesía de madera.

Los muchachos, principales culpables de la belicosidad del animal, le daban guerra, dejándolo maltrecho y furioso con sus jugadas. Colocábanse detrás de un pilar del corredor y lo provocaban con un trapo. Irritado, disparábase el chivo sobre ellos y daba con toda la fuerza de su impulso ciego en el duro madero. Un día quiso Marco Tulio hacer la misma travesura con un enorme novillo, padrón de la hacienda, a quien había jurado castigar porque todas las noches rompía las trancas llegando hasta el corredor y desvelándolos con el ruido que armaba. Cara le salió la ocurrencia al joven y a punto estuvo de perder la vida. Toreado, el padrón atacó fieramente; para librarse de sus pitones formidables el muchacho buscó refugio en la cocina, atrancando sólidamente la puerta. El novillo cayó sobre ella, mugiendo sordamente y la hubiera derribado si no acude Juan José a sacar del apuro a Marco Tulio, atacando con una puya a la bestia enfurecida.

La majada era fruto de los esfuerzos constantes de don Salvador, que en sus primeros años de lucha se obstinó en el propósito de formarla. Había ya una cantidad fuerte de ovejas y de carneros merinos. Andaban bajo los pinos, balando medrosamente y dispersándose asustadizos al menor ruido. Oíase de lejos el retintín de los cencerros. De tiempo en tiempo los trasquilaban, reuniéndose muchas libras de lana blanca. Don Salvador hacía cálculos sobre las probables ganancias que en lo futuro le daría el rebaño al multiplicarse. Durante muchos años constituyó una de sus *manías*. Sólo la tenacidad que volcaba en sus empresas, pudo hacerlo en el transcurso de varios lustros opulento ganadero, además de rico terrateniente. Esa tenacidad que no sabía de un desmayo, de una retirada ni de una claudicación, forjó el emporio de Santa Fe, donde antes sólo existía una llanura yerma y una abrupta serranía. Casta que tiende a desaparecer para siempre, esa a la que pertenecía don Salvador Andino y que podía salvar a la patria de la maldad de los hombres civilizados y redimirla de la abulia que destruye como implacable carcoma, a la gleba rural.

La Amenaza

Justamente alarmado con las noticias que le traían los campesinos de los alrededores, acerca de las maniobras de la banda de Raudales, el Patrón creyó oportuno dictar medidas de prevención. Distribuyó armas y municiones a la gente de Jícaros Altos y El Hato, que eran los blancos probables de los merodeadores, señaladamente el último por constituir el foco ganadero. Ordenó la reconcentración de los campistas, durante la noche, a los mismos lugares y dio instrucciones a Fernando para que con los vecinos amigos de San Francisco vigilara constantemente las rutas por donde podían bajar del macizo de Vallecillo los cuatreros del “Tuerto”.

Juan José, su lugarteniente principal, le comunicaba los informes recibidos, desde los diferentes puestos de observación.

—Ayer vino Pancho Juárez. Dice que vio un grupo de la gente de Raudales pasando la Quebrada Angosta, al pie mismo de Vallecillo. Están bien armados y montan buenas bestias. Yo sospecho que ese condenado de Blas se prepara algo gordo, Patrón.

—Es posible Juan. ¿Qué hubo al fin de los Girón?

—Pues resultó tal como lo pensábamos, señor. Tenían la sacadera en un rancho de la señora Juana, haciéndola aparecer como fábrica de jabón. Sacaban trementina para despistar a las gentes. Pero el Inspector anduvo vivo y les echó el guante cuando menos lo pensaban. Les capturó el alambique, atados de dulce, mixto, doce botellas de refino y seis vejigas de cususa.

Pensaba don Salvador que la tarea de los inspectores para limpiar a la república de contrabandistas, es muy difícil. Multiplícanse las destilerías y el guaro clandestino hace bajar la renta del fisco. Los mismos encargados de velar por el cumplimiento de la ley, los mismos representantes de ella en el campo, los auxiliares, se dedicaban al negocio. No era cosa rara, puesto que en las ciudades, en la capital, existían, consentidas maliciosamente por las autoridades, muchas veces, fábricas de aguardiente clandestino.

El penco aprendió también a destilar. Los parásitos de las aldeas, que dejan transcurrir la vida en vergonzoso contubernio con la hamaca y la pipa y en divorcio jurado con las herramientas de trabajo, sabían obtener provecho de la

industria contrabandista. Así, existía en el territorio un gran porcentaje dedicado a disputar al Estado su rango de primer fabricante de guaro.

La amenaza de los cuatreros se fue haciendo más y más visible en el transcurso de los días. Poco más o menos una semana antes habían asesinado vilmente, después de desvalijarlo, a un *achín* paceño que venía con bastante dinero de la frontera salvadoreña. Por el Salto pasaron diez hombres del “Tuerto”, avanzadilla, indudablemente, del grueso de la fuerza. Una noche estaba el bueno de don Martín en su casa de Las Limas, cuando oyó tropel de gente montada. Salió corriendo a ocultarse en el monte, armado de su winchester. El claro de la luna le permitió distinguir más de seis bultos enfrente de su casa, bajo los naranjos del patio. Un nubarrón ocultó la luna y no vio nada más. Cuando el satélite aparecía nuevamente encima de los ocotes, los hombres habían echado pie a tierra. Hasta él llegaron sus voces.

—¿Dónde tendrá este viejo metido el ganado?

Entonces comprendió don Martín por qué los salteadores no habían forzado la puerta. Andaban en busca de reses. Pero el antiguo soldado de Vásquez era muy ladino y no permitía sorpresas. Desde quince días antes, encerró sus cuarenta animales en uno de los potreros de don Salvador. Oculto en el espeso guamil, bajo el follaje denso de un arrayán, don Martín reía sigilosamente del chasco que se acababan de llevar sus enemigos. Al mismo tiempo que veía sus cataduras siniestras, escuchaba sus alteradas voces, irritados por el fracaso sufrido. Alguien gritó:

—Y diay «Renco»… ¿por qué no nos vamos?

—Pues nos iremos ya, «Alcaraván»… aquí no hay ni cuernos.

—Este viejo nos ha trabado. Lo peor es que el «Cabo Emeterio» se va a poner como un tamagás si no llevamos nada.

—¡Bah!, que se deje de bullas. Si a mí me dice algo, lo despacho. ¡Al que me alce la voz se la apago y al que me suba la mano se la bajo a tiros!

—Roncas, hombre… esas son roncas.

En los alrededores eran bien conocidos los principales lugartenientes del “Tuerto”. Almendares dio al Patrón un informe detallado de los hombres que andaban con aquél. Don Salvador conocía a muchos. Varios eran de Miraflores y él tuvo ocasión de reprenderlos por haraganes. Después buscaron el mal camino. Los que desde jóvenes daban muestras de chapuceros, seguían por allí e iban a parar en cuatreros o en contrabandistas. Hacían temporadas en la capital, alojados en la Penitenciaría, retornando a su misma vida, después de algunos meses de ausencia. A veces alguno se quedaba allá cargando una cadena enorme y trabajando en obras públicas.

El que llamaban «Alcaraván», por su rara semejanza con la zancuda que puebla los valles, era de San Francisco. El Patriarca lo tuvo a su servicio, pero lo despachó luego, por amigo de ajeno. «El Renco» era de Comayagua, malhechor peligroso por su astucia nativa y sus hígados negros. Sin embargo, él y el “Prieto”, con ser tan hombrones, no se encaraban con “El Cabo Emeterio”, segundo de la cuadrilla, indio graciano que los tenía a todos a raya. Valiente hasta la temeridad, como son todos esos representativos de la estirpe aborígena, el “Cabo Emeterio” habíase conquistado los galones de coronel, batiéndose en las líneas de fuego de la montoneras que se verificaron en el lapso de quince años, en el sector occidental de la república. En una ocasión avanzó a machete una ametralladora. Diezmado por el fuego de aquella, el grupo de indios logró llegar hasta donde estaban los artilleros. Todos éstos quedaron exánimes junto a la pieza y Emeterio, cargando la máquina, aún caliente y humeante, fue a entregarla a su jefe. Su vida había transcurrido en medio de los azares de las revoluciones, en los cuarteles o a salto de mata, cuando los hombres no se mataban locamente por las serranías. Gozaba entre los merodeadores de una fama terrible y de ahí el respeto que se le tenía. Como el “Tuerto” acabó por imponerse sobre aquella caterva de bandoleros. En el seno de la pandilla se suscitaban de tarde en tarde, agrias rencillas por el botín, que a veces terminaban sangrientamente. Pero, después del jefe, el “Cabo Emeterio”, cogía la parte del león y ¡ay del que chistase! andaban siempre con él, un curarén y dos texíguats, que a la menor señal le hundían los corvos a un cristiano.

“El Prieto”, otro de los que gozaban de mayor confianza con Raudales, era de Aramecina y andaba prófugo de la justicia. Fernando Almendares los conocía a todos. Hablando con el Patrón, le decía:

—Vea don Salvador, se me ha clavado en la mollera que aquel indio de Blas Ponce es quien azuza al “Tuerto” para que le caiga encima a usted. Ese hombre Blas es peor que una cascabel. Hay que cuidarse mucho.

Blas Ponce era enemigo acérrimo de don Salvador por varios motivos: en cierto litigio de tierras se había propuesto, con la ayuda de un abogado, poco

escrupuloso, dejar a unos infelices aldeanos sin una pulgada de cerro. Hubiérase salido con la suya; mas, indignado ante la injusticia que se iba acometer con los pencos, intervino el Patriarca. Y el fallo fue adverso a las pretensiones de Blas. Primer motivo para odiar a don Salvador. Segundo motivo: el hacendado consiguió que fuera suprimido, temporalmente, hacía algunos años, el estanco de Miraflores. Blas era entonces el propietario y jamás le perdonaría a don Salvador Andino. Se sabía que Ponce, después de cometer un robo y un asesinato, habíase marchado a incorporarse a la banda de Raudales. Las suposiciones de Fernando eran, pues, muy bien fundadas.

"El Tuerto" no confiaba todavía en la fuerza de su pandilla para atreverse a dar un golpe tan audaz como era atacar la Santa Fe. Blas Ponce lo estaba persuadiendo a que lo intentara. Día a día y como gozaba de la confianza del jefe, aquel le hacía ver la riqueza de la hacienda y el cuantioso botín que se ganaría. Pedro Raudales no osaba. Sentíase temeroso de la resistencia que le opondrían. Aquello sería una provocación directa a la autoridad. Le echarían encima grandes tropas. Esperaba… esperaba y en tanto, preparábase.

La llama eterna

"La tarde se apaga y abajo la aldea
blanquear entre sauces y pinos se ve;
rebaños que bajan al valle, vadean
el río que lame del monte los pies…"

Estaban solos en la inmensa paz de los campos, gozando la delicia inefable del crepúsculo. A sus pies se extendíase la sabana verdeante y ondulada; más allá el pinar y sobre la masa uniforme las crestas azules de las montañas, desvanecidas en la tenue claridad del atardecer. En el aire frío, debilitados por la distancia, llegaban hasta ellos ruidos familiares: el bramido de los toros, la voz metálica de las esquilas, el glú-glú de las fuentes recónditas. De abajo subían hacia el cielo espirales de humo: era el momento en que se aderezaba el sabroso yantar. Carretas tiradas por bueyes de paso mesurado iban por los senderos. Habían subido a una pequeña meseta y sentados en un tronco de roble dejaban fugarse el tiempo, absortos en la paz de la tarde y en la felicidad de que disfrutaban.

Como la Ruth moabita, María abrió su corazón al amor de Marco Tulio. Booz joven espigó en los trigales de su adolescencia blonda y fragante. Habíanse conocido en la riente amanecida de sus existencias. Cuando niños jugaron bajo el alero de la vieja casona de Santa Fe. Vagaban descalzos por los senderos húmedos de rocío; a lo largo del torrente, bajo los liquidámbares y los sauces o a través de los pinares. Subían a los árboles a coger nidos de chorchas; bañábanse en los remansos tibios, a la sombra de los arrayanes; iban por los caminos blancos, sueltos los cabellos, ligero el paso, errante el pensamiento. Recogían caracolillos rosados de los arenales del río y olominas plateadas que arrastraba la corriente. Se les veía correr sobre las sabanas sin límites, alfombradas de margaritas silvestres. Inseparables, formaban parte, con Carlos, de los corros de niños que durante las primeras horas de la noche, al amor de la lumbre, jugaban pisi-pisi-gaña, cucumbé y a la gallina ciega. Más tarde, dormían plácidamente en los vecinos lechos; medrosos en las sombras nocturnas, temblando cuando hería sus oídos el aullido taladrante de los coyotes, o rasgaba el espacio el grito de las lechuzas, pleno de malos augurios o se oía claro en la quietud el canto del estiquirín. ¡Estiquirín cucú! ¡estiquirín cucú! Y los niños haciánse más pequeños en sus camitas porque el estiquirín, que tiene cara de gato y se posa en las ramas de los cercanos ocotes, es un perverso animal; lo mismo la lechuza, ave siniestra que se roba los recién nacidos y que anuncia en los hogares la visita de la muerte.

Eran niños aún, cuando le tocó a Marco Tulio demostrar que no en vano habíase criado sumergiendo su cuerpo elástico en la onda azul del río, ejecutando

una acción heroica. Había ido María a la poza de “El Ajoquín”, en unión de otras pequeñas. La poza era traidora como ninguna; grandes remolinos se formaban en el centro de ella, producidos, según la tradición lugareña, por una enorme serpiente acuática que estaba continuamente allí. Ignorando eso, maría se introdujo en la poza; un instante después sentíase arrollada por la corriente y las demás chiquillas, viéndola agitar los brazos con desesperación, dieron grandes voces pidiendo socorro. Marco Tulio andaba cerca, apacentando la majada de don Salvador, que ya iba formándose y a los gritos acudió presuroso. Sin vacilar un segundo lanzóse al agua y rescató la vida de la niña.

Los tres marcharon a la capital. Ella al internado de un colegio de salesianas, donde vivió entre el triste marco de cuatro paredes, varios años de su adolescencia, tan llena de sol anteriormente. Los muchachos se desarrollaban en los bancos del Instituto Nacional y de la Universidad, mientras María, más crecida, pasaba del colegio salesiano a la Normal de Señoritas. Por ese tiempo, Marco Tulio, debilitado con la vida despreocupada de la ciudad, buscó el milagro vigorizador de la Sierra. Desde entonces no se habían visto hasta el día en que lo sorprendieron, como un pastor rústico, arriando el medroso rebaño. En los meses subsiguientes y bajo el poder fascinante de la evocación, sus corazones se compenetraron unidos por un afecto tierno e indisoluble. Fogoso e inquieto, Marco Tulio encontraba en el amor de María la placidez de un remanso escondido bajo el follaje umbrío; y en el cual se aquietaba la febril excitación de su ser, desconcertado de vida, de juventud loca y de morbosas lecturas. Era un amor sin complicaciones. Sentíase él acariciado por la mirada serena de aquellas pupilas donde había tanta luz, tanta dulzura, tan inefable paz. En el horizonte se esfumaba la línea azul de la Sierra y llegaba de la campiña, en la tarde apacible, la música de las esquilas y el borbotar de los recónditos manantiales.

Huéspedes

Era día de gran trajín en la Santa Fe. El Patriarca tendría huéspedes muy pronto. Por teléfono avisaron de la capital que llegarían a permanecer varias semanas en su heredad, el doctor don Antonio del Castillo y el ingeniero don Luis Estrada. Los dos eran amigos íntimos de don Salvador, camaradas de estudios en el colegio “Espíritu del Siglo” y de luchas políticas más tarde, durante prolongados lapsos.

Muy mañanero estaba el Patrón dando voces en el corredor. Llegaron varios campistas conduciendo el “Rocío”, el “Moro”, “Aramís” y otros caballos. El amo llamó fuertemente en la puerta del cuarto donde dormía Marco Tulio y Carlos, diciéndoles:

—¡Arriba pelmas! Ya es hora de estar en camino.

En un abrir y cerrar de ojos los caballos estuvieron listos. Cabalgaron hacia Miraflores al encuentro de los visitantes y al mediodía arribaron al villorrio donde esperaban ya el doctor y el ingeniero. Don Salvador abrazó cordialmente a sus viejos amigos y después del almuerzo pusiéronse en camino, rumbo a Santa Fe.

Era Antonio del Castillo, un hombre alto y enjuto; cabello entrecano, viva la mirada que clavándose en la lejanía, parecía que iba a penetrar los horizontes; morena la tez, expresivo el gesto; abundante, un poco lírico, el verbo. Parecía joven, porque siempre se afeitaba, pero podía frisar en los cincuenta años. Doctor en leyes, político de relieve dominante, figura magnífica en el escenario de la vida pública por sus méritos firmes y verdaderos; orador distinguido, periodista medular—del Castillo había sido uno de los compañeros de luchas, amarguras y victorias que gozaba de la robusta amistad de don Salvador Andino, porque fue siempre leal y denodado en los momentos álgidos.

El ingeniero Estrada era, como don Antonio, compañero de juventud y de luchas del propietario de la Santa Fe. Hombre sensato, metódico y honorable, guardaba hacia el que fuera antaño glorioso caudillo, retirado voluntariamente a su rincón campestre, un cariño aquilatado en admiración profunda. Ambos venían a la heredad, ansiosos de gozar algunos días de reposo, lejos de la trepidación continua de la vida urbana.

—Hacía tantos días que no veía a don Salvador —exclamaba del Castillo— y apenas ha cambiado, hombre. Más robusto ¡pero mucho más robusto! a medida que nosotros perdemos carnes en aquel hervidero de pasiones y de mentiras de la capital, usted aquí se pone cada día más fornido.

—Tiene razón. En Tegucigalpa no estoy en mi centro. Me siento como en el vacío. Aquel maremagnum de intrigas, de crímenes, de falsedades, me descomponen la cabeza. Para mí nada hay superior al campo. Aquí me considero completamente satisfecho.

El pasado aparecía, borroso ya, después del tropel de acontecimientos que fueron sucediéndose sin cesar. Muchos les parecían falsos. Acaso nunca se realizaron y no eran más que un engaño de la memoria. Otros revivían con tanta precisión en los detalles, que crecían estar viviéndolos. Días de ansiosa expectativa, lleno el corazón con la esperanza de un triunfo; conturbado a veces con la posibilidad del fracaso. Horas de duelo, de sangre, de combate. Horas en que la vida se despilfarra con un gesto de soberano desdén. Pasaba ante ellos las asambleas tumultuosas donde se cruzan apóstrofes encendidos en ira; los clubes políticos, las manifestaciones disueltas a tiros, los periódicos agresivos y desafiadores, las tribunas en las boca-calles. Y luego, corolario fatal, la peregrinación de millares de ciudadanos en busca de las fronteras; la muerte anónima de muchos, fusilados por las escoltas en los graneros donde habían buscado refugio; las tremendas jornadas a pleno sol canicular, sin agua, sin alimentos, huyendo de los pueblos y de los retenes; los combates en la serranía, el rugido del cañón, el tac tac de las ametralladoras, los asaltos a machete… Todo un poema en bronce. Toda una historia de barbarie y de sangre, pero también de heroísmo y de pasión.

Las convulsiones populares desfilaban ante su recuerdo trayendo un sordo eco de marejada en el que se oían aullar a los chacales del mal, del crimen, de la perfidia, de la traición, pero en el que también se escuchaba el rugido de las iras santas y de las rebeliones necesarias. Bravura ancestral, sangre que palpita locamente en la arteria, lealtad, sacrificio anónimo, grandeza sin palabras, héroes ignorados, mártires obscuros, caracteres tallados en mármol, de todo eso hay en la escultura formidable de nuestra historia. Crimen, miseria moral, escoria, pequeñez, lodo también, desgraciadamente.

Ellos sabían. Ellos habían vivido aquel poema broncíneo. Ellos habían luchado en medio de la tempestad, arrollados algunas veces, derribados otras; saltando encima del oleaje embravecido; arrastrados fatalmente algún día, quizás sin desearlo, por la corriente turbia y cenagosa. Habían sido el grano de arena que multiplicado infinitamente constituye el gran edificio de la nación. Sus caídas, sus errores, sus culpas eran los de la colectividad, desorientada en sus anhelos de

mejoramiento. Pero siempre, en los errores, en las culpas, en las responsabilidades y en los aciertos, ellos figuraban en la casta de los sinceros, de los buenos, de los desinteresados, frente a la clase espúrea de los traficantes, de los perversos y de los falsarios.

Del Castillo pertenecía a una especie de políticos, rara en Honduras, que puede llegar a ser, en lejano día, la médula del organismo nacional. Era, como aquel personaje joven de Los Miserables, una naturaleza celebrante y militante. Sobre el tumulto de los sucesos cotidianos avizoraba la hora del alba. Su tema predilecto era el progreso por la evolución. Este modo de pensar no significaba un obstáculo cuando para alcanzar el ideal se hacían precisos los combates y los sacrificios. En medio de las mayorías egoístas y miopes que con su peso influyen poderosamente en el dinamismo de los sucesos, encuéntranse reducidos núcleos de hombres que luchan y se cubren de gloria o soportan estoicamente el cieno que les arroja la turba, pensando en un mañana de engrandecimiento y de bienestar. Hombres para quienes no constituye la pitanza un estímulo u objetivo, si no que sobreponen un ideal a sus humanos apetitos. Esa especie rara de políticos es la que sacrifica los intereses momentáneos de su grupo en aras a la felicidad nacional. Es la que no compromete la soberanía, ni la integridad patria para llegar, a toda costa, al logro de sus intenciones. Del Castillo era uno de esos hondureños que prefieren malquistarse con el pueblo, gritándole sus vicios, a conseguir prestigios adulándolo. Uno de esos hondureños que claman por el alfabeto, el patrimonio, la protección de los bienes. Enemigo de la siesta, de la inercia, de la pereza campesinas, lo mismo que de la empleomanía, el oropel y el equilibrismo político de la masa urbana. A veces, del Castillo era tenido por un soñador ¡Hablaba él de sucesos tan imposibles, de empresas inauditas, de locuras! ¡Hablaba de paralelas de hierro tendidas sobre los abismos; de puentes encima del rugidor torrente; de granaderos repletos, de lotes cultivados, de ciudades y aldeas sin anófeles y sin tricocéfalos! ¡Era un hombre todo entereza y todo pensamiento!

Cuando las gasas sombrías de la noche iban encortinando las altas guirnaldas del pinar, arribaron a Santa Fe. Esperábales ya el yantar aderezado por las manos expertas de doña Laura.

Los huéspedes cumplimentaron debidamente a la señora y después de una amena plática en el corredor, se retiraron a las habitaciones que les habían sido preparadas de antemano.

La Heredad

¡Tierra hondureña! Madre nuestra plena de gérmenes, caliente da savias, húmeda de jugos, fecunda en pólenes, estremecida por millones de vidas en embrión. Tierras de Honduras: barro y cantera, llanura y serranía, peñasco y talpetate. ¡Madre nuestra! Ved allá, a cientos de leguas más lejos de donde se agitan aquellos cogollos de pino: en el extremo sur está el Golfo, maravilla suprema del huerto. El oleaje se rompe contra los acantilados de las islas o expira con sordo murmullo en los manglares donde las garzas son la pincelada blanca en la acuarela. Si dejáis a vuestras espaldas los enormes farallones de nuestras cordilleras, encontraréis, frente a vosotros, los volcanes de Cuscatlán. Allá la línea vaga de la costa nicaragüense con la mole del Cosigüina; más lejos el océano donde se borra el índice de las velas… ¡el infinito! Marchad sobre la carretera ¡tierras bajas! ¡llanuras muertas del sur! El resistero os trastorna la cabeza; las criaturas llevan en los ojos esos soles que calcinan. Abismos y mesetas y más mesetas y más abismos. Frente a vosotros aparece; sombría, fragante, musical, la muchedumbre de los pinares ¡muchedumbre polifónica, polirítmica, blonda, inquieta, estremecida, crujiente! ¿Habéis visto un ocotal cuando los primeros rayos del sol se esparcen sobre la tierra? ¿Habéis visto un ocotal durante el crepúsculo vespertino, en los meses de frío? Un bosque de pinos verdes bajo el cielo ocre. ¡Y bajo los cielos violeta, bajo los cielos de índigo y añil, bajo los cielos de púrpura en que el véspero brilla! ¿Habéis captado la inmensa poesía que emana de esos gigantes vestidos de trepadoras y de los núcleos de pinos jóvenes, emperifollados de tiernos cogollos?

Los ocotales cubren distancias enormes: de sur a norte, de oriente a occidente, de occidente a norte; de las alturas en cuyo seno se esconde el prodigio del Yojoa hacia los picos de Intibucá; rodeando valles, ríos, aldeas y ciudades, hasta las tierras del sur y los cerros de oriente y las llanuras vastas de Olancho, sobre el corazón de la Mosquitia virgen. En el centro están los predios de Tegucigalpa: serranías, altiplanos, bajíos y crestas desnudas; los valles de Comayagua; las llanuras de La Paz; extendiéndose al pie de los macizos andinos y fecundadas por innumerables vertientes; las fértiles parcelas de Yoro, que ambiciona el conquistador. Huertos y predios fragantes del Oriente; montañas inexploradas del sector occidental; agros fecundos de Copán y Santa Bárbara; rincones ignorados del lejano Ocotepeque y zona pujante, incansable, maravillosa, del Norte. El dorado que pudo colmar nuestros arcones, pero que pasó a manos de extrañas por nuestra imprevisión y nuestra miopía. Y más allá, en el Atlántico, los jardines de las Islas.

¡Esa es tu Heredad!... ¡tu heredad, intelectual; tu heredad, obrero; tu heredad, campesino! Pletórica de bosques, regada por innumerables torrentes. ¡Tu heredad, que muestra a los ojos asombrados del viandante la riqueza de sus maderas preciosas, de su hulla blanca; de sus agros que esperan la simiente; y

que esconde en el subsuelo, en la entraña obscura, las vetas codiciadas del oro, la plata, el hierro…! ¡Esa es tu heredad, campesino, obrero, intelectual; tu heredad que no habéis aprendido a amar; tu heredad que debéis defender y conservar!

La Visión

Excitándose más con la magia de sus propias palabras, el soñador continuó:

—Imaginad ahora ese territorio cruzado con líneas férreas y carreteras; enlazado por puentes. Imaginad las parcelas, llenas hoy de malezas, cultivadas mañana; rotas por el arado las tierras prometedoras; grávidas con la simiente; húmedas con el agua que corre por las acequias. Imaginad esa inmensidad de tierras baldías dando periódicamente sus cosechas. ¡Las vegas sembradas de legumbres y de cereales; caminos en el seno de la montaña y escuelas hasta en el último rincón del huerto; maestros rurales, protección al agricultor, mercados abastecidos, graneros repletos, hogares felices y la raza fuerte y sana, optimista y dinámica!

Del Castillo tenía ante sus ojos la visión portentosa de nuestra Honduras, el día en que el progreso no sea una quimera, la libertad una mentira, la soberanía una ilusión, la enseñanza una farsa, la obra administrativa una cadena de entuertos. Esa era la Honduras acariciada en sus nobles sueños de patriota; a la que había consagrado el ímpetu de su juventud y la experiencia de su madurez. Don Salvador anhelaba también una patria así. En el corazón fuerte y sano de aquellos dos hombres forjados en moldes superiores se hundía la espina de un dolor acerbo ante el espectáculo de la patria, desangrada y triste por su viacrucis. Ambos la amaban con esa ternura inquebrantable, honda, callada, propia de los fuertes. Sin lirismos ni teatralidad. Por el implantamiento definitivo de las instituciones libres habían expuesto sus vidas, derramado su sangre y soportando el ostracismo. Una convicción siempre honrada, aun en el mismo error, los llevó a las trincheras y a las mazmorras. Por eso tenían ellos, más que muchos de sus compatriotas, que se escudan en un patriotismo barato, el derecho de aplicar el cauterio a las llagas que están contaminando de pestilencia la nacionalidad entera. Y lo hacían sin miedos ni contemplaciones. Cuando la hiel de sus decepciones, sedimentada en el alma, subíale a los labios, exclamaba el Patriarca:

—Esos hombres me dan asco.

Su anatema caía, semejante a un latigazo, sobre la caterva de especuladores de la política; sobre los traidores; sobre esa masa amorfa de individuos que en el seno de la colectividad viven y prosperan gracias a la facultad que les fue concedida, en buena hora para su provecho, de transformarse rápidamente conforme a las mutaciones del escenario. Don Salvador los odiaba con toda su alma. Aquella sangre, que como impetuoso torrente bullía en sus

arterias, enardecíase recordando la pequeñez moral, la abyección, de un gran porcentaje de sus connacionales. Él no pudo acostumbrarse jamás a la existencia parasitaria que hacían tantos señorones flamantes del mundo político o social. Su corazón fogoso amaba la libertad de los campos, la serranía áspera, el barbecho húmedo, las sabanas sin límites, los ocotales grandiosos. Había en su estructura algo de la fibra del llanero, centauro de las selvas americanas. No se resignó a la vida de la capital, donde forzosamente tenía que sujetarse a convencionalismos absurdos. Celoso de su libertad prefirió conservarla en las rudas faenas del campo, antes de perderla, día a día, con pequeñas o grandes claudicaciones morales que el ambiente hostil amenazaba imponerle.

Más reposado que el viejo revolucionario, del Castillo era un observador atento de los sucesos. Su mirada escrutaba en ellos investigando la razón sociológica, histórica, económica, en una palabra: científica. Sabía que nuestra barbarie no se debe a éste o aquel personaje; a éste o aquel partido; a éste o aquel acontecimiento, sino que es resultante de una multiplicidad de factores, donde el elemento individual entra tanto como el colectivo y el externo como el interno. Don Salvador disfrutaba de solaz oyéndolo disertar y a veces, ratificando en voz alta sus meditaciones, exclamaba:

—Hombres así, nos faltan en este país.

Milagros de voluntad

Sobre el pinar caía, lentamente, la noche. Empezaban a brillar, muy arriba, las estrellas y muy abajo, los cocuyos. Llegaban rumores vagos: balidos de ovejas, mugir de toros. Por el camino ancho, frente a la casa, desfilaba la novillada en busca de los aposentaderos. Sombras furtivas se borraban en la naciente penumbra. Fulguraban, un poco lejos, las chispas de una hoguera. Desde los ribazos venía en ondas intermitentes el concierto de las ranas y el sordo gemido de las aguas.

Don Salvador y sus huéspedes, pasada la cena, habíanse quedado en el corredor, para gozar del plenilunio. En el jardín, en medio de las dalias y los tulipanes, María y Marco Tulio disfrutaban de la belleza fascinante de la noche que iba cobijando las serranías calladas. Sonaban las notas hondas de una guitarra.

Enorme apareció la luna bañando con su tenue claridad la masa inmóvil del pinar. No era la luna roja de los meses en que la llamarada de las quemas arde en los bosques. No era la luna amarilla y gélida que viene inmediatamente después de aquella. Era luna blanca, luna buena de las noches inolvidables en que el rostro de una mujer se queda gravado en la memoria.

El imponente espectáculo había tocado una de las fibras más sensibles en el alma de del Castillo. Don Salvador aprovechaba su permanencia en la hacienda para disertar con él acerca de los problemas nacionales, que lo traían siempre caviloso; y con auditorio tan selecto como era el que Formaban el Patriarca y el Ingeniero Estrada, el visionario cogía alas.

—¡Qué belleza de noche! Imaginar que vivimos en un país tan hermoso y que en él somos pordioseros. Nuestra situación precaria es un verdadero contrasentido en medio de la lozanía del terruño. Nuestra miseria, nuestro pesimismo, nuestras debilidades, nuestra tristeza, no concuerdan con la insólita esplendidez del huerto solariego. Y todo esto se debe quizás a que nos sucedió lo que aquel verso de Manuel Machado. ¡Quizás nuestra voluntad murió en una noche de luna como ésta! Las razas fuertes desaparecieron llevándose al misterio el secreto de su audacia luchadora. Se hundió en la noche la casta de bronce, la estirpe aborígena de los grandes imperios. Su nostálgica memoria vive en las pirámides de la extinta Tenochtitlán, en las terrazas de Uxmal, en los monolitos de Copantl. La fibra bravía de los conquistadores quedó grabada en el ábside majestuoso de las catedrales. De la primera aún vibra la nota melancólica, el dolor del vencido, la resignación sombría del que acepta su destino, en el yaraví, la quena y el hondo cantar de la antigua marimba. Gente nueva pobló las mesetas,

las serranías y las llanuras. Mas, doloroso resulta confesarlo, esa gente no ostenta el vigor que tuvo la broncínea estructura de la raza aborígena, ni la audacia emprendedora de los invasores blancos…

El verbo magnífico del evocador hacía desfilar, bajo la gloria del plenilunio, las soberbias figuras de la preconquista. Iba la procesión de los incas adoradores del Sol, nietos de Mama Ocllo y Manco Cápac, conduciendo en regia litera al último monarca, Atahualpa, hijo de Huaina Cápac y vencedor de Huáscar cuando las huestes de Calicuchima y Quisquis desbarataron el ejército del heredero legítimo del trono en la batalla de Quypaypampa. Iba el cortejo deslumbrante sobre el camino del Cuzco a Cajamarca. Pasaban los hierofantes, erguidos y sacros, con un sol de topacios y esmeraldas brillando en el gran manto; venían los guerreros de piel cobriza, portando sus duras macanas y escudos; las núbiles vestales y los músicos que hacían vibrar en la atmósfera el son marcial de los atabales, el tun y las chirimías. Resucitaba el pasado más lejano: el génesis, los albores: Manco Cápac estableciéndose en la altiplanicie de Tipitapa; Valum Votán conduciendo su tribu a la meseta donde se construyó Nachan, capital del imperio Xibalbay y rival de la soberbia Tula de los nanuales mandados por Quezalcohuatl; la blanca Comizahualt se convertía en nube y Topilzin Axitl fundaba el reino de Payaquí con la fastuosa Copantl. Quichés y zutuhiles se consumían en una guerra sangrienta que tuvo por origen el robo de dos princesas. Morían Balam Acab y Zutuhilepop; Mancotah y Ruxmal Ahaux heredaban el odio de sus padres y la sangre se prodigaba todavía más. Era la pugna homérica de las murallas de Ilión, en tierra americana.

Transcurrieron siglos, milenios quizás. En las terrazas de Nachán y de Tula habían mármoles y pórfidos; tesoros fabulosos en los palacios de los emperadores aztecas; maravillas de arte en el reino Payaquí; en Tecpán Guatemalán. Cuando los ríos caudalosos como el Xequijel no se teñían con la sangre de los caídos en el campo de batalla, los músculos férreos, para descansar del peso de la maza, empuñaban la herramienta agrícola; y así, feliz, laboriosa, libre, vivía la raza de bronce en el vasto continente.

Los fundadores, ya se llamasen Valum Votán, Manco Cápac o Topilzin Axitl les habían ordenado cultivar la tierra, legándoles el secreto para volverla fértil y obtener buenas cosechas. Mama Ocllo enseñó a las mujeres de su tribu el arte de hilar y tejer. Y la raza dio monarcas laboriosos como Zinchi Roca; monarcas guerreros y conquistadores como Roca Yupanqui y Maita Cápac; Cápac Yupanqui construyó canales de riego para fecundar la tierra; Inca Yupanqui dejó hechos grandes acueductos; Pachacútec y Huaina Cápac fueron hábiles caudillos y notables reyes, lo mismo que, al norte, Kikab llamado el Grande; el inmenso rumor de las selvas vibró en la canción de Netzahualcoyotl y al través de los siglos aún se conserva memoria del calendario azteca.

Pero un día, aquel hombre a quien tenían por sabio los locos y por loco los sabios, salió de la Rábida, empujado por Marchena y fue por los caminos de la vieja Europa, tal un alucinado, con la grandeza portentosa de su sueño. reían los doctores, fruncíase el ceño de los monarcas, la plebe lanzaba procaces dicterios. Al fin, el sol de una mañana iluminó el velamen de la Niña, la Pinta y la Santa María. El sol jocundo del trópico alumbró en otra mañana gloriosa, después de muchos días, ante los ojos atónitos de la ruda marinería, la costa americana de Guanahaní. Un torrente humano arrollador e incontenible desbórdose de los puentes de mil carabelas audaces. Llegaron hombres aguerridos, nietos de los guerreros que pelearon a las órdenes de Viriarto, contra las cohortes romanas. Después del Almirante que dejó su huella en la costa tropical, soñando con Cipango y de Martín Alonzo Pinzón, el piloto egoísta y diestro, el mar arrojó oleadas humanas sobre las tierras vírgenes: Alonso de Ojeda, Américo Vespuccio y Juan de la Cosa, pisaron tierra venezolana, en las vastas márgenes del Orinoco; Vicente Yáñez escuchó el formidable bramido del padre Amazonas; Rodrigo de Bastidas, del impetuoso Magdalena y Juan Díaz de Solís, del ancho Plata. Vasco Núñez de Balboa, tomó posesión, en nombre de Castilla, del mar Pacífico; Fernando de Magallanes cruzó el estrecho, en la punta meridional del continente y Francisco Hernández de Córdoba y Juan de Grijalba descubrieron costas mexicanas.

El choque entre la gente aventurera que clavaba en la tierra nueva al pendón de Iberia y la cruz cristiana, con la raza de bronce, fue formidable a veces: pelearon los españoles con los tlascaltecas de Xicotencatl y aunque murió Velásquez de León; aunque Alvarado y Sandoval se vieron forzados a huir; aunque lloró en una noche negra el Gran Capitán, la metrópoli, la Heliópolis, Tenochtitlán, cayó al fin cuando el último puñado de sombras que le defendían se abatieron bañadas en su sangre de leones. La perfidia de Valverde desarmó al Inca Atahualpa; y hubo de esculpir Cuauctémoc sobre el mármol de la historia su apóstrofe de fuego; y hubo de morir Caupolicán, en el suplicio; Lempira, en el peñón; Tecum Umán, en el campo ensangrentado; Atlacatl, en medio del combate. La pólvora, los caballos, la táctica militar, dieron la victoria a la cruz. El símbolo del catolicismo eclipsó el sol, antaño deslumbrante, que adornaba el manto regio de los grandes sacerdotes y el pendón de los conquistadores flameó sobre la tierra sojuzgada. Desfilaban éstos con sus portes marciales, vestidos de hierro, duros, altivos, homéricos: Cortés, Pizarro, Almagro, Valdivia, Jiménez de Quesada, Benalcázar, Alvarado, González Dávila, Olid. —La epopeya se agigantaba al desvanecerse en la bruma de las edades remotas. Surgió sobre la cálida tierra, hecha de barro americano, de sangre india y española, la nueva raza. La simiente fructificó y aparecieron los brotes en todas partes. La casta de bronce fue extinguiéndose poco a poco— melancólica, nostálgica, vencida, tal una procesión de sombras fugitivas en la penumbra de un crepúsculo vespertino…

—Y se fue —concluía del Castillo— se fue sin dejarnos el secreto de su grandeza. No somos como el indio, valeroso, fuerte y heroico. No somos tampoco como el conquistador, audaz e indomable que venció al indio. Ambos fueron superiores a nosotros. Nos faltan la fe, la iniciativa, el tesón de los invasores. Nos faltan así mismo el valor estoico, la abnegación, la fibra de los aborígenes. Éstos edificaron ciudades grandiosas llenas de maravillosos palacios. Aquéllos levantaron, piedra sobre piedra, como un reto al cielo que contempló mudo los sacrificios humanos, el portento de sus catedrales enormes. Y nosotros… ¿qué hemos hecho nosotros? ¿Somos dignos de aquellas razas? La voluntad de unos y de otros hizo milagros; pero en las obscuras teogonías no descubrimos nosotros el secreto. Y el sol de los tiempos heroicos se apagó en el horizonte.

La luna ascendía enorme, blanca, como un loto fabuloso.

Tragedias aldeanas

Dos sucesos dolorosos conmovieron a los habitantes de la Santa Fe: la muerte del primogénito de Braulio y un hecho sangriento del que fue protagonista uno de los mejores campistas de don Salvador.

El fruto de los amores de Braulio enfermó de un mal desconocido e implacable. *Le habían hecho ojo*. Inútiles fueron los remedios que se le aplicaron para salvar su vida. Pensando si sería *empacho* se trajo de Miraflores a la tía Juliana, sobadora que poseía un renombre bien ganado por sus curaciones casi increíbles. Pero el rorro no mejoró. La hierbabuena, la manzanilla, la ruda, la manteca de altea, el aceite de camibar, los sinapismos de linaza, los faumentos, el apasote, toda la farmacopea aldeana se agotó en vano. Transcurrían los días y el pequeño languidecía más. Se moría. La madre, desesperada, daba gritos junto al tapesquito, exclamando:

—Mi le han hecho un mal. Virgen Santísima… ¡que no se vaya el angelito!

Braulio sólo cortaba aquella especie de mudez que le había producido la realidad brutal del hecho, para decir:

—Qué se hace, mujer. ¡Qué se hace! Sólo el finado Pantaleón podía sacarle ese mal. Yo lo vide hacer lo mesmo con otros. Pero ¡qué se hace!

El finado Pantaleón tuvo en los alrededores fama de brujo. Estaba *empautado* con el diablo. Sabía preparar con raíces y hojas cocidas los brebajes infernales. Poseía oraciones para todo lo que fuese necesario: oraciones para enloquecer de amor a los hombres y rendir a las mujeres; oraciones para hacer dinero, para contrarrestar las granizadas, para que las nubes cogieran agua cuando la canícula amenazaba prolongarse. Conocía también el secreto para *trancar* las escopetas. Era el finado Pantaleón uno de esos hombres capaces de hablarle a un muerto. Así como poseía los misterios de la naturaleza y dominaba los poderes esotéricos para hacer el mal, cuando el corazón se le ablandaba ponía su maña diabólica al servicio del bien, a favor del prójimo.

En cierta ocasión una joven mujer de San Francisco, doncella que gozaba de excelente fama, empezó a engordar del vientre. Exteriormente ofrecía el aspecto de una preñez. Pero era imposible. Aunque nadie lo creía, burlándose algunos, compadeciéndola otras, zahirliéndola con crueldad muchos, ella negó

siempre haber sido poseída. Las malas lenguas cebáronse en la infeliz. Decían que la habían visto salir durante la noche, montada a la polca de un hombre y perderse en las sabanas. Desde luego, vivía *amachinada* y obstinábase en negarlo. La pobre muchacha se vio obligada a ir al hospital. Al operarla sacáronle del vientre un enorme nudo de cabellos. L*e habían hecho mal*. Toda la gente de la aldea y de los alrededores señaló al brujo y los hermanos de la mujer, iracundos, juraron vengar el ultraje, acabando con Pantaleón. Le amartillaron varias veces los revólveres, sin que éstos dispararan. El brujo reía. Para matarlo señalaron las balas con cruces y lo *matonearon*. Esa vez no se libró, pero buena falta hacía en la aldea; pese a su negra fama, para curar las enfermedades tenaces.

Cuando regresa la enferma, ya sana, al villorrio, la interrogaban, ansiosos.

—Pues qué —respondía— dijeron que era un tumor.

El vecindario exclamaba en coro:

—¡Qué humor, ni qué micos pintados! ¡Te hicieron mal!

Como Pantaleón se podría bajo tierra desde mucho tiempo antes, el pequeño se murió, en medio de los gritos de la madre y de la General consternación. Nada pudo rescatar su existencia del mal implacable que lo consumía.

La misma noche en que ocurrió el fallecimiento del primogénito de Braulio, Pascual Matute, uno de los campistas más expertos del Hato, andaba en Miraflores, de parranda, en unión de varios mozos. Empinaron demasiado el codo y siguiendo hábitos inveterados fueron a recorrer la aldea, llevando lass guitarras y acordeones bajo el brazo, mientras temblaba el suelo con el galope de los caballos. Llegaron frente a la casa de las Escobar, donde había unas muchachas rechulas. En el patio, en torno de la luminaria se encontraba reunido otro grupo, que andaba también en serenata. Cuando Pascual Matute arrendó su caballo, alguien cantaba. El campista, desde afuera, gritó:

—¡Eh! callen eso. ¡Ya vamos nosotros a tocar!

Consideraron los del patio que era prudente guardar silencio y Pascual, acompañándose él mismo con la guitarra, que pulsaba con verdadera maestría, cantó lo que quiso. Envalentonado con la actitud de los otros, que trataban de evitar un conflicto, gritó otra vez:

¡Agora largo ustedes! ¡El campo es nuestro!

Esta vez respondieron voces airadas mientras los hombres de la fogata se incorporaban, amenazadores.

—¡Y diay, qué querés! ¡Aquí estamos y nadie nos saca con roncas!

—¡Pues van a salir a cincha!

Rápido, Pascual hirió con las espuelas al caballo, obligándolo a saltar las trancas y cayó en medio del grupo, revólver en mano, disparando al mismo tiempo que gritaba:

¡¡¡Conmigo se mueren ustedes!!!

Sonaron muchas detonaciones. Al ser agredidos los del patio se defendían. Pascual hizo saltar su caballo encima de la hoguera y se perdió en carrera veloz, camino de la montaña. Iba herido. Tres días después lo encontraron muerto en un guamil. Pero enfrente de la casa, rígido, quedó un hombre, con la guitarra destrozada a la diestra. El resplandor de la fogata alumbró el triste cuadro.

El deber de hoy

A Benjamín Henríquez

—Usted —decía del Castillo a don Salvador —una tarde, bajo las *bellísimas* del corredor —usted puede enorgullecerse justamente de su obra. Transformó el erial en paraíso. De la serranía áspera, de la gleba indócil, de la llanura yerma, sacó un verdadero edén. Jícaros Altos, El Esfuerzo, El Hato y la Santa Fe, son cuatro puntos distintos, mas un solo emporio de riqueza. Todo se debe a su brazo. Todo es obra de su muñeca. Todo nació de usted. Hubo quienes le ayudaron a desbrozar la maleza y a domar el guamil; hubo quienes le prestaron su concurso para transformar en fecundo el suelo duro, mediante el abono, y quienes lucharon a su lado, jornada tras jornada, sol a sol, hasta que los frutos brotaron abundantes en la tierra sojuzgada. Ellos tienen su mérito. Pero sin la resolución de vencer, sin el amor y el tesón con qué usted se dedicó a cultivar la heredad, nada existiría actualmente. Donde vemos ahora las huertas y los trigales estaríamos contemplando una bravía maraña de lianas, troncos y zarzas. Allí donde florecen los rosales y albean los jazmineros, crecerían los cardos y las ortigas. En el lugar donde se alzan hermosos edificios sólo encontraríamos la llanura inhospitalaria calcinada por el sol ardiente y los predios donde hoy vaga el ganado no estarían habitados más que por las alimañas salvajes.

—Sus padres le dejaron a usted la heredad. Existía la tierra, mas ¿de qué servía esa tierra cubierta, pulgada a pulgada, de impenetrables malezas; de qué servía esa tierra reseca, de qué servía esa tierra sin abono y sin cultivo? Esa tierra era… tierra. Faltaba el hombre. ¡Ah, don Salvador, si en nuestra Honduras que tan solo es tierra, tierra, más tierra, aparecieran los hombres!

—Usted domó la bravía aspereza de los guamiles, cortando los troncos, extrayendo las raigambres, podando las espinas, haciendo que la luz penetrase en las entrañas de la crudeza. Usted tornó fecunda la gleba con el abono y el agua. El río corría cerca; y aún cuando lejos, lo mismo hubiera sido. Usted continuó en la brecha, día a día, año con año, hasta que sobre la tierra conquistada resonó un himno de triunfo ¡Germinal! ¡Germinal! ¡Grato es, a la claridad de los crepúsculos acariciar con la mirada las gavillas relucientes! ¡Grato es descansar de la faena cuando el sudor que derramamos, gota a gota, tornó suave y fecundo el duro suelo!

—Aquello que era su heredad, antes de la llegada de usted —un erial— eso es hoy la patria nuestra. Tierra obscura, baldía, donde florecen las ortigas y los cactos espinosos; donde la maleza se ofrece impenetrable y agresiva; donde

pululan las bestias del Apocalipsis. Nuestros rencores, nuestras envidias, nuestros crímenes, nuestras ingratitudes, nuestras deslealtades, son las ortigas venenosas, que se yerguen, amenazadoras, en el erial de nuestra barbarie. Allí se nutren, florecen y fructifican todas las plantas malditas de los campos incultos: las que hieren arteramente con el garfio oculto bajo las corolas y las envenenan con la pulpa de dorada madurez; las que con sus jugos sumen el cuerpo en el nirvana y las que dejan en las venas su letal esencia. Y, en la espesura protectora, las fieras hambrientas se arrojan sobre las ensangrentadas piltrafas.

—Para que el erial se transforme en edén es preciso quemar, rozar, abonar y cultivar. Cuatro verbos y el verbo es acción. Sólo procediendo como usted hizo aquí, podemos gozar de los frutos. Pero esa es labor de hombres… ¿los encontraremos, don Salvador? De ese erial surgirá el porvenir. Tengamos fe en el porvenir. Sin la fe en él, usted no habría vencido. Sin ella, nosotros tampoco haremos nada.

—Hay quienes maldicen el pasado. Yo no lo maldigo. No. Mas, es preciso que *eso* concluya. ¿Sabe usted qué quiere decir *eso*? Pues significa nuestra vida de loco despilfarro de energías, de médula, de sangre, de vigor. Es preciso, constituye la fórmula salvadora, síntesis de un deber imperioso. Quizás será duro, costoso, harto difícil. Pero es preciso. El hecho escueto, brutal, desnudo, no admite dilatorias ni subterfugios.

—Nuestra Honduras, apenas nació, fuese a peregrinar caminando por un sendero que imaginóse amplio y diáfano. A poco, el peregrino vio sangrar sus pies y fue dejando la marca roja de sus abiertas carnes en los guijarros; tropezó, cayó; pero, levantándose, seguía adelante. Varios caminos se ofrecían a su ansiedad antes de partir. Circunstancias especiales lo obligaron a optar por uno, sin deliberación previa, con el ímpetu de los años mozos. Hoy, a la vuelta de muchos lustros, ha llegado a un claro abierto en la espesura que rodea la vía. Está indeciso. Los caminos se bifurcan. Nuevos senderos, donde brilla mucho el sol, se extienden a su vista. ¿Seguirá por el sendero escogido al principio, donde quedan los hitos de su viacrucis, o empezará a peregrinar sobre una nueva ruta?

—En las selvas obscuras acechan los engendros del mal. Se escuchan sus amenazantes rugidos. Pero las fuerzas del bien han de confabularse para llevar al peregrino hacia el camino de la luz. La faena de los hondureños que amamos esta tierra y soñamos con su glorioso porvenir, es semejante a las faenas agrícolas: es necesario desbrozar el terreno y cultivarlo. Se necesita abatir las hirientes ortigas y nulificar la acción corrosiva de los jugos venenosos. Tarea de luchadores, de pioneros, de sembradores. El día que ellos surjan, la Heredad, cubierta hoy de eriales bravíos, será la tierra prometida, para la gloria de sus hijos.

Un hondo suspiro, arrancando de las entrañas de su potente amor al solar nativo, estremecía el pecho vigoroso del idealista; y terminaba dando una cariñosa palmada en las anchas espaldas del Patriarca:

—Sí, señor. Necesitamos hacer grande lo que usted ha hecho en pequeño. Necesitamos cultivar la heredad. Para ello hacen falta hombres, amigo. HOMBRES, así, con mayúsculas. Hombres como usted. Profesores de energía, profesores de honradez, profesores de idealismo.

En Marcha

Cuando el “Tuerto” se hubo cerciorado de que la policía montada estaba muy tranquila en su cuartel de Tegucigalpa, dio principio a los preparativos necesarios para dejar a su banda en condiciones de llevar a cabo, con éxito seguro, empresas de alta trascendencia. Hizo notables adquisiciones: cinco indios cuesteños, desertores de la guarnición de Comayagua, se unieron a él, lo mismo que un pequeño grupo de *entilados* que había merodeado en los valles de Talanga; los indios llegaron con rifles y equipos. Mientras recibía los informes que le traían los espías, llenaba de balas los salveques de sus hombres; ascendían éstos al número de treinta, de los cuales la mitad llevaban rifles nacionales y machetes y el resto escopetas y revólveres. Muchos tenían bestias, aunque aún faltaban algunas para completar el número calculado por el cuatrero para el desarrollo de sus nuevos planes. No se conservaba memoria, en la región, de una pandilla tan bien organizada y con elementos tan formidables, como la de Raudales. Desde luego ella constituía un peligro que se convertiría en inminente en cuanto abandonase su escarpado refugio del macizo, en busca de más botín.

Una vez que tuvo a su gente lista para la gran aventura que iban a correr, el “Tuerto” ordenó la marcha. Siguiendo por el largo y profundo cañón del río San José se alejaron de Vallecillo; a la vanguardia iba el “Cabo Emeterio” con diez hombres; Raudales cabalgaba en el grupo del centro y el “Renco” protegía las espaldas. Atardeciendo llegaron al Salto, término de la jornada. Don Andrés López, al divisarlos, apenas tuvo tiempo para saltar sobre el macho y huir a galope tendido, buscando el camino de Santa Fe. Belisario, mayordomo de don Andrés, fue alcanzado por una bala cuando montaba, imitando a su Patrón. Claras y siniestras llegaron a sus oídos las voces de los bandoleros.

—¡Pegado! A éste lo salamos hoy.

Sabía que estaba irremisiblemente perdido y en su desesperación resolvióse a vender cara la vida. Tenía en la mano el winchester cargado y aunque le sangraba mucho la pierna herida pudo arrastrarse detrás de una enorme piedra. Los cuatreros se acercaban; llegaron los primeros, montados, bajo los robles inmediatos a la casa. Sintió que un odio espantoso le crispaba el dedo sobre el gatillo e hizo fuego. A la descarga respondieron furiosos alaridos y como el tirador era excelente y el rifle de precisión, tres salteadores rodaron sobre la hojarasca. Dispersáronse los demás, echando pie a tierra para contestar el fuego. Una bala certera hirió en el tórax al mayordomo y un segundo después éste se veía rodeado de enemigos. Los corvos se hundieron repetidas veces en el cuerpo del infeliz. El “Cabo Emeterio” le abrió el cráneo, saliéndose la masa encefálica.

—Allí está el hijo de perra con los sesos y las tripas de juera. Agora que se lo coman los zopes.

Acamparon en el Salto. Todo lo que había en la casa: granos y aperos fue liado como botín de guerra. “El Tuerto” daba órdenes rápidas.

—Las monturas las vamos a ocupar. No tocarlas.

—Yo necesito una, jefe —exclamaba un bandolero.

—Y yo también.

—Lo mesmo yo —gritaban otros.

—Más falta me hace a mí que vengo en pelo desde Vallecillo.

—Yo he venido en albarda.

—Más albarda sos vos.

—¡Si no te callás te rajo!

Las sillas eran tan codiciadas, que se produjo gresca. El «Tuerto» la apaciguó con su voz imperativa, que no admitía réplicas.

—¡Só bestias! ¡Yo voy a destrebuir!

Como la despensa estaba repleta de carne salada, mantequilla, queso, rosquillas, los cuatreros celebraron un festín suculento en torno de una gran luminaria que encendieron en el patio. A corta distancia, los zopilotes tenían su festín destrozando a picotazos el ensangrentado cuerpo del infeliz mayordomo. Los graznidos de las aves rapaces distraían a veces la atención de los merodeadores, fija en los costillares que se asaban en las parrillas y en el guacamole que preparaba el “Renco”, interrumpiendo el murmullo, rápidas exclamaciones de piedad tardía.

—Debíamos de dar sepultura a ese.

—¿Para qué? Hace poco lo vi. Ya los zopes le habían escarbado los ojos. De la cabeza sólo quedan los guacales.

—Pero siquiera tirémosle piedras encima; cualquier día nos dejen fríos a nosotros en el camino y naide nos enterrará.

—Ya sólo es el cacaste.

—Y ya jiede.

Con una ironía espantosa, “Alcaraván” se puso a rezar una oración al muerto. Las carcajadas de los cuatreros fueron la música fúnebre.

Aunque la carroña despedía, efectivamente, un olor nauseabundo, los bandidos no interrumpieron su festín, que se prolongó hasta muy entrada la noche. La luna tierna iluminó el cadáver; los zopilotes hacían la vela, parados algunos encima de los despojos; y sólo interrumpían el silencio nocturno sus graznidos, el silbido agorero de las lechuzas y el estrépito formidable del torrente.

La mañana del segundo día de marcha se encontraba la banda del “Tuerto” sobre el lomo de un cerro altísimo, desde donde se divisaba, muy abajo, la cinta blanca de la carretera. El jefe destacó al “Prieto” dándole instrucciones terminantes para adquirir más bestias y recomendándole que se cuidara de presentarse frente a los autos. El lugarteniente bajó con doce hombres hasta colocarse en un sitio estratégico, donde interceptaba varios caminos. Media hora más tarde divisaron un patacho de mulas; los arrieros, inocentes del peligro que corrían, se desviaron de la carretera con el objeto de acortar las distancias y siguieron por el deshecho. Inesperadamente cayó sobre ellos el grupo de merodeadores. Unos minutos después, éstos últimos arreaban las mulas, faldeando el cerro y en el sitio del asalto sólo quedaban los cadáveres de los pobres arrieros. Cuando habían transcurrido dos horas, el “Prieto” se incorporó a la pandilla con su excelente botín. Entonces emprendieron la marcha resueltamente, guiados por el jefe que llevaba en la mente el proyecto más audaz de su vida: atacar y saquear la opulenta Santa Fe.

El miedo

Fernando Almendares, que por ser un *chane* insuperable, se cruzaba por todas partes, llevó a don Salvador la noticia de la marcha de los cuatreros, informándole, además, de la dirección que traían.

—Veya general —a veces Fernando recordaba el humo de los vivaques en la campaña y llamaba así al hacendado— yo no me equivoqué. Aquel maldito de Blas Ponce ha logrado su negra intención. Créame y prepárese. Pedro Raudales viene para acá.

—Bueno, hombre, sabremos recibirlo —contestaba don Salvador con aquella cachaza heredada de su padre, veterano de las guerras civiles, que permanecía impasible bajo la metralla.

La alarma había trastornado la vida plácida y laboriosa de la heredad. Todos, mozos y campistas, quien no portaba su especial con la faja repleta de balas, iba con su winchester, si lo tenía o con la *chacha* que nunca falta y que también mata. Los hombres de las pialeras no rondaban sino en grupos de cuatro o seis. Jamás solos, porque varios mejor se defienden. Dióse la orden de encerrar el ganado en los potreros más inmediatos, en los que también había buenas sementeras, ya que no era posible meter todas las reses en los corrales de ordeño.

Las mujeres, especialmente, sufrían conmociones nerviosas. Maruca empezaba a sentir horror con el graznido de las lechuzas, como en los días de su niñez. Una noche llegó el ave de mal agüero a posarse en uno de los eucaliptos. Durante mucho rato los habitantes de la casa se estremecieron cuando rasgaba la calma del lugar el grito agudo. La niña sufrió horriblemente y su llanto obligó a los hombres a disparar sobre el pajarraco. Una gran mariposa negra, que parecía cuajarón de sangre seca al posarse en las blancas paredes de las habitaciones, estuvo a punto de causar un síncope a doña Laura. El Patrón reía campechanamente con lo ocurrido, mas no dejaban de entenebrecer sus días aquellos siniestros nubarrones que iban perfilándose en el horizonte. Él no temía a los bandoleros; si las circunstancias lo obligaban, aceptaría el duelo sangriento con la pandilla de Raudales. Pero no era indispensable dar muestras de un valor personal que bien acreditado estaba, si no salvar la vida de tantos seres amados. Por esta razón, no desoyó los prudentes consejos de Almendares, comisionando a éste, en primer lugar, para que vigilara las maniobras del enemigo, desde muchos días antes de que “El Tuerto” abandonara su cuartel, destruyendo así la

posibilidad de una sorpresa; y con la actividad que le era peculiar hizo otras gestiones oportunas.

Al comentarse los sucesos importantes del día, los huéspedes de don Salvador no demostraban asombro. La presencia de la banda era un acontecimiento que sí tenía trascendencia era por la fuerza que ostentaba, capaz de los golpes más audaces. Por lo demás, no constituía ninguna novedad. La falta de garantías, por la negligencia de las autoridades, que reinaba en los campos, permitía tales hechos. Y las organizaciones de cuatreros, más o menos disimuladas, son corrientes. En casos excepcionales llegan a adquirir un desarrollo y una osadía como los que caracterizaban a la pandilla de “El Tuerto”.

La sorpresa

Con las mulas que capturó el “Prieto” la tropa de los bandoleros prosiguió su marcha rápidamente. Raudales quería llegar cuanto antes a las inmediaciones de Santa Fe, sin dar tiempo a don Salvador de organizar la resistencia. No las tenía todas consigo el bandido, pues estaba seguro de que demorándose corría peligro de que lo diezmaran las balas de los defensores de la casa, donde había gente resuelta a batirse, a las órdenes de un jefe acostumbrado a jugarse la vida en encarnizados combates. La hazaña realizada por su lugarteniente, durante las primeras horas de la mañana, le permitió montar a los hombres que venían a pie, circunstancia que facilitaba las maniobras. Se dirigió entonces directamente hacia la meta codiciada, con la esperanza de saquear el rico emporio y dejarlo convertido en humeante hacinamiento de escombros.

Marchaban los treinta hombres del “Tuerto” con la verdadera confianza. Ignoraban totalmente que Almendares no les había quitado el ojo de encima ni un momento y que conforme a los datos de este operaba don Salvador. La segunda y última jornada, en cuyo término estaba el cuantioso botín, tenían que realizarla por un camino hondo, flanqueado por dos cerros muy altos. A trechos la vereda se ofrecía escarpada y angosta, lo que, naturalmente, hacía difícil el avance. Veíanse obligados a marchar en larga fila, uno tras otro, pues no cabían dos a la par, sin el riesgo de caer en las barrancas profundas. Salvada una garganta de la cordillera desembocaron en un claro espacioso y abierto, rodeado de espesos bosques de robles y encinas. Estaban en “Cañada Fresca”. El “Cabo Emeterio” que iba adelante, exclamó:

—Antes de dos horas le caemos encima al viejo de Santa Fe.

Eran las cuatro de la tarde.

Aún no había devuelto el eco la voz del graciano cuando los bosques se estremecieron con el trueno de una descarga cerrada. Nubecillas de humo se elevaron de los robledales y se oyeron nuevas detonaciones. El “Cabo” paró en seco su caballo, gritando:

¡¡Traición!!

Al mismo tiempo se arrojaba al suelo, tratando de resguardarse. La confusión que se produjo en la tropa de merodeadores fue espantosa. En aquel

trance nadie sabía qué hacer. Muchos arrendaron pensando volver grupas, pero al entrar al camino que acababan de dejar, caían acribillados. Raudales, haciendo un esfuerzo supremo, trató de organizar a la gente y resistir. A su izquierda se desplomaba el “Alcaraván” con un tiro en la cabeza y el “Prieto” le decía.

—¡Nos han copado!

—¡Hay que amarrarse los pantalones y romper la línea! —gritó Emeterio recordando los asaltos a machete que lo hicieron famoso.

Él, Raudales y otros se lanzaron, con el ímpetu de la desesperación, sobre un bosquecillo de robles, hacia la derecha. Pero tuvieron que detenerse y arrojarse a tierra; las descargas eran nutridas, casi todos los del grupo quedaron rígidos, cara al cielo. Simultáneamente, en el extremo opuesto, el “Renco” veía caer uno tras otro a sus hombres. Se batió con denuedo hasta que le metieron una bala de mausser en medio de las costillas. Al doblegarse exánime vio muy cerca de su compañero de mala vida, el “Alcaraván” y aún tuvo ánimos para decirle una ocurrencia, que el otro no oyó probablemente:

—Esta vez nos llevó el diablo, Jacinto.

Raudales, el «Cabo Emeterio» y el «Prieto» continuaron peleando. Habían logrado parapetarse tras de algunos árboles y piedras y el fuego se regularizó. Pero la resistencia de los cuatreros fue breve. A Raudales le metieron una bala en el estómago y se desplomó sobre Blas Ponce, muerto al principio del combate, arrojando sangre por la boca. El instigador de aquella empresa desafortunada, rígido y estirado, provocó la cólera postrera del «Tuerto ».

—Por éste maldito nos han fregado. Esto se acabó. Yo... .....no pudo seguir haciendo cargos al muerto porque otro plomo certero vino a alojársele en medio de los ojos.

«El Prieto» hizo supremos esfuerzos para romper el cerco, llegando hasta luchar cuerpo a cuerpo con el enemigo, pero con tan mala suerte que lo dejaron tieso a golpes de corvo. El «Cabo Emeterio» único de los jefes que quedaba parado, daba órdenes, dominando con sus gritos el tumulto.

—Vamos ¡adentro con esos hijos de tal…!

Habían dado cuatro pasos, con el corvo ensangrentado en alto, pensando sin duda repetir sus hazañas de otros tiempos, cuando se desplomó sobre las piedras, acribillado a tiros.

La victoria

Caídos los jefes sonaron varias voces desde las arboledas. ¡Ríndanse! ¡Ríndanse! Más de una docena de bandoleros pidieron cuartel. No estaba ya el "Tuerto" que los electrizaba con un grito; ni el "Prieto" que los hubiera obligado a disparar a cinchazos; ni "El Cabo Emeterio" cuya sola mirada provocaba espanto.

Hombres armados salieron de los robledales formando entorno de los cuatreros un círculo de bocas de fuego. Entonces comprendieron éstos que habían caído en poder de la montada. Los gendarmes, armados hasta los dientes, traían, aún humeantes, las carabinas y un apretado cinturón de lona repleto de balas les cruzaba el pecho. El coronel Matamoros, jefe del destacamento, mandó recoger las armas de los vencidos y atar a éstos en cordón, sólidamente. Antes de ponerse en camino, los bandoleros hicieron las fosas para enterrar a sus camaradas. En La Cañada Fresca, en medio de los bosquecillos de robles y encinas, quedaban Pedro Raudales y sus temibles lugartenientes. Terminada esta operación se inició la marcha. Custodiados por dos filas de gendarmes a caballo, sujetos de los brazos, formando un largo cordón, iban los merodeadores hacia la penitenciaría. Las mulas robadas por el "Prieto" les evitaron la penosa caminata.

La maniobra feliz que permitió exterminar la banda de cuatreros fue obra de don Salvador y de Fernando Almendares. El hacendado se convenció de las aviesas intenciones del "Tuerto" gracias a la captura de uno de los espías de aquel, que fue sorprendido, días antes, por un grupo de campistas, en uno de los potreros. Cuando quiso huir sintióse estrangular por el nudo corredizo de varias pialeras. Conducido ante el Patrón dijo la verdad: Raudales se alistaba, echando mano de todos sus recursos para dar el gran golpe contra la Santa Fe. Entonces el Patrón envió a Juan José con un recado para el jefe del resguardo de Miraflores, mandando asimismo a la reja de la aldea al espía capturado. Tres días antes de que Raudales abandonara el macizo de Vallecillo, cincuenta números de la policía montada, a las órdenes del coronel Matamoros, antiguo subalterno de don Salvador, en las campañas del novecientos tres y del novecientos siete, se detenían junto a las puertas tranqueras de la Santa Fe.

El hacendado celebró consejo con Almendares y Matamoros, hasta muy tarde. La llegada, esa misma noche, de don Andrés López que milagrosamente pudo escapar de la banda, les indicó claramente la ruta que seguirían los cuatreros. Entonces fue trazado el plan de batalla. La montada partió, aún obscuro, sirviéndole de guía Fernando. Media hora antes de que llegaran los ladrones de ganado, los gendarmes se habían apostado en los robledales y

encinares de la Cañada Fresca. La sorpresa fue completa y el resultado desastroso para los bandoleros.

Don Martín, veterano de las guerras vasquistas, quiso recordar los tiempos de los Calpules y de las Anonas, incorporándose a la fuerza que iba a batir a la hueste de Raudales. En medio del fuego parecía gozar y por exponerse demasiado una bala le pasó rozando la mejilla.

—Hubiera sido una majadería morir aquí peleando con *abigeos* después de que me han respetado los plomos en doscientos combates —exclamaba, jactándose, el bueno de don Martín.

Amigo de chancearse, el Patrón replicaba:

—Las balas no llegan hasta donde se quedan los *evitados*.

Para don Martín no existía ofensa mayor como que lo acusaran de miedoso. Gritaba, iracundo:

—¡¡Yo evitado!! Tú quizás. Yo no. Peleé con Vásquez, que era más hombrón que todos ustedes y con Marcelo Rivera, que era un león. ¡Cállate hombre! ¿Quién detuvo al enemigo en Calabaceras cuando nuestra gente empezaba a correr?

Don Salvador reía de buena gana escuchando las bravatas de don Martín, compañero de victorias, de luchas y de vicisitudes. El hacendado más que nadie sabía que, en sus mejores tiempos, el veterano fue capaz de muchas cosas. Que, como decía “no todos se paraban donde él se había parado”. Aunque exageraba con frecuencia, mucho fondo de verdad tenían las palabras de don Martín.

En Santa Fe durmieron aquella noche la montada y los prisioneros. Examinando a éstos reconoció el hacendado a varios muchachos de las aldeas vecinas a quienes le incorregible pereza que los consumía y vicios adquiridos, condujeron a un fin tan desastroso. Naturalmente, otro hubiera sido su porvenir, acostumbrándose desde pequeños a ejercitar su voluntad, trabajando en las parcelas. Ninguno nació desamparado. Todos poseían, unos más, otros menos, su pedazo de tierra. Por dicha razón era un crimen la mala vida que llevaban. Ahora iban a pagar sus culpas en la penitenciaría, con la esperanza de que la habilidad de los abogados de malos manejos les consiguiera estar libres a los pocos meses.

SEGUNDA PARTE

Juan García

La infancia

Juan García nació a la sombra del pinar. En el mísero rancho de estaca, cubierto de hojas y de ramas secas, lloraron por vez primera los hijos de Paula Francisco. Uno tras otro los tomaba del jergón, con sus rudas manazas de leñador, Félix Pedro, el padre, cuando ellos acababan de surgir a la vida y abrían los sorprendidos ojos en la estrechez del bohío, lleno de rendijas, mientras en las oquedades profundas de la Sierra se quebraban el bramido del torrente y el mugir vigoroso de los toros pastando libremente en el llano.

En ciertas mañanas, apenas salía tras la curva áspera del cerro que limitaba el horizonte, hacia el oriente, el disco brillante del sol, Félix Pedro se iba monte adentro, después de ajustarse los caites, de asegurar en la cintura la hoja larga y filosa del "cara de gallo", con su hacha en el hombro, lanzando una mirada postrera a su mujer. Ella, con el vientre anormalmente grueso y los movimientos torpes, distraídos, veía alejarse al hombre sobre el camino blanco, bajo el crujiente ramaje de los pinos. Al caer de la tarde, cuando los berridos roncos de la boyada repercuten siniestramente en la masa sombría de los guamiles y hay en el bosque una inmensa variedad de extrañas voces: zumbar de abejas, gritos agudos de pájaros, croar de ranas ocultas en las charcas llenas de lama verde, Félix Pedro volvía a su rancho pensando en su mujer, en su vientre abultado que él iba a encontrar de nuevo vuelto a su forma verdadera. Y en efecto, sucedía así. Paula Francisca no estaba junto al fuego, ni ante la piedra de moler. Tendida en un camastro esperaba a su hombre, avizorando el vano de la puerta por donde había de aparecer, con sus grandes ojos cándidos, llenos de fiebre. Cuando aquel entraba, con voz débil y un asomo de inquietud en el rostro, le decía:

—¡Mirá!… otro… ¡¡Y es varón!!

Las manazas rudas, broncas y buenas que sabían de la fortificante caricia del mango del hacha, del roce sangrante de las enormes pialeras y del contacto caluroso de la tierra removida en los barbechos, apretaban aquel pedazo de carne morena y durante largo rato, una contemplación muda o una alborotada palabrería tosca, celebraban el arribo del vástago.

—¡Hombre!... ¡Hombre quiero yo!

Félix Pedro no deseaba mujeres en su casa y cuando estas llegaron no las recibió con la efusión que prodigaba a los machos. Esta escena se repitió una y otra vez, hasta que fueron cuatro los retoños de aquel tronco fornido del pinar. Dos parejas: dos hembras y dos machos. El primogénito de ésta unión, ajena a curas y alcaldes, se llamó Juan.

El rancho de Félix Pedro estaba construido en un claro de la masa obscura y fragante de pinares. A pocas varas de distancia, se elevaba hacia las estrellas una gruesa espiral de humo y ladraba un perro en las noches silenciosas, plenas de misterio, de las selvas. Al estridente grito del can respondían otros, ora cercanos, ora retirados y aquel conjunto de sonidos agudos se perdía en la sombra, muy lejos, hasta el amanecer. Era que en las inmediaciones de la vivienda de Félix Pedro habían dos, tres y hasta veinte casas; pequeñas, blancas y aseadas algunas; míseras y sucias otras, cubiertas de rojos tejados o de espesos ramajes secos: una aldea hondureña.

Varios años atrás, Félix Pedro llegó al lugar en compañía de su mujer, de su perro y de su machete. En un espacio abierto del pinar levantó su humilde rancho de estaca y lodo, albergándose en él durante los meses iniciales de su lucha contra la bravía aspereza del terreno y con las fieras que poblaban la espesura. Solo y fuerte, aquel vástago de una raza templada en las más rudas disciplinas de la existencia primitiva en nuestros campos, se abrió paso después de encarnizada labor en las malezas y de afrontar innumerables peligros. Su mujer fue el único compañero de las primeras luchas y el único testigo. En íntimo consorcio con la naturaleza majestuosa, perdidos en la soledad augusta de los pinares melancólicos que salmodian blandamente, Félix Pedro era el ejemplar positivo del aldeano hondureño: candoroso, trabajador, bueno y leal. Había aprendido a vencer a las alimañas de los bosques y a derrotar en sí mismo la pereza innata con sus rudas tareas diarias. A fuerza de puños logró mejorar: su rancho fue espaciándose, ondeaba el viento la cabellera verde de los maizales, rastreaban las guías del frijolar, las verduras ofrecían sus primicias en la húmeda vega del río y el vientre pujante de la montaña rendía al heroísmo de Félix Pedro la codiciada espiga. Guardando algunos dineros, obligándose a comer miserablemente, pudo hacerse de varios animales y hubo un día glorioso en que las ubres prodigaron su fortificante líquido y la mesa rústica del campesino estuvo de plácemes con el arribo de la cuajada fresca. Así transcurrieron muchos años, durante los cuales, un lloro insistente y agudo alteraba el silencio grave del pinar, surgiendo, tembloroso, del rancho de Félix Pedro. Y, con el tiempo, cuatro muchachos trigueños y desgarbados llenaron de argentinos rumores el corazón macizo del hombre e hicieron florecer ternuras insospechadas en el hogar. Cada año, nuevos pobladores llegaban y nuevas viviendas brotaban sobre la tierra obscura, como interrogaciones, hacia el cielo azul. Al principio todas fueron como la morada de Félix Pedro: míseros ranchos pajizos. Pero, en la fuga de los días,

se transformaron lentamente. Santa Lucía, que así llamábase el villorrio, sabe Dios por qué motivos, llegó a convertirse en una pintoresca aldea, semejante a los centenares que se encuentran distribuidos en el territorio hondureño, desde el Motagua al Segovia; y desde la línea costera que baña el Atlántico hasta el maravilloso Golfo de Fonseca. ¡Aldeas hondureñas… sobre el dorso severo de la montaña, radiante en la alborada y pleno de taciturnidad en los crepúsculos vespertinos; sobre la llanura calurosa y yerma donde las plantas raquíticas y los ojos fatigados de los animales imploran lluvia refrescante; perdidas en las cañadas obscuras y fragantes; blancas y primorosas a lo largo de las carreteras que se desenvuelven como gigantescas serpentinas… allí os hemos encontrado, allí os hemos amado, allí os hemos compadecido tantas veces…!

El pinar, el inmenso y susurrante pinar, rodea por todas partes al grupo de casitas. Pequeñas manchas de nudosos robles alteran el color verde obscuro de los ocotales. En los patios se luce ufana la policromía de geranios y claveles que se disputan con el jazmín del cabo y el jazmín silvestre el privilegio de saturar el ambiente con sus aromas intensos. Árboles frutales, predominando el naranjo y el limonero, brindan sombra y ofrecen la gloria de sus frutos alrededor de los cuales revolotean hambrientas y dañinas cotovías. El ganado pasta libre por las inmensas sabanas esmeraldinas, donde se entrecruzan las veredas que llegan hasta el riñón de la Sierra. En las primeras horas de la mañana, la neblina viste con su blanca toca monjil todo el paisaje y según calienta el sol se va disipando hasta que sólo restan lejanos vellones encima del ramal andino cuyas crestas fingen en el horizonte un zócalo de azul deslumbrador. Las noches son plenas de sortilegio, henchidas de una emoción que penetra en nuestro ser y se enseñorea de él, grabándose en el recuerdo de manera indeleble. ¡Oh, muchos años han de transcurrir antes de que se borre de nuestra memoria el encanto indefinible de la noche serrana! ¡Noches de estrellas, torbellinos de estrellas, huracanes de diamantes inverosímiles en la soberbia cuenca. Una exhalación baja a prenderse en la cabellera fragante del pinar sombrío que murmura quedamente… brillan las fogatas familiares; alguna música lejana se insinúa con temblor de nostálgicas evocaciones; silencio y misterio… sólo de hora en hora el alarido taladrante de un can se eleva hacia las estrellas! Soberbia en su variedad, pujanza, gracia y colorido la tropical hermosura de la tierra nativa, ha sobrado motivos para enorgullecerse: su flora exuberante, sus macizos que agraden el plafón celeste, sus torrentes caudalosos, su variada fauna, la gloria desconocida e insospechada de los vergeles polícromos que esconden sus montañas. Y, en medio de tanta belleza, en medio de tanta majestad, en medio de tanta vida, el espectáculo desolador de nuestras ciudades palúdicas y tristes, con sus poblaciones acostumbradas a vegetar, inactivos el músculo y el pensamiento, oxidándose el cuerpo en una modorra elegante o miserable, cuando no en la saturnalia afrentosa donde los bajos instintos de la bestia se lanzan a retozar. En medio de tanta belleza, el espectáculo desolador de nuestras aldeas, donde el campesino abúlico está condenado a una existencia precaria, limitándose al cultivo de las parcelas que le dan la ración del día; sin ninguna iniciativa, sin ningún progreso, sin ninguna variante. En medio de tanta belleza, la población urbana, enferma de anemia, de

diabetes o de paludismo, moviéndose en el ridículo tinglado de la política de comadrerismo, donde el zángano de levita da el brazo al hombre digno y donde el hombre digno, por fuerza de las circunstancias, no desdeña ir con el zángano. Y nuestra población de los campos que no padece anemia ni diabetes, que es fuerte y recia, pero que está tremendamente enferma de pereza y de ignorancia. Vagando por los caminos de Honduras… ¡cuántas veces nos ha sofocado la angustia al observar esos cuadros de miseria y degeneración… esos ranchos pajizos donde nuestros aldeanos desgranan torpemente el rosario de sus existencias monótonas y descoloridas… esos grupos de niños en andrajos, semejantes a bestezuelas, a través de cuyo desamparo se adivinan los caracteres de una raza vigorosa, apta para dar madera a empresas formidables, pero agobiada por el morbo tradicional!

Santa Lucía es como la generalidad de los villorrios nativos. Veinte, treinta o más casas en una sola reducción; huertas rumorosas, milpas, frijolares; grupos de árboles frutales; la blanca ermita y el indispensable estanco, siempre ganancioso. La ermita, con sus campanas medrosas al abrigo de una enramada, frente a la puerta, permanece cerrada todo el año. En sus hornacinas se oxidan los fetiches del catolicismo y las moscas terminan con las vistosas flores de papelillo. El incienso no sube en espirales saturando el aire con su nostálgico olor. Una vez en cada año, durante la fiesta del patrono del lugar, llega un cura provinciano a cantar misa. ¿Y el maestro? ¿Y la escuela? El maestro, la escuela, son algo exótico en nuestras aldeas, pese a la fama que tenemos de ser el pueblo menos analfabeta de Centro-América. Los caseríos más afortunados son aquellos donde llega a radicarse, sostenido a duras penas por la contribución vecinal y el subsidio de la municipalidad, un empírico heroico. El estanco es el club político, el casino, la gran ubre distribuidora de reyertas y latrocinios. Las casas de mejor aspecto son de adobe, cubiertas de teja, con soleados patios y descansillos donde se ven, en confusa amalgama, útiles de labranza, albardas, frenos, aparejos y yugos. Frecuentemente suelen encontrarse, adornando las paredes exteriores, una soberbia piel de tigre o de puma y pequeñas pieles de animales dañinos como gatos monteses, tepezcuintes o coyotes. En el interior de las habitaciones, que raramente son más de dos, se admiran estampas de la Virgen de Concepción o crucifijos humildes, alguna mala cama, dos taburetes, una alacena y, en las casas antiguas, la hornacina guardando la imagen ante la que oran los moradores del sitio. El aspecto interesante y pintoresco de las habitaciones lo ofrecen las cocinas donde invariablemente se encuentra una abigarrada multitud de rústicos cacharros, tales como ollas de barro trigueño y oloroso, sartenes, comales, *ceñidos*, *guacales* grandes y pequeños y otros objetos que producen la sensación de las campiñas frescas, bañadas de rocío. En el ángulo superior de los tejados, extendiendo sobre los habitantes sus diminutos brazos ennegrecidos por el sol y las lluvias, se destacan las cruces de madera que según la creencia arraigada en la mente sencilla del aldeano sirven para ahuyentar al Maligno o Diablo, nombre con qué suele designarse en nuestras campiñas al bello ángel rebelde.

Y vuela el tiempo. Huye la existencia, monótona e improductiva, bajo el imperio formidable de la holganza y el raterismo, frente al espectáculo magnífico de las pompas naturales. Vida de barbarie, primitiva vida de una raza que con los años tendrá que abdicar en manos fuertes y en nervios impulsivos el soberbio tesoro de nuestras tierras feraces. Unas quizás más pobladas, ufanándose con ridículos cabildos; otras en extremo miserables, nuestras aldeas no se diferencian gran cosa. La misma pereza, los mismos vicios, la misma tristeza en todas partes. En el interior: en el seno de los inmensos pinares fragantes; en la serranía inexplorada donde los indios conviven fraternalmente con las alimañas; en los valles calurosos del sur donde el paludismo y el aniquilamiento se asoman a las flácidas mejillas. La Costa Norte parece gritar ufana la superioridad de sus bananales y de sus cañaverales, pero más fuerte que el alarido estridente de la locomotora vertiginosa, se escucha el grito de angustia, el grito de inconformidad de los oprimidos por el tentáculo formidable de las compañías extranjeras.

Allí, en una de esas aldeas que principian como rancherías tristes y que van creciendo tan lentamente que sería aventurado esperar su transformación en centros de cultura y emporios de riqueza. Allí, en la soledad y el desamparo del bohío, azotado por los vientos, nació Juan García, hijo de Félix Pedro y de Paula Francisca, singular héroe de esta historia nacional.

Juan crece

La infancia de Juan fue dura y monótona. Infancia sin juguetes, sin mimos, sin compañerismo. Sobria la ternura maternal pues las imprecindibles faenas domésticas no dejan tiempo para acariciar muchachos. Estos crecen y se desarrollan solos, abandonados a su fibra nativa, en la confianza de su resistencia. Y después de rodar sobre las basuras del patio, en unión de perrillos y aves de corral, los pequeños aldeanos lárganse un buen día hacia el fondo del pinar que se imaginan henchido de sorpresas gratas. Vagan por bosques y barrancas peligrosas, honda en mano, avizorando los ramajes obscuros donde los pájaros fabrican sus nidos. En consorcio con las fuerzas pujantes de la naturaleza majestuosa, su cuerpo se fortifica admirablemente. Sus músculos prietos y abultados, sus piernas incansables, amplio el tórax, ancha y robusta la palma de la mano, tremendo el impulso de la muñeca. Valientes nadadores, insuperable jinetes, cazadores diestros y astutos, ajenos a las enfermedades de la vida sedentaria, henchidos de oxígeno los pulmones, sano el corazón; estos vástagos de la campiña proporcionarían legiones de indomables luchadores en las gestas estupendas del progreso, si se supieran encauzar su candorosidad primitiva y su vigor innato. Pero, la flamante cultura de los centros que se nombran civilizados nada ha llevado a los campos. Pedir… ¡mucho les hemos pedido! Darles… ¿qué les ha brindado nuestro saber, nuestras luces, nuestra fraternidad a esos pobladores de la serranía? ¿Cuándo han ido las ciudades hacia los campos? ¿Cuándo han ido los gobiernos a impulsar la regeneración de nuestros pencos? ¡Ellos sí han venido! Llegaron con el trabuco al hombro a matar civiles, a incendiar propiedades y a disfrutar de las fáciles ganancias del saqueo. Surgieron de las cuevas, de las hondonadas, de los bosques, dejando en nuestras ciudades la marca sangrante de sus bárbaros instintos. Y, a semejanza de las hordas aborígenes del continente, danzaron en torno de ridículos caciques a cuyo escalofriante gesto tembló el mundo.

Así fue creciendo Juan García. Deseoso de convertirlo en *un hombre*, Félix Pedro lo hacía sobrellevar las fatigas de la labor agrícola, obligándolo a cavar con la azada, bajo el tórrido abanico de los rayos solares, en las parcelas cultivadas a la vera del río. Trabajaba igualmente en las rozas y en los plantíos de la montaña y tenía a su cuidado las pocas reses que había comprado su padre. Acompañaba a éste en sus correrías a través de los bosques, sin dar muestras de cansancio, ocupándose en ultimar a las lagartijas que huían en la espesura y ajeno al miedo que pudieran inspirarle las agresivas cornamentas de los animales que pastaban en las inmesas sabanas. Si los duros garfios de las zarzas torturaban las carnes del muchacho, Félix Pedro desanudaba, con la ingénita simplicidad campesina, la madeja de sus ternuras paternales y el vástago hacía gala de coraje, ahogando los sollozos que venían a acumularse en su garganta. En medio de los mil peligros de la lucha con la espesura, amén de los que resultan por rivalidades vecinales,

ésta vida está pletórica de encantos e insospechados accidentes, en los que cualquier día se muere, pero en los que también se forjan un acerado temple de alma y un organismo vigoroso. Pocos seres tienen el corazón tan bien puesto, el ojo avizor y el puño más recio y certero que nuestros campesinos. Aguzan el ingenio en persecución de los animales nocivos que recorren los campos; desafían los secretos del guamil y con frecuencia hacen frente a la embestida de un hermoso puma o de un ágil tigre que han sembrado la desolación en los ganados, o tienen que acudir con presteza a los remedios heroicos cuando la implacable mordedura de los reptiles venenosos amenaza su existencia. Los soberbios abismos infranqueables donde se despeñan las reses; los torrentes caudalosos y magníficos que deslumbran la fantasía con el milagro de los arcoiris; los ásperos peñascos donde la prodigiosa orquídea hondureña luce sus matices exóticos; el cielo amenazante en invierno y el rayo que parte en dos los robles gigantescos; los animales y hasta sus propios semejantes, todo entabla lucha con el audaz explorador de las florestas. Y tiene que vencer todas las resistencias, ha de domeñar los obstáculos, debe armarse de recursos múltiples para no sucumbir. Se defiende con su nativo coraje, con sus músculos de una fibra superba, con su destreza y su resolución. La soga, el machete, el especial, la *chacha*, ungüentos caseros para los dolores malignos, raíces medicinales para las mordeduras venenosas, esas son sus armas. Y la bravía naturaleza acaba por ceder; la música de las huertas y de los maizales acaricia el oído de los sembradores; los bichos que destruyen las plantaciones se alejan; el ágil felino teme y la culebra mica o la zumbadora se pierden sigilosamente bajo el enjambre de los ramajes.

Ejercitándose en tan duras faenas, Juan García vino a ser, en el rápido transcurso de varios años, un real mozo. Alto, fornido y trigueño, constituía motivo de disputa para las hembras jóvenes de la aldea. En él estaban concretados los vicios y las cualidades ingénitas de la raza. Su elemental concepto de la hombría era el mismo que priva en todas las inteligencias rudimentarias. Hombre ¡y muy hombre! se creía el taimado campesino porque la típica expresión de “no deja sentársele mosca encima”, era en él una plena verdad. Fuera de esa virtud, tan común en Honduras, muy pocos merecimientos poseía nuestro héroe para diferenciarse del resto de sus coterráneos. Musculoso y fuerte, pero dotado de incorregible malicia que en las actividades inherentes a su condición de hijo de los campos, pronto se convierte en arraigado deseo de holganza. Viejo y claudicante, Félix Pedro no era ahora aquel vástago formidable de lejanos días. Achacosa y flácida, la “Nana” sólo vivía a la expectativa del momento en que debían llevarla al abandonado cementerio, cubierto de malezas. Los hijos crecían, libres y primitivos, sin heredar la voluntad luchadora de los padres. El segundo varón mataba sus ocios en la compañía de los demás rapaces de la aldea y las dos muchachas, mientras quebraban el maíz para la cotidiana sustentación, tramaban la fuga convenida de antemano con cualquier enamorado gañán. La situación de la familia no mejoraba un ápice. Hasta donde pudo llegar Félix Pedro, notáronse los progresos. Cuando él empezó a declinar, todo quedóse estacionario. Pasaban los años y, con la misma pachorra, como un hábito que pesa enormemente, sin ningún deseo de mejorar, los retoños de Félix Pedro quemaban la maleza,

desbrozaban el terreno y distraídos, indiferentes, esperaban las cosechas. Sobre aquellas existencias inmóviles rodaban tumultuosamente las aguas de la vida.

Juan progresa

Cuando regresó a su aldea, después de hacer plaza en Tegucigalpa, durante seis meses, Juan había logrado enormes progresos. En su mente obscura brillaban dos conquistas: saber leer y poder firmar. El positivo alcance de estas expresiones se traducía en un deletreo con sonsonete y en una lucha encarnizada para trazar unos garabatos ininteligibles.

En cambio de tan insignificantes adelantos, el hijo de Félix Pedro y de Paula Francisca, se asimiló los resabios de sus camaradas de plaza, hombres de todos los rincones del país, que aportaban al haber fraternal su porcentaje de vicios. Y las auras civilizadoras que soplaban en la metrópoli infiltraron a Juan García un tremendo deseo de alejarse para siempre de su villorrio nativo. Su tosca personalidad recibió algunos brochazos de refinamiento capitalino y allá, en medio del vasto pinar salmodiante, tuvo hondas nostalgias de los tablados de la feria de Concepción y de las canchas de gallos. Más perezoso y sustituida su sencillez aldeana por una ruda malicia, Juan empezaba a extender el radio de sus actividades.

Engañando la murria dominical estaba el mozo, en unión de una docena de jóvenes, en el estanco de la aldea. Bajo la lumbrareda ardiente del sol de mediodía el guaro se sube más pronto que de ordinario. De improviso surgió en el grupo, por cualquier motivo baladí, una áspera disputa; las palabras adquirieron tono y color vivísimos; rompió el bochorno de la hora el chasquido violento de los machetes y la sangre fue dibujando en el polvo blanco del camino, su arabesco rutilante. Un hombre hipaba en los estertores postreros y mientras iba hacia el impasible azul el tembloroso eco de los gemidos, Juan García se internaba en la espesura fragante, buscando el corazón de la montaña vecina.

Al mismo tiempo que ocurrían estos sucesos, de importancia trascendental en la vida de nuestro héroe, acontecimientos magnos se verificaban en el vasto país en que quiso la suerte que él arribara al mundo. Juan sabía vagamente que su patria no estaba circunscrita a la altiplanicie de Santa Lucía, rodeada por los infinitos pinares salmodiantes. En el transcurso de su vida y, sobre todo, durante el corto plazo que permaneció en Tegucigalpa, pudo obtener noticias inexactas, desde luego, sin que hubiese mediado en ello la menor preocupación por informarse, acerca del territorio en cuyo corazón había nacido. Y supo que la patria, la patria de sus abuelos y de sus padres, de sus compañeros de cuartel y la suya propia está formada por un número mayor de departamentos que los conocidos por él en sus andanzas. Honduras no es sólo Tegucigalpa, La Paz, Comayagua y Olancho, del cual había oído hablar por la enorme cantidad de

reses que pastaron antaño en sus vastas praderas. Honduras es, además, una inmensa franja hacia el Norte, bañada por las olas rebeldes del Atlántico y cubierta de cocales, bananales y cañaverales; y es también una soberbia parcela, desde más allá de Danlí, famoso por su clima y sus tabacos, hasta la frontera salvadoreña. Fuera de esta delimitación quedan aún las regiones occidentales, más allá de Comayagua, más allá de la Esperanza… tierra, tierra, el infinito de kilómetros. Juan ignoraba cuantas millas forman el territorio de la república. Ignoraba que este maravilloso solar, desde el Segovia hasta el Motagua y desde el Atlántico hasta el Golfo, amén de los jardines de las islas, al Norte y al Sur, es nuestro. Nuestro porque la entraña fecunda de esta tierra nos parió. Nuestro porque generaciones tras generaciones nos han legado la herencia. Somos de la madre inmensa y generosa. Nuestra es ella también. Un solo nudo de amor, de martirio y de anhelo. El rudo aldeano de Santa Lucía oyó hablar de unas ciudades muy lejanas, casi aisladas de la capital, para llegar a las cuales es preciso un largo y fatigoso viaje. Ciudades que se llaman Santa Rosa, Ocotepeque, Santa Bárbara. Hombres de todos los rincones del país fraternizaron con él en el vulgar apiñamiento de los cuarteles. Aldeanos de los alrededores de Tegucigalpa, donde la curva severa del monte bravío se calca en la línea vigorosa de los prietos músculos. Olanchanos que traen en los labios resecos de sol el sabor del vino de coyol y que hablan mucho de cabalgatas vertiginosas en los grandes llanos desolados. Vástagos del Sur en los que dejó su huella implacable el paludismo; indios gracianos e intibucanos, taciturnos, herméticos, hablando extraños dialectos; indios de la Cuesta, de Curarén o de Texíguat, impulsivos y pendencieros, famosos por hecatombes que realizan entre ellos mismos después de copiosas libaciones de aguardiente clandestino. Encontrábanse también haciendo plaza algún occidental o negros venidos de la costa norte. En la asociación con tan heterogéneos elementos, Juan empezó a conocer las ideas y las costumbres de sus connacionales, asimilándose vicios y odios. El cuartel y la selva habían principiado a modelar la tosca escultura de aquella personalidad llamada por inescrutables designios a perpetuarse en el corazón de sus contemporáneos, con hondo amor o implacable odio y a dibujar su silueta desconcertante hacia los planos del futuro, ante la curiosidad y el análisis de las generaciones nuevas.

La república encontrábase en plena agitación electoral. Un año antes del día en que debían practicarse las elecciones de autoridades supremas, se había inicia de parte de tres o cuatro núcleos, los trabajos preparatorios. La correspondencia de los candidatos llenaba las oficinas del ramo de correos, donde, en desquite, eran violados, con soberano impudor, todos aquellos papeles que se sospechaban de interés. La prensa elogiaba ruidosamente a ciertas personalidades. Los ebrios voceaban nombres en las calles. Una sorda agitación intranquilizaba los espíritus. Fundábanse los primeros clubs destinados a la propaganda de la causa. Un grupo de fogosos estudiantes lanzaba a la circulación el primer semanario político de la temporada. Los conciertos reglamentarios en la capital y en las cabeceras departamentales eran interrumpidos por manifestaciones populares espontáneas y el eco de los vivas ahogaba el sonido

de los cobres. La oratoria barata, la literatura empalagosa y la servil adulación florecían prodigiosamente. Simios patrioteros y equilibristas vestíanse flamantes libreas para aparecer en el tinglado de la farsa, integrando las diversas agrupaciones.

Frente a las candidaturas surgidas de abajo, es decir: las candidaturas independientes de poder público, oponíase, en este caso, haciéndose gala de encantador cinismo, la candidatura incubada al calor oficial. Un general de espada casi virgen, cuyo mérito más sobresaliente era la pasividad física y la sordera espiritual y un abogado que calzaba honroso coturno en las hermandades del foro, habíanse colocado frente a frente con el candidato de arriba, médico que a falta de otra cosa mejor ostentaba su título universitario, salvoconducto suficiente ante la mediocridad. El médico tenía tras de sí la portentosa máquina de los trámites oficiales, corregidos y arreglados conforme a su deseo, de acuerdo con las autoridades civiles y militares. El veterano general y el sesudo jurisconsulto estaban asesorados por una abigarrada muchedumbre de partidarios, contándose en ella, desde lo más ilustre en las ciencias y lo más alto en las virtudes, hasta lo más sucio de indignidades y lo más romo de intelecto. Antes de transcurrir medio año de intenso debate cívico, el Director de Policía de la capital, obedeciendo órdenes superiores, sentaba la mano a un grupo de jóvenes en quienes vibraban la sinceridad y el entusiasmo por la causa. Y después, la flor y nata de los partidos opositores fue a dormir a las celdas penitenciarias de toda la república, pues los sátrapas de cada región cumplieron con celo loable las estrictas órdenes emanadas de palacio en los momentos en que la servidumbre sufre calambres ante el humor negro de los mandatarios.

La prensa opositora extremó sus ataques. Día a día las columnas de los periódicos regalaban al interés ávido de los ciudadanos una soberbia ración de las más duras frases del léxico de la diatriba. La calumnia, el insulto soez, la torpe difamación, el cretinismo y la envidia retozaban en aquel estrado de la prensa política. Y si bien es cierto que resonaban voces airadas y sinceras; si bien es cierto que el nombre de algún apóstol del ideal rubricaba párrafos encendidos en llameante patriotismo; si bien es cierto que no todo era fango y miseria… ¡cuánto detritus malsano revuelto en el apasionamiento de la discusión!

La bilis presidencial se desbordó y una tarde fallecieron repentinamente todos los periódicos de la oposición. El guantelete del cacicato abofeteaba el rostro de la libertad y la voz de protesta moría en las gargantas nobles y en las mercenarias que aparentaban defenderla sinceramente. Por vigésima vez en la historia patria la mano del gobernante escribía la palabra imposición y por vigésima vez los dedos del pueblo se crispaban en el hierro de los fusiles. Un trueno mortífero volaba en los ecos, a través de las inmóviles montañas y de las llanuras vastas; y la sangre de los hondureños se vaciaba de las abiertas venas, en arcadas formidables. Levantamientos en la capital y en diferentes sectores del

país, hicieron vacilar al régimen impositor. Las columnas revolucionarias y las gobiernistas sostenían frecuentes y encarnizados combates y el humo de los vivaques obscurecía el cielo azul. El pueblo en masa largábase hacia las fronteras; el comercio clausuraba sus transacciones, los colegiales abandonaban las aulas, el gobierno incautaba fondos, requisaba automóviles y bestias, imponía contribuciones. Morían todas las actividades cultas del país. La desolación y el miedo reinaban en las ciudades. Terminaban con el saqueo las haciendas florecientes. La miseria, el hambre, la peste, despoblaban los campos. Sobre los riscos bravíos y sobre las parcelas fecundas, los corceles apocalípticos galopaban frenéticamente.

Una fuerte columna revolucionaria se apoderó, después de violento combate; de la ciudad de Comayagua, antigua capital de Honduras. En los apuros de la defensa, el jefe gobiernista mandó armar a los reos y los distribuyó en las líneas de fuego. Seis meses antes, Juan García, en unión de una pequeña banda de cuatreros y contrabandistas, fue capturado por un inspector de Policía y Hacienda. En las cárceles de Comayagua soportaba las fatigas y el duro tratamiento del penal con la esperanza de escapar hacia sus verdes pinares salmodiantes. Apenas se vio libre, con un rifle y un salveque de cartuchos en la mano, sólo pensó en vengarse de quienes lo habían hecho padecer un largo encierro por su afecto al ganado ajeno. Y con el arma que el comandante gobiernista puso a su disposición, disparó sobre los defensores de la plaza.

Terminado el combate, el jefe revolucionario encaróse con el hijo de Félix Pedro.

—¿Cómo te llamas?

—Juan García.

—¿Por qué tiraste contra ellos?

—Porque me debían un *freno* y era hora de cobrarlo.

—Me han dicho que peleaste bien.

— Por algo soy muy hombre.

—Ahora serás de los nuestros. Peleamos contra la imposición del gobierno, para sentar a don Francisco Gutiérrez.

Juan no estaba en capacidad de decir quienes eran el Presidente de la república, ni don Pancho Gutiérrez, el candidato por quien se batirían luego. Aquello de libertad e imposición le importaba un bledo. Lo único que halagaba sus apetitos, guías de sus acciones, era el sueldo de capitán que le daría el *habilitado* de la revolución y la lucrativa perspectiva de raterías impunes que se dibujaba

ante sus ojos. De esa manera, con su impulso salvaje y primitivo, se disparaba como una saeta a la conquista del futuro.

Durante tres meses los intereses en pugna del gobierno y de la revolución desataron sobre esta patria infeliz las fuerzas locas del pillaje, la muerte y el hambre. Corrió la sangre en las mesetas verdes, sembradas de huertas rumorosas y en los riscos indómitos y en los milenarios caminos polvorientos. Transcurridos sesenta días parecía que la victoria la obtendrían los revolucionarios y que entre ellos se verificaría el reparto del presupuesto, mientras los gobiernistas, para salvar la epidermis, se beberían los vientos, traspasando las fronteras. Con armas y pertrechos obtenidos en Nicaragua, los primeros pudieron obtener varios éxitos de significación, apoderándose de Danlí y de Yuscarán en el oriente y amenazar la capital. En acción simultánea, las tropas de Intibucá llegaron hasta la línea costera que baña el Atlántico, destrozando en veinte combates sangrientos a los defensores de la arbitrariedad gubernativa. A pesar de las victorias de la revolución, el orden de cosas imperante se mantenía firme y puede decirse que más que a las ametralladoras, los rifles y los collings de sus enemigos, temía los gestos ambiguos que se dibujaban en la rubicunda faz del representante del gobierno yanqui. Un día, el Presidente impositor alzó el vuelo hacia remotos campanarios. Los sátrapas y bonancibles del régimen, con los bolsillos repletos del oro de las arcas nacionales, en rumorosa desbandada, abandonaron el país; y en medio de la ruidosa alegría de unos y del justo terror de los vencidos, los gonfalones revolucionarios flamearon en las calles y torres de la capital. Saqueos y persecuciones fue necesario contemplar durante algunos meses hasta que la fuerza misma de las cosas regularizó la vida. Aparentemente normalizada la situación, se practicó un remedo de elecciones presidenciales. Ministros, gobernadores, comandantes, jefes de policía, inspectores, militares de alta y hasta las estanqueras, inclinaron la balanza en favor del caudillo triunfante en la revuelta y gracias al peso de las circunstancias y a la indiferencia celestial éste rigió la suerte del infortunado país.

Vencedora la revolución e inaugurado con derroche de champaña el nuevo régimen, Juan regresó a su olvidado villorrio. Después de tres meses de ruda campaña, en la que supo de las fatigosas marchas a pleno sol, del horror de los asaltos a machete, del frenesí de las victorias y del miedo cerval de las fugas locas, oyendo crepitar en las espaldas las ametralladoras enemigas, el aldeano volvió a la heredad de sus mayores con algunos pesos fuertes de liquidación, un *especial*, una cobija y un collings. Encontró su casa en ruinas, sus padres muertos, sus hermanas *amachinadas*. El menor anduvo en la guerra civil, prestando servicios al gobierno. No era dudoso que ambos se hubiesen tirado, cada cual al abrigo de una trinchera, en los campos de batalla. No existían ya ni rozas, ni huertas, ni ganados. Con los últimos dieron fin las columnas revolucionarias o gobiernistas que, en varias ocasiones, estacionaron en Santa Lucía; y los primeros no podían existir desde que faltaban la voluntad y el brazo de

Félix Pedro y que sus hijos pensaban en la próxima revuelta para ascender a coroneles.

El aspecto general de la aldea, era fiel reproducción del hogar de Félix Pedro. Los saqueos realizados por los beligerantes y los latrocinios de los campesinos, dieron fin con algunas propiedades que hacían concebir esperanzas. Y cuando no intervenían estos factores, la pereza se encargaba de consumar la obra. Acostumbrada a la holganza, la mayoría de la población rural prefería la vida gregaria de las guarniciones y los cincuenta centavos del sueldo, a la valiente tarea de roturar la tierra oscura y prolífica de da independencia y dignidad. La última revuelta educó a los campesinos de la generación conforme a la norma tradicional, desarrollando sus inclinaciones a la holganza, al mostrarles el militareo como un oficio lucrativo y flamante. No hubo en la aldea quien quiciese rozar dos manzanas a la vera del río; no hubo quien pudiese conducir el arado en las parcelas, ni quien regase la próspera simiente. Pero, en cambio, sobraban “héroes”, con vehementes aspiraciones al grado superior.

Juan García era el tipo standard de esta falange caricaturesca surgida del humo de la montonera, en los vivaques de las tropas gobiernistas o revolucionarias. Silueta criolla llena de colorido funesto y potente, ofreciendo amplio margen para las disquisiciones sociológicas y psicológicas, el héroe popular hondureño guarda notable similitud con los ejemplares del revolucionismo que han brindado al estudio todos los países, aun los más florecientes en la actualidad, de la América indohispana. Al narrar en estas páginas la existencia del campesino de Santa Lucía, que en una tarde como cualquiera otra, pariera el vientre incansable de Paula Francisca, el autor no hace sino justicia a los millares de héroes nacionales, que tal vez por un repentino eclipse de la estrella no arribaron al más alto peldaño; y no merecieron como otros congéneres, el homenaje de las estatuas de bronce y el incienso tumefacto que la gleba quema ante el rostro anodino de los beneméritos.

De soldado a coronel

Después de los acontecimientos últimamente narrados, Juan no pudo resignarse a la existencia pacífica del villorrio. Su hermano habíase marchado para Tegucigalpa, donde se ganaba miserablemente la vida, él que era dueño de varias caballerías de tierras feraces, como aprendiz de zapatero. Juan sentía la honda nostalgia de los días de cuartel y así lo abandonó todo para trasladarse a Comayagua, al lado del general Luis González, quien le dio de alta como mayor del ejército. El penco, que heredó de Félix Pedro una bellísima propiedad, rica en maderas y con vegas fecundas, veía realizado uno de los grandes anhelos de su vida. Era oficial del ejército hondureño, devengaba un infeliz sueldo y con eso se creía en la gloria. Los cuatro años de aquella administración, soberbio capítulo de aniquilamiento patrio y despilfarro de las rentas nacionales, los vio huir cumpliendo sus deberes al lado del jefe a cuyas inmediatas órdenes se había batido durante la guerra civil anterior. Y cuando, no obstante todos los obstáculos; cuando, no obstante el formidable derroche de recursos tinterillescos y del salvajismo de los esbirros obedientes a la ilegalidad, el poder y el presupuesto fueron a manos de los caídos, Juan largóse a los cerros tras de su superior. La montonera iba forjando su estatura de caudillo. Colegios y Universidades frecuentadas por Juan, la banda de cuatreros y los vivaques revolucionarios, templaron su alma en los más rudos moldes. Ajeno totalmente al contacto benéfico de los libros, acostumbrado al trato soez de sus camaradas de guarnición y de montonera, pensando siempre en cobrar algo a la sociedad; implacable en sus odios; sin la menor noción de lo que significan las voces: patria, patriotismo y partido; anhelando los días en que ejercía omnímodas funciones su jefe y amigo el general González; ambicionando emularlo, Juan distinguióse en las acciones de la montonera y lo hicieron coronel. En las obscuridades de su intelecto, el hijo de Félix Pedro jamás se detuvo a meditar en la razón por la cual se batía tenaz y fieramente contra el nuevo régimen. Jamás pensó si estaba cumpliendo una misión de justa rebeldía, pues ignoraba si el orden de cosas caído era más beneficioso al país que el imperante. El nuevo gobierno no podía brillar por su excelencia. Era verdad que muchos vicios del anterior desaparecieron. Era verdad que los empleados y los maestros no agonizaban de hambre. Pero, en cambio, se repetía la historia de las especulaciones vergonzosas, realizadas por hombres que gozaban del amor del mandatario. El desprestigio cundía ya alrededor del gobierno inaugurado a costa de tremendos sacrificios. Se comprobaba, gracias a la maravillosa intuición popular, el engrandecimiento rápido, asombroso y desconcertante, de señaladas fortunas; individuos que meses antes no poseían lecho en que abandonarse muertos, convertíanse rápidamente en orgullosos magnates, dueños de chalets y autos; con pretensiones a ser candidatos en el próximo torneo electoral o poseedores de enormes fincas de bananos en el Norte y de cafetos en el interior. Personas que se sabía habían especulado con regímenes anteriores arribaban al país piloteando lujosísimos autos Packard o Lincoln y volvían a largarse con los bolsillos repletos del oro sagrado de las arcas

nacionales. La justicia no andaba muy bien porque algunos magistrados, venerables testas canosas, tenían que enrojecer a veces cuando el índice conminatorio les señalaba prevaricaciones, sentencias emitidas contra toda ley y toda razón, para congraciarse con el mandatario. Y —en fin— las cosas no iban como el sencillo Quijote-Sancho que se llama pueblo lo anheló al quitar el poder a la congregación de sátrapas y traficantes del régimen caído. Pero… ¿se batían, acaso, Juan García y sus compañeros por estas razones? ¿Se batían para evitar los robos y las especulaciones vergonzosas? ¿Se batían para implantar la justicia en manos de magistrados que no temen al poderoso y rechazan los halagos del oro corruptor? ¿Se batían con el fin de colocar la defensa de nuestra integridad territorial en manos firmes y la dignidad del país vejada con las pretensiones de explotadores que progresan inicuamente gracias a la abyección y al servilismo de muchos hondureños? En sus conciencias de guerrilleros no desfiló jamás el triste cortejo de los infortunios que sufre la patria. En sus conciencias de revolucionarios no lloró jamás Honduras con la sinceridad palpitante de sus angustias y de sus temores; en sus conciencias de montoneros no temblaron jamás los dolores, los anhelos, los pavorosos signos que estremecen el alma de los hombres libres de la barbarie y limpios de las ruindades del comadrerismo político. La madre resignada y adolorida no enjugaba sus lágrimas constantes porque sus hijos se repartían la túnica. Y el ardor bélico de Juan García y de sus compañeros no era sino una nueva manifestación del revolucionismo y del militareo que volvían a retozar en los campos taciturnos anegados en sangre fraterna.

El exilio

De montonero a emigrado sólo hay un paso. Después de los azares del vivac y de los goces del saqueo, nuestro héroe hubo de traspasar violentamente las fronteras patrias. La revuelta encabezada por Juan y otros militares *caídos* fue aplastada en un sangriento combate que pasó a marcar una famosa efeméride en el calendario de las saturnalias desprovistas de altos propósitos. La aventura de los jefes descontentos costaba al país la friolera de tres cuartos de millón de pesos fuertes, cantidad que amén de servir para sofocar el levantamiento, dio ocasión a los insaciables y ávidos logreros para formarse una buena base de capital. La nación pagaba el costo de la montonera: tributo de sangre en los campesinos analfabetas que ostentando flamantes divisas, fueron a morir en los riscos, batiéndose en las filas de Juan García o en las columnas del gobierno, en nombre del orden constitucional; tributo de energías, tributo de prosperidad en las haciendas y almacenes saqueados por los beligerantes y el tributo de sus rentas. Siguiendo el precedente establecido, el poder ejecutivo no desmintió nuestra habitual prodigalidad. Donde era necesario gastar un cuarto de millón se gastaron tres. Los dos restantes bastan para explicar cómo es posible que ciertos presidentes, ministros o allegados, al trasmutarse en Honduras los valores políticos, puedan vivir lujosamente en los Estados Unidos de Norte América; ocupando bellas residencias en Park-Avenue, ser dueños de flamantes limousines, realizar giras por los países de Europa, derrochar oro en París o estacionar en la Costa Azul, jugando a la ruleta en Montecarlo, mientras escuchan la grata canción del Mediterráneo, surcado ha siglos por las galeras de los piratas berberiscos, las gráciles carabelas de los intrépidos almogávares de Roger de Flor y las flotas gloriosas de Andrés Doria.

Trescientos hombres acompañaban a Juan. Una tercera parte cayó con las armas en la mano, batiéndose denodadamente (el nunca desprestigiado coraje hondureño), contra las fuerzas del gobierno, superiores cinco veces en número. Los individuos de la hueste revolucionaria que tuvieron la desgracia de ser cogidos por el enemigo, quedaron en el campo, ultimados sin misericordia. Las ametralladoras se encargaron de consumar el fusilamiento en masa. Generales, coroneles y hasta simples soldados, todos perecieron. Andaban con Juan García, militares encanecidos en los vivaques, algún profesional, gente de amplio círculo social y relevante cultura y reclutas casi niños. Muy pocos pudieron hablar más tarde del suceso. Los que milagrosamente escaparon de la carnicería, fueron a morir en la espesura indómita de las montañas vecinas. Una docena, a lo sumo, logró salir con vida de aquellos infiernos y los jefes gobiernistas pudieron ufanarse de haber dejado allí sus *cementerios*. Matando su fastidio en los jardines de San Salvador, evocaba Juan las vicisitudes de su existencia. Sin embargo, su carrera no sufría mengua. La derrota sólo era una etapa transitoria, como cualquiera otra; y en los meses de campaña que sostuvieron los rebeldes contra el gobierno, el

hijo de Félix Pedro colocó muy en alto el prestigio de su energía de combatiente y de su primitivo coraje. Alguno que otro balazo recibido acreditaba sus proezas.

Durante tres años vivió nuestro héroe, como pudo, en el exilio. Estuvo de alta en Guatemala, fue mayordomo de una finca de café en El Salvador, erró por los caminos de Nicaragua, hasta que un día ¡al fin! llegó a sus oídos el eco de la fusilería que tronaba por centésima vez en las montañas de Honduras.

Don Cipriano López, el leguleyo capitalista que hemos conocido al principio de este relato, por sus nexos con los cuatreros de Pedro Raudales, encontrábase, en tal época, en San Salvador. Enemigo del gobernante hondureño, emparentado de cerca con el jefe principal de la revolución, aspirante a una cartera administrativa, el venial abogado habilitaba a los emigrados que partían hacia la guerra civil. Juan García fue uno de los primeros en alistarse y en traspasar la frontera. Después de combates sin importancia, un día se encontró mandando una poderosa columna que operaba en el sector occidental. De grado o por fuerza cayeron en su poder las plazas de Gracias, Santa Bárbara, Santa Rosa, Ocotepeque y La Esperanza. Una tarde de abril, los tres mil quinientos hombres que comandaba el general Juan García rodearon la antigua Valladolid. Las tropas que había concentrado el gobierno en la ciudad proporcionaron dura faena a la cohorte revolucionaria. Las ametralladoras y la fusilería tronaron rabiosamente durante una semana. Cargas tremendas fueron rechazadas y la tierra calcinada no era capaz de beber tanta sangre. En las líneas de fuego el legendario coraje hondureño rubricaba con insólita energía su efectividad. Pero la resistencia de la plaza fue desmayando. Los sitiadores avanzaban y, después de pelear durante cuarenta horas consecutivas, abrieron brecha en las primeras trincheras, traspasaron las alambradas y cayeron sobre los reductos de las boca-calles. El alud de acero y de plomo opuesto por los defensores no pudo detener el avance y la toma de la ciudad se consumó. En las altas horas de la noche se retiraron los gobiernistas y con el día se vieron flamear en los edificios los estandartes revolucionarios.

Dueño de Comayagua, Juan García era el hombre de la situación en el centro del país. Luis González, su antiguo jefe, había operado victoriosamente en la Costa Norte y era otro de los factores decisivos del triunfo y del orden de cosas que de éste surgiría. Jefes de movimientos parciales en el sur y en el oriente reclamarían también su parte de botín. Vencedores en casi todos los sectores, los revolucionarios impusieron condiciones al gobierno; el mandatario resignó el poder en el consejo de ministros y fuese al exilio seguido de los hombres que lo acompañaban más de cerca. Con el indispensable regocijo de unos y la angustia de otros, se inauguró el nuevo régimen.

El camino de la gloria

Inició entonces Juan García su marcha triunfal sobre Tegucigalpa, llevando consigo fuertes contingentes de las tropas que habían hecho la campaña de occidente y una de sus etapas fue la aldea de Miraflores. Dominando desde una pequeña altura el panorama encantador, la bella residencia levantada después de penosos esfuerzos por don Salvador Andino, avivó los brutales instintos del glorioso montonero. Sin hacer un gesto, lleno de íntima satisfacción, permitió que la soldadesca saqueara la valiosa propiedad. La horda dejó convertido en pavesas el fruto de muchos años de constante trabajo. La barbarie desenfrenada se sació en los muebles, en los árboles, en los animales. De cuando en cuando resonaba un disparo y una res desplomábase herida sobre la grama. Cuando partió hacia la capital, el héroe de cien combates, el guerrero insigne a quien sus apologistas llamaban "la primera espada de la república", sumaba en su haber una nueva victoria. Su envidia de torpe aldeano fue vengada y el emporio de prosperidad que era también una formidable acusación contra los vicios raciales, había desaparecido. Juan García, el hombre de los campos, primitivo y desorbitado, lleno de prejuicios, cegado por la ignorancia y el rencor; el aldeano taimado que desviándose del recto camino trazado por su padre, salió del guamil para el cuartel, del cuartel al estanco, del estanco a la cárcel y de la cárcel a la montonera, convertido después mediante los azares de la revuelta en jefe de horda, vencía en lucha desigual a don Salvador Andino, tipo del hombre digno que ha pasado dos tercios de su existencia brindando sus energías a causas que quizás no merecieron semejante dádiva; que ha conocido y pesado los méritos de los individuos; que penetró en el misterio de muchas reputaciones y que, sintiendo nacer en su alma sana un vibrante arranque de rebeldía hacia el fango político y la pequeñez humana, se marcha al aislamiento, buscando en el vientre pujante de la tierra los dones preciados que jamás pudo ofrecerle el corazón de la humanidad. Nacido en el hogar de pobres artesanos donde el trabajo fue norma; forjado por esfuerzo propio en los moldes universitarios, que a pesar de su rutina y de su estrechez, algo de bueno tienen; educado en el estudio y el ejemplo de los varones egregios que sirven de guiones en la concatenación de las épocas históricas; irreductible en cuanto a principios de dignidad e independencia; pudiendo ocupar, con una ligera inclinación del espinazo, honrosos cargos, don Salvador prefirió perder todo cariño a sus galones de general, no se volvió a preocupar por su categoría en el escalafón y azada en mano fue a epilogar noblemente su vida roturando las parcelas que poseía en el humilde caserío. Era el SEMBRADOR --EL PRODUCTOR-- el hondureño del mañana que odia las antecámaras y el comadrerismo político y que, de alguna manera, se independiza. Juan García, representaba al hondureño del pasado, el que surge de la nada y que sin genio, sin ideales, sin nobleza, a golpes de fortuna, llega al pináculo. Era el tipo representativo del parásito bárbaro, así como el empleómano es el tipo del parásito aristócrata o dorado. Y gracias a las circunstancias, a la desorganización

social, al ancestro, al formidable muro del pasado, Juan García sobreponíase a don Salvador Andino, pioneer de una nueva era.

En Tegucigalpa se recibió a Juan García como a un salvador. Bonaparte después de Austerlitz, Bolívar después de Ayacucho, Morazán vencedor en el Espíritu Santo, debieron de sentirse menos satisfechos que nuestro héroe cuando precedido de cobres marciales, bajo arcos de banderas y flores engalanados con la presencia de lindas adolescentes en medio de una muchedumbre que lo vitoreaba sin cesar, ingresó en la capital. En el mismo auto que él ocupaba iban el general González, el hombre del norte; el doctor Díaz, probable mandatario en el período que se iniciaría bajo los auspicios de la revolución y jefes que se habían distinguido en los otros sectores. Bajo la gloria del cielo impasible desafiló la cohorte vencedora a las órdenes de “la primera espada de la república”.

El verbo crisostómico de presuntuosos oradores saludó, en nombre de la patria, de la libertad, de la justicia, al general García Coronas de laurel adornaron las paredes de su mansión y el servilismo abyecto vino a formar guardia frente a su puerta.

El Zenit

He ahí a Juan García, héroe de este relato nacional, hacia el pináculo de su carrera prodigiosa. Jefe temible por su ascendiente en el ejército y por el prestigio de sus hazañas recientes; rodeado de un grupo numeroso y fuerte; cabeza de militares, adulado por los escritores, solicitado por los hábiles políticos, el general don Juan García fue, desde luego, el hombre más destacado del régimen imperante. Su palabra pesaba como ninguna, sus gestos producían efecto instantáneo, sus caprichos eran ley. Apenas sabía firmar, nunca en su vida había pisado los umbrales de un colegio, ignoraba las buenas maneras del individuo de sociedad. Su carrera no se inició en los bancos de la Universidad, ni en la trastienda de un bazar, ni en ninguna de las actividades humildes donde muchos que son gloria de la especie, han alzado el vuelo. No supo como su padre, el recio y bueno de Félix Pedro, sacar provecho de la tierra fértil, abonada con el sudor de generaciones laboriosas. Surgió de la serranía hacia el cuartel, pasando por el estanco y la banda de ladrones, hasta concluir en el penal la primera etapa de su existencia. Las demás se iniciaron en la montonera y fue ascendiendo gradualmente hasta aproximarse al zenit. Poseía cualidades innegables que llevan, con harta frecuencia, a la victoria: un valor físico capaz de afrontar serenamente las pruebas más rudas; una energía que no se doblegaba ante nada y su astucia innata desarrollada desde sus primeros años de lucha en la selva. Caudillo a la usanza de Rafael Carrera; hombres dotados de cualidades afirmativas, pero subsistentes en ellos, al lado de las primeras, los impulsos primitivos del temperamento sin educación. Los colegios, las universidades y las bibliotecas no iluminaron sus cerebros, ni dieron a sus espíritus la distinción que caracteriza a quienes saben de arduas disciplinas mentales. El medio de violencia, ignorancia y miseria en que se crearon, forjó en ellos un acerado temple de luchadores enérgicos y brutales, desarrollándose en las escuelas del vicio, del crimen y de la montonera, sus innatas inclinaciones hacia el mal. Dueños de los lugares más altos en la vida activa de las naciones, convertidos en guías de muchedumbres, subsistió en su estructura, el hombre primitivo. Y, en todas las fases de su existencia, como Caudillos, ese hombre primitivo hubo de manifestarse.

Cómo llegó Juan García a ser director de un partido, a desempeñar papel importante en los acontecimientos, a decidir de la suerte y del futuro del país, el pasado nuestro, la idiosincrasia nuestra y la cultura nuestra lo dicen. No basta arrojarse iracundos contra el caudillo y el caudillismo. No basta propalar mentiras con fines utilitarios preconcebidos. No bastan plegarias sentimentales ni alardes falsos de puritanismo. Precisa buscar en las fuentes de nuestra sociología y de nuestra historia la explicación del fenómeno y la razón de los acontecimientos hasta encontrar en la investigación serena de los hechos la clave verdadera, la fría claridad, en esta noche de falsedades y de prejuicios en que vivimos.

Hombre rico, influyente, as del ejército, Juan García residía en una lujosa mansión situada en el barrio aristocrático de la capital. Su importante posición militar le valió el ascenso al Ministerio de la Guerra. Iba muy pocas veces a su despacho y el subsecretario se encargaba de tramitar y resolver los negocios del ramo. El héroe llegaba a su oficina a estampar su firma ¡una firma colosal! cuando el caso lo requería. Frecuentemente se le veía galopar en briosos corceles por las calles de Tegucigalpa, rodeado de un séquito de admiradores y devotos; asistía a las recepciones, bebía y jugaba en los clubes, era amigo campechano, como Francisco Villa, del baile y la juerga. Complaciente y manirroto, especie de Médicis criollo, sin elegancia y sin talento, se prestaba a las maquinaciones turbias que en los ministerios de Guerra, Hacienda y Fomento, realizaban sus favoritos. Así nacieron con buena base muchos capitales. Cortesanos hábiles algunos de sus íntimos, sabían extractar magnífico provecho de la situación. Y sucedió que miles de hectáreas en la Costa Atlántica fueron a poder de los parásitos y más tarde, mediante fabulosas sumas, de los trusts bananeros. Y sucedió que de la noche a la mañana, individuos sin profesión ni renta, gracias a un arte especial, se convirtieron en dueños de soberbias fincas. Juan García, naturalmente, fue de los beneficiados. Y a sotto-voce primero; como un rumor público y una verdad palmaria después, el pueblo hondureño poco tardó en enterarse que el burdo campesino de Santa Lucía era nada menos que un potentado.

Había contraído matrimonio Juan en aquellos lejanos tiempos en que era un simple coronel, militar obscuro e ignorado que pasaba la vida de alta en las guarniciones de la república, cuando no en el vivac de la montonera o en las amarguras del exilio. La sencilla compañera de sus días era ahora una de las primeras damas del país. Habían procreado cinco hijos: dos varones y tres hembras, pertenecientes a la flamante aristocracia citadina. Orgullosos de su blasón, ellos se creían descendientes, por la rama materna, de una encopetada señora que llegó a Honduras en la época remota en que gobernaba éstas provincias, desde la capitanía general, el flaco espíritu de don Gabino Gaínza; y en cuanto al noble abolengo de su padre, no era motivo de discusión. Estos frescos pimpollos lucíanse muy donosos en las calles de la metrópoli, piloteando flamantes limousines pertenecientes a la nación; y los varones, más avisados, derrochaban oro en los cabarets neoyorquinos.

Desde luego que desempeñaba uno de los papeles de importancia en el sainete y tenía en sus manos la mejor ración del festín, Juan García veíase asediado constantemente por una nube de aspirantes a bonancibles situaciones. Acudían a él, desde el vanidoso profesional sin clientela que trata de llenarse los bolsillos en una administración de aduana, hasta el obrero parásito y el burdo militar. Era una tremenda pugna por las casillas del presupuesto. Juan, que habíase batido denodadamente en las líneas de fuego más escabrosas, no sabía como dominar aquel maremágnum. En derredor suyo oíanse murmuraciones y

súplicas, elogios y lloriqueos. Había ya un buen porcentaje de descontentos. La generosa munificencia del caudillo no calmaba los apetitos de muchos estómagos y el dueño de un insaciable tragadero volvíase enemigo irreconciliable de su antiguo protector y jefe, lanzando adelante, naturalmente, las socorridas mentiras del patriotismo barato. ¡Cuántos conocemos, en Honduras, que son enemigos del caudillismo porque la tesorería especial o la aduana o el consulado se les fueron de las manos! ¡Cuántos campeones de la democracia y de la libertad, modelos de puritanos sentimientos que enderezan lanzas contra el ominoso y horrendo caudillismo, han surgido tras un desaire y un fracaso! Sabemos de canes falderos que se vuelven mastines por que el amo les rehusó el codiciado hueso. Diógenes arrojaría espantado la linterna si se obstinase en dar con un hombre en medio de esas traíllas y esas recuas.

A través de recias luchas, de los embates del odio y de las críticas acerbas, la personalidad de Juan García se conservaba discutida, pero maciza. Se le combatía con apasionamiento. Se le defendía con fervor. En sendas ocasiones, la calumnia y la diatriba fueron las armas usadas por sus adversarios. En el furioso oleaje de tres períodos electorales que terminaron en revoluciones, justificadas o no, fue cobrando estatura y solidez su talla de hombre público, hasta que un día se encontró a la cabeza de una vasta agrupación de ciudadanos. Los orígenes dudosos del caudillo se perdían en la niebla de los tiempos remotos. La masa no profundizaba en su vida ni en su idiosincrasia. No se analizaba a fondo su personalidad. Sus admiradores veían en él a un hombre superior; para los fanáticos ingenuos: un semidiós. Y sus adversarios, en la violencia de la liza, únicamente lo hacían blanco de rudos ataques. El hijo de Félix Pedro y de Paula Francisca, desapareció. Había surgido el caudillo, entidad nueva, aureolada de fama y de simpatía, poseedor de virtudes que Juan no conoció jamás, pero que, mediante un espejismo político hasta él mismo creía tener en grado sumo. Desgraciadamente para Honduras, esas nobles virtudes que sus devotos atribuían al general García, eran, como ya dijimos, producto de un espejismo. Algo que tiene que ver mucho con el mimetismo animal y la simulación, aplicados a la lucha por la vida en la especie humana. Y los defectos orgánicos y de educación que siempre acompañaron a Juan, sí que eran aún una realidad palmaria. Semejante material en bruto, no podía ser una obra de excelencia.

Cuando hubo alcanzado el pináculo en su carrera militar, después de desempeñar en el sainete papeles de gran importancia y de graves responsabilidades, Juan García aspiró naturalmente a la coronación de su carrera política. Sus triunfos en el campo de batalla, el renombre adquirido en una sucesión de montoneras, su prodigalidad, sus aires de gran señor en los altos puestos, los elogios constantes de la prensa que lo consagró un insuperable estratega, crearon en derredor suyo un aura de popularidad, basada en actos positivos y en anécdotas y leyendas. Después de desempeñar las carteras de Fomento, Guerra y Gobernación y siendo un caudillo militar admirado, querido y temido, como broncíneo medallón que se acuña en el metal de la imaginación

popular, sus ambiciones iban más alto. Así fue como un día, transcurridos muchos años de batalla política, Juan García, aldeano obscuro y sin talento, elevado por el viento de las montoneras hacia las alturas del poder, se encontró jefe de una fuerte agrupación que se alistaba para entrar en línea en el próximo debate cívico.

El retorno

Un año ha transcurrido después del drama que tuvo por sangriento epílogo la destrucción completa de la banda encabezada por Pedro Raudales. La vida en la heredad de don Salvador Andino ha cambiado notablemente. No se dibuja bajo el alero familiar la vigorosa silueta del Patriarca. La risa cantarina de María no acompaña el trino de los sinsontes y de los jilgueros. Tampoco se ve a Marco Tulio ni a Carlos. La familia está ausente.

Don Salvador marchó para Tegucigalpa, dejando a Juan José la responsabilidad en el buen manejo y cuidado de la hacienda. El mayordomo, viejo servidor y hombre sensato merecía la confianza absoluta del propietario de la Santa Fe. En sus manos estaría seguro el tesoro amasado a costa de luengos años de trabajo pertinaz. La víspera de partir, don Salvador congregó al personal de servicio: campistas, mozos, etc., en el corredor de la mansión y les habló así:

—Mañana salgo para Tegucigalpa. No se cuanto durará mi ausencia, pero creo que será prolongada. Juan José queda encargado de la dirección. Espero que ustedes atenderán siempre sus indicaciones y no harán obstáculos al cumplimiento de sus órdenes.

Una vez solos, el Patriarca dio instrucciones a Juan José, encareciéndole la manera como debía portarse para manejar bien las actividades múltiples e importantes de la heredad. Al retirarse el mayordomo, quedó don Salvador entregado a profundas reflexiones.

Hacía quince años que vivía en la Santa Fe, luchando contra la naturaleza, contra los hombres y las fieras. Llegó solo y pobre; con el alma conturbada por las veleidades de la frágil condición humana, que en los azares de las luchas políticas se manifiesta en ingratitudes y traiciones. Venía desencantado a buscar un consuelo fuerte en la entraña virgen de la tierra. Su lucha fue prolongada y recia. Al cabo de los años habíase creado un patrimonio opulento, logrando forjarse una posición independiente, sin la más pequeña claudicación de su dignidad. La gran recompensa, que negó la humanidad a sus afanes, diósela la tierra. El porvenir estaba despejado y feliz para los seres amados por su corazón. Había vencido.

Después de tanto tiempo, un deber imperiosísimo lo arrancaba, de su querida Santa Fe. Jamás desoyó él, la llamada imperativa del deber. Decepciones, heridas incurables llevaba en el corazón, recuerdos imborrables del celo que puso siempre en su cumplimiento. Ahora tampoco permanecería indiferente. No hubiera

sido capaz de eso en circunstancias distintas, menos cuando razones poderosas militaban para hacerlo tomar su determinación. En primer lugar: el bien de la patria, de su amada Honduras. En segundo término el esfuerzo debido a la amistad noble, sincera y desinteresada.

La propaganda electoral para sustituir a las autoridades supremas entraba en un período de entera y franca actividad. Los partidos luchaban vigorosamente en las tribunas de la prensa. El núcleo de oposición al régimen imperante se había ido compactando día a día en torno de una personalidad erecta y diamantina: el doctor Antonio del Castillo. Frente a éste, un grupo bastante numeroso, que contaba con el apoyo disimulado de elementos oficiales, propiciaba la candidatura del general Juan García. Don Salvador no podía, de ninguna manera, permanecer alejado del debate. Y así, atendiendo las excitativas de numerosos amigos del país, dejó un día su Santa Fe, para ir a tomar parte sobresaliente en la lucha cívica de cuya solución dependía el futuro nacional.

Cuando el poderoso Buick arrancó, lanzándose velozmente sobre la carretera polvorienta, don Salvador acarició con una honda mirada el perfil escueto de las montañas de El Socorro y Las Botijas, al pie de cuyos farallones seculares se extendían los agros fecundos de su amada Santa Fe. Allí quedaban sus casonas macizas y soleadas, sus ganados, sus huertas, sus hortalizas, sus campos de trigo y de maíz. Estaban allí latentes quince años de vida heroica; tres lustros de batalla épica, anónima y constante; los primeros meses de bregar solitario y rudo; las imágenes del hogar perdido en la aspereza del monte; su mujer abnegada y silenciosa; los niños incansables y estoicos. La tierra yerma, las vegas erizadas de guamiles, el rancho pajizo, el cielo desnudo y vacío; incierto, obscuro, el porvenir. Su existencia vertiginosa de los años mozos de combate tribunicio y luchas encarnizadas iba a hundirse en el quieto remanso de la heredad. La grandeza del campo inmenso perfiló más enérgicamente su figura tallada en la madera de la progenie antigua. Antes había sido como Graco. Ahora era, además, como Cincinato.

El deber imperioso llamaba al patriota y al amigo. No sin emoción se alejó don Salvador de su esposa la tierra. No sin pesar dejaba sus novillos potentes y majestuosos; sus vegas palpitantes de gérmenes; sus potros de ágiles tendones; sus predios lozanos; las sabanas inconmensurables, cuyo límite remoto apenas distingue la mirada al pie de la cordillera que besa las nubes con sus picachos enhiestos y que llena el ambiente con la vibración de sus millones de follajes crujientes.

Un cielo ocre encapotaba con una suerte de tristeza discreta las serranías y el humo de los bohíos se alargaba hacia arriba, en finas columnas. Mientras el auto iba, raudo y trepidante, devorando llanuras y venciendo cuestas, don

Salvador veía desfilar a ambos lados de la carretera inmensos terrenos baldíos, huertas y milpas. Enfrente siempre, muy lejos, muy cerca, la visión gigantesca de los pinares infinitos.

Las raíces que aferraban su vida a la heredad, iban más adentro, hasta el corazón mismo de la tierra en que había nacido. Su amor a la Santa Fe no era sino una manifestación de su amor a Honduras, la heredad de todos, la heredad sin cultivo. Ahora pondría su esfuerzo individual, la fibra de su brazo, para tornar grávida y próvida aquella heredad inmensa, virgen, que era su patria.

La ciudad

Después de varias horas de viaje, avistaron los rojos tejados de la capital. Un apiñamiento irregular, confuso y caprichoso que cubría muchas manzanas de tierra, extendiéndose al pie de colinas grandes y pequeñas. Sobresalían las torres seculares de las iglesias donde vive la escultura colonial; el macizo pétreo del Palacio Presidencial y otros edificios públicos o elegantes residencias particulares. En el extremo norte las almenas de La Leona y las palmeras que movían rítmicamente sus follajes en el apacible crepúsculo; después la mole desnuda del Picacho. Al este, llanuras extensas donde se levantan los planos de la futura metrópoli; más lejos, la Montañita con su crestería irregular y sus villorrios blancos, semejantes a nidos de águilas caudales. Al sur, también llanuras y colinas, en sucesión arbitraria hasta la vaga línea del horizonte, donde la montaña de Azacualpa al sureste y la de Lepaterique, con el Cerro de Hule, enfrente, besan el cielo. Según se acercaba el auto a los alrededores de Tegucigalpa los edificios veíanse mejor, bañados todavía por el sol declinante de las cinco de la tarde: allí estaba la Catedral, levantada el año de mil setecientos sesenta y cinco por aquellos esforzados y tenaces varones del coloniaje que construían monumentos sólidos, firmes, inquebrantables, como era el fanatismo crudo que privaba en sus almas.

Terminada en mil setecientos ochenta y seis, siendo párroco de Tegucigalpa el cura Márquez, la Catedral es quizás el testigo más antiguo de la vida citadina; lo mismo que otros templos coloniales se mantiene en pie mientras avanza la vida, pasan las generaciones y se impone el modernismo. Testigo del crecimiento de la capital, día a día, piedra sobre piedra, casa por casa, desde la nebulosa edad en que Tegucigalpa no era más que un reducido grupo de caserones con portales y ventanillos. Niñez de la capital que pocos lustros antes era una aldea de mineros, hombres audaces y tercos, aferrados a la entraña dura por la obsesión alucinante de la veta dorada. Frente a ella se extendía la plaza central y en las inmediaciones veíase el Palacio del Ayuntamiento, el Cabildo, la Casa del pueblo. Por esas calles largas que van a perderse en la campiña del este, bajaron en un lejano día los plazuelas, armados de garrotes, a manifestar su disgusto por la designación de los ediles. En los muros de la Catedral se quedaron dormidas las voces de los que gritaban airados.

“Si quieren que no haya guerra
y todo sea alegría
que renuncie Salavarría
y su compañero Serra…”

Hombre de muchas campanillas, don Tranquilino de la Rosa fue el de la idea de perpetuar en los cargos edilicios a los gachupines José de la Serra y Juan Judas Salavarría, para meter en cintura a los habitantes de la Villa de San Miguel, cuyo espíritu de independencia empezaba a vislumbrarse. Don Tranquilino maquinaba ya la erección de la picota para amedrentar a los tegucigalpas. Pero el primero de enero de mil ochocientos doce, los plazuelas y hombres de otros lugares se reunieron en la Plaza Mayor, en momentos en que el Honorable Ayuntamiento pasaba a la Catedral a oír la misa solemne de ese día. El cura don Juan Francisco Márquez, con su palabra convincente y el argumento decisivo de aquellos grupos de personas armadas, resueltas y amenazadoras, resolvió el conflicto. Depositaron sus varas edilicias los miembros del repudiado cuerpo municipal y el pueblo de la Villa heroica obtuvo con ello su primera victoria.

En el inolvidable veintiocho de septiembre de mil ochocientos veintiuno, las campanas echaban a volar su algarabía con la llegada de los Pliegos de Independencia. Pocos días antes, en la antigua metrópoli de los Capitanes Generales, el Sabio Valle había redactado el acta que llenó de regocijo el corazón de don Pedro Molina, de don Juan Barrundia y los demás próceres. Esas mismas campanas tocaban a rebato cuando Agustín Iturbide se proclamó emperador, después del feliz Plan de Iguala y envanecido con sus triunfos manchó su espada con la sombra de su ambición. Vicente Filísola creyó que estos pueblos eran presa segura del despotismo; y Tegucigalpa respondió a Filísola, a Iturbide, a la rancia nobleza que soñaba doblar la cerviz ante un nuevo amo, con un gesto de rebeldía.

El ciclo posterior a la Independencia venía a continuación; fulgurante a veces; sombrío a ratos, pleno de vida. Alboreaba el genio encarnado en el arrogante secretario de don Dionisio de Herrera, mármol augusto. El sol de la Trinidad dio en las espaldas de la hueste de Justo Milla, cuando en derrota vergonzosa huía del campo y Francisco Morazán pasaba galopando en su corcel fogoso, paladín de epopeya; bello, joven, triunfador y magnífico.

¡Lejanas memorias que se van esfumando en la penumbra del olvido! En aquellos tiempos nadie imaginaba la trepidación y la multiplicidad de la urbe moderna. Las ciudades coloniales, de calles largas y tortuosas, con mil recodos y salientes, gozaban de una paz eglógica. México y Lima, que algunos lustros antes congregaban miles de indios en sus tiangues, no podían compararse con las metrópolis de hoy, donde pasan rugiendo las locomotoras; se llena la atmósfera con el estrépito de las sirenas y una iluminación feerica disipa los fantasmas de la noche. Sobre el empedrado de las ciudades coloniales repercutía, de tarde en tarde, el rodar de un coche señorial en el que una elegante tapada acudía a la discreta cita. Damas de mantilla y crinolina, acariciando largos rosarios de marfil, desfilaban hacia las iglesias, murmurando oraciones al toque de maitines o a la hora del ángelus. De noche, la luz vacilante de los faroles iluminaba débilmente los idilios junto a las rejas y las inmóviles siluetas de los pacientes serenos.

¡¡Las doce en punto… y sereno…!!

Al toque de silencio no había ninguna puerta, ni reja o postigo abiertos. La ciudad se arropaba en el misterio, silenciosa, quieta, muerta; y era la hora de los trasgos cuyo recuerdo duró hasta que la luz eléctrica los obligó a huir de todos los rincones.

Los orígenes

Del Castillo, hombre de ilustración vasta que había profundizado muchas veces en los infolios de los códices antiguos, en busca de la verdad esquiva y cuya conversación era tan amena e interesante, gustaba de extraer temas de la historia y de la tradición, aureolados de esplendente fulgor poético.

Penetrando en el misterioso mundo de la evocación, hacía revivir en la mente las imágenes de remotísimas eras que pertenecen a los dominios de la hipótesis y de las nebulosas teorías. Glosaba al abate Brasseur de Bourbong quien afirmó que América fue la cuna de la civilización en el universo. La fuente madre de la cultura no estuvo en el Asia centenaria, ni en el África fabulosa, sino en éste continente separado de Europa por la inmensidad del océano. Platón, sabio entre los sabios de la Grecia de los filósofos, los poetas y los efebos, habló de una Atlántida maravillosa, perdida en la vorágine de las aguas, suponen algunos que en el mismo sitio donde existe el mar de los Sargasos. De acuerdo con el maestro de los “Diálogos”, acerca de la existencia de la Atlántida, están Homero, Solón y Hesiodo y también Aristóteles, Plinio, Plutarco y Tertuliano. Quizás la civilización fue sobre los hielos compactos de Behring a brillar en las orillas del sacro Ganjes y del fecundo Nilo para extenderse, siglos más tarde, a las riberas del Mediterráneo, mare nostrum de fenicios, griegos, cartagineses, romanos e iberos y retornar, al cabo de otros tantos siglos, en la proa audaz de un navío que partió de Palos el dos de agosto de mil cuatrocientos noventa y dos, en busca de la ruta que debía conducir a la playa del dorado Cipango.

Vienen a continuación otras suposiciones, nuevas teorías, doctrinas contradictorias. La civilización no fue de América, vino a América, pasando también sobre Behring. Comerciantes emprendedores y activísimos, los fenicios araban todas las rutas de los mares conocidos; sus naves visitaban los puertos más remotos cargando en ellos marfil, sedas, especias y piedras preciosas y se dice que forzaron las Columnas de Hércules, continuando su viaje por una inmensidad de agua, hasta arribar a una tierra desconocida. El sacerdote Alejandro Darley que vivió muchos años en el Oriente, entregado a investigaciones históricas, sostiene que un marino chino, llamado Hi-Li, desembarcó en la costa del Pacífico, en California, doscientos siete años antes de Cristo y diez y siete siglos antes de que Colón descubriera la tierra americana. Los escandinavos fueron en lejana edad audaces e incansables lobos de mar; el valor de los vikings ha venido a ser legendario y muchas teoría suponen a estos hombres robustos, vigorosos y gallardos, como los descubridores de nuestro continente.

Por el Atlántico o por el Pacífico, se asegura, llegaron los ancestros cuya identidad parece imposible de definir en el maremágnum de hipótesis. ¿Arribaron pasando sobre los hielos congelados de Behring en peregrinación desde los centros antiquísimos de la inmensa Asia o vinieron del archipiélago malayo? ¿Llegaron por el Atlántico en los naos diligentes de los fenicios; fueron aquellos vikings soñadores y diestros; o nadie, absolutamente nadie, ni mongoles, ni tártaros, ni fenicios, ni escandinavos, captaron en sus retinas la imagen grandiosa de la costa americana, quedando reservada esa sorpresa gloriosa para los rudos marinos de Huelva que venían en los barcos de Colón, tratando de establecer una ruta más corta hacia el Gran Kan?

Frente al sol esplendente del almirante genovés han pasado ya muchas nubes obscuras. Su gloria no es *suya*, se ha escrito. Algunos de los que militaban bajo sus órdenes eran superiores a él, como marinos; por ejemplo: los hermanos Pinzón y Juan de la Cosa, piloto y cartógrafo que enseñó a navegar a Américo Vespuccio, comerciante de Sevilla. El mérito del hoy inmortal descubridor fue su amor a la empresa, su resolución inquebrantable, su tenacidad. Así lo dice el gran novelista Vicente Blasco Ibáñez, quien, además, niega a maese Cristóbal, como él lo llama, la paternidad del plan ideado para llegar a Cipango y Catay, abandonando la ruta de Marco Polo y otros ilustres navegantes y estableciendo una nueva ruta, más corta y segura. «Años antes un físico de Florecia, Paulo Toscanelli, había escrito un plan semejante, a un canónigo portugués amigo del rey.» Este físico fiorentino no *conocía el mar*, aunque poseía, en verdad, notable deseo de enriquecerse, pues su familia, opulenta antaño, gracias al oro ganado en el comercio de las especias asiáticas, fue arruinada después de la toma de Constantinopla por los guerreros de la media luna.

El célebre novelista valenciano y no sólo él, sino que muchos hombres estudiosos, afirman que la esfericidad de la tierra era aceptada tal una palmaria verdad por la antigüedad culta. En el siglo XV, hacía muchos lustros que los mahometanos en sus academias, los judíos en sus aljamas y los frailes ilustrados en sus claustros no dudaban de la redondez de la tierra. El gran maestro árabe Alfragano la demostró desde el siglo IX con argumentos incontrastables. Para los sabios de Lisboa, según Blasco Ibáñez, constituyó un escándalo el plan de Colón, porque en él aparecía enormemente disminuido el volumen de nuestro planeta. Ellos lo dividían en ciento ochenta grados, siguiendo a Ptolomeo, a Euclides y a los maestros árabes. Aunque el primero daba al grado una medida menor que la del segundo, haciendo más pequeño el universo, la medida de Colón no se aproximaba ni remotamente a ella. Según el marino genovés, Asia, desproporcionalmente crecida en su imaginación, cubría la mayor parte de la tierra y su extremidad oriental estaba tan cerca de Portugal y de España que sólo eran precisas unas pocas semanas de navegación, hacia occidente, para llegar a costas desconocidas aún.

Fracasó Colón ante la corte de Lisboa; fracasó ante otras cortes y ante numerosos cenáculos de hombres doctos, hasta que un día Isabel de Castilla, acogió en su regazo la idea extravagante del visionario. La Santa María, La Pinta y La Niña enfilaron las proas audaces en busca de la tierra presentida.

En su cuarto y último viaje descubrió Colón a Honduras, llegando a la isla de Guanaja el treinta de julio de mil quinientos dos; estuvo frente a Punta Caxinas el catorce de agosto y el diez y siete de este mismo mes su hermano don Bartolomé tomaba posesión del territorio a nombre de los reyes de Castilla y Aragón, en la desembocadura del que hoy se llama Río Tinto y que el Adelantado bautizó como Río de la Posesión.

Navegando hacia el oriente, a lo largo de la costa, la marinería del Almirante vio nadar en la corriente de un río una gran cantidad de calabazas, conocidas en Santo Domingo por “hibueras”. Días más tarde salió del pecho de los audaces marinos aquella exclamación: “Gracias a Dios que salimos de estas honduras”. La última palabra nació destinada a perdurar en la vida del nuevo mundo, como la concreción de una nacionalidad y de un territorio.

Los ancestros

Era grato escuchar a del Castillo. Hablaba con gallarda elocuencia del imperio de Xibalbay, de las ciudades de Nachan y Tula, de Topilzin Acxitl y del reino Payaquí con la suntuosa Copantl. Al pie de las grandes pirámides y de los sacros teocalís, moviéndose animada y bulliciosa en los tiangues, encerrando el vértigo del ritmo fugaz en la danza multicolor, al compás del huehuetle y del teponaztli, vivía la raza de bronce, los ancestros autóctonos, hijos de la tierra y del sol de América. Siglos más tarde se desbordaba sobre los predios intactos del continente el alubión rubio de los súbditos de Isabel en el hemisferio norte y el alubión blanco de los nietos de don Pedro el Cruel y doña Sancha, la Brava, cubriendo el hemisferio sur, desde el Anáhuac hasta la Tierra del Fuego.

Dos hombres que iban a ser famosos en la historia de los descubrimientos, visitaron la Costa Norte de Honduras: uno de aquellos Pinzones, diestros y osados marinos que ayudaron como pocos a Colón, en su primer viaje: Vicente Yáñez Pinzón, miembro de una familia numerosa y prestigiada entre los lobos de mar, que después de muchas aventuras se había radicado en Palos; fue el otro el lebrijano Juan Díaz de Solís, quien se hizo célebre más tarde descubriendo las bocas del Plata.

Los primeros en sufrir vejaciones de los blancos, fueron los aborígenes de Guanaja, la pintoresca Isla de los Pinos, víctimas de los aventureros que arribaron allí en dos expediciones, consentidas u apoyadas por Diego de Velásquez, gobernador de Cuba y en una de las cuales, según los historiadores, llegó a tierra hondureña, por vez primera, el cronista Bernal Díaz del Castillo.

Hay un nombre especialmente simpático entre los innumerables que figuran en la epopeya ibera del gran siglo: Vasco Núñez de Balboa, descubridor del Océano Pacífico. Pocos meses después de realizado ese acto trascendental, Gil González Dávila, otro nombre que sonó mucho en el Sur y Andrés Niño, zarpando del Darién, pasaron frente a Chiriquí, la costa nicaragüense y descubrieron más al norte un soberbio golfo, inmediato a las posesiones de los indios chorotegas, golfo que bautizaron de “Fonseca” por ser éste el segundo apellido del arzobispo de Burgos, Juan Rodríguez, personaje de mucha influencia en la corte.

Este mismo Gil González, que a buen seguro era hombre activo, llegando por el Atlántico navegó en aguas de nuestro otro golfo: de Hibueras en aquel entonces y de Honduras ogaño y fundó la colonia de Puerto Caballos. Alucinado como todos los capitanes españoles por la visión mágica de un fabuloso Eldorado, se internó en el territorio hasta los predios que forman ahora nuestro futuro edén

de Olancho, donde se encontró con Gabriel de Rojas, enviado por Francisco Hernández de Córdova, desde Nicaragua. Tuvo la suerte de vencer Gil González, pocos días después, en el combate de Toreba, a un capitán que sería famoso por sus andanzas en el Norte y en el Sur; por su magnanimidad y su valor, Hernando de Soto. Al retornar a su base de Puerto Caballos, el afortunado expedicionario fue capturado en Choloma por Juan Ruano, de orden de Cristóbal de Olid.

Olid, cuyo nombre resalta más, indudablemente, del grupo de conquistadores que llegaron a Honduras, se había distinguido peleando bajo las banderas de Cortés y al lado de Pedro de Alvarado, Velásquez de León, Sandoval y Francisco de Morla, en la conquista del imperio azteca. Una vez en tierra hondureña, fundó la colonia del Triunfo de la Cruz y dio oído a las insinuaciones arteras de Pedro Briones y de su mismo engreimiento que lo hicieron desconocer la autoridad de su jefe Cortés y lo llevaron a un fin trágico, muriendo ejecutado en el patíbulo, después de que habían tratado de asesinarlo, en la noche del domingo quince de enero de mil quinientos veinticinco, en Naco, adonde había trasladado su residencia, Francisco de Las Casas y el ya célebre Gil González.

Gente del primero de éstos fundó el puerto de Trujillo. El reino de Payaquí o Hueytlato fue aniquilado al caer la opulenta Copantl y rendirse su defensor el príncipe Galel, por Hernán Chávez y Pedro Amalín. El brillante Tonatiú, don Pedro de Alvarado, que pasa en la historia de la conquista bañado de gloria y de sangre, fundó en veintiséis de junio de mil quinientos treinta y seis la ciudad de San Pedro de Puerto Caballos y Juan de Chávez, uno de sus lugartenientes, la de Gracias a Dios. Alonso de Maldonado, operando en el centro del país con tropas que puso bajo su mando el Adelantado don Francisco de Montejo, llegó a las riberas del Humuya y colocó la primera piedra de Santa María de Comayagua, en julio de mil quinientos treinta y siete. Cayó herido traidoramente, en el macizo de Congolón, el valiente Lempira y la dominación española se consolidó para siempre en tierra hondureña. Viene después el obscuro período del coloniaje: los virre-yes, los oidores, los capitanes generales, las alcabalas, los diezmos, las picotas; y al través de las brumas espesas que rodean aquellos días remotos, forrados de hierro, al aire los morriones invictos, el gesto duro y cruel, gallardos, incansables, fieros, desfilan los conquistadores-- los ancestros blancos de cuya fusión con los autóctonos surgió la raza nueva en la tierra sojuzgada. ¡Sangre del indio hermético, taciturno y estoico! ¡Sangre del conquistador bravo, testarudo y supersticioso! Tierra de América y huesos de Castilla; carne de la carne, médula de la médula, alma forjada de unos y de otros, la prole de conquistadores y de indios, en territorios que igualan a los más vastos del mundo, empieza a edificar el monumento de las nacionalidades indohispanas, digno de la grandeza secular de Castilla y del porvenir fulgurante de América.

Marco Tulio

Quedó huérfano de madre al cumplir los doce años y de padre a los diez y ocho. No existía en el mundo nada más amado, ni más sacro para él que aquellos dos seres inolvidables. La primera fue una dama distinguida, modelo de virtudes teologales, abnegada, estoica e inteligente. Había en ella algo de la mujer de Esparta o de la matrona romana. En las rodillas de su madre aprendió Marco Tulio el abecedario y las cuatro reglas de la aritmética. Poco después su infancia tuvo por marco las paredes de un colegio salesiano. En los más lejanos recuerdos del joven vivían las salas de clase con sus pupitres alineados, sus pizarrones llenos de números y las figuras de cartón: hexágonos, cubos, pentágonos, rombos, que tantos dolores de cabeza le causaron por la rebeldía del material, cuando se trataba de modelar las aristas; evocaba también los hábitos negros de las salesianas, los anteojos que cabalgaban en la nariz de la superiora, los albos delantales de los niños y el misterio que rodeaba a las sores. Jamás, en sus blancos días de niñez, pudo explicarse la razón que tenían sus preceptoras para raparse los cabellos.

Sor Carolina, la monja más bella de cuantas han llegado a Tegucigalpa, fue su maestra, en el segundo grado elemental. Veinte años, alta, frágil, esbelta, muy pálida la tez y las manos blancas, suaves, como lirios. Cuando se inclinaba sobre las guedejas de los niños para explicarles algo, dejábalas impregnadas de un perfume delicioso. ¡Ah, Sor Carolina! ¿Dónde se encontraría ahora? Quizás en un colegio de Sur América, del cual sería madre superiora; bajo el cielo límpido de su patria Italia o durmiendo la paz eterna a la sombra de una cruz vestida de musgo florido.

¡Ellos amaban tanto a Sor Carolina! Era dulce oír de sus labios en flor el «Padre Nuestro que estás en los cielos». Aquel cariño hondo que palpitaba en sus corazones, tenía apariencias de amor ingenuo. Sor Angélica, la grácil napolitana, cuya voz se elevaba hacia el plafón del oratorio en escala delicadísima, se fugó del colegio una noche, en alas de la pasión mundana. Todavía recordaba Marco Tulio el romance de la monjita con el diplomático y el efecto de obús que causó en la parvada infantil la noticia inconcebible de su huida.

De esta época databa la escena fresca en su mente, a pesar de la lejanía, de su primera comunión. La tía Rosa, solterona casta y beata, hermana de doña Ana, se había encargado de inculcar en el espíritu del niño los dogmas de la Iglesia católica. Ella lo llevaba a misa y a la doctrina; enseñábale las oraciones del catecismo y lo conducía al borde de los confesionarios, que si hablasen cuántos misterios revelarían. Al acostarse, Marco Tulio debía de rezar, ante una estampa

del Corazón de Jesús, las oraciones aprendidas, desde el Yo Pecador hasta el Bendito. ¡Ay de él si suprimía párrafos! La tía vigilaba muy cerca, rezongando sus plegarias a sottovoce. Así llegó la mañana luminosa en que los párvulos del colegio salesiano, previa confesión, fueron a recibir la hostia. Después se les sirvió en el amplio patio, arreglado convenientemente, el café de leche. Las autoridades eclesiásticas estuvieron presentes: el Arzobispo, anciano bondadoso y encorvado y el Dean, un simpático viejecito que tenía para cada niño una frase de miel y una palmadita de afecto.

Al finalizar el año, el niño Marco Tulio estaba catalogado en la nomenclatura de los insoportables del colegio salesiano. Cuando, después del lapso de las vacaciones, que siempre parece tan breve, llegó la hora de la matrícula, doña Ana inscribió a su vástago en una de las dos escuelas públicas que funcionaban, en aquella época, en la capital. En camaradería bulliciosa con los alegres muchachos de barrio se despabiló la infancia de Marco Tulio. No más confesionarios, ni hostias, ni casullas resplandecientes. La vida se ofrecía diáfana, jocunda y el sol brillaba gloriosamente en los campos libres y en las playas del río. Vino la edad en que se huye de los pupitres y los mapas del aula para dar vigor al cuerpo haciéndose besar por la onda glauca o escalando los árboles de frondoso ramaje donde se encuentran los nidos. En unión de varios muchachos de la escuela, se dedicaban a la caza y a la pesca. El «Martín Callado» nunca tuvo más oficio como en tales días. Regresaba el colegial con las ropas destrozadas y la epidermis sangrante por los arañazos recibidos en singulares batallas con los camaradas o al internarse, cortando nances, en los zarzales que cubrían las faldas del Picacho y del Berrinche. La tía Rosa, dispuesta siempre a esgrimir el chicote, era quien se encargaba de administrar justicia. La muchachada de aquellos tiempos distraía sus ocios con los trompos, los barriletes, la rayuela y la polla; como el cinematógrafo era una novedad que se pagaba muy cara, había que aprovechar las exhibiciones públicas, en los días faustos de la patria. Bajo una lluvia pertinaz, a veces, la multitud que llenaba la plaza permanecía inmóvil, viendo desfilar las escenas. La chiquillería estallaba con frecuencia, manifestando su disgusto con silbidos y gritos ¡No sirve! ¡Muy turbio… apaguen la luz del Cabildo! El vestuto Palacio del Ayuntamiento quedaba sumido en las tinieblas y en la pantalla luminosa se recortaba diáfana la colosal figura de Maciste. Durante la feria de Concepción ¡qué de emociones intensas y múltiples! Los chinamos, los puestos de ventas, las rifas, los ponches, los tamales, la horchata, los toros, el mico de hoyo, los tablados repletos de gente que se derrumbaban en la primera oportunidad, cayendo blondas vestiduras y gráciles adolescentes sobre las ollas de nacatamales; las mesas donde se jugaba sin ton ni son, los caballitos, la ola giratoria, el circo de Serapio López, y en el circo ¡la mujer araña, el hombre que comía fuego, los payasos y el vuelo del pájaro!; la cigüeña, como una tuberculosa, expectorando las notas dulzonas de «Sobre las olas» y los violines de la orquesta «Mozart» poblando el aire, perfumado de azahares, con las cadencias de «Voces de la Tarde».

Al cumplir Marco Tulio los once años, su padre, emigrado desde siete atrás, en El Salvador, regresó al país. Diez meses más tarde, en una noche fría e infinitamente triste falleció doña Ana. Marco Tulio no podía comprender, en toda su magnitud, lo que acababa de perder, con la muerte de su madre. Años después, aquel acontecimiento se reveló a sus ojos, abiertos ya a las duras realidades de la vida, en toda su plenitud dramática. La ausencia del cariño maternal se reveló incontinente en una nostalgia enfermiza, melancolía gris que fue arropando el alma fresca y clara del niño. Los años posteriores desfilaban en su memoria, descoloridos y callados. El hogar, antes lleno de risas, de músicas y canciones, estaba silencioso. La hermana mayor, profundamente herida con la muerte de doña Ana, no volvió a llenar la casa con los acordes de las romanzas sentimentales. El hermoso piano de cola, trasunto del antiguo clavicordio que acompañó gavotas, minuetos y pavanas, fue perdiendo su sonoridad bajo una capa de polvo y el teclado amarillo hablaba elocuentemente de su abandono. Don Mariano, serio y grave entre los protocolos del bufete y Marco Tulio, callado, reflexivo, sobre las páginas de las novelas de Walter Scott, de Dumas padre y Los Miserables de Víctor Hugo, que amaba con tanto fervor, como despreciaba la Aritmética razonada y la Botánica.

¡Años de combate diario con las solanáceas, las gramíneas, los cuarzos y los felinos! ¡Horas negras con las ecuaciones inabordables y los obscuros silogismos! ¡Días de pena tras el hipérbaton y los tropos! Angustiosos momentos con la rueda de Savart y las malditas fórmulas H^20! Instantes de singular ansiedad que preceden a los exámenes. Estamos en el mes de noviembre en el que soplan los nortes y se elevan los barriletes; el cielo de la tarde ha sido decorado a crayón y allá, muy lejos, se esfuman las montañas ¡cuán grato sería quedarse así, con el cabello al viento, dejando que la cometa roja y azul, sujeta por un hilo frágil, suba más, más, hacia lo ignoto! Pero está vedado ese goce inefable por que temprano del siguiente día, los tribunales de la Santa Inquisición esperarán listos, conminando con los vergonzosos aplazados y los catastróficos insuficientes.

En el breve lapso de cinco años, Marco Tulio vio morir a la anciana tía solterona ¡Adorable y buena tía cardiaca! Ella era quien daba centavos los domingos y tenía escrupuloso cuidado de poner, muy obscuro, las cuelgas, en los aniversarios del natalicio. También se fue la hermana mayor que por humilde y pura estaba como aureolada de santidad. En la memoria del joven se gravó la expresión de dolor intenso, hondo, del rostro de su padre, bañado de silenciosas lágrimas.

Y vino una época de luchas rudas, agobiadoras, erizadas de peligros. Don Mariano, que tuvo la estructura de un varón prócer, volvió a la brega política. Días de acechanzas y persecuciones, bajo la férula de los déspotas y el puñal de los esbirros. La república se vio envuelta en una ola de sangre y los muchachos de entonces, al despertar de la adolescencia en el período de iniciación y forja de la

juventud, contemplaron por vez primera el espectáculo de la patria, abrasándose en las llamas de una guerra civil.

Varias veces había estado Marco Tulio en la heredad de don Salvador Andino. Muy niño, su madre lo envió allá cuando las epidemias del sarampión y la tosferina aniquilaban la población infantil de la capital. Eran los tiempos en que el Sembrador afrontaba la lucha, aislado y perdido en la crudeza áspera de los guamiles. Más de dos años consecutivos permaneció Marco Tulio, con Carlos, al lado de don Salvador; y volvía a la Santa Fe en todas las vacaciones.

Falleció don Mariano cuando se proponía economizar algunos dineros para enviar al joven, graduado pocos meses antes de bachiller en ciencias y letras, a seguir sus estudios en una universidad europea. Vio extinguirse Marco Tulio aquella vida que era como una llama esparciendo luz y calor. La testa poderosa se agobió en los brazos del hijo mimado y las cálidas lágrimas de éste bañaron los cabellos canos. La existencia solitaria que habían llevado los dos, durante varios años, hizo que sus almas se compenetraran íntimamente. Al sepultar a su padre, el joven sintió el vacío por todas partes. En muy temprana edad el destino le abrumaba con la responsabilidad de guiar sus propios pasos y de hacer frente a las vicisitudes. Para fortuna suya, los esfuerzos de sus padres no se perdieron y aunque no rico, por lo menos gozaría de cierto acomodo.

Era a los veinticinco años un joven de excelente parecido; más alto que bajo, conservando cierta esbeltez de formas que le daba aire de distinción. Había heredado de su madre los ojos y el cabello y de ambos progenitores, la entereza de carácter, la valentía moral y el talento.

Alas

Alguno de sus remotos antepasados navegó en los galeones españoles que conducían a la metrópoli el oro de las Indias Occidentales. Alguno de sus remotos antepasados desangróse sobre el puente del navío más veloz, herido por el hierro de los piratas. Alguno de sus remotos antepasados se fue para siempre, al amor de una blanca vela, surcando los mares glaucos. Y Marco Tulio nació con la inquietud de la estrella más lejana, con el anhelo de los horizontes infinitos.

Simbad el Marino lo condujo de la mano a través de las tierras misteriosas. Viajó con los mercaderes fenicios que iban a Tiro y a Ofir. Viajó en los naos de los griegos, en las trirremes cartaginesas y en las galeras romanas. Viajó con los navegantes y descubridores noruegos y escandinavos; con los marinos de Holanda que arribaron al Cabo y con los portugueses de Marco Polo y Vasco de Gama; y con los iberos de Magallanes y Pinzón.

Desde el alto mástil de la “Santa María” vio surgir el vergel florido de Guanahaní en el instante mismo en que Rodrigo de Triana grito ¡tierra!

Y supo del encanto de las rocas vírgenes donde el mar se rompe sollozando y de los milenarios caminos polvorientos y “de la música de la distancia infinita…”

Alguno de sus remotos antepasados vivió sobre el puente de la fragata, acariciado por el rumor de las lonas marinas. Y Marco Tulio nació con la inquietud de los horizontes infinitos.

Viajó con los peregrinos del Islam, sobre el desierto melancólico, saciándose en los oasis, bajo la fresca sombra de los datileros y durmiendo en un caravanserrallo.

Surcó las aguas del Cuerno de Oro, el estrecho del Bósforo maravilloso constelado de góndolas veloces, frente a la arquitectura bizantina de las mezquitas.

Fue al corazón de los continentes negros, a las tierras bárbaras, a los mares antípodas, cabe al glaciar deslumbrador.

Y sobre el puente de los steamers lujosos vio pasar los icebergs y los sky--scrappers. Arribó a lejanísimas playas para contemplar el milagro de las auroras boreales y el sol de media noche.

En estas peregrinaciones se bañaron sus cabellos en el fulgor de la Estrella Polar y en los místicos rayos de la Cruz del Sur.

Y anduvo por todos los caminos del mundo; por los senderos de los vastos océanos; cabalgó en el dorso de los vientos y en el plumaje de espuma de las corrientes marinas.

Se lanzó a todos los horizontes de la Rosa Náutica.

Fue mercader en Ofir, traficante de sedas en Damasco, eremita en la Tebaida, hierofante en Egipto, jinete de la caballería númida, hoplita griego, sacerdote druída y legionario romano.

Se reencarnó mil veces en diferentes personajes y en remotas latitudes.

Penetró con los fakires en el sésamo de la contemplación. Hizo danzar a las cobras, arrodillarse a los dromedarios y seguirle sumisas las panteras. Aprendió a domar potros de crin hirsuta con los indios de las praderas americanas, los tártaros de la Mongolia y los árabes nómadas del Sahara.

Alguno de sus remotos antepasados vivió sobre el puente del velero, tratando de alcanzar los horizontes lejanos.

Y él hubo de heredar aquella inquietud.

Pero ¡mísera fatalidad! Marco Tulio viajó siempre en las páginas de los antiguos volúmenes de historia llenos de grabados inquietantes. Viajó en las «Mil y Una Noches» y en las novelas de Walter Scott; viajó en las crónicas de Solís y Bernal Díaz; en las tragedias de Wilde y en los poemas de Camöens, Eugenio de Castro y Pierre Luoys; en los relatos de Claude Farrere y Blasco Ibáñez y en los romances de Pierre Loti y de Guido da Verona.

Amaba el sol de los horizontes nunca vistos, las noches en los mares amarillos, el lomo arqueado de los corceles beduinos, los mármoles deslumbrantes de las terrazas suntuosas, donde gimen los violines de los ziganes; el tapete verde y el vértigo alucinante de la bolita de marfil…

Amaba los cafés de Monmartre, los bares londinenses y los music-halls neuyorkinos; y amaba también las tabernas de los puertos lejanos, donde se dan cita los deshechos de todas las razas; y las guaridas de la jungla misteriosa y los tugurios de la estepa donde los mujiks consumen vodka.

¡Cómo amaba el encanto indefinible de los vírgenes senderos; el luminar esplendoroso de las primaveras jamás gozadas y las antorchas siderales encendidas en la infinita bóveda de los cielos del mar!

Amaba el ensueño de su fantasía, la música que cantaba en su alma hermética: la canción de los soles distantes, de las costas imaginadas, de los océanos glaucos, deja blanca cabellera de las corrientes marinas. La canción de su ensueño nómada que se irisaba, que se policromaba en la lumbre de las estrellas que brillan en el opuesto hemisferio, en la claridad zenital del antípoda, en el milagro de las auroras boreales.

Amaba la música de los horizontes lejanos; la música de las cosas que decían a su oído los nómadas de todos los países, los peregrinos de todas las edades, los poetas de todas las escuelas, los sacerdotes de todas las literaturas.

Bajo el alero solariego de su casona natal, sintió un día nacer en su voluntad un par de alas sonoras, diamantinas; un par de alas que cantaban con el murmullo de las hélices, con el rumor infinito de los vientos, con la música de las olas al romperse en los acantilados y al encabritarse en las estelas de los navíos.

¡Inefable tormento del ideal desfalleciendo con las alas rotas en el páramo sombrío de la indiferencia y de la incomprensión! ¡Dolor de las alas intactas que ansían, trémulas de esperanzas, beberse los horizontes!

Este hondo amor a la distancia y al infinito. Este inefable amor hacia los mares glaucos y los soles lejanos, era hermano de aquel otro amor fuerte, aquel amor sin claudicaciones que vibraba en el espíritu de Marco Tulio hacia la literatura de todos los países, hacia la poesía de todas las escuelas, hacia los hierofantes de todos los credos de belleza.

Alguno de sus remotos antepasados vivió sin duda desentrañando la verdad trascendental de los códices herméticos. Alguno de sus lejanos antepasados fue poeta gongorino o juglar melancólico y bohemio. Alguno de sus lejanos antepasados floreció en los días del Renacimiento, cuando Miguel Ángel decoraba la Sixtina y Benvenuto hería con su cincel los mármoles fríos… o más allá, en la Edad Media, fue quizás uno de aquellos monjes de alma diamantina y rostro hialino; o quizás fue rápsoda en la Hélade o poeta indio discípulo de Netzahualcoyotl.

Alguno de sus lejanos antepasados fue filósofo, músico o poeta y Marco Tulio hubo de heredar aquel amor secreto a la Belleza; aquel culto hacia el espíritu inmortal y la grácil forma; aquel entusiasmo benedictino que crea las obras magnas.

El fuego divino que irradió en Eleusis y en las antorchas de los mancebos del Cerámico o Colonna. El fuego sagrado de los filósofos griegos, de los monjes medioevales y de los artistas del Renacimiento. El fuego dionisiaco que creó la Comedia dantesca, el Fausto y el Paraíso Perdido; que creó también la Crítica de la Razón Pura y la Filosofía Positiva. La suprema llama que irradia en el pecho de los sacerdotes de la belleza y que hizo germinar desde las crónicas de los antiguos infolios hasta los Poemas Saturnianos y las Prosas Profanas, ardía perennemente en su espíritu.

Tenía una pasión vehemente: la pasión de la grácil forma; escrita, grabada, esculpida; en el poema, en la novela, en el ábside o la estatua.

Tenía una sola ambición: su ambición de la meta más alta, de la victoria suprema, de la estrella lejana.

Tenía un gran amor: el amor de su sueño magnífico y oculto. Y amaba, sobre todo, a los rápsodas geniales, a los profesores de la meditación, a los grandes videntes, a los hombres de potente vida interior.

Amaba la orquesta formidable de las magnas sinfonías wagnerianas; el trueno y el vendaval; las cariátides fabulosas de la tragedia, los gnomos de la sátira, el tinglado funambulesco de la comedia: Esquilo, Sófocles, Rabelais. Amaba el lied melodioso y la suave balada, los violines negros y los crótalos sonoros. Amaba la poesía, el arte, la vida en fiebre intensa de emoción y de creación. Sus dioses eran los enormes poetas desmelenados y trágicos, los magnos filósofos, los argonautas de la subconsciencia, los heraldos del ideal y los paladines de la utopía. Sus mejores amigos, los de su predilección: novelistas,

pensadores, poetas. Vivía con la obsesión de contemplar su imagen reflejada en las cisternas de su psicología anormal. La existencia mediocre y regular de la ciudad, enviaba hasta él un vago murmullo de feria y el medio ambiente le negaba el camino, le negaba los estímulos y los horizontes que necesitaba su talento para cultivarse y florecer; quería dar a su inquieto espíritu el color barroco del aura vulgar; enjaezar al carro de los prejuicios, el ímpetu devorador de lejanías que presentía en el hijo rebelde…

Como todos los muchachos de su generación, dotados de fina sensibilidad, Marco Tulio pasó por las etapas sucesivas del proceso psicológico, paralelo al desarrollo físico. Extinguida la fe que colmó su alma ingenua de niño con el aroma del incienso, el fulgor del cáliz y la levadura de la hostia, tocóle sufrir un prolongado lapso de romanticismo, aleación de metafísica incipiente y de tendencias sentimentales. Llegaron, con la fiebre intelectual de las primeras docenas de novelas, leídas ávidamente; con los soles jocundos de las primaveras rientes, los amores platónicos y las novias ideales. Su vocación natural lo alejó de la pelota y de la bicicleta, conduciéndolo frente a los anaqueles de las librerías. Fue la época de los Miserables, de Dumas padre, de Jorge Isaacs, de la Graciela de Lamartine y de la Atala de Chateaubriand. Sueños abundantes, como vapor nebuloso, frente a los ojos; capullos de mujer que se aman con impaciencia febril y a quienes no se dice una palabra; horizontes color de rosa… fantasmas.

Las primeras rachas positivistas, que hicieron desvanecerse muchas amables visiones y la realidad de la vida, que se manifiesta golpeando, acabaron con el sentimentalismo y la metafísica. Vinieron otros días y opuestas temperaturas espirituales; los amores frescos, gárrulos, que iluminan el corazón; las primeras novias de carne, con bocas fragantes, los besos furtivos.

Paralelamente, su estructura intelectual sufría modificaciones: Lamartine, Chateaubriand e Isaacs, que habían sustituido a Verne y a Salgari, fueron desplazados a su vez por Balzac y Zola. Nombres nuevos resonaban en los oídos: Huymans, Wilde, Flaubert; exploraciones tímidas por los campos de Shopenhauer, Compte y Nietzsche; versos, muchos versos, pero no la lira enlutada de Manuel Acuña, ni la ternura hogareña de Peza, sino los faunos, las ninfas, los efebos de Rubén Darío, de Leconte de L'Isle y Las Flores del Mal con Baudelaire. Más novias, más versos, más libros, más vida; la sangre golpeando rítmica y jubilosamente en las arterias.

Las tardes

Constituía un verdadero deleite para Marco Tulio, subir en la quietud de las tardes al parque de La Leona, o más alto, a las faldas del Picacho. Se dominaba de allí el panorama completo de la capital, desde el macizo arquitectónico de San Felipe, al Oriente, hasta la aguja del Obelisco al sur y el río Grande al Occidente. Sobre el confuso apiñamiento de tejados rojos resaltaban las torres de la Catedral, del Palacio, del Telégrafo, de la Penitenciaría y de los Dolores. El humo de algunas fábricas, formando espirales, se disipaba en la atmósfera diáfana del crepúsculo. Semejantes a dos centinelas, Juana Laínez y La Crucita, se miraban de frente. En días y noches pasados ambos se coronaron de fuego y de humo.

La capital no ofrecía un aspecto uniforme. No era, vista desde arriba, una sucesión monótona de tejados a idéntica altura, de donde suben las torres a desgarrar las nubes. Había algo de encanto, de belleza, de poesía, de gracia espontánea, en aquella irregularidad con qué estaba trazada la ciudad. Trasunto lejano de pueblo andaluz, con calles empinadas; con patios sembrados de frondosos árboles; gravileas, eucaliptos, cipreses y perfumados naranjos; con azoteas donde se ven florecer claveles y geranios y donde también, en ocasiones, se ve la ropa blanca tendida a secar y aleros que revelan el arcaísmo recalcitrante de la construcción.

Allí estaba el Parque Morazán, la plaza, el corazón de la ciudad, al igual que en todas las urbes que arrancan de la colonia. En lejanas épocas, el cuadrado donde se yergue la figura marcial del Paladín, estuvo en el propio centro de la ciudad. Ahora ya no. Esta ha ido creciendo hacia todos los rumbos cardinales, desordenadamente y la plaza madre no ocupa, respecto a las vértices de la población el lugar proporcional de antes. Sin embargo, ella es, como en las grandes metrópolis del continente, el foco adonde convergen y de donde parten las actividades urbanas, porque de ella arrancan las vías que van a los diferentes sectores.

Al Oriente de la plaza, limitándola con su mole de roca, la Catedral, reliquia de la colonia. Marco Tulio contemplaba, sintiendo la dulce nostalgia de los gratos tiempos idos, las altas torres, la redonda cúpula y el largo puente que las une; sobre él pasó corriendo muchas veces, con riesgo de estrellarse en el pavimento de la calle, fiando sólo en las alas que cuando uno es niño le nacen en los pies; y anduvo en torno del grueso cimborrio, hizo sonar los bronces, vio su imagen en los azulejos de las ventanas en forma de ojiva, admiró a los músicos en el coro, embriagóse con la fragancia del incienso y echó a volar los pájaros de sus

ensueños cuando el órgano llenaba con sus voces polifónicas las amplias bóvedas.

Esta Catedral, como todos los grandes monumentos, tiene su interesantísima historia. Bajo su nave han pasado incontables generaciones y ejércitos de sacerdotes, desde aquella lejana edad en que el cura —un buen cura mofletudo y rubicundo— era la persona de mayor influencia en la villa ¡tiempos de morigeradas costumbres!: el hidalgo burgués se descubría en la calle y rezaba la oración del ángelus; bebía chilate y atrancaba sus puertas a las seis de la tarde. ¡Cuán lejos de la trepidación y el desenfado de la metrópoli naciente! En el archivo del viejo templo, sin duda se encuentran papeles de mérito histórico y tradicional. ¿Por qué los sacerdotes, que tienen tan fácil acceso, no han escrito los anales de esta reliquia de la dominación española? Al revivir en su mente tantas escenas simpáticas de su gárrula niñez, el joven se daba cuenta de que amaba a la Catedral. No con un amor de religioso, ni de creyente, sino con el afecto que inspiran los sitios donde hemos sido felices y donde están guardados muchos y gratos recuerdos.

En la Catedral no existía la tumba de ninguna emperatriz, ni de ningún rey, pero allí dormía eternamente un hombre que él conoció, en su ancianidad venerada y humilde: Monseñor Martínez y Cabañas; también reposaban los despojos de otro hombre que tuvo bastantes defectos y cometió yerros considerables, mas fue un ejemplar notable del vigor racial en el huerto nativo: Manuel Bonilla. Cerca de las tumbas de ambos, el órgano que hacía estremecerse de obscuros presentimientos su corazón en los tedeums y en las vigilias y el altar mayor, dorado, resplandeciente, con mil arabescos. En la parte exterior una mano grabó hacía más de dos siglos, sobre el arco de piedra de la entrada máxima, un salmo en latín y en dos placas situadas a los lados, el año en que se terminó la construcción, el nombre del arquitecto y el del cura párroco. Hundidos en el granito, aquellos caracteres escritos en castellano antiguo, próximas aún las fábulas y el romance, eran seculares. Transcurridos casi trescientos años, un estudiante los contemplaba, reconstruyendo en su imaginación ardiente la epopeya de la conquista, y más lejos la historia convulsa de España, madre de los argonautas y de los comuneros y los relatos legendarios de América, solar de los teocalís y las pirámides.

A los costados de la Catedral, en el espacio que quedaba libre hasta el muro exterior, había jardines; un árbol corpulento, a la izquierda, daba sombra a varias tumbas de ancianas religiosas y de soldados muertos en el último sitio; y a la derecha, se abrían las magníficas y pálidas camelias. En el ángulo de este mismo lado, frente a la plaza, la gruta de la virgen de Lourdes, que no había sido construida en los tiempos en que él, niño, visitaba el monumento.

¡Cuántas veces resonaron sus pasos en el silencio del templo, vacío de feligreses! Y ya crecido, ¡cuántas diabluras hizo a las mujeres, mientras éstas rezaban, con pía devoción, en las ceremonias de la Semana Santa! Un largo período de su vida, quizás del que podía extraer las memorias más gratas, estaba vinculado a la Catedral.

Había otro templo que le hacía evocar días lejanos: el de la plaza de los Dolores. A la luz de la luna jugó él por allí, confundido en la parvada ruidosa de chiquillos, durante muchas noches.En el atrio del templo congregábase la grey, dispersándose a continuación por todos los rincones de la plaza. En el día, a la hora de la doctrina, subían hasta los campanarios adonde se llegaba siguiendo una estrecha espiral. De noche era temerario atreverse a ir, porque el templo y particularmente, los campanarios, gozaban de una fama terrible, como moradas de horripilantes fantasmas. Enormes murciélagos batían sus alas tenebrosas contra la bóveda y en la sacristía, después de la oración, deambulaba un sacerdote sin cabeza. A los lados del altar mayor, que no ostentaba la magnificencia del de la Catedral, un par de leones rampantes, mostrando las fauces amenazadoras, provistas de colmillos de marfil. A la buena tía Carlota, solterona emparentada con su madre, le decían que tenía «cara de león de los Dolores».

El jardín que rodeaba al templo, defendido por una verja de hierro, era parte también de los dominios de la chiquillería y bajo el frondoso coyol, solitario en el extremo oriental, se agrupaba muchas veces la tropa infantil. Frente a la iglesia, de arquitectura churrigueresca, había una fuente y a cincuenta pasos los barracones de madera enrejada de los antiguos mercados. Todas las noches, de siete a diez, los chicos del barrio constituían la desesperación de los pacíficos burgueses y obligaban a huir a los muchuelos con el estrépito de sus gritos y sus carreras; éstas últimas eran más veloces cuando se le antojaba intervenir a la policía; al aparecer los gendarmes, después de una desbandada ruidosa, la plaza quedaba en silencio, mas sólo durante algunos minutos. Veíanse en la vieja plaza y amparados en los portales de los antiguos mercados, algunos tipos clásicos: las poncheras y los barrenderos nocturnos cuyas siluetas danzaban en las paredes, a la luz vacilante de los faroles, como venidas de ultratumba.

Las vendedoras de ponche caliente eran dos señoras llamadas Sixta y Cástula, que tenían cierta semejanza con las frondosas comadres de los grabados antiguos que ilustran las novelas de Dickens. La zona obscura, llena de recodos, de los viejos mercados era, durante la noche, con el mal alumbrado, una especie de Corte de los Milagros. Pululaban sobre las aceras, cubiertas con los desperdicios del día, tipos de extravagantes cataduras. El estado mayor de los dementes de aquel tiempo gozaba de firme prestigio entre los chicos, que tenían siempre a flor de labio el apodo de los candidatos indudables al manicomio: «Culegio», «Chápiro», «Quenque... y la pipa». Poco después de encenderse las

luces se constituían las poncheras con sus hornillos y sus ollas en un lugar situado, precisamente bajo el arco que une hoy los nuevos apartamentos de concreto, sobre la Avenida Jerez. En torno del brasero de la ponchera congregábase la flor del hampa: mozos de cordel empapados en sudor y hediondos a chicha, barrenderos con largas escobas de monte al hombro y otros tipos que arrojaban los suburbios hacia la promiscuidad de los mercados. Hasta tarde de la noche, el fulgor que salía del hornillo de la ponchera iluminaba una danza de sombras chinescas, junto a la masa tenebrosa de los barracones.

Otros templos coloniales que guardaban menos recuerdos eran: La Merced y San Francisco, conventos en épocas remotas, que según la tradición estuvieron unidos por un subterráneo; y en el extremo occidental, la iglesia del Calvario, edificada junto al Cementerio viejo, clausurado ya. El atractivo principal de este santuario lo constituían los gigantescos árboles de castañas que habían crecido en sus inmediaciones y los que, como el guanacaste centenario y las bugambilias del parque de La Concordia, arropaban muchas remembranzas bajo sus frondosas copas.

A pesar de la piqueta demoledora, la capital ofrece aún bastantes rasgos arcaicos. Pintorescos rincones que parecen transportados de la luminosa Sevilla o de la noble Toledo; rejas y terrazas en las cuales, inequívocamente, se descubre el sello ancestral y poéticas callejas constreñidas por los modernos edificios que, a ciertas horas, parece que se van a poblar de hidalgos e infanzonas, mientras pasa la litera encortinada de la favorita y en el ángulo más obscuro se cruzan los aceros de dos rivales.

Marco Tulio pensaba en las metrópolis de los indios: magnificentes, populosas, poliestructurales algunas. Al decir de los historiadores, las ciudades que reinaban en el vasto territorio mejicano, en la preconquista, no desmerecían en nada de las urbes europeas: Cholula, Tlascala, Texcuco y Tenochtitlán ofrecían un enorme radio edificado; soberbias construcciones: palacios, teocalís, tiangues, colegios, bazares y jardines. Muchos miles de personas andaban por las calles y se reunían en las plazas y en los mercados. La vida era intensa y múltiple.

El estudiante deploraba, sinceramente, que en el lugar donde hoy se alza Tegucigalpa, no haya existido uno de aquellos centros propulsores de la civilización aborígena, como Copantl. La Capital había nacido en el ciclo posterior y sólo fue en sus albores un villorrio de mineros. En verdad sería grato aquilatar nuestro cariño al antepasado indio en las joyas arqueológicas, que hablan tan elocuentemente a la sangre; y no resignarnos a alimentarlo en las nebulosidades de la tradición.

Para el que sabe oír las voces de su ser íntimo, la capital, vista así, a la caída de la tarde, desde las alturas de La Leona, es una fuente de inspiración y de emociones. Habla al espíritu de tantas cosas que han sido, de tantos nombres famosos, de tantos seres queridos. Diríase que la vida se ha dormido en los antiguos muros que petrificaron el recuerdo y, al mismo tiempo, el ulular de un claxon estrepitoso, el jadeo ronco de una locomotora, las notas de una música alegre que en el viento se dispersan o las figuras inquietantes, móviles, de los deportistas que cubren el estadio, hacen volver la imaginación de su viaje por los siglos pretéritos, convenciéndola de que el mundo marcha.

En la brecha

Con la llegada de don Salvador Andino a Tegucigalpa, la campaña política se intensificó notablemente, pues el viejo caudillo, tipo del hombre recto, sano y de buenas intenciones, gozaba de un ascendiente poderoso en las masas.

No obstante sus charreteras, bien ganadas en las líneas de fuego, esta figura descollante del núcleo castillista ofrecía rasgos más civiles que militares, por su acendrado pacifismo. Don Salvador no había improvisado su fortuna valiéndose de expedientes poco recomendables en los cargos públicos. Todo lo que poseía era fruto de su trabajo individual, durante muchos años. Por eso sabía el valor de la paz, en cuyo seno se puede laborar digna, confiada e independientemente. Nada le repugnaba tanto como la belicosidad terca y agresiva de los héroes de montonera; de los *estrategas* consagrados por triunfos fáciles y adulaciones baratas y que, desprovistos de la capacidad necesaria para el trabajo, viven fraguando motines, que a la postre, enriquecen a los especuladores de sangre.

Ser caudillo es concretar la fuerza de vastos núcleos humanos; encabezarlos, dirigirlos, lanzarlos a la conquista de una meta; ir en las vanguardias, afrontar peligros y fatigas y aceptar responsabilidades. Del Castillo, docto, idealista, era el candidato del Partido Constitucional. Andino, enérgico, dinámico, luchador, era el caudillo, en contacto siempre con las masas. Ni el uno ni el otro poseían cualidades exclusivas, pues así como en del Castillo, el idealista se completaba con una dosis de energía creadora; en Andino, el hombre de batalla, el hombre de acción, no hubiera sido digno de mayor encomio sin poseer la cultura universitaria y la visión progresista que redondeaban su maciza personalidad.

Frente al llamado Partido Constitucional se erguía el Progresista, cuyo eje lo constituía un personaje estudiado detalladamente en páginas anteriores: el general Juan García. Por mucho que el brillo efímero y superficial de sus entorchados impresionara a la gleba, el invicto guerrero, como lo proclamaban sus apologistas, no contaba con un porcentaje de electorado suficiente para controlar la mayoría absoluta. La minoría ilustrada de la nación, no transigía con este caudillo; a pesar del relajamiento que en muchos aspectos ha invadido nuestro organismo político, el núcleo más apto, intelectualmente, donde se encontraban hombres preparados en las diversas manifestaciones de la actividad humana, consideraba a Juan García como un militar de estrella, bueno para preparar emboscadas en las líneas de fuego, mas no para solucionar con acierto los múltiples e intrincados problemas que dificultan la realización de una labor administrativa eficiente. Así, pues, el general García hubo de buscar la alianza con Santos Castro, médico y profesional de la política, figura de contornos imprecisos,

llevada a primera línea por ciertos vaivenes de la opinión, explicables en un país donde la pasión sectaria se alimenta, en gran parte, en el estómago.

La fusión del núcleo militarista que endiosaba a Juan García, denominado Progresismo, con los partidarios del doctor Castro, dio por resultado un bloque respetable para oponerlo al Partido Constitucional dirigido por del Castillo y Andino. Ambos conglomerados ostentaban nombres históricamente célebres en el transcurso de muchos lustros de vida nacional; ambos habían formulado estatutos a los que, aparentemente, ajustaban su organización y el desarrollo de sus actividades; ambos habían lanzado ya, concretándolos en el programa de gobierno de sus respectivos candidatos, sus proyectos de administración, dado el caso de obtener la victoria en las urnas electorales.

Tanto el Partido Constitucional, como el Progresista, se habían formado por suma y resta de valores, más a menos intrínsecos, que se permutaban mutuamente a que núcleos extintos aportaron a uno y a otro. En el primero se encontraban numerosos ciudadanos que tres o cuatro lustros antes, o muy poco tiempo no más, tuvieron actuación descollante en el bando Progresista, mereciendo en aquel entonces, de quienes más tarde llegaron a ser correligionarios, la reprobación y hasta la diatriba, en las momentos de álgida lucha. Exactamente lo mismo sucedía respecto a muchos elementos que se alineaban tras la bandera del Progresismo. Había de este modo una verdadera e inevitable heterogeneidad en cada una de las agrupaciones. Elementos totalmente disímiles por temperamento, educación y convicciones, marchaban del brazo, en la promiscuidad del núcleo. Contábanse en cada partido hombres de limpios antecedentes, de reconocida probidad y de honradas intenciones; y abundaban también entes roídos de corrupción; notables especímenes de lacras morales, a quienes el aura mediocratis permitía ostentar determinado relieve.

El leguleyo Cipriano López, tipo clásico del Tartufo, dotado de inteligencia ratonil, maestro excelso de simuladores, se multiplicaba en los diversos grupos. Tanto en el Constitucionalismo, como en su adversario, había muchos Ciprianos. Y no faltaban también los periodistas venales, los obreros parásitos, los empleómanos irreductibles, los mercaderes oportunistas, los generales de espada casi virgen y las eminencias huecas. Diversidad de tipos a quienes se puede enumerar equiparándolos, por sus cualidades innatas, a muchos representativos ilustres de la escala zoológica: papagayos de brillante plumaje y verba inagotable; camaleones duchos en el transformismo; saurios de voraces fauces; monumentales paquidermos que con sus grandes fachadas disimulan la vaciedad del interior; leopardos de zarpas aguzadas, sabuesos y cuervos de excelente olfato. Abundaban, desde luego, el zorro acatarrado, el asno flautista, el tímido conejo, el mono sabio y el mono equilibrista.

El procedimiento de disgregación y de agregación, mediante el cual se han formado las sectas, da lugar a esta promiscuidad. Y así puede observarse el fenómeno, que dicho sea de paso, es una resultante de la condición humana (de todo hay en la viña del Señor), de ver a más de un Cristo del brazo con sus Judas; de ver, en amena hermandad, Cicerones y Catilinas, Marios y Silas, Brutos y Coriolanos con Neroncetas y Caracallas; así se puede ver a Furio Camilo y a Catón el Censor departiendo con traidores y farsantes; y al lado de Séneca, el asesino de Germánico; junto a la mesa donde Tácito escribe, la figura repulsiva de Heliogábalo; el puñal de Armodio brillando entrecruzado con el de Casio; Tito Livio habla con imbéciles como Vitelio y Zenón se arropa con el manto del sofista.

El grupo “Vanguardia”

Podía comparársele con un haz de magníficos rayos solares; en la penumbra que reina en nuestro ambiente espiritual. Un núcleo de jóvenes, universitarios en su mayoría, aportaban al seno de la hermandad, su calor idealista, su fe, sus virtudes edificantes, su preparación científica, su entusiasmo patriótico. Motivos de camaradería escolar o de afinidad psicológica los acercaban. Otra causa militaba también, de índole menos seria, aunque no menos poderosa: la fraternidad nacida de la bohemia en común. En torno de una mesa adornada con una docena de cervezas o de coñacs, ha brotado muchas veces la amistad, de raigambres que ahondan más y más en la subconciencia y se hacen fuertes para toda la vida.

Se reunían, diariamente, en una sala interior de cierta cantidad de moda. Marco Tulio, uno de los primeros en asistir, conocía bien a todos los muchachos que en un arranque de entusiasmo cívico dieron vida al grupo “Vanguardia”. Matemáticamente, a las cuatro de la tarde en algunos días o a las ocho de la noche, llegaba el «Señor Benjamín». Lo llamaban así por su nombre de pila, aunque, a decir verdad, era el que mayor número de auroras había visto. «El Señor Benjamín» podía haber celebrado ya el vigésimo octavo o el trigésimo segundo aniversario de su natalicio. La cifra exacta se desconocía y él afirmaba no recordar la fecha, ya que sus padres fallecieron tres lustros atrás y que «El Señor» jamás tuvo la ocurrencia de acudir a la secretaría municipal. Lo único que sé, decía, es que hace muchos años perdí la virginidad y hace muchos también, soy miliciano. Podía creérsele un escéptico y era casi un apóstol, mas no recurría a la grandilocuencia ni a la jactancia. Cuando hablaba sonreía con frecuencia; con frecuencia también se exaltaba ahondando en los asuntos vitales y entonces perdía su aspecto risueño pareciendo un iluminado. Estudió hasta el cuarto curso en la Escuela de Medicina, pero un serio disgusto con el decano de la facultad lo hizo abandonar la carrera e inscribirse a continuación en las listas de la escuela de Jurisprudencia, en la que había adelantado hasta tocar el último curso. Su ilustración era enciclopédica: disertaba sobre el gran simpático y bordaba sutiles comentarios en torno de la doctrina Monroe; inyectaba a la pobrería víctima de los anófeles y, en el seno jovial del grupo, se le oía recitar Los Motivos del Lobo; pronunciarse enérgicamente contra el régimen de los Soviets o desacreditar la pintura cubista. Bohemio, intelectual, estudiante que desdeña los textos, orador de boca-calle en las ruidosas manifestaciones anti-yanquistas, escritor político en los momentos de lucha y amenaza, hombre en la significación criollista del vocablo. Ya tenía, además, su experiencia como revolucionario.

Siete veces en la semana arribaba Guillermito del brazo del “Señor Benjamín” a la que, hasta ese momento, podía llamarse la quieta sala interior de la

cantina de moda. “El Señor Benjamín” era alto, demasiado alto y Guillermito era bajo, bajito, tristemente bajito. De modo que, caminando el segundo al lado del primero, no parecía un ser vivo, mucho menos una persona; era algo así como un apéndice del robusto y alto “Señor Benjamín”; era como la pistola de éste prendida de la cintura. Rollizo sí era Guillermito y tanto como rollizo, glotón, “Benjamín” siendo alto y grueso comía menos que el otro y en cuanto a beber ¡había que admirar al pequeño! las copas desaparecían al llegar a su boca como en vórtice insondable. Planteábase este dilema: saciar su sed perenne o agotar el licor de la cantina; ambas cosas, eran imposibles, más imposible la primera que la segunda. Lo anormal en su organismo era la ausencia de licor, pero él, amigo del orden, conservador irreductible, no transigía con un estado anormal. Por eso, a las once de la mañana, los primeros *dobles* normalizaban la situación. Tenía, entre otras virtudes, la de ser un decidido protector de la industria nacional: bebía *furfurol* y fumaba king-bee. “Blanco y grande” —o— “grande y blanco” era, invariablemente, la fórmula consagrada por sus famosos labios, bajo los techos hospitalarios donde sonríe el dios de los pámpanos fragantes.

No se crea por la relación anterior que Guillermito era insensible a las manifestaciones de la belleza, a los alardes del talento o a la gravedad de los problemas nacionales. Poseía la cultura científica de un estudiante universitario, aún cuando, en rigor de verdad, las notas de su aprovechamiento, resultantes de la capacidad de comprensión y la retentiva, hablaban más brillantemente en su abono que las notas de aplicación, síntesis del afecto y persistencia hacia los textos. Algo exceptico, Guillermito daba una importancia superlativa al momento que pasa, acalorándose muy raras veces por lo que es de realización incierta. Su egoísmo tenía como excusa su carácter jovial y la frescura de su mente. En lo que sí guardaba contacto con los más distinguidos del grupo era en su instintiva repulsión hacia la mentira, el desdén con que medía la farsa social y en el uso del análisis frío que desbarata ídolos de barro. Quiso ser médico como su abuelo y su padre, por eso asistía, a veces, a las aulas, con tan poco amor a la carrera que, durante tres años no hizo más que matricularse para no volver a pisar los umbrales de la universidad; diríase que ésta lo impulsaba al destierro voluntario con la seriedad doctoral de su fachada. Después de varios fracasados ensayos, resolvió tomar los estudios con seriedad, debiéndose tal éxito, en parte, a la influencia de una simpática muchacha —“No sé si es el amor o la costumbre lo que me mantiene a su lado” —solía exclamar.

Alonso Blanco parecía haber nacido para ser el Barbaroux de una nueva Gironda. Soñador, reflexivo, casi taciturno, reconcentrado en sí mismo; viviendo, puede decirse, sólo en vida interior. Había en él algo de poeta, de místico y de filósofo; amaba entrañablemente los libros y con ellos, la soledad. Mezcla de orgullo y timidez, su carácter no le permitía hacerse de amplias relaciones y, en la calle, saludaba a muy pocas personas. Se forjó leyendo a Plutarco, a Tácito y los Girondinos de Lamartine, donde hay toda una falange de medallones broncíneos. Amaba también la música clásica, los buenos versos, las bellas flores y las

muchachas inteligentes, pero en sus amores no había exaltaciones. Apasionábase honda y silenciosamente, con cierta unción artística. Los del grupo lo llamaban “El Pensador”. Sonreía él discretamente al oír este vocablo, porque entraña una significación trascendente. Mas sus bulliciosos, compañeros acertaban en usarlo con Alonso, pues el cerebro del joven estaba poblado con las larvas de las futuras creaciones medulares. En la Grecia luminosa y rítmica colocaba a Sócrates sobre Alcibíades; prefería Cristo al positivismo y en literatura se quedaba con Tolstoy antes que con Pirandello. Su poeta mundial favorito era Verlain, no Beaudelaire y entre los americanos gustaba más de Asunción Silva que de José Santos Chocano. Cuando había ingerido dos o tres ajenjos se tornaba locuaz. Era un notable declamador: las cadencias de El Cuervo brotaban de sus labios con una suerte de morbosa delectación. En la tribuna se transfiguraba completamente; diríase que estaba animado por un oculto fuego interior y su verbo subyugado a las multitudes.

Concurrían ordinariamente siete u ocho muchachos, además de éstos, a las tertulias íntimas del grupo. Todos bordaban filigranas de ensueño sobre las duras realidades de la vida. Bajo el techo familiar del humilde cuarto donde se reunían, resolviéronse muchas veces embrollados problemas nacionales y se “arregló el país”. Más de alguna reputación política o literaria se hundió ahí en el descrédito y el ridículo; y más de algún vate pichón cogió alas para lanzarse a la publicidad.

El espectáculo de la patria, vilipendiada por los incomprensivos, arruinada por los explotadores y los traficantes; sufriendo humillaciones a causa de los abyectos, preocupaba sinceramente a los jóvenes idealistas del grupo «Vanguardia». Ellos habían escogido este nombre porque sintetiza una elevada actitud intelectual. Querían ser los primeros en romper el muro obstruccionista de mentiras y prejuicios que hace imposible la dilatación de los horizontes; no se conformaban con la verdad que se había revelado a sus espíritus y su anhelo era dispersarla a todos los vientos. La historia, la sociología, las ciencias políticas, el estudio de las humanidades, les proporcionaba la luz y el método que hacen falta a la masa acostumbrada a condenar sin previo análisis, dejándose guiar casi siempre por falsos apóstoles.

Estaban convencidos de que existe actualmente en Honduras un estado social de corrupción, producido por la concurrencia de muchos factores que lo han mantenido y lo mantendrán indefinidamente, si no se les elimina con una acción depuradora que sea rápida y certera. Ese estado social, que bien podemos llamar: de barbarie, aunque el brillo civilizador disimule su realidad, es la fuente maldita de donde emanan los morbos que agotan la vitalidad nacional. Factores de índole muy diversa se aúnan para producirlo: factores económicos, étnicos, políticos y morales. Factores ajenos al individuo y factores que le son propios. Una multiplicidad de fatales circunstancias mantiene vigoroso aún ese estado social en el que las fuerzas vivas de la patria languidecen y entran en descomposición.

Aquella juventud sana tenía frases lapidarias para condenar tal estado morboso y valor suficiente para analizarlo sin obedecer sugestiones determinadas, pues aun cuando todos figuraban enrolados en las diversas agrupaciones políticas que se disputaban el triunfo de sus respectivas fórmulas, tal actitud no era un obstáculo para que cada uno mantuviera su independencia de criterio y la serenidad indispensable en el análisis de los sucesos y de los hombres.

Alonso Blanco había nacido con esa honda inquietud de pensar que crea en derredor de las personas que la llevan consigo un aura de retraimiento, cierta actitud meditativa y huraña. Era el filósofo del grupo, así como Benjamín era el hombre de acción. Nutriéndose en las fuentes profundas de la historia y de la sociología ahondaba en las entrañas de los problemas trascendentales de América. Aquella palabra que solía escucharse de sus labios, en los íntimos cenáculos del grupo, obligaba a reflexionar mucho. Ella indicaba algo vivo, algo que se dibujaba con negros perfiles. Era el monstruoso dragón de la leyenda cerrando el camino de la felicidad.

Montoneras, corrupción, violencias, miserias, analfabetismo, caudillaje, hambre, todo venía a concretarse en un solo vocablo, en esa palabra conturbadora: Barbarie. La herencia atávica por una parte y vicios adquiridos con posterioridad a la Independencia, lograron ofrecer en los estados de la América indoibera una acción negativa ante el progreso. Frente al crecimiento de la vecina república yanqui que día a día fue adquiriendo consistencia y solidez, hasta transformarse en lo que es actualmente, las naciones del Sur, desde Río Bravo hasta la Patagonia, se desangraban en riñas partidaristas, cuando no dejaban transcurrir las décadas en un quietismo letal. Mientras Norteamérica rendía tributo al patriotismo de Jorge Washington, continuando su obra mediante la acción perseverante y sistemática de sus grandes caudillos estadistas y de su pueblo, compenetrado en la idealidad de aquellos. Mientras Norteamérica organizaba su ejército de mar y de tierra, reglamentaba su exportación e importación, abría puertos al comercio del universo, conquistaba mercados para sus productos, enviaba misiones hasta el lejano Oriente, liberaba con Lincoln millones de esclavos, hacía una e indestructible la federación con la espada de Grant, hablaba a Europa por la voz temible de los cañones de Jackson y más tarde de Teodoro Roosvelt. Mientras Norteamérica sembraba de ferrovías hasta el corazón de sus montañas y vencía el páramo desolado; mientras se iba transformando rápidamente en uno de los estados más respetables del planeta… ¿qué hacía la América indoibera?

La América indoibera escarnecía al visionario y héroe máximo del continente, don Simón Bolívar, por su genial proyecto de la nación *una* desde el Bravo a la Patagonia. La América indoibera permanecía indiferente ante el fracaso del anfictionado de Panamá y Simón Bolívar iba a morir, triste y vencido como no lo fuera nunca por la espada fulgurante de los generales españoles, frente al mar

glauco de Santa Marta. La América indoibera asesinaba a Sucre, a Uribe y Uribe; enviaba al destierro a Montalvo y a Sarmiento; burlaba a Rivadavia y a Alberdi y solazábase viendo como florecía en rosas purpúreas, sobre el trágico cadalso, la sangre de Morazán. La América indoibera endiosaba a Rosas y a Francia, a Huerta y a Estrada Cabrera. Quemaba el incienso vil de su servilismo ante los negros fetiches del clero que en Guatemala lanzó contra el ideal unionista las mesnadas de Rafael Carrera; del clero, que sostenía con el prestigio de la idea divina en una época de superstición, la tiranía de García Moreno y de Ignacio Veintimilla ayudando a éstos a saciar sus brutales instintos en la libertad befada y escarnecida en Juan Montalvo.

Mientras Jefferson, Adams, Hamilton, Lincoln, Grant y otros, forjaban el poderío formidable de la bandera de las estrellas y las barras, Agustín Iturbide se proclamaba emperador; jefes mejicanos se batían en Zaragoza y Puebla para colocar a Maximiliano en el trono que dejó vacante Moctezuma. Córdova, el héroe de Ayacucho, alzaba el puñal conjurado sobre el noble pecho de Bolívar; Páez y los generales de la Independencia se hacían pedazos en Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Argentina; Paraguay no existía en la conciencia universal; Carrera, Ferrera y Malespín dominaban en sus satrapías del istmo.

Y, ante la desmembración de Colombia por el zarpazo de Teodoro Roosvelt; ante la conquista de Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico; ante los bucaneros de Philander Knox invadiendo Nicaragua, la América indoibera, permanecía sorda y aislada. Los pueblos de la América indoibera, uncidos al yugo clerical, el mejor aliado del caciquismo obscurantista y ultramontano, vegetaban ignorantes de su destino y de su porvenir.

Causas y efectos han sido comunes a los pueblos del continente. Factores de anarquía y desorganización administrativa nos han sido comunes también. Herencia atávica lo es igualmente. Instinto bélico, desamor al trabajo metódico, abulia, enfermedades tropicales, influencia climatérica, nos son comunes. El español paupérrimo y aventurero que llegó a México bajo el mando de Hernán Cortés, es el mismo que arribó a Centro América a las órdenes de varios capitanes y al sur encabezado por Pizarro, Valdivia o Benalcázar. En los distintos países la herencia no ofrece contrastes notables. Idéntica contextura orgánica tenían los conquistadores del imperio azteca y los del imperio inca. Las mismas virtudes y los mismos vicios nos legaron. La prole del español y del indio ofrece perfecta similitud, verificadas salvedades necesarias, en la inmensa extensión del continente colombino.

El Caudillismo

En ese torbellino de las fuerzas locas desatadas que durante más de un siglo se agita en la historia de América, se perfilan los Caudillos, sombríos, funestos a veces; magnánimos, idealistas, geniales en ocasiones determinadas. Al pensar en los Caudillos, Alonso Blanco evocaba las figuras colosales de hombres que están grabados con precisión secular en la cantera histórica. El esfuerzo imaginativo traíale ante las pupilas la silueta turbadora de Facundo, en las páginas medulares escritas por Domingo Faustino Sarmiento; y la de Pancho Villa, arrancada de los sangrientos episodios de la revolución mexicana. Rosas, Francia, López, Cipriano Gómez, Estrada Cabrera y una legión más desfilaban ante sus ojos. Pero… ¿no desfilaban también otros Caudillos? ¿Otros hombres a quienes su natural disposición de conductores y el determinismo de los sucesos los convirtieron en caudillos? No evocaba a Páez, Artigas, Hidalgo, San Martín, Belgrano, O' Higgins, Morelos, Lavalle y, sobre todos ellos, más grande que ellos reunidos, a Simón Bolívar.

La horda de Facundo Quiroga cruzando semejante a un vendaval las inconmensurables pampas desoladas; los "dorados" de Villa dinamitando puentes y haciendo volar trenes repletos de civiles; las mesnadas del ultramontano Rafael Carrera. Todo eso es el Caudillismo en acción de guerra. Las fronteras del Paraguay cerradas al intercambio intelectual y comercial; la reclusión para la ciencia personificada en Bonpland, eso es Francia; los héroes de la epopeya de la independencia y Sarmiento al exilio, eso es Rosas; el fusilamiento en masa, la proscripción, la violencia contra el pensamiento libre, la constante amenaza sobre vidas, haciendas y honras, eso es Juan Vicente Gómez. El crimen político, las mazmorras, los asesinatos en masa, las torturas, la brutalidad, el desenfreno, eso es el Caudillismo en acción de guerra y en el gobierno: Francia, Rosas, Quiroga, Villa, Carrera. Pero también los llaneros de Páez que en Las Queseras del Medio pusieron en vergonzosa fuga aquella brillante cohorte que a las órdenes de don Pablo Morillo, el mariscal vencido en tierras del Orinoco, combatieron contra las águilas napoleónicas en España; también los gauchos del extremo sur que bajo el mando de Artigas hicieron toda la campaña de la independencia con su poncho y su lanza por avío; también los jinetes de San Martín, los colombianos de Urdaneta y Rivas, los vencedores de Junín, Boyacá, Carabobo y Ayacucho; los soldados de Bolívar, dignos de la gigantomaquia, iban tras la espada de un Caudillo. Los "dorados" de Villa que asaltaron Torreón; la horda de Rafael Carrera que derrotó al Paladín, se batían, antes que todo, antes que por una idea generosa o no, antes que con el fin de modificar un orden social y sustituir las instituciones por otras mejores o peores… se batían por amor a sus jefes, por el magnetismo personal de sus caudillos, por el ascendiente poderoso de su estatura moral, por el prestigio indubitable de sus victorias.

Y los héroes del Pichincha, compañeros de Eluyar; y los que en la línea de San Mateo vieron morir a Ricaurte; y los que en Ayacucho fueron hacia el combate y la gloria cuando resonó en sus oídos el grito de José Antonio Córdova; las indiadas que acompañaron a Hidalgo, los toscos llaneros de Páez y los rudos gauchos de Artigas… ¿se batían con la conciencia plena y absoluta de la magna idea libertaria? ¿Se batían pensando en el futuro glorioso del continente indoibero y en la urgencia de que América principiara a vivir conforme a normas republicanas, ajena el yugo colonial? ¿Se batían, acaso, comprendiendo que había sonado la hora de la emancipación? En la mente del indio, del gaucho, del llanero, no germinaba con su magnífica esplendidez la magna idea libertaria. Comprendían, pero vagamente. En los ejércitos de Bolívar, Hidalgo, San Martín, como en los ejércitos de todos los conductores que van tras un anhelo redentor, tras una meta ambicionada, existe siempre un porcentaje de hombres en quienes se manifiesta la videncia del guía y existe otro porcentaje que va sin saber, ni tratar de saber hacia dónde; que marcha impelido por muchas razones sin la luz de un ideal o sin la conciencia de un grandioso fin político. Estos porcentajes van únicamente por la fuerza moral de arrastre que existe en los caudillos y por la concurrencia de factores biológicos y mesológicos que producen los acontecimientos históricos. En América se llaman caudillos a Rafael Carrera y a Facundo Quiroga. Caudillos se llaman igualmente a Simón Bolívar y a Francisco Morazán. ¿No alcanzará a los segundos el lodo que justificadamente se lanza contra los primeros? Este pensamiento, surgiendo espontáneamente en sus meditaciones, conturbaba al joven.

El Caudillismo decía Alonso Blanco, es *uno* en la historia. Provoca la admiración o se conquista el anatema según el fin que persigue y la mayor o menor estatura moral de los caudillos. ¿Qué diferencia existe entre los cruzados de Pedro el Ermitaño y de Ricardo Corazón de León, con los hunos de Atila o los vándalos de Genserico? Las mesnadas que iban a rescatar el Santo Sepulcro, amén de sus hambres de rapiña, llevaban encendida en el alma una generosa chispa idealista. Liberar el Santo Sepulcro era un fin que, dentro del fanatismo religioso y la disposición al sacrificio, implicaba nobleza. Que en la persecución de tan alto objetivo, el ejército de los cruzados haya cometido innumerables actos de pillaje, no influye en la consideración abstracta del motivo que sirvió a Pedro el Ermitaño para agitar uno de los mayores oleajes humanos que registra la historia. Mesnada, rebaño, horda, el ejército de los cruzados. Horda, rebaño, mesnada, los hunos de Atila y los vándalos de Genserico. El factor multitud que juega tan gran papel en el caudillismo, era igual en ambos casos. Energía, valor, aptitud de mando brillaban en Ricardo Corazón de León. No ha negado nadie hasta hoy cualidades semejantes en Atila, Breno y los demás caudillos que han impreso la pezuña de sus corceles en la superficie terráquea, sin que los guiara ningún alto propósito. Contemplando las dos manifestaciones del fenómeno, nuestra admiración se desborda hacia un extremo y nuestra condena señala el otro. En el extremo superior encontramos a Moisés, Buda, Cristo, caudillos de religiones; Isabel la Católica, Cristóbal Colón, Pedro el Grande, adalides de ideas geniales; Alejandro, César, Napoleón Bonaparte, caudillos del expansionismo político; los

gigantes de la Revolución Francesa, caudillos de la reforma social; Washington, Bolívar, Kosciusko, el cura Morelos, José Martí, caudillos de la libertad. En el extremo inferior vemos a Jerjes, Tamerlan, Gengis Kan, Atila, Breno, en la historia antigua. Facundo Quiroga, Pancho Villa y Rafael Carrera, en los anales de América. Aplicando un rigorismo justiciero y legalista en el análisis biográfico de los caudillos y en el de los sucesos trascendentales, se llega a conclusiones que rebajan en mucho la altura de ciertas figuras gloriosas y que disculpan los errores de otras, catalogadas con estigmas vergonzosos. En efecto ¿cómo están considerados César, Alejandro el Grande, Bonaparte, Federico de Prusia? ¿En qué actitud contempla la posteridad esas fabulosas cariátides? ¿Qué reflexiones nacen en el espíritu ante sus majestuosos perfiles? Y ¿qué gesto se dibuja en el enorme rostro de la humanidad cuando en la vaga penumbra legendaria, aureolados de crimen, desconcertantes y fatídicos, atraviesan los espectros de Atila y de Mahomex II? Severo hasta con el genio, ante el cual se postergan las conciencias más libérrimas, don Juan Montalvo lapida el mármol consistente donde el perfil obsesionante del formidable corso desafía el turbión de los siglos y circunda de oro macizo la ambigua faz de Pedro el Grande.

Jamás el elogio barato ni la torpe adulación de las piaras desviarán el criterio de los hombres que piensan con cerebro propio acerca de los funámbulos del patriotismo. Ni Tartufos ni Arlequines han de erigirse en jueces ni en acusadores. El índice conminatorio sólo habla con la elocuencia de la verdad y de la razón cuando es puro. El Caudillismo aureolado en las gestas estupendas con el brillo de la libertad o del genio; el Caudillismo que tiene por representativos a un Simón Bolívar, a un Artigas o a un Morelos, no sufre mengua cuando plumas mercenarias lo increpan; ni sufre ninguna mengua cuando escritores al servicio de García Moreno o del Doctor Francia lo anatematizan. Y el Caudillismo delincuente, el Caudillismo negro de la historia, aquel cuyos exponentes se llaman Facundo Quiroga o Rafael Carrera, tampoco se engrandece cuando las plumas mercenarias engloban en la palabra *Caudillismo* lo que hay de fulgurante y soberbio en los anales de la humanidad con lo que existe de tétrico y malsano. La depuración del ambiente social, la crítica de los acontecimientos, el análisis de las reputaciones corresponde a quienes no han sido contaminados de lodo infecto. El ¡Yo Acuso! no saldrá jamás digna ni eficazmente de la boca repulsiva de Tartufo ni de la faz enharinada de Arlequín.

Las muchedumbres ha dicho alguien, muy razonablemente, necesitan de un cerebro que piense por ellas, de una pupila que explore el vasto horizonte, de un corazón donde no encuentre cabida el desmayo. Las muchedumbres necesitan hombres que guíen, que enseñen la ruta, que señalen, en la distancia infinita, la meta ambicionada; hombres capaces de soportar el peso tremendo de las responsabilidades. Esto han sido los caudillos en todas las épocas de la historia. Caudillos de religiones, caudillos de la emancipación política de los pueblos, caudillos de la libertad, caudillos de la igualdad, caudillos del expansionismo político y militar. Jamás las muchedumbres, por muy iluminadas que sean, irán

solas hacia las cimas. Necesitan de alguien que encienda en ellas la chispa idealista; necesitan de alguien que las haga vibrar y estremecerse ante la perspectiva insólita de los bellos horizontes; necesitan de alguien que las arrastre, que las llame, que lleve la iniciativa, que las haga comprender o intuir la grandiosidad de un fin. Esto lo han hecho los caudillos en todas las épocas de la historia. En Centro América, Morazán es el caudillo máximo. En ese concepto ¿hemos de lanzar pelladas de lodo sobre el pedestal granítico donde se asienta su gloria inmarcesible? Se ha dicho, se ha escrito por algunos periodistas que: "Francisco Morazán fue un general hondureño, que rubricó con su espada, tinta en sangre, la historia del istmo, sin que de su obra haya perdurado nada beneficioso para estos países". ¡Cómo si la hermosura de un gesto, cómo si la sublime demencia de los más nobles ideales se apreciaran sólo por el éxito o el fracaso obtenidos! Para esas conciencias enchapadas en el vil metal del sanchopancismo, Francisco Morazán fue un general como otro general centroamericano cualquiera, Rafael Carrera digamos, carente de relieve magno, carente de gloria pura, de grandeza histórica. Y por qué fracasó, porque el separatismo y el cadalso impidieron que su obra perdurara en la escultura formidable de la república de Centro América; porque el éxito final no coronó sus esfuerzos, como en el caso de Jorge Washington, nada valen ante esos miopes espíritus quince años de batallar constante, de privaciones y sufrimientos; nada vale la ofrenda de la sangre más cálida y generosa que haya palpitado en la arteria de un centroamericano. Bolívar, que fracasó en su magno proyecto de la confederación de naciones indohispanas fue un loco, un visionario alienado, considerándolo al través de esos lentes burócratas que sirven para aumentar cien veces la talla miserable de los tiranuelos y que empequeñecen, en cambio, la estatura fabulosa de los varones egregios.

Por eso, al lanzarse contra el Caudillismo es preciso establecer limitaciones. Vibrantes periodistas abundan en el istmo que disparan sus baterías contra un caudillo, sirviendo con intransigencia y ardor la causa de otro caudillo a quien abona un volumen inferior de méritos que el ofrecido por su contrincante. Vibrantes periodistas abundan en el istmo que se lanzan, como si prohijaran la más noble de las empresas, *contra el nefando, el tétrico, el ominoso caudillismo* y que, en remuneración a sus soberbias andanadas contra tal monstruo perciben un respetable estipendio, manera de hacerse ostensible la estimación y el agradecimiento de cualquier quídam aspirante a la primera magistratura de la república, cuyo único mérito consiste en saber guiar al exterminio y al pillaje una manada de indios y en la ostentación de cualidades negativas, como la ausencia del brillo universitario y los rasgos que permiten distinguir al hombre digno del felón. Vibrantes periodistas abundan en el istmo que en el ridículo tinglado de una farsa patriótica abominan del Caudillismo propiciando el enajenamiento festinado de nuestras tierras a las compañías fruteras. Vibrantes periodistas que guardan discreto silencio cuando de un extremo a otro del país resuena el grito de angustia, el grito de liberación de los oprimidos que dan sus vidas por un salario miserable; y que ante el criterio miope de la generalidad, que no analiza ni penetra, ni investiga, adquieren relieves de próceres por la ruidosa pirotécnica que derrochan desde las columnas de los periódicos. Muchos de estos factores, como

el enunciado en los renglones que anteceden, han contribuido a crear en Honduras una atmósfera social donde imperan la mentira y la bajeza.

Quijote y Tartufo han cargado, lanza en ristre, contra el caudillismo. Quijote arremete, sincero y valiente, porque no quiere más sangre empurpurando los riscos, ni miseria en los hogares, ni violencia en los torneos, ni crespones funerarios en los dinteles. Tartufo lo acompaña, a veces, en estas justas, porque la guerra a la guerra, la guerra al caudillismo están de moda y en el sainete político a Tartufo le conviene el rol de apóstol para lograr ventajas y provechos. En su propaganda, ni Quijotes ni Tartufos están en lo cierto. El primero cegado por sus nobles aspiraciones y su sentimentalismo renovador. El segundo porque explota la situación, el dolor colectivo y la angustia del porvenir en provecho propio o de la secta o trust que lo paga. Ninguno se basa en la Historia o en la Sociología. Ninguno escruta en profundidades de nuestra idiosincrasia y de nuestra cultura. Ninguno recuerda la influencia atávica, la posición geográfica, las zonas climatéricas, los factores económicos, el ejemplo de las demás secciones de la América indoibera. Ninguno piensa que con cruzamiento de sangres, difusión de ideas, emporios industriales, intercambio marítimo, etc. en los comienzos de la era, hará cosa de un siglo, en la hora actual la nación hondureña sería próspera y fuerte, sin política de violencia y de sangre. Ninguno reflexiona en que nada de eso hubo. Y si abundó, en cambio, la aventura fácil, la soldadesca brutal, el látigo de los esbirros, las enfermedades tropicales, la esterilidad de los campos sin cultivo, el aislamiento internacional y otros factores.

En la historia americana ¿quién niega su elogio a Simón Bolívar, caudillo de la emancipación; a José Martí, caudillo de la autonomía y a Francisco Morazán, caudillo de una genial idea política? Y ¿quién regatea su anatema a Facundo Quiroga, Rafael Carrera o Pancho Villa, caudillos sin ninguna idealidad ni altruismo? Los tres primeros concretan el fervor patriótico, la conciencia de libertad, el deseo de engrandecimiento. Son la unidad representativa de los anhelos positivos del conglomerado. Su genio, su iniciativa, su tesón los hacen factibles. Los tres últimos son los exponentes de los apetitos voraces de las masas, de las desviaciones morales, de las directrices que sigue el temperamento ineducado, con todo su vigor primitivo y los acicates del hambre, la miseria, la codicia etc. Ellos son los representativos del Caudillaje auténtico, el caudillismo negro de la historia. Esa clase de caudillos es la no deseable; la que ha de ir desapareciendo a medida que las masas se eduquen y desaparezcan del horizonte las tinieblas imperantes hoy.

Cuando no se analiza ni se penetra; cuando se rehuye el estudio de las causas determinantes de los sucesos; cuando lo único que se persigue es la conquista de un lucro inmediato y la realización de un anhelo estrecho, es muy fácil deducir responsabilidades, así en abstracto, y dejar caer el peso de ellas sobre el primer fulano que pasa. Pero, cuando se analiza, cuando se medita

serenamente, cuando se tiene la valentía de arrojar los prejuicios y las apreciaciones hijas de un estado de ánimo momentáneo. Cuando se escribe sobre el caudillismo pensando en el mañana, lejos de toda antecámara y de todo estímulo mercantil. Cuando no es urgente presentar el recibo por la campaña de prensa; cuando no se ambiciona un ministerio, ni un consulado, ni siquiera la dirección del periódico oficial o de uno particular subvencionado por cualquier trust bananero, entonces se dice la verdad. Entonces se flagela al caudillaje cuando su acción ha sido retrógrada en la vida de la república, pero también se le hace justicia porque precisamente el estado de barbarie en que se desarrollan nuestras actividades sociales y políticas da alimento al caudillaje. Es verdad que muchos caudillos han llevado las masas al exterminio y al saqueo; es verdad que las ambiciones y rivalidades de los caudillos han puesto en peligro hasta la autonomía nacional; es verdad que ríos de sangre corren a través de los campos yermos y que multitud de osamentas blanquean en los riscos… pero ¿han tenido sólo los caudillos la culpa de todo eso? ¿Serán ellos los únicos responsables? No seremos todos y cada uno de los hondureños responsables de la angustia inenarrable que oprime el corazón de la patria…

La barbarie

El nivel cultural de los pueblos de la América indohispana hizo factible el dominio de los malos, sostenidos por la violencia y la arbitrariedad. No era lógico que en un territorio inmenso, pletórico de selvas vírgenes y montañas bravías; sin vías de comunicación que dieran fácil acceso a los elementos civilizadores; poblado por multitudes rebeldes, mezcla de sangre ibera y aborígena, que acababan de contemplar el incendio de las guerras de independencia; que heredaron los vicios de los conquistadores y de los conquistados, amén de otros estímulos poderosos del medio, no era lógico que en tales sociedades se dieran estadistas como Pericles ni culturas semejantes a la de los helenos enamorados de las artes y la belleza.

Las mesnadas de gauchos semisalvajes, dominadores de la pampa infinita; las indiadas de México, Centro América, Venezuela, Perú, Bolivia, etc., no eran un elemento propicio para que, de momento, florecieran en ellas las culturas avanzadas. El poncho y el rebenque del gaucho; la manga y el corvo del indio, no son armas de progreso. Y durante un siglo, hasta en la actualidad, nuestras masas no han tenido otros compañeros. El arado, el tractor, el libro, los abonos, todo lo que contribuye a domar la bravía aspereza de la tierra y del alma, han ido mucho más tarde, en estos días, a la pampa y a la serranía; y sólo en contados países porque la mayoría ofrece aún cierto aspecto que se diferencia poco del primitivo.

¿Cómo es posible que en sociedades así reinen culturas avanzadas? En ellas imperan la violencia, el terror, los apetitos voraces, producidos por la aspereza indomada de los temperamentos y la miseria, el hambre, los morbos que torturan el organismo. En una muchedumbre impulsiva, atormentada de febriles deseos y herida por agravios ciertos o fingidos; en una muchedumbre así que se desborda, acomete y destruye, el hombre necesario es Villa, Carrera o Quiroga.

Ese caudillaje negro de la historia ha sido factor de descomposición social, de anarquía política y de retroceso. Pero ese caudillaje no ha creado el medio en que se desarrolla y arraiga. Él es una resultante natural en un medio de violencia y corrupción. Las naciones que marchan a la vanguardia del universo, no sufren las consecuencias derivadas del caudillaje, a pesar de que en ellas han existido siempre y existen personalidades que poseen la talla extraordinaria del caudillo. Y es por que el medio de riqueza, de cultura y de orden, no facilita la desviación de las aptitudes directrices de los hombres que suman en sí los contingentes de poderosos núcleos sociales; y las condiciones de educación, trabajo y libertad en que tales facultades se desarrollan, oponen una resistencia inquebrantable a las desviaciones del temperamento, manifestadas con actos de violencia y atentados

contra los estatutos fundamentales que garantizan al individuo, en los seres a quienes cualidades semejantes: aptitud de mando, magnetismo personal, energía, audacia; y el dinamismo de los sucesos, han colocado a la cabeza de los vastos núcleos humanos.

La política constructiva, es decir: la política de los ferrocarriles, de las inmigraciones laboriosas, de los puertos sanos y amplios, de las universidades modernas, de los cuarteles con arreglo a las exigencias de la civilización, de las escuelas rurales, del patrimonio agrícola, de las carreteras, del pensamiento libre, de las instituciones de beneficencia, de las campañas sanitarias, etc., mató la barbarie primitiva en algunas naciones de la América indoibera. Esa política venció a la barbarie. Pero no fue precisamente exterminando a los hombres capaces de arrastrar masas, que a eso es a lo que se llama caudillo, sino porque cuando esa política constructiva se transforma en realidades, van desapareciendo los vicios del conglomerado social y las rémoras al progreso.

Serranías abruptas, inmensas regiones desoladas y sin caminos, tierras bajas cubiertas de pantanos, aldeas perdidas en una inmensidad de kilómetros, vegas fértiles en completo abandono y ciudades con escasa población, con malas condiciones sanitarias; ciudades conventuales donde la murria y el bochorno son perennes. En un teatro así, no es posible representar los mejores espectáculos del progreso.

La batalla no ha de librarse contra un hombre en determinado momento, ni contra una abstracción, ni contra un partido. Políticos metidos a redentores y Arlequines del periodismo no son los llamados a realizar la obra renovadora. Porque lo hacen con miras egoístas y momentáneas y su apostolado es huérfano de sinceridad. La batalla ha de entablarse contra un estado social de barbarie. La lucha titánica será por destruir ese estado social donde imperan la gañanería y la ignorancia; la violencia y la corrupción, el hambre, la miseria y la peste. No maldigamos a los analfabetas y a los enfermos. Combatamos el analfabetismo y los morbos. La victoria será de la ferrovía y del arado, del auto y del libro. Vencidos los páramos, vencidos los riscos, vencidas las larvas, tendremos civilización. Cuando las paralelas de hierro lleguen al riñón de la montaña; cuando el patrimonio libre de las acechanzas de la miseria a la gleba rural; cuando el arado rompa las entrañas morenas de la tierra; cuando las muchedumbres de párvulos sanos y alegres llenen de gárrulos sonidos el aula luminosa, no tendremos montoneras, ni caudillaje negro, ni corrupción, ni barbarie.

Para todo eso —exclamaba Benjamín interrumpiendo la vibrante arenga de Alonso Blanco— necesitamos hombres. Hombres de talla, de nervio, de visión, de empuje. Necesitamos *hombres* en este país donde imperan la hipocresía de

Tartufo, la funambulesca máscara de Arlequín, la mudez académica de Pacheco y la cimitarra de Juan García.

La plácida siesta

En uno de los cenáculos íntimos del grupo, el verbo juvenil de Alonso Blanco tronaba contra los vicios raciales que son un factor poderoso para mantener nuestro estado social de barbarie. En muchas ocasiones —decía el «Pensador»— nos ha tocado ir por esos interminables caminos de Honduras: naturaleza fragante y majestuosa; abundancia de ríos; soberbias montañas, pletóricas de opulenta vegetación y variada fauna; inmensos valles y llanuras donde la mirada no alcanza a distinguir el zócalo azul de los remotos horizontes. En todo el territorio de la República, vegas fecundas, inconmensurable volumen de maderas; metales y piedras preciosas celosamente guardados en el olvidado subsuelo. La literatura y la oratoria baratas no dan ya con el adjetivo para nuestros privilegios naturales. ¡Enormemente ricos, formidablemente ricos, millonarios de todo… así nos llamamos en la prensa, en la tribuna, en la silla curul y en el aula! Ricos hasta lo inverosímil y, a pesar de eso ¡paupérrimos, insolventes durante un siglo en los mercados del universo! ¿Cómo se explica nuestra fabulosa riqueza?

Nos alegramos porque poseemos una posición geográfica envidiable; porque estamos situados en medio de las potencias del norte y las del sur y podemos abrir balcones sobre los dos océanos. Nos alegramos porque tenemos tierra y agua en abundancia y un clima benigno y un rico subsuelo. Todo eso es motivo de regocijo para nosotros… pero esa riqueza es hipotética y esa alegría es infantil. Y no por que en realidad falte la materia prima, no porque nuestras aguas sean incapaces de fecundar la tierra y nuestras parcelas de rendir óptimos frutos, sino porque nuestra pereza, nuestra incomprensión, nuestra miopía y nuestras pretensiones, nos impiden apreciar lo que valen esos ciento cincuenta y seis mil kilómetros cuadrados que forman nuestro territorio; y lo que en ellos podrían realizar la actividad, la iniciativa, el amor y el tesón de un pueblo mejor acondicionado para la victoria.

Baldomero Argente en su admirable libro “Tierras Sombrías”, refiriéndose a la postración en que yace España, apunta conceptos que parecen haber sido escritos para que nosotros los leyésemos y meditásemos en ellos detenidamente. “Aunque varíe el gobierno —dice por segunda vez mi amigo con el áspero acento que comunican a la voz las rudas tareas del campo— todo seguiría lo mismo. La nación continuaría a la deriva dando grandes bandazos, como un barco sin máquina ni timón; y el pueblo consumiéndose en sus hambres y devorando una a una sus esperanzas, a falta de mejor trozo de pan…”.

“Porque el mal no consiste sólo en los hombres del poder. Todos decimos lo contrario, porque sobre alguien hay que descargar las desazones y las culpas.

Pero si tal creyéramos y sobre todo, si tal cosa fuera verdad, nos faltaría tiempo para poner en la calle a quienes juzgamos perniciosos y sustituirlos por aquellos que merecieran nuestra fe. Momentáneos convencimientos de ésta índole engendraron el rayo de las revoluciones…"

"Ni un gobierno nos salva ni otro nos condena. El mal no está en este o en el otro organismo oficial; el mal es colectivo. Lo padecemos todos, lo llevamos en la masa de nuestro cerebro y en la sangre de nuestras venas y en el latir de nuestro corazón: el mal es cansancio, cansancio espiritual y corporal de la raza, fatiga del pueblo, en la que todos somos solidarios, de la que todos participamos, los unos conscientemente, los otros sin darse cuenta, pero todos sujetos a la norma común, al descabezamiento colectivo de la actividad, al enervamiento que señala el compás y el ritmo de todas las energías que cada uno es capaz de desarrollar en este ambiente…".

Factores múltiples y harto poderosos deben intervenir para que el pueblo idealista y guerrero; el pueblo que domeñó la formidable bravura del moro, en siete siglos de lucha constante y conquistó la América virgen; el pueblo del Cid, de Hernán Cortés y de Palafox, vejete hoy en un letargo interminable. Después de brindar a la humanidad la talla colosal de los navegantes y descubridores; de genios como Lope de Vega y Cervantes Saavedra, España ha vivido sujeta al capricho de dictadores mediocres. Su movimiento intelectual languidece, sus hombres de pujante cerebración sufren befa y escarmiento; a Unamuno y a Blasco Ibáñez se les cierran las puertas del hogar; el comercio, la agricultura, las industrias todo se va quedando a la zaga ante la inquietud febril de las naciones de vanguardia; se clausura la universidad y los estudiantes caen acribillados a balazos por los esbirros de la dictadura. ¿Cómo es posible que el pueblo idealista de Cervantes, el pueblo de Alfonso el Sabio, el pueblo vencedor en Lepanto y en las Navas, sufra tal estado de regresión…?

Semejantes claudicaciones morales de los núcleos activos se explican por la influencia deletérea de multitud de factores de anarquía y corrupción. El mal que sufre España, dice Argente, no lo provoca un orden gubernativo existente, ni lo remediará otro. Es un mal que ha llegado a ser endémico y para extirparlo urgen remedios heroicos. Ese mal consiste en la negativa individual y colectiva ante los imperiosos reclamos del día; en el eclipse de las iniciativas fecundas; en la ausencia de las fuerzas que edifican. Y no es un mal que ha surgido por la acción de un hombre, de un partido o de un núcleo. Sino que tiene su origen —además de la parte que al hombre o al núcleo pertenece— en muchas causas remotas y próximas. Ese mal sólo puede desaparecer suprimiendo las causas inmediatas que lo provocan y controlando la acción de las remotas.

Adulamos al pueblo hondureño llamándolo celoso de sus libertades, altivo y valiente. Lo que no se ha dicho aún al pueblo hondureño; lo que falta decirle por el bien de todos, son las razones por las cuales, poseedores de incalculable materia prima, estando en capacidad de ser ricos y poderosos, somos pobres y débiles. Lo que no se ha dicho aún al pueblo hondureño es que en su organismo radican vicios y lacras que precisa combatir enérgicamente hasta convertirnos en núcleo preparado para el engrandecimiento.

¿Por qué no declarar paladinamente que hemos carecido de esa voluntad que construye y triunfa? ¿Por qué no declarar paladinamente que nos han faltado iniciativa, entusiasmo, perseverancia? ¿Por qué no declarar paladinamente que hemos sido abúlicos, divagados y presumidos? ¿Por qué no declarar que hemos amado la holganza, el plácido reposo, la siesta y la rutina? ¿Por qué no decirlo…?

No hubiera prosperado jamás la Barbarie de no encontrar un medio favorable. Los pueblos de la América indoibera, a raíz de la independencia, ebrios de instintos bélicos, formados por masas ignorantes e indisciplinadas y sujetas a influencias nocivas, proporcionaron material en abundancia. La desorientación ideológica que generalmente privó en los hombres de mayores prestigios, derivados de las campañas de emancipación, en los primeros años de nuestra vida política posterior al magno suceso, dio por resultado que las aptitudes directrices de la mayoría de tales hombres siguieran un cauce torcido y que dada la ley de causas y efectos produjo las dificultades ulteriores. Así vemos a caudillos de las guerras de independencia como Páez, Córdova, Flores, Santander y otros, destrozarse mutuamente causando con sus rencillas el natural desangramiento de la patria. Y, como el caso de Colombia, los hay innumerables en la historia de las veinte naciones hijas del león ibero. Desde aquellos tiempos arrancan las razones determinantes de nuestra barbarie. Con honrosas excepciones, los gobernantes de los estados indoiberos han sido hombres surgidos del anónimo de los núcleos gregarios por circunstancias especiales, cuando no han llegado directamente del vivac del bandolerismo a ocupar la más alta magistratura. Caciques de hordas como Rafael Carrera, que fue presidente de Guatemala durante varios lustros consecutivos. Entes mediocres a quienes un cuarto de espadas victoriosas coloca en el poder. Militares que no poseen mejor criterio que el de las guarniciones. Hombres de talento, carentes del sentido de responsabilidad moral. He ahí a los gobernantes de la América indoibera. Han existido también un Rivadavia, un Sarmiento, un Dionisio Herrera, pero en proporción desconsoladoramente inferior. Su obra apenas ha perdurado en medio del osbcurantismo y la violencia imperantes. Lo más frecuente ha sido que después de algunos zarpazos de león caigan aniquilados. El fulgor de su presencia, rápido y magnífico, se pierde en la noche. Así cayó Sarmiento, así cayó Herrera, Morazán, Madero. Así han ido desapareciendo todos los que tenían visión, empaque de innovadores, de forjadores. Así han caído todos los que batían las alas exploratrices hacia la conquista del porvenir de América. Todos aquellos que en la aspereza primitiva donde había de iniciarse la obra, adquirieron el magno relieve de pioneers. Las

masas iberoamericanas permanecieron sordas ante el reclamo de los Bolívares y de los Morazanes. Y cuando Máximo Jerez quiso saber, preguntando con el cañón, si era la hora del alba, Centro América respondió ¡Es media noche! Media noche reinaba efectivamente en el espíritu de millones de indios, de campesinos y de letrados.

La más crasa ignorancia privaba en las masas en que está dividido, políticamente, el mundo colombino. Indiadas semisalvajes en México, Centro América, Perú, Colombia, Venezuela, etc. Poblaciones heterogéneas donde imperaba el amo, el cacique, y donde no existía ley sino violencia. Los vehículos de la civilización: ferrocarriles, autos, libros, arados, muy lejanos aún. La superstición, dueña de las conciencias. El clero, cuando no ignorante, perverso. Esas masas fueron dóciles rebaños capaces de seguir al primero que surgiendo de ellas rompiese el anónimo, se colocase a la cabeza y mostrarse el camino. Desgraciadamente, los senderos por donde la mayoría de los caudillos, seguidos de las masas, se precipitaron, fueron los del mal y la ruina para las naciones iberoamericanas. Al paso de ellas no quedaba sino una huella de exterminio y desolación. Sus hambres, sus codicias, sus ambiciones, su disgusto de la vida, su afán de lucro, hermanados con los propósitos del caudillo, no podían provocar sino el desastre. El espectáculo de esas huestes hambrientas, que desconocían el libro y la herramienta; que no podían apreciar los frutos del trabajo, sino las fáciles ganancias del saqueo, lanzándose a saciar sus apetitos, con toda la pujanza de sus energías desorbitadas, constituye la era del caudillaje. Y hasta que en el transcurso de los años, los balcones abiertos sobre los mares han dado acceso a las buenas inmigraciones; hasta que las relaciones internacionales han fomentado la producción y el comercio; hasta que unos pocos hombres usaron el poder como una piqueta formidable rompiendo el muro obstruccionista; hasta que el libro y la cátedra empezaron a iluminar las conciencias; hasta que clareó en los ojos la luz remota de los horizontes futuros, hasta entonces se dibujó en la América indoibera la perspectiva de una Nueva Vida.

Algunas de nuestras naciones: Argentina, Uruguay, Brasil casi han alcanzado ya esa vita nova. Las demás se van acercando paulatinamente y llegarán a ella cuando las causas lejanas e inmediatas del actual estado de barbarie vayan siendo extirpadas. La acción enérgica y constante de gobernantes con relieve de estadistas; el intercambio con las naciones de vanguardia; la campaña histórico-sociológica en el libro, la prensa, la tribuna y, si algún día el clero fuese menos estrecho de mirajes, también en el púlpito, contra los vicios raciales y las enfermedades endémicas que desgastan nuestro organismo; y la influencia poderosa de cada nuevo día que nace radiante de luz, irán dejando amplia y magnífica la senda.

La clase privilegiada

Alonso Blanco no dejaba ninguna partícula del conglomerado social fuera de su claro análisis. Y así, después de disertar sobre temas diversos, hundía el escalpelo de su crítica honrada en la que, por muchas razones, llamaba: la clase privilegiada.

Abogados, médicos, ingenieros, peritos mercantiles, periodistas, maestros, comerciantes, propietarios, etc., forman la elite del conglomerado social. Si entre las gentes que se ufanan de su brillo universitario no existieran los mismos vicios que privan en la masa analfabeta u otros similares, distinta sería la suerte de este país. La adulación, el servilismo, la venialidad, no son lacras privativas de la contextura moral de los hondureños. Son patrimonio de toda la humanidad y sería ridículo imitar la sonsa pretensión de los puritanos de campanario que anatematizan tales vicios como si únicamente medraran a la sombra de nuestros pinares. Pero no huelga decirlo, y es urgente gritarlo muy alto, que la venialidad, el servilismo y la adulación han sido y son factores principales de la barbarie. Profesionales a quienes dotó la naturaleza de mediano relieve mental, de pocas cualidades nobles y de una multitud de resabios; hombres que en las aulas formaron el estado mayor de los estudiantes de mentalidad raquítica, solidarios en todo con la rutina del ambiente, ungidos al cabo del ciclo escolar con las palabras sacramentales del Decano, la fórmula hueca y pueril de las licenciaturas, se trasladan con el escaso bagaje intelectual adquirido y un poderoso apetito de medro, a los estrados de la justicia, a los sitios donde la carne se abre sangrante, al mostrador de un bazar provinciano, a las oficinas del ramo de fomento, a cualquier lugar donde los conocimientos adquiridos en la anquilosada universidad, pueden servir para el logro de algunas pesetas. Los extremistas, animados de fervor sentimental, con la máscara bufa del patriotismo, han propalado la mentira de que la política criolla de los caudillos ha corrompido a la clase privilegiada, así como ha servido para exterminar mesnadas de indios. Nadie osará discutir la poderosa virtud educadora del contagio y del ejemplo. Pero, es infantil, sino es malicioso, hacer responsable a un hombre que tal vez por circunstancias ajenas a su voluntad y su deseo, llegó a ser director, de la corrupción reinante en la clase letrada. Siguiendo ese criterio, diríamos que los caudillos son responsables del vicio de la empleomanía. Y, pensamos, lo justo es decir: la empleomanía, producto de mediocridad, de amor a la holganza y de carencia de orgullo, ha sido uno de los abonos del terreno en que ha nacido, crecido y dado sus floraciones venenosas y sus cosechas nefandas la planta maldita de la barbarie.

Hace falta la pluma virilmente esgrimida por un Juan Montalvo para señalar y combatir las lacras reinantes en nuestro organismo sociológico, que han dado por resultante, aunadas a otros factores, nuestro actual estado de corrupción.

Hace falta el análisis brillante y convincente a lo José Ingenieros para desnudar y exhibir, ante las pupilas anhelosas de claridad, a esos tipos que abundan en Honduras, con ribetes de ilustración, patriotismo y entereza y cuyas verdaderas personalidades, expuestas en carne viva por una mano poderosa, causarían invencible asco. Hace falta la voz que diga verdad, el grito que sea llama crepitante, el mensaje que se convierta en faro, en medio de las tinieblas de mentiras imperantes en Honduras.

Ramos Mejía, el notable escritor argentino, en su libro “Los Simuladores del Talento”, aplicando las cualidades defensivas de ciertos animales a las luchas por la vida en el conglomerado humano, dice: “estos hombres mediocres e inútiles, que son la expresión humana de aquella animalidad defensiva, tienen en su espíritu, como los paralíticos y los mudos en su cerebro, suplencias de extraordinaria aplicación: el don de espera del batracio oportunista, las trasmutaciones de la forma, el uso del color, las aptitudes, las complicadas comedias de todo lo que hiere el sentido alerta de sus enemigos”.

Personalidades de esa caterva, genios con médula de ratón, simuladores del talento, de la virtud, del honor, de la sabiduría. Tartufos y Arlequines ¡cuántos hemos visto desfilar en el pintoresco tinglado de nuestra política criolla! Abundan en nuestra fauna: el mono equilibrista, célebre en la fábula de Luis Andrés Zúñiga; el camaleón de incomparables virtudes y cambiantes matices; el batracio cuya paciencia de espera bate los records, el gasterópodo y el molusco de la coraza formidable. No poseen el valor primitivo del último indio que se cose una divisa azul o roja en el ilama, vive con la obsesión de no sustituirla por nada y va con ella a morir en los cerros. No poseen el orgullo y la arrogancia del criterio libre que se define en trance. A veces, desde las alturas que ocupan, se vuelven insolentes y despreciativos con los caídos, quizás hermanos en otra lucha. Regularmente son tímidos, ceremoniosos, amigos del protocolo, duchos en la genuflexión, maestros en el oficio de incensariar. Por lo demás, y haciendo a un lado su versatilidad en materia política, es posible que sean buenos familiares y hombres serviciales. Pertenecen a la legión respetable de las personas sensatas. Son modelo de honradez como Tartufo el clásico y comerciantes piadosos como Shilock el bendito. En la nomenclatura social los catalogan como “gentes de bien”. Son, a veces, incapaces de matar una mosca y capaces de absolver, con la mayor campechanería, en los estrados de la justicia, al asesino más empedernido con tal que el poderoso haga una señal. No sabemos como desnudaría a semejantes exponentes la pluma iracunda de Juan Montalvo. Ingenieros los amontonaría, como fardos, en los capítulos consagrados a la suprema mediocridad. Vasconcelos los arrojaría a las sentinas de la abyección. Y el lápiz genial de Cobarrubias haría con ellos los rasgos más célebres del humorismo político.

Ilustres profesionales hemos conocido y analizado en momentos de nuestras luchas cívicas, que aparecen como modelos de puritanismo, como

especímenes de rectitud y ¡hasta el colmo! abanderados de la gaya ciencia. Quien propalara ante la juventud el secreto de su valer, los dejaría reducidos a escoria. En el instante en que el bolsillo peligra, en que la posición social se bambolea por la resolución incierta de un problema político, es cuando estos grandes hombres acuden a sus expedientes socorridos. El caudillo, cuyo gesto basta para matar una necesidad y realizar un deseo, es entonces el sumo protector. Dios omnipotente y generoso en el trance que colma de angustia el corazón del empleómano! Y vuela hacia él aunque momentos antes, durante la lucha y en voz baja (jamás grita) hayan brotado de sus labios las expresiones más duras contra el nuevo amo. ¡Cuántas personalidades, en nuestro mundo político y social, se han forjado a puro espinazo! Indudablemente el primero que se arrodilló a besar la planta de un tirano fue cualquier necesitado falto de nervio para ganarse el pan. Y el hábito perdura.

El pueblo hondureño, que es sin duda celoso de sus derechos, lleva en su seno virus mortales como éste de la empleomanía. Varones enchapados en duros moldes, nuestros abuelos pudieron ufanarse de la entereza de su carácter. Sin ser extremistas, sin abogar por un imposible y ridículo puritanismo, podemos afirmar, con honda pena, que esa rectitud moral ha venido a mengua. En el tinglado de la farsa social, los polichinelas que gracias a su abyecto servilismo alcanzaron lucrativos empleos, son catalogados entre la flamante aristocracia de la aldea. Y se funda escuela de corrupción.

Porque no al ínclito ciudadano, al varón orgulloso y digno, al abanderado de la ciencia y del pensamiento, van los honores, sino al quídam desprovisto de méritos positivos; cuya existencia transcurre de empleo en empleo, de antecámara en antecámara, siervo constante del poderoso, bonancible en cualquier situación, enemigo de las voluntades libres y generalmente espía al servicio de los tiranuelos.

La legión de los suplicantes es infinita. En los azares de la política criolla podríamos llamarlos, como en la novela de Margueritte, *los emboscados*. Ingenua y certera sabiduría popular los llama *los evitados*. No arrostran peligros, no se lanzan a las tribunas, ni a los periódicos, ni a los cerros. Son incapaces, no por cretinismo, sino por miedo, o conveniencia personal, de conducir un recado. Jamás forman parte de las avanzadas que soportan los golpes más rudos del contrincante. Manifiestan con tibieza sus opiniones, dicen que tienen simpatía hacia don Fulano, no dan nunca el rostro virilmente como el que, aun en el mal camino, afronta los peligros. De tal manera que al solucionarse el problema están listos y aptos para saltar de un trapecio a otro. Así los hemos visto; así los hemos seguido, afortunados siempre, logrando pingües negocios, pertenecientes al brillante mundo social; factótums en casinos elegantes, dueños de bellas limousines, realizando viajes frecuentes a las urbes cosmopolitas y a los balnearios de moda. ¡Seres felices! Y mientras tanto, el infeliz periodista que durante un año se exprimió los sesos sosteniendo la campaña de prensa y expuso

la piel a las acechanzas; el pobre artesano que recorrió las calles en manifestaciones ruidosas, con peligro de ser ametrallado; el desgraciado penco, vencidos en la lid, perdedores en los comicios, van al exilio o a morir en las caminos, asesinados por las escoltas de los inspectores.

Si se lanzan anatemas contra el caudillo, que tiene la parte más dura en la brega; si se estigmatiza al hombre que peca y hace el mal, pero que también a veces realiza el bien… ¿por qué no condenar, por qué no marcar con vergonzoso hierro a los suplicantes, a los empleómanos, a los farsantes, que han fundado escuela de corrupción y que, abyectos, serviles, corren a llenar de alabanzas al caudillo, engrandeciendo su talla, desproporcionando sus dimensiones y torciendo con frecuencia sus propósitos? Animados del egoísmo más feroz, escudándose en su cínica desvergüenza estos parásitos forman legión; y la empleomanía, el parasitismo, la desvergüenza han contribuido eficazmente al sostenimiento de los regímenes despóticos.

El Periodismo

—Yo siento una gran simpatía hacia los hombres de letras —exclamaba Alonso Blanco—. Yo me considero ligado a ellos por vínculos estrechos de afinidad espiritual. Quisiera que todos ellos; los que hacen del verbo un arma de combate, fueran diamantinos y puros.

Quisiera que nadie pudiera enrostrarles que se han ofrecido en almodena, a veces; que han claudicado, que han servido oprobiosas tiranías, que han guardado silencio por miedo a los esbirros, que han rendido culto a estúpidas comedias sociales. Pero desgraciadamente, no es así:

Periodistas al servicio de los trusts bananeros; periodistas, campeones de una compañía contra la otra; periodistas alineados bajo la égida del despotismo; periodistas que comen gracias a las audaces pretensiones de un quídam metido a candidato. ¡Cuántas veces la masa crédula y tornadiza aplaude y aplaude entusiasmada! En el tinglado hay un Arlequín vestido de patriota que lanza anatemas furibundos contra el monstruo del caudillismo, contra el ogro de un trust, contra la hidra de un partido. ¡Bah! La libertad, la justicia, la soberanía, la integridad, damas complacientes e ingenuas van adelante, cubriendo las apariencias, deslumbrando a los tontos, enloqueciendo a los fanáticos con su belleza. Detrás viene el cortejo de los mercaderes, los traficantes sarcásticos y gananciosos, disputándose hasta las piltrafas.

El periodismo centroamericano ha aportado su valiosa contribución para el sostenimiento de los despotismos, así como ha dado su tributo en el martirologio de la patria. Él llevó muchas veces a las conciencias el alerta de la libertad. Él fue muchas veces mensaje de luz en las tinieblas, grito de combate en el silencio, clarinada de progreso. ¡Qué sería de los pueblos sin hombres que sepan esgrimir la pluma! Sin embargo, no está exento de pestilencia el campo de las ideas. ¡Tanta mentira se ha escrito! ¡Tanta campaña de falsedad! ¡Tanto se ha recurrido al bluff y a la diatriba! Muchos escritores pecan por error o por pasión; menos mal si así fuera siempre. Otros llevan en el alma tanto lodo, tanta sombra, como materia gris en el cerebro. Lo que les sobra en la mente les falta para enderezar el carácter. Y, en multitud de ocasiones, los advenedizos, los que en un momento dado toman por asalto los estrados de la prensa, han contribuido a deducir responsabilidades al periodismo, por su contingente en el sostenimiento de nuestro estado social de corrupción.

Estos y otros temas, relacionados íntimamente con los vitales problemas de la nación, eran el combustible que alimentaba la hoguera de aquel entusiasmo

idealista y patriótico del grupo “Vanguardia”. Marco Tulio oyó de boca de los jóvenes que integraban la falange, frases y conceptos donde se concretaba todo el dolor nacional, toda la ansiedad nacional, toda la incertidumbre cruel del porvenir. Una tarde de febrero, quizás presintiendo sucesos que iban a abrir hondos surcos en la historia de la patria, decía “El Pensador”:

—He allí a la Argentina, al Uruguay, al Brasil y a Chile. Para llegar adonde están, ellas vencieron innumerables dificultades. Fue preciso domeñar la pampa majestuosa y salvaje; los macizos andinos, las selvas vírgenes y los caudalosos torrentes. Parecía cosa de un delirio, ensueño, locura. Y —sin embargo— ya está hecho. La pampa fue sojuzgada; en los conos nevados, los más altos del mundo, la osadía humana nulificó el vértigo de la altura; las frondas rumorosas se abrieron y el torrente fue sujetado. Donde hubo antes naturaleza bravía y salvaje existen hoy emporios de riqueza y de cultura. Menos que eso nos toca realizar a nosotros ¿no habrá en el pueblo hondureño la fibra necesaria?

—Lo que nos hace falta para impulsar el progreso integral de la nación, son hombres versados en las ciencias múltiples del gobierno y llena el alma de sanas intenciones. Hombres en quienes se aúnen, en fuerte consorcio, la energía para la acción creadora y fecunda, con la inteligencia bien cultivada, madre de sabias concepciones. Hombres que amen este pedazo de tierra con verdadero amor y cifren un inmenso orgullo en honrarlo y engrandecerlo. Hombres que conozcan la gran responsabilidad de los altos puestos, para que al ir a ellos, laboren por la felicidad común. ¡Inmensa desgracia para la patria! Podemos imitar al cínico y salir con la linterna en demanda de un HOMBRE entre la muchedumbre de eminencias que van por nuestras calles, que reposan en las oficinas, que derraman sabiduría en las reuniones, que gritan en los cuarteles, que concurren a las asambleas o que duermen plácidamente en los bufetes…! ¡y el mismo desencanto del filósofo nos llenaría el alma!

Hombres para el gobierno son los que poseen un carácter templado en las disciplinas de un hogar austero y laborioso y una inteligencia desarrollada en contacto de libros y maestros. Hombres para el gobierno son los que saben de la dureza del trabajo independiente y de la bondad de la enseñanza luminosa. Hombres de esa madera son los que necesitamos.

Para la reforma mexicana y el apostolado de la evolución, fueron precisos un Benito Juárez y un Francisco Madero. Para que Argentina conquistara la vanguardia llegaron a actuar Rivadavia y Sarmiento. Gobernantes de esa clase, caudillos de ese temple, hacen falta en Honduras.

Escasean los hombres. Triste situación la nuestra. La eminencia hueca forjada en el yunque de la notoriedad a martillazos de bluff. El estadista insigne que no ha leído un renglón de ciencias políticas y sociales; el estadista magno que elevó a la cima la ventolera de la revuelta… ¿adónde iremos a parar? A pesar de todo, tengamos fe en el porvenir.

TERCERA PARTE

La llama

El día primero de marzo de mil novecientos… del Castillo y don Salvador Andino abandonaron la capital, saliendo en automóvil, furtivamente, durante las primeras horas de la noche, por la carretera de Olancho. Seis hombres de entera confianza los acompañaban. El auto llegó hasta cierto pueblo distante más o menos catorce leguas de Tegucigalpa y los fugitivos siguieron el camino montados, alejándose de la vía real, sobre las veredas escarpadas donde era más fácil de eludir la persecución. Apenas circuló en las calles de la metrópoli el rumor de que los jefes que durante toda la noche, burlando la vigilancia activa de los retenes, abandonaron también la ciudad escapándose por las diferentes salidas, hacia los campos aledaños. Acababa de sonar el grito de rebelión contra el despotismo del Presidente Ochoa, hombre débil, maniático e inconstante, manejado por el círculo militarista que esgrimía el knut rodeando la figura vigorosa, aunque sombría, de Juan García.

Obreros, profesionales, estudiantes, militares y hasta mujeres, en un simultáneo y fogoso arranque, se iban de la capital, en son de protesta. No había ninguna coacción sobre sus ánimos para obligar a tomar tal determinación a una multitud de más de tres mil individuos. Hacían ellos su voluntad manifestándola con un acto espontáneo y valiente. No importaba la amenaza de los retenes, situados en los cerros y cuyas descargas rasgaban con ecos siniestros el silencio de la noche; no importaban los peligros, las fatigas y las calamidades que sobrevendrían. Aquel paso significaba varios meses de hambres, de jornadas fatigosas, de fuego, de sangre y horror. ¡No importaba eso! El gobierno vejaba la libertad electoral pisoteando las instituciones y el pueblo capitalino, en masa, después de protestar en las tribunas y en los periódicos, iba al hecho. ¡Pueblo heroico que hemos visto lanzándose a los cerros, con la serenidad despreciativa de quien acepta gozoso el sacrificio!

Durante mucho tiempo, los jefes del Partido Constitucionalista hicieron nobles esfuerzos tratando de lograr que el debate culminara en las urnas y de que la paz no se alterase. Todo fue imposible por el empeño criminal de los hombres del poder, que a toda costa querían perpetuarse en él, sacando avante la fórmula encabezada por Juan García, la figura más descollante del núcleo impositor. Obrando bajo los dictados de su pacifismo y de su cultura ciudadana avanzadísima, del Castillo era enemigo de la violencia; pero la tirantez a que había llegado la situación por la ausencia total de garantías, hubiera dado matiz de cobardía moral a toda renuncia de derechos. La protesta en tal caso es un deber y el silencio una complicidad. Sabía él que un rompimiento de hecho con el gobierno llevaría al país a un estado bélico deplorable. Mas era preciso. La sumisión a la

tiranía nunca fue buena escuela para forjar ciudadanos dignos ni verdaderas democracias.

Culpa inmensa, responsabilidad tremenda la de nuestros gobernantes que con violencias y cábalas han pretendido entronizarse en el poder. Tierra brava, serranía abrupta, idiosincrasia revolucionaria, sin duda por la conjunción de la sangre de los aventureros que vencieron al indio y de la sangre del indio irreductible que prefirió caer acribillado por las balas de los mosquetes, no ha sido Honduras solar propicio a los tiranos. Rafael Carrera y Manuel Estrada despotizaron muchos lustros allende el Motagua. Más allá del Lempa y del Segovia han creado raíces hondas regímenes de arbitrariedad y farsa. Aquí no han prosperado jamás. Batalladores e impulsivos nuestros grandes núcleos ha intervenido en la aventura político-guerrera, tributarios de sangre, cuando el despotismo nulificó sus derechos. Y así también, desperdiciando con frecuencia las excelentes cualidades que adornan a nuestras masas, capaces de proporcionar elemento para empresas magnas, batiéndonos contra la arbitrariedad, hemos dado en la anarquía, cuando las fuerzas locas se desbordaron.

Cierta actitud falsa de sentimentalismos pacifista ha condenado acremente nuestros desangramientos, alegando que todas las insurrecciones se han verificado obedeciendo a motivos superlativamente egoístas y groseros. Afirmar esto, es negar al pueblo hondureño, al barro humano de esta tierra, sus virtudes. No es cierto que nuestro pasado sea sólo una ominosa exposición de crímenes y de monstruos. No es cierto, tampoco, no puede serlo de ninguna manera; ¡y qué noble si así hubiera sido! que sólo razones de altruismo político mediaron en la historia de nuestras luchas y de nuestros desastres. Condenando desde luego las montoneras —y llamamos así, exclusivamente, aquellos procesos bélicos que se han inspirado en motivos egoístas: apetitos, rencores ambiciones— encontramos que en aquellos sucesos de proyecciones sangrientas y dolorosas que han sido provocados por causas menos estrechas que las otras; por causas donde se vislumbra la finalidad idealista, que es idealismo luchar por el progreso nacional y la libertad, también han intervenido muchos factores ajenos al fin noble que sirvió de prestigiado gonfalón para lanzar a los hombres a la conquista sangrienta de sus derechos. Nuestras guerras civiles han servido así para forjar ciudadanos libres, dotados de un templado espíritu de sacrificio y para afirmar rotundamente, a golpes, la majestad de ciertos principios, como también para dar opulencia a miserables explotadores a costa de la riqueza nacional y para amontonar decepciones en el corazón de los individuos sinceros y probos.

Arrancando, en gran parte, del latido ciego de la sangre y de los reclamos imperiosos del apetito, nuestras luchas políticas han sido personalistas y extremosas, caracterizándose por la intransigencia, el rencor, la violencia y la agresión constantes. El hambre no da treguas. Y el pueblo hondureño ha sido un

gran hambriento. Lo son todos los pueblos del orbe, unos más, otros menos, ninguna razón mediaba para que se verificase en nosotros la excepción. Y, compréndase de una vez, nosotros no llamamos pueblo sólo a la masa iletrada, carne de cañón que ha proporcionado energías, en porcentaje abrumador, para las vendimias de la muerte. En la misma denominación comprendemos también la burocracia: intelectuales, comerciantes, etc., cuyos vicios y cuyas virtudes hacen, con los de la clase proletaria, una sola amalgama racial.

Los elementos constitutivos de esa amalgama sociológica que denominamos pueblo hondureño, han padecido, en el transcurso de muchos lustres, diversidad de hambres. Hambre de pan, hambre de mando, hambre de boato, hambre de lucro. Ninguna clase social acaparó una determinada de esas hambres. Simultáneamente y con intensidad varia, ellas aparecieron, en todos los núcleos. Ninguno, absolutamente ninguno, quedó indemne de esas hambres. Individuos aislados, tal vez muchos individuos aislados, no hay duda que jamás sufrieron ninguna de tales hambres y es en ellos donde mejor floreció el árbol idealista. Mas, su fuerza no podía contrarrestar la corriente formidable de todas aquellas hambres atormentando al conglomerado.

Hambre de pan sintieron muchas veces el artesano, el peón, el campesino. En las masas analfabetas esa tremenda hambre de pan es la que se manifiesta más frecuentemente y la que ejerce mayor influencia. También sufren hambre de boato, de mando y de lucro, a veces, el obrero y el campesino. Evolucionando en medio de los vaivenes sociales pueden ascender desde las simas más hondas a los peldaños más elevados. Paralelamente a esas transmutaciones van apareciendo las diversas hambres. En determinadas ocasiones no son móviles egoístas los que lanzan a los hombres hacia las alturas y el obrero o el campesino paupérrimo que dio el primer salto, aguijoneado por un hambre de pan implacable, descubre sobre los horizontes lejanos la estrella del ideal y con los ojos desorbitados va hacia ella. No sólo hambre de mando, de lucro y de boato sufrió la clase ilustrada; ella también, en muchos momentos difíciles, tiene que soportar los tormentos del hambre de pan y estimulada por ella, presionada por ella, para librarse de su torcedor implacable, fue quizás hasta el sacrificio. ¡Cuántas revoluciones y cuántos gestos de heroísmo se han verificado en el mundo porque en muchos hogares faltaban el pan, el abrigo y la lumbre!

Aspiración muy legítima, deseo muy humano, a todos nos enciende el egoísmo la llama codiciosa. Esos intereses en pugna, esas esperanzas en pugna, los afectos que han encendido y los odios que han ahondado, desataron el rayo de las guerras civiles. En nuestro conglomerado social, pequeño y reducido, las voluntades y los criterios, bajo la influencia del ancestro y de múltiples factores, giran en derredor de un orden de motivos egoístas, de simpatías e ideas. Cariños y necesidades afines dieron por resultado el aspecto personalista de nuestras luchas cívicas y de nuestras hecatombes. Los núcleos no se integraron con

elementos que poseen determinadas convicciones, mirajes específicos y doctrinas definidas para la resolución de los problemas nacionales, sino que se han formado por la suma de elementos que por circunstancias especiales, por afinidad temperamental o cuestión de estómago se agrupen junto a un hombre que posee o a quien se atribuyen ciertas capacidades necesarias para guiar a los demás a la conquista de sus fines egoístas o altruistas. El caudillo aparece entonces, adornado de virtudes o pudriéndose en sus lacras. Paralelamente a los apetitos desordenados, a las hambres urgentes y a las malsanas pasiones de muchos, caminan el idealismo constructivo y la dinámica renovadora de los que padecen otra especie de hambres: hambre de gloria o de progreso. El conglomerado conserva los vicios y las virtudes que aportaron las unidades. Y sobre él —de luz o de sombra, generoso o perverso— se destaca la figura del caudillo.

A rebato

Tegucigalpa dio la voz de alarma a toda la república. De ella partió la campanada llamando a rebato y estremeciendo el alma nacional. En las cabeceras departamentales, en los pueblos, en los villorrios y en los campos dio principio el éxodo hacia las fronteras. En los caminos se veían rostros donde se pintaba la inquietud de los corazones. Partidas volantes iban en persecución de los fugitivos. En las aldeas el miedo se apoderaba de los moradores; y procurando no despertar sospechas, quien poseía su hato llevaba a la montaña, donde estarían seguros, sus ganados. Muy pronto, en dos campos se reflejó la inmensa y triste sombra de la guerra.

En la capital, el Presidente Ochoa, impulsado por Juan García, dictaba medidas drásticas. Este último fue nombrado Ministro de la Guerra. El Ejecutivo ordenó la requisa de los automóviles y la incautación de ciertos fondos de que la ley le prohibía terminantemente disponer. Con mucho aparato se decretó el estado de sitio en toda la república y las cárceles fueron llenándose rápidamente. Con actividad febril el Ministro de la Guerra organizaba fuerzas para batir a los revolucionarios y los cordones de reclutas que ingresaban a la capital eran interminables.

A tan grave situación había conducido al país el empecinamiento del ejecutivo, tratando de impedir que se manifestara en las urnas, sin trabas ni fraudes, la voluntad popular. Varios meses antes de estos acontecimientos, un grupo de esbirros dirigidos por un célebre matón, llegó a cerrar, lanzando afuera, revólver en mano, al gerente y a los operarios, la imprenta donde se editaba “El Porvenir”, adalid del constitucionalismo. Con tal violencia, los ánimos se inquietaron notablemente. A los pocos días fueron encarcelados dos periodistas de la oposición y disueltas a tiros las manifestaciones populares que se verificaron en la capital y otros lugares de importancia. Violentando sus propósitos, arrastrados por la fatalidad de las circunstancias y después de agotar los expedientes legales, los directores del Partido Constitucional creyeron necesario prepararse para hacer frente al desbordamiento de la fuerza bruta con qué el ejecutivo amenazaba a la nación, en forma tal que aquel no pudiera consumar sus proyectos arbitrarios.

Don Salvador Andino, militar experimentado y valeroso; veterano de muchas guerras civiles, dotado de un raro espíritu de organizador, fue desde luego la figura central de la oposición dispuesta a entablar la lucha en el terreno adonde la llevaba la violencia gubernativa. Poseía don Salvador cualidades magníficas que le permitían destacarse con el relieve de un verdadero caudillo. Tomando

parte activa en las jornadas épicas había concurrido a innumerables hechos de armas, donde vio batirse a hombres que muchos años después de muertos aún se recordaban como exponentes de bizarría y pericia militar, aprendiendo con ellos a reír del peligro y a vencer al enemigo. Conoció, íntimamente a algunos, a muchos de aquellos hombrones cuyo nombre se repite todavía, como Domingo Vásquez y Terencio Sierra. Contra las huestes del primero se batió siendo un niño y en su juventud, ya con mando de columna, aguantó sin ceder tremendas cargas, decidiendo brillantemente más de algún combate. No obstante su magnífica hoja de servicios, don Salvador era un convencido pacifista. Las decepciones sufridas; el miserable fruto que conquista la patria después de cada hecatombe, a las que muchos fueron deseosos de sacrificarse por el bien nacional, y otras razones, lo habían hecho odiar la guerra. Y ahora se veía forzado a batirse porque las circunstancias no permitían otra alternativa digna.

Pocos días antes de su salida de la capital, los dirigentes del constitucionalismo lograron entenderse con amigos de influencia en los departamentos y preparar sus ánimos para la gran prueba que se acercaba. Los jefes más destacados de núcleos populares, residentes en la metrópoli, recibieron también instrucciones, de la manera más sigilosa. Fue posible burlar la vigilancia de la policía secreta del ejecutivo y, cuando los acontecimientos se precipitaron en los últimos días, comprendieron del Castillo y Andino que era llegada la hora de obrar.

Preparados como estaban ya los cabecillas subalternos, no les causó ninguna sorpresa el aviso que recibieron inmediatamente después de la salida de los jefes; y tomaron el mando de los grupos que, con un maravilloso olfato de los acontecimientos, acudían en su busca. Los barrios quedaron casi solitarios y no sólo los barrios, pues los constitucionalistas salían tanto de los hogares humildes como de los residencias confortables. Profesionales iban confundidos con obreros y campesinos, a pie, en la noche obscura. Y más de alguna mujer. Nadie olvidaba su revólver cuando lo tenía o logró adquirirlo. Muchos llevaban rifles.

Como la maniobra se inició sigilosamente, el ejecutivo no pudo cerrar a tiempo las salidas de la ciudad. A las nueve de la noche estaban ocupadas por retenes, con orden de disparar sobre los grupos. Pero el alud era incontenible. Algunos fugitivos cayeron en manos de la tropa y la tierra bebió las primeras gotas de sangre. Con inaudito desprecio de la vida continuaron fluyendo veneros humanos hasta que alumbró el sol del nuevo día. Entonces se pudo notar fácilmente como se había vaciado en una sola noche la capital. Las calles veíanse solitarias, cerradas las puertas, muerto el comercio y el tráfico.

Cuando amaneció, los caminos que van hacia el oriente de la República ofrecían un espectáculo singular. No era posible andar un kilómetro sin

encontrarse con grupos de individuos sospechosos. Marchaban alegremente por los senderos calcinados de sol. A largos intervalos se detenían a tomar aliento bajo los árboles corpulentos y gradualmente iban entrando en franca camaradería. En sus semblantes notábase que no les apenaba mucho el porvenir. La guerra duraría dos o seis meses, pero su confianza en la victoria final afirmaba más su resolución de batirse. Después de la segunda jornada, muchos enseñaban los zapatos rotos, los pies sangrantes y el rostro quemado por los rayos solares, pero su valor de revolucionarios no sufría mengua. Hombres distinguidos y hombres rudos, viejos, muchachos que por vez primera iban a tal aventura; un pueblo en masa lanzándose al éxodo, sin dar al parecer mayor importancia a su acción, que empezaba a ser heroica.

Grupos de campesinos, arrinconando los instrumentos de trabajo, se incorporaban a la masa de gente que llegaba de las ciudades. El pensamiento y el músculo iban unidos a defender en las trincheras la inviolabilidad de la ley, obligando a los detentadores a respetarla o arrojándolos a tiros del poder.

Al saberse en provincias el alzamiento de la capital, los más connotados líderes de la oposición se aprestaron a secundarlo, poniéndose al frente de los voluntarios. Una muchedumbre traspasó las tres fronteras y numerosos ciudadanos de la Costa Norte huyendo de las prisiones, arribaron a Belice. Quién sabe por qué razones, el extremo oriental de la república ha sido siempre preferido por las masas revolucionarias. Lo mismo que había ocurrido muchas veces, anteriormente, sucedió en esta oportunidad. Más de tres mil hombres se hallaban dispersos a lo largo de la guardaraya nicaragüense, en el Ocotal, ciudad que acoge con tradicional hospitalidad a los rebeldes hondureños; en Somoto y en Chinandega. Personalidades eminentes del foro y de la banca, lo más conspicuo en las filas del constitucionalismo, estaban en Managua, gestionando en favor de la causa ante el gobierno de la vecina república. Y mientras llegaba la hora de entrar en acción aquella multitud sobrellevaba las penurias del exilio con inalterable buen humor. Como hasta ese momento la revolución carecía de dinero suficiente, era necesario conformarse con muy poca cosa. Los habilitados daban el fondo del día: a quince centavos y hasta doce por cabeza. Naturalmente esta cantidad era una miseria, pero ¿quién podría alegar justas razones para quejarse? La causa estaba pobre y el hambre la sufrían todos, así los grandes como los pequeños. Sin embargo, no faltaban algunos señorones flamantes viviendo confortablemente en Managua, con su dinero, eso sí, pero sordos al clamor de la heroica multitud que con una sonrisa en los labios soportaba las calamidades.

Con aquellos centavos había que arreglárselas para comer. La ropa sucia se lavaba personalmente, bajo el amplio cielo tachonado de estrellas. Era un espectáculo jocoso ver aquellos revolucionarios tomando por asalto las piedras del río, durante las horas en que está solitario; despojarse de sus harapos y permanecer así, en cueros, a la intemperie, mientras el agua lavaba las

suciedades acumuladas durante varias semanas. Los más jóvenes parecían viejos y éstos podían confundirse con ermitaños. No había en las poblaciones fronterizas sino contadas barberías y generalmente, para los revolucionarios éstas trabajaban al crédito.

—¿Y quién paga?— interrogaban, ansiosos, los fígaros.

—Pues, apúntelo en la cuenta general de la revolución. Cuando entremos a Tegucigalpa todo le será reconocido. Nosotros garantizamos.

Entre tanto, continuaban ante los gobiernos vecinos las gestiones tendientes a obtener el apoyo necesario en elementos; y de los particulares, el dinero que hacía falta para el sostenimiento de la gente.

El Infiernillo

A las ocho de la noche del primero de marzo, media hora después de la salida del doctor del Castillo, Marco Tulio y Carlos se pusieron en camino, incorporándose a un grupo que marchaba por las faldas del Picacho, momentos antes de ser ocupado éste por los retenes. Iban con ellos el “Señor Benjamín” y Guillermo, constitucionalistas fanáticos y amigos de la aventura. Don Salvador no quiso mezclar a los jóvenes de su familia en el lío revolucionario, consciente de las fatigas y de los peligros a que podía exponerlos. Pero ellos, atentos a las medidas secretas del estado mayor constitucionalista, no pensaron ni un momento quedarse en la capital. Antes de que se hiciera tarde, se ciñeron los revólveres, echarónse algunas monedas en el bolsillo y se dispusieron a abandonar la ciudad. Lo hacían sigilosamente para evitar la dolorosa prueba de la despedida, mas en el instante en que iban a salir, doña Laura y María se interpusieron. Trémula y pálida, exclamó la madre:

—¿Adónde vas, hijo? ¿Qué haces?

No pudo dominar Carlos la emoción que desbordaba de su pecho y arrojándose en brazos de doña Laura, contestó:

—Voy a buscar a papá. Debo ir donde él vaya. ¡Adiós, adiós, mamaíta!

Ahogando los sollozos las dos mujeres vieron hundirse a los seres amados en la noche negra. Minutos después las nutridas descargas resonaban con eco siniestro en sus anhelantes corazones. Hasta que amaneció permanecieron las mujeres, vestidas, orando ante las imágenes que adornaban el dormitorio, mientras sentían fluir por sus mejillas raudales de lágrimas.

A seis leguas de distancia, bajo el cielo encapotado, Marco Tulio y Carlos ascendían la montaña, camino de San Juancito. El grupo, además de sus dos amigos, estaba formado por catorce hombres, de los cuales tres llevaban rifles “infume” y los demás revólveres. Atravesaban la masa obscura de la montaña, silenciosa, impenetrable. De día hubieran podido contemplar magní-ficos panoramas, oyendo desgranarse en sus oídos musicales surtidores en el canto de los jilgueros y de los sinsontes. En la noche no se oía nada, no se veía nada. Tinieblas por todas partes. Abismos bajo los pies y nubes sombrías volando encima de la cabeza.

Las luces del alba teñían de rosicler las curvas de Santa Lucía cuando divisaron el pintoresco nidal de San Juancito. De antemano sabían que el sub-comandante del mineral era amigo de la causa y llegaron con entera confianza donde él. De la acti-vidad del lugar, febril en otros tiempos, ya que era el primer centro metalúrgico de la república, no se veían señales. El campo parecía muerto. Atravesando el villorrio, de un aspecto singular y raro, una frase que escapó de labios de Benjamín, atrajo la atención de todos:

—Señores— exclamó el joven ocupando una gran roca, a guisa de tribuna— ¡Señores… he allí el "Infiernillo".

Era un vocablo lapidario por la justicia con que se aplicaba. Allí, en ese lugar, "el metal de los muertos" fluyó en veneros riquísimos de la entraña de la tierra y durante muchas décadas la compañía explotadora remitió a las fundiciones de Estados Unidos las codiciadas barras. El metal blanco era inagotable; cada año los arcones del trust se llenaban más y más, insaciables, profundos. Una muchedumbre obscura vivía en las enormes galerías subterráneas, moviéndose en la sima tenebrosa como un criadero de larvas fantásticas. De todas partes de la república y de los países vecinos arribaban hombres deslumbrados por el prestigio de aquel moderno Eldorado. La atracción era irresistible, tenaz, fatal. Por ella, San Juancito se convirtió en un foco de la industria metalúrgica, poblándose cada día más. La tierra continuaba aventando oro y plata de sus entrañas, sin poder saciar la loca avidez de los hombres.

Males implacables destruían el organismo, antes sano y vigoroso, de los *güirises*. A veces los soportales de las galerías no eran sólidos y se producían derrumbamientos en los cuales morían aplastados, dentro de la cavidad tenebrosa, muchos hombres. Las explosiones causaban víctimas frecuentemente; y una tos seca, cortante, que estremecía el pecho de los desgraciados, era la manifestación indudable de la peste blanca. Había ya muchos mineros enfermos.

La compañía no tuvo para aquellos infelices que manejando el barreno y horadando la roca, tras la veta recóndita, despedazaron sus cuerpos, ninguna frase de alivio, ningún gesto piadoso. Se les dejaba morir como perros, abandonados a su miseria y a su dolor. El sacrificio humano se pagaba con un salario miserable; no se proporcionaban a los enfermos medicinas ni auxilios; y, como el descontento empezaba a fermentar en aquella levadura de angustias, la compañía extremó el brutal tratamiento. Los yankies empleados en las oficinas arrojaban de ellas a puntapiés a los desgraciados que iban a exponer sus reclamos… ¿qué importaba a los endurecidos explotadores un muerto más de aquella gleba miserable y triste? ¿Qué les importaba eso?

El éxodo forzoso dio principio entonces. Tristes, heridos por males profundos, sintiendo deshacerse las vísceras que son fuente de la salud, los hombres que meses antes llegaron fuertes y dinámicos, se alejaban del infierno de las cavernas tenebrosas donde el soplo frío de la muerte continuaba apagando vidas. Y la despoblación empezó. Brotes comunistas hicieron temer al trust, y la horrorosa pesadilla de la tuberculosis, de los derrumbes, de un fin de perros, mató los deseos de aquellos que pensaban dirigirse al antes floreciente emporio. Las bocas sombrías de la mina, que se habían tragado tantos hombres, estaban ahí, amenazantes, en las laderas del cerro.

Tal como lo esperaban los revolucionarios, el subcomandante de San Juancito se alzó con ellos, siguiéndole veinte soldados que partieron con sus rifles y equipos. Un grupo de cien *güirises* se les incorporó también. Los *güirises* tenían fama de bravos y pendencieros; eran gente hecha a las fatigas de un rudo vivir; gente aventurera llegada de diversos rincones del país, acostumbrada a los peligros y a los tumultos de los domingos rojos, cuando el guaro se ha bebido en demasía.

Tres días después, el grupo en que iban Marco Tulio y Carlos, con sus amigos, llegó a la frontera, incorporándose a la revolución.

El campamento

En una extensa planada, especie de azotea en las montañas, a tres mil pies de altura, protegida contra un repentino ataque por infranqueables hondonadas, se hallaba establecido el cuartel general de la primera columna revolucionaria. Bajo los ocotales que cubrían las serranías aledañas pululaba una muchedumbre bulliciosa y pintoresca. Gente de todas las clases se mezclaba allí, en franca camaradería. Labriegos curtidos por el sol de los trópicos; obreros, estudiantes, peones nómadas que recorren el país sin arraigar en ningún sitio. Una heterogeneidad desconcertante de tipos, figuras y expresiones. La ociosidad los desesperaba a todos; ansiaban batirse, tal vez por la novedad del suceso. Los naipes y la música eran los únicos medios de diversión de que se disponía. Guitarras, acordeones y dulzainas animaban los corrillos y las canciones típicas, entonadas con mucho garbo, removían la belicosidad de los ánimos.

Numerosas aldeanas acudían al campamento revolucionario, llevando víveres. Indias con enormes canastas llenas de legumbres. Las gallinas, los pollos y los huevos eran manjares disputados. Como los soldados de la revolución eran pobres había que ingeniarse para conseguir buena comida con poco dinero. Grupos de hambrientos daban asaltos nocturnos a los solares, los graneros y las cocinas de las aldeas inmediatas o saqueaban las huertas, los cañaverales y los patios de naranjos. Era necesario poseer agudo olfato y astucia de zorro para ganar la delantera a los demás. Los tímidos y los perezosos “se quedaban oliendo el dedo” y no comían a menos que se apiadasen de ellos los más avisados. Los reclutas eran generalmente los chompipes de la fiesta, por su inexperiencia, su desconocimiento del terreno y de la táctica necesaria. La gente más bulliciosa era de las ciudades; había que tomarse mucho trabajo para someterla a disciplina militar, pues así como era gente brava en la pelea, era también díscola y murmuradora. Los *caitudos*, voluntarios de las aldeas, eran más fáciles de manejar, más sumisos y callados. Provocaban con frecuencia las changonetas de los otros por sus grandes macholoas, adornados con la correspondiente divisa, sus pantalones de manta y sus caites, con los que producían al andar un ruido muy característico.

En serio, lo único que verdaderamente hacía sufrir a la muchedumbre revolucionaria eran los bichos parásitos. El amontonamiento, la promiscuidad, la falta de agua, favorecían la asquerosa plaga. Y nadie se libraba del contagio. Ni los mismos jefes. Era horrible. El martirio del cuerpo asaltado por infinidad de parásitos no es para describirse, ni la desesperación que se apoderaba de las víctimas. Lo peor de todo era que no había remedio contra aquel mal, porque además del cuerpo, la ropa se poblaba de bichos y la limpieza venía a ser infructuosa por el rápido contagio. Muchos hasta lloraban de impaciencia,

desgarrándose la epidermis con las uñas. Sin que su buen humor claudicara nunca, “el Señor Benjamín”, que durante las primeras horas de la mañana se dedicaba con santa paciencia a higienizar su cuerpo, decía a sus amigos:

—He dispuesto intensificar la campaña sanitaria en mi respetable persona. De lo contrario no regresaré a Tegucigalpa. Si las balas no me tocan, acabarán conmigo los piojos.

Con él, Marco Tulio, Guillermo y otros más, se constituyó en el seno de la columna que mandaba el general Cálix un grupo intelectual. Jóvenes todos, sintiendo arder en la cabeza la lumbre de las ideas y optimista el corazón, en medio de aquella muchedumbre de hombres sencillos o groseros; en las magníficas serranías propicias a la libertad, sus alas crecían lanzándose en vuelo estupendo a raptar los horizontes azules. El gran suceso de la guerra tenía en sus espíritus una significación más trascendental, contemplándolo desde un punto de vista superior a aquel en que la generalidad se coloca, preocupada sólo con las perspectivas del momento. Ellos lo consideraban como un hecho sociológico de proyecciones magnas en el futuro. El suceso bélico en que les tocaba figurar como actores anónimos, les traía a la memoria los de igual naturaleza que se han verificado en Honduras, desde la emancipación. Fuera de los hombres, a quienes el comentario banal lo atribuye todo en la gestación y el dinamismo de los sucesos históricos, dentro del marco patrio, muchos factores más decisivos y trascendentales, aunque sí difíciles de revelarse al comentador superficial, habían intervenido. Y es en el estudio de tales factores donde se puede encontrar la interpretación verdadera de nuestro destino, la fisonomía de nuestro pasado y la clave del porvenir.

Una tarde, bajando Marco Tulio y sus amigos del escarpado macizo que ocupaba el campamento revolucionario, llegaron hasta un villorrio, distante tres leguas de su lugar de partida. Hicieron alto frente a la puerta de una casa, con el objeto de comprar tortillas y dulce. Grande fue su sorpresa al ver salir del fondo de la habitación nada menos que a Alonso Blanco, el «Pensador» convertirlo en un revolucionario, con botas y rifle. Benjamín gritó estupefacto:

—¡Pero… hombre! ¿qué has venido a hacer tú aquí?

—Pues señor, a caminar a sufrir hambre, a batirme como vosotros.

—¿Y sabes tú lo que es eso? Tú tan delicado, tú tan frágil… tan bueno. ¡Me desconciertas!

—Ya lo ves… aquí estoy.

—Pues ahora que te hemos encontrado, vendrás con nosotros.

—Sí, nos iremos juntos. Avisaré a mi hermano para que nos siga con su gente. ¡Aquí está!

Luis Carlos Blanco, el mayorazgo, era un soberbio tipo varonil. Alto, musculoso, fuerte. Puede decirse que encarnaba en él ese muchacho capitalino, mitad *lana* de los barrios, mitad chico bien. Alonso decía que estaba hecho de pura fibra. Daba la impresión del macho completo y avasallante. Había un brillo raro en sus negrísimos ojos y sus dientes aparecían con frecuencia, revelándose en la sonrisa, un poco burlona, con qué subrayaba sus palabras. Luis Carlos Blanco estudió hasta graduarse de bachiller, pero siendo demasiado fogoso para sujetar su voluntad a la disciplina de las aulas, dedicóse enseguida a las faenas agrícolas en una propiedad que poseía su familia en las inmediaciones de Tegucigalpa. Jinete insuperable, tirador excelente, con abundante mundo en sus treinta años, expansivo, audaz y conocedor de las peripecias revolucionarias, él era quien mandaba aquel grupo de hombres, en número de cincuenta, que burlando la vigilancia de las tropas gobernistas había podido llegar hasta la frontera.

Emprendieron, casi de noche, el regreso al campamento cuyos numerosos vivaques centelleaban lejos. Naranjales frondosos a ambos lados de la vía. «En este pueblo huelen las brisas a azahar», se oyó decir.

Caminando muy cerca unos de otros, la plática versaba alrededor del ingreso del “Pensador”. Marco Tulio, que iba del brazo con el joven, decía a éste.

—Nunca pensé que tú vendrías también. Esto no se ha hecho para ti. Está muy lejos de tu vida.

—¿Y por qué no? Ya verás como aprendo a sufrir, a ayunar, a batirme.

—Pero… ¿por qué has venido? ¿No odias tú la guerra? ¿No la condenabas siempre en nuestras reuniones? ¿Acaso cambiaste ya de opinión?

—No--- sigo pensando lo mismo y creyendo lo mismo respecto de toda clase de matanzas. No es posible admirar las guerras después de haberse empapado, tú sabes bien, primero en Tolstoy y después en Barbusse… ¿no es así? Pero yo… que no sé lo que es una revolución, debía de venir. Así me lo gritaba mi corazón. Era preciso que viniera a ver sufrir a un pueblo iluminado o fanático. Y a sufrir con él. Por eso estoy aquí. ¿No crees que hubiera sido cobardía quedarme tranquilamente en casa, esperando el resultado de los

acontecimientos, mientras vosotros con quienes he vivido tanto, con quienes he pensado, con quienes he soñado, os batías en estos campos?

—Pero tendrás que pelear.

—Haré lo posible por causar menos muertes.

—Tú vas a sufrir mucho, amigo.

—¿Y qué más da? ¿Acaso no estáis sufriendo vosotros? ¿No se forjan en el peligro y el tormento los héroes y los mártires?

—Este es un heroísmo muy pequeño y un martirio anónimo, hermano.

—No hay heroísmos pequeños, hombre. Tú, que quizás vas a morir, batiéndote en estas serranías para que Honduras viva mañana conforme a los preceptos de la ley y la justicia. Pues tú serás un héroe, Marco.

—Así dicen. Pero ¿cuántos se baten por eso? ¿Cuántos han venido aquí pensando sólo en las venganzas que van a saciar, en los tesoros nacionales que vendrán a sus manos, en los negocios de pérdidas que pueden redondearse con un régimen amigo? Y cuantos han venido sin pensar en lo uno ni en lo otro. Sin pensar en nada, gleba triste empujada por el hambre o por el miedo.

—Eso es verdad. El barro de que estamos fabricados los hombres así lo quiere. Tú vienes a batirte porque eres joven, porque sueñas, porque estás enamorado de tu tierra, porque tienes la convicción de que en ella están imperando la arbitrariedad y la injusticia; porque vislumbras y deseas para tu patria un mañana glorioso y ese mañana no podrá ser mientras hayan violencia y dolor colectivo; mientras haya eso y muchas cosas más, que son la barbarie. Tu gesto es noble porque te expones con la conciencia clara del deber y lo haces en aras a tus convicciones, sin miras egoístas. ¡Ojalá todos vinieran aquí como vienes tú! Nuestras guerras civiles entonces podrían llamarse guerras santas. Pero la miseria de la condición humana, la codicia, el rencor, los apetitos vulgares empañaron en mucho su grandeza; empequeñecieron su mérito. Por eso yo he odiado y condenado nuestras revoluciones. Sin embargo, es justo salvar en ellas las virtudes magníficas que en multitud de ocasiones derrochó el hondureño, en medio de la saturnalia dolorosa.

Semejante a un presagio siniestro la luna emergía como hostia roja, tras la indecisa barrera del horizonte. Los jóvenes marchaban cantando; antes sus ojos mariposeaban las imágenes de la vida estudiantil en la capital: novias sentimentales, mujeres alegres, música, versos, bohemia ruidosa. Entre copla y copla exclamaba Benjamín:

— Ya veremos como se las arregla nuestro “Pensador” en este berenjenal. Apuesto una docena de cervezas, en la primera plaza que tomemos por asalto, que los piojos lo van a correr en cuarenta y ocho horas.

—Me pagarás las cervezas en Tegucigalpa —Benjamín— si regresamos vivos contestaba Alonso Blanco.

—En Managua están los *gorgueras*, con dinero y todo. Cuando triunfemos ellos serán los primeros en acudir al reparto. Yo sé de algunos que se han negado a vaciarse los bolsillos para sostener las fuerzas. ¡Los verán enseguida, entablando reclamaciones por pérdidas y pidiendo consulados o aduanas! ¡qué malditos...!

—Es verdad eso, Benjamín. Otra de las injusticias de la guerra. Nunca somos todos los que estamos, ni estamos todos los que somos.

— ¡¡Qué diantre!! Nosotros sí somos. Somos de todo… hasta parar en carne de cañón. Ellos no son más que sinvergüenzas y logreros… ¡los hijos de setenta mil…!

Un golpe de mano

En el campamento de este lado de la guardaraya, que ocupaba la meseta llamada Plan Grande sólo estaba representada una parte de la hueste revolucionaria. Como aún parecía hipotético el apoyo del gobierno nicaragüense y se carecía de armas suficientes para comenzar las operaciones, el grueso de la gente permanecía inactivo en los hogares fronterizos, al otro lado de la línea. Allá, en el Ocotal, estaban también los jefes principales gestionando la adquisición de elementos. Sólo las columnas que llegaron en los últimos días de concentración se habían quedado al lado nuestro, estableciendo en Plan Grande, el primer cuartel general de la revolución. Eran unos quinientos hombres, de los cuales apenas trescientos llevaban rifles, con escasa dotación: diez o quince cartuchos en cada salveque. El resto tenía revólveres y machetes.

Los informes de los espías, falsos o inexactos, hicieron cometer una imprudencia terrible al general Cálix, el jefe de mayor responsabilidad que se encontraba en la atalaya de la revolución. Sin esperar órdenes superiores y creyendo de buena fe que iba a traer magnífico botín: los informes se referían a un tren de guerra abandonado por tropas del gobierno, Cálix bajó con gran parte de su gente a las llanuras de Sabanalarga entrando en la aldea del mismo nombre. A las cuatro de la tarde, el retén colocado hacia occidente del caserío dio la alarma con varias descargas. Apenas tuvieron tiempo de tomar posiciones los revolucionarios. De manera inesperada caía sobre ellos, en número tres veces mayor y perfectamente armada, la fuerza del gobierno. Las ametralladoras barrían la línea revolucionaria, causando en ella notables pérdidas y a los pocos minutos de entablado el combate empezaron a caer granadas de cañón. El general Cálix dispuso ofrecer resistencia, pero la tropa se desmoralizaba por la falta de parque y por la superioridad abrumadora del enemigo.

Marco Tulio y Benjamín, refugiados en una casa de las orilla de la aldea, hacían fuego sobre los atacantes que se veían correr bajo los ocotes, tratando de llegar. Una ametralladora, emplazada en un montículo dominante, estaba causando horrible desangramiento en la gente de la revolución. Protegidos por algunos peñascos, los artilleros encañonaban a los revolucionarios y al sordo tac tac de la máquina contestaban lastimeros ayes. Allí contemplaron Marco Tulio y Benjamín uno de los episodios homéricos que ilustran nuestras guerras civiles. Varios revolucionarios de la primera línea, saliéndose de las trincheras, se arrastraban por la grama, hacia la eminencia donde la ametralladora seguía lanzando la muerte por su boca implacable. Presos de una violenta tensión nerviosa los dos jóvenes los veían avanzar; ya estaban a veinticinco pasos, al pie del montículo. Un grito se escapó del pecho de los que presenciaban tal escena: los artilleros habían descubierto a los asaltantes y se disponían a barrerlos con

una ráfaga. Un joven delgado y pálido, que llevaba un revólver en la mano, se lanzó, a la carrera, hacia arriba, enardeciendo a los demás con gritos estentóreos. La máquina tableteó con rabia; cayeron muchos, doblándose para adelante; el joven ultimó de un balazo al artillero que manejaba la ametralladora y en un momento de vacilación de los demás, el grupo llegó junto a la pieza. Siguióse una rápida y terrible lucha cuerpo a cuerpo; los artilleros —jóvenes todos— quedaron ultimados a machete y la pieza fue avanzada. Junto a ella había caído el joven pálido y delgado que dirigió la carga.

Un grupo de indios opatoros capturó en la misma forma una ametralladora de pecho. Desgraciadamente, estos golpes épicos no podían cambiar el resultado final del encuentro. A las siete de la noche, batidos en toda la línea, los revolucionarios abandonaron el campo y a la mañana siguiente pasaban la guardarraya. Contemplándolos al desfilar, el alma se llenaba de tristeza, sangrantes, agobiados, cabizbajos, con la desilusión pintada en el rostro. En hombros, acostados en rústicos tapescos, llegaban los camaradas caídos en la refriega. El valiente muchacho protagonista de la hazaña relatada, venía herido de gravedad. Murió tres días más tarde, en el Ocotal.

El avance

"LOS CUATRO HAN MARCHADO AL SOL, LA LLUVIA Y EL VIENTO; POR ENTRE EL FANGO DE LOS CAMINOS, SOBRE HIELO Y NIEVE, POR PAISAJES FLORIDOS, POR PARAJES MUERTOS, POR EL DÍA, POR LA NOCHE, TRAS VICTORIAS Y HORRIBLES PÉRDIDAS…"
(CUATRO DE INFANTERÍA)

Dos meses han transcurrido y ya está casi borrada la impresión dolorosa que produjo en el ánimo de los revolucionarios el primer desastre sufrido. Hay noticias magníficas; el regocijo que se nota en los semblantes, curtidos por el sol y el viento, indica que la causa progresa rumbo a la victoria final. En efecto, así era: las gestiones activas y constantes de los agentes revolucionarios en el interior de la vecina república de Nicaragua, estaban dando resultado ya. Secretamente, disimulado en numerosas carretas de heno, pasó por el Ocotal un armamento destinado a la revolución. Reunido con los demás elementos se pudo equipar un ejército considerable: más de mil hombres. Entonces la muchedumbre que ardía en deseos de batirse pasó nuevamente la guardarraya, entrando por Las Manos al territorio hondureño, donde fue organizada como era debido.

Don Salvador, a quien se había confiado el mando en jefe de las tropas, estableció por el momento su cuartel general en Plan Grande, donde se tomaron medidas oportunas para asegurar el éxito de la campaña. Una semana después, el ejército revolucionario se puso en marcha, hacia el interior.

El gobierno había movilizado fuertes contingentes para el oriente. Más de tres mil hombres se encontraban diseminados en lugares estratégicos de los departamentos de El Paraíso y Choluteca. El Ministro de la Guerra, general Juan García, partió al frente de operaciones, llegando hasta la ciudad de Yuscarán.. Sucesos de trascendental importancia se acercaban.

La vanguardia revolucionaria marchaba sobre los caminos polvorientos que atraviesan las llanuras, a pie, como una tribu errante, en grupos más o menos numerosos. El fusil terciado en la espalda, el salveque y los que la tenían, la cantimplora. Los *macholoas*, que protegen muy bien del sol por sus alas anchas, se habían impuesto: casi todos los llevaban, adornados con la divisa. Los indios: texíguats, opatoros, guajiquiros y curarenes se diferenciaban, por su aspecto hermético y desconfiado, de los demás. La gente del campo se hacía notar por sus trajes de manta y por los enormes corvos que llegaban desde la cintura hasta el suelo. La gente de las ciudades era la más pintoresca, la más bulliciosa, la que distribuía el buen humor llenando la atmósfera caliente del mediodía con sus carcajadas y sus chistes. No ofrecía un aspecto uniforme, por su cómica

multiplicidad de tipos: veíanse blusas grises y zapatos rotos; el polvo de los caminos recorridos y el barro de los zanjones donde los hombres durmieron muchas veces, formaban en la piel una costra gruesa. De tarde en tarde, frases de una ironía burda, que trascendían a corrillo de barrio, volaban como abejorros en la claridad solar.

—¡Miren allá sobre aquella loma…! ¡la gran polvareda…! ¡esos son los *caitudos*!

Un caminante que fuese en dirección opuesta, a lo largo de las veredas que ocupaban los revolucionarios, habría amenizado sus ratos con una variedad constante de escenas criollas. Bajo los frondosos guanacastes que de trecho en trecho resaltaban con sus follajes verdes y abundantes en la vegetación gris de la llanura, se detenían a descansar, acostados sobre la áspera maleza o sentándose en las fuertes raigambres; adelante venían otros cubriendo el sendero tortuoso, que pasa bajo los pinares, en el lomo de los cerros; junto a las quebradas les hacían alto para llenar las cantimploras y para refrescarse un poco. Muchos venían montados. A todos se les notaba el cansancio, la depresión producida por el calor; en las caras retostadas, en los trajes sucios, en los ojos febriles conocíase que llevaban muchos días de fatiga.

A los bisoños, mozos de dieciocho a veinticuatro años, que por vez primera en su vida se metían en tal aventura, ya se habían endurecido los músculos. Al iniciarse el éxodo, cuando salieron de la capital, en la sombra que los cubría de la mirada vigilante de los retenes, los más de ellos sufrieron horriblemente, en los días consecutivos. Caminaban… caminaban leguas enteras sobre una tierra reseca, que ardía bajo sus plantas en la canícula de marzo; las zapatos quedaron despedazados y tuvieron que hollar los caminos erizados de guijarros y de espinas con el pie casi desnudo, que luego se llenó de cortaduras y llagas; fueron acosados por el hambre, pues tenían que rehuir las aldeas por miedo a las patrullas volantes; durmieron en los graneros, en las hondonadas, en las cunetas, en las madrigueras de las alimañas. Ahora sus cuerpos estaban curtidos y los músculos eran duros y firmes y la piel terrosa, como las piedras del cerro.

Con mayo, el mes de las flores y de los pájaros, vinieron también las brisas. Llovía con frecuencia, mas sólo eran garúas ligeras que limpiaban de polvo los follajes, suavizando el vaho de tierra soleada. En los túmulos de los muertos, a los lados del camino, crecía la hiedra enredándose en las cruces y subiendo por ellas hasta los árboles vecinos. En los rastrojos arrullaban las turcas y con la delicia de la primavera corría por las arterias una nueva savia de vida,

Numerosas aldeas encontraban a su paso, comprando en ellas alimentos a bajos precios; naranjas doradas y jugosas calmaban su sed; en los patios había jocotes y piñuelas; las mujeres que simpatizaban con la causa regalábanles tortillas recién salidas del comal y dulce en rapadura, inapreciable manjar para el soldado hondureño.

El quince de mayo una patrulla montada, avanzadilla revolucionaria, descubrió sobre las lomas de Las Mesas las tiendas de campaña del ejército gobiernista, mandado personalmente por Juan García. Las columnas de la vanguardia fueron derribando poco a poco y a tres kilómetros del enemigo hicieron alto, acampando en una colinas, en medio de pinares. El grueso del ejército, con la artillería y el tren de guerra, venían caminando más atrás. Al anochecer, se vio llegar al general Andino, con su estado mayor. Inmediatamente llamó a los jefes de columnas para trazar el plan de ataque que debería llevar a la revolución al triunfo o a la derrota. De los diferentes sectores fueron arribando aquellos hombres, en su mayoría rudos y sencillos; temerarios hasta la exageración, a veces; sanguinarios e implacables algunos; magnánimos otros. Casi todos eran hombres fogueados en cien ocasiones, en los innumerables combates de las zambras periódicas. Registrando sus biografías, tarea soberbia para un magnífico cincelador de vigorosos torsos criollos, se encontrarían en ellas páginas interesantes, repletas de pasiones violentas, de colorido fuerte, de emoción y de vida. Había con frecuencia demasiada negrura en torno a ellos. Pertenecían, en mayoría, al núcleo sombrío de los machetones, analfabetas, voluntariosos, despóticos; pero, en el ambiente nacional: ¡qué de vigorosos contornos, qué de perfiles enérgicos, qué de gestos rotundos! Tomad ese bronce de nuestros caciques típicos, de nuestros héroes de montoneras, arrojadlo en una fundición y ponedlo en manos de un cincelador de estatuas que con él podría tornear centauros; extrañas figuras con perfiles mezclados de sansculottes y de chuanes; condotieries y bravos que pelean por un señor; y en todos, qué de líneas precisas, qué dureza de caracteres, como tallados en el granito de la roca americana.

—Yo que odio la guerra —decía el “Pensador”— yo que detesto a los montoneros y que les niego el derecho de regir los destinos de mi patria, no puedo negar que admiro, secretamente y hasta cierto punto, a esos hombres. Los admiro porque no son farsantes, porque se baten bien, porque tienen individualidad, porque no les importa quedar fríos, en medio del monte. Yo detesto tanto a los emboscados como a los perversos; a los que rehuyen el peligro, abroquelados en su egoísmo calculador; a los que nada exponen, ni dan y mucho acaparan. Por eso me gusta la jactancia con que estos hombres buscan la muerte; la impavidez con que la ven acercarse; el desprecio con que la tratan. Así eran los llaneros de Paez, los jinetes de San Martín y Necochea, los gauchos de Artigas, los soldados de Máximo Gómez y de Calixto García. Y con sus hazañas ilustraron de cromos estupendos las páginas de nuestra historia. Su rudeza, sus violencias, su denuedo, su heroísmo sin afectación, les dan personalidad definida. Sombría quizás, pero vigorosa y propia. ¡Cuantas veces se ha oído, en las trincheras que

señalan en los cerros de Honduras el escenario de sangrientos episodios, la frase épica de Palafox, la interjección rabiosa de Cambronne, el ofrecimiento de Larochejaquelin… “si voy adelante, seguidme; si retrocedo, matadme; si me matan, vengadme!” Ese tumulto de nuestras revoluciones, más animado y potente que el tumulto literario de Georges D’Esparbes, reclama una pluma magistral, un cincel imponderable para petrificarse, semejante a un grupo escultórico de líneas formidables, sobre los vaivenes del recuerdo.

Chon Treinta, soldado viejísimo y arrugado, uno de los pocos veteranos que restan de aquellos que rompieron con Vásquez el cerco de Tegucigalpa, en el noventa y cuatro, aplaudía los discursos de Alonso Blanco, exclamando con voz gangosa:

—Eso es hablar en pasta. ¡Chóquela, niño!—

Chon Treinta, en quien parecía haber reencarnado uno de los aquellos reitres gloriosos, plagados de cicatrices, secos, tostados, morenos y jaraneros, que a las órdenes del sombrío Duque de Alba conquistaron Flandes, la tierra de landas brumosas, encarinándose profundamente con el grupo de muchachos intelectuales que compartían con él las amarguras de la campaña, se había convertido en asistente de ellos: leal, constante, inseparable. En los repliegues de su apergaminado corazón de montonero florecía un afecto ingenuo hacia los que él llamaba los “niños”. Solía exclamar:

—¡Pobrecitos! son tan delicados que parecen muchachas. Yo les voy a ayudar ¡qué caramba!... yo los voy a sacar de apuros!!—

Los muchachos gustaban de hacer hablar al veterano. Cuando soltaba la sin hueso era imposible callarlo y si se amostazaba un poco con las bromas, decía:

—Ya verán… ya verán ustedes, pedacitos de hombre, quien es Chon Treinta. Si los tumban de un balazo, yo los voy a sacar de la línea. Soy todo un hombre y ustedes unas mierditas.—

Él había visto tantas guerras. Su bautismo de fuego lo reci-bió en la sonada de Sánchez y enseguida, con Vásquez, del noventa y dos al noventa y cuatro ¡aquel don Domingo sí que era bravo y verdadero militar… a él no le dijeran cuentos! Peleó en Las Anonas donde los liberales recibieron una paliza; peleó en Tatumbla, en el Picacho, en las barricadas de Tegucigalpa y fue de los que arrojando plomo salieron con el jefe. Pasaron los años: el novecientos tres se batió

nuevamente en El Aceituno, en Coray, en las inmediaciones de la capital, sobre el Estiquirín. Venían algunos períodos de calma, muy cortos por lo regular, cuando no andaba peleando estaba de alta, sin dejar un momento de ser soldado. En mil novecientos siete peleó contra los liberales en Calabaceras y Lizapa. Tenía en la piel cicatrices que le dejaron balas de todas estas guerras; más de alguna quedóse adentro y se palpaba fácilmente; agujeros de plomos y machetazos. Su orgullo era mostrar los tremendos costurones, a semejanza de los espadachines de la vieja Alemania.

Había militado con jefes famosos por su valor, su audacia o su saña; conoció a Manuel Bonilla, a Terencio Sierra, a José Antonio Lara, a Marcelo Rivera, a Valladares, a “Chiquirín”. Era famoso en la capital por los escándalos que armaba, vivando estentóreamente en las calles, cuando se le subían a la cabeza los *guacales* de chicha caliente.

Si se exaltaba demasiado hablando de los asaltos a machete en que tomó parte, sus amigos arrojaban un chorro de agua fría a su belicosidad, diciéndole:

—Entonces no habían ametralladoras… ¿verdad Treinta?—

—Eso no lo sé yo. Lo que sí aseguro es que habían coyoles… ¡y rayados!—

La vela de las armas

Mientras los jefes se hallaban deliberando, velaban los revolucionarios con los fusiles entre las piernas. Bajo los ocotales de la serranía, en los flancos de los cerros y en las mesetas podía vérseles ocupando un amplio sector, distribuidos en grupos. Indiferentes a todo brillaban arriba las constelaciones y brillaban también, enfrente, los vivaques del enemigo.

Marco Tulio y sus compañeros no habían querido separarse ni un momento en aquella noche memorable. Entregados a su charla no sentían pasar las horas. De pronto, en las laderas de la posición que ocupaban los gobiernistas brilló una chispa y rápidamente toda una cortina de fuego: el enemigo quemaba las malezas que cubrían las lomas para que no pudieran ocultarse en ellas los revolucionarios, al avanzar.

En la obscura noche las llamas iluminaban los bosques con resplandores lívidos y el cielo se ponía rojo. Una visión dantesca cruzó frente a los ojos de los espectadores; no sólo el cerro de enfrente ardía. Todo el país era presa del fuego y de aquel infierno, aullante, rabiosa, lanzándose a galopar sobre los riscos y llanuras donde pisoteaba cadáveres esparcidos por todas partes, salía la Bestia, la Bestia horrenda, apocalíptica, que trastorna a los hombres; que destruye las ciudades y arrasa las campiñas con su aliento fatal. Era la Barbarie… la Bestia.

—Y es que la barbarie— decía uno de los jóvenes soldados intelectuales— no es sólo esto que estamos viviendo. No es sólo la destrucción, la muerte, el pillaje, los asaltos, los fusilamientos, las tumbas. No. No sólo eso es la barbarie. Es también la corrupción social; el analfabetismo, la empleomanía, la abyección como escuela, el bluff, la pereza de la gleba irredenta, la cobardía moral de los núcleos pensantes. Eso también es barbarie. Eso también es nuestra barbarie. No sólo es preciso para que ella desaparezca, sujetar a los machetones y eliminarlos de la dirección de los negocios patrios —a la que pueden aspirar cuando se hayan cultivado con las disciplinas científicas y la preparación técnica— no sólo es necesario para terminar con la barbarie que no hayan saqueos, ni montoneras, sino tampoco injusticias, ni servilismo, ni hipocresía. Los parásitos son tan nocivos como los machetones. Ambos fundan escuelas funestas: éstos de violencia y rencor; aquellos de venialidad e intriga. Para que la bestia horrenda no se lance a retozar en nuestras campiñas, es preciso acabar con ellos y con lo demás—

—Siento oprimírseme el corazón cuando pienso que esos —lo de allí enfrente— son también hondureños— exclamaba Alonso Blanco.

—Desgraciadamente, así es, hermano— replicábale Benjamín. Tú, ellos, los que vienen detrás de nosotros; los que están a la retaguardia de ellos; los que se baten en el norte, en el sur y en occidente, todos somos brotes de la misma tierra. Todos somos hijos de una sola madre. ¡Y vamos a batirnos! Mañana, quizás, nosotros subiremos por esas faldas, la mirada chispeante de odio, los dientes rechinando de ira, la mano pronta a disparar, la bayoneta lista para hundirse en las vísceras. Y ellos, allá arriba, nos esperarán a pie firme, procurarán barrernos con sus ametralladoras, romper nuestras líneas con las granadas. Pasado mañana, los zopilotes caerán, voraces, sobre los muertos y con el tiempo, después de blanquear en un solo montón, nuestros huesos abonarán esta tierra que es de todos —de ellos y de nosotros. Sobre aquellos cerros flamean banderas de un color; sobre nuestras trincheras flamean estandartes de colores distintos. Nuestras madres y las de ellos ¡las pobrecitas! llorarán más tarde encima de las tumbas y sus lágrimas se confundirán, porque las lágrimas de las madres no tienen color o todas tienen el mismo: el del martirio.—

—Sí, llorarán nuestras madres y llorarán nuestras hermanas y nuestras novias. Llorarán porque nosotros vinimos a morir anónimamente; vinimos a morir por los odios que hirvieron también en las venas de ellas y ¡Dios me perdone! ellas, sin procurar suavizarlos, un poco, atizaron la hoguera y la demencia de todos se resolvió en hecatombe.—

—Piensa— Marco Tulio —que mañana vas a disparar tu rifle sobre un individuo que tú conoces, que lo has visto rodeado de chiquillos, abrazando a una mujer; que vas a disparar quizás contra un amigo; un condiscípulo de la infancia; uno a quien en tiempos idos quisiste como hermano; o contra el padre de tu novia y que con eso vas a destrozar su corazón y a perderla para siempre.—

—Así es, «maldita la guerra que mata el amor». Así es, y sin embargo, lo hemos de hacer. Es horrible la guerra, mas es preciso terminar de una vez. Nosotros, como los soldados de Barbusse, vamos a batirnos para que no haya más guerras —para matar a la guerra— porque soñamos que con el triunfo de nuestra causa se inaugurará el reinado de la legalidad y del progreso y «esto matará aquello”. Esto eliminará la barbarie. Pienso que si nosotros nos batimos por eso, nuestra resolución es justa y la guerra santa. Las generaciones de mañana nos harán justicia, si nosotros —al vencer— no defraudamos, no traicionamos nuestro ideal, dejando intacta a la hidra. Pienso que así, el dolor, el sacrificio, son necesarios y si la sangre que se va a derramar aquí ha de servir para ahogar en ella a la barbarie… ¡que corra en buena hora!

—Si. Nosotros no nos vamos a batir para que con el triunfo nos den honores o empleos. Nosotros no pensamos en las gangas, ni en las venganzas.

Nosotros soñamos y queremos una patria libre de machetones y de parásitos; libre de esbirros y de farsantes… ¡ojalá todos los que están aquí, todos los que mañana van a batirse pensaran en lo mismo! Pero muchos se solazan con el pillaje futuro, con el rencor saciado, con el oro del botín. Eso es lo que ha deshonrado a nuestras revoluciones que se hicieron en nombre de la libertad. Eso es lo que cubrió de oprobio a las generaciones pasadas y lo que quizás fatalmente, si nuestra obra no se cumple, cubrirá también a las actuales. ¡Dios quiera que no sea así!

En el norte, en el sur, en occidente, centenares de hondureños se batían presintiendo lo mismo allá en las nebulosidades de la conciencia. Era un pensamiento que los ingenuos, los toscos, no acertaban a darle forma, pero que cristalizaba en las mentes diáfanas, por jóvenes y puras. Bajo las constelaciones, indiferentes y lejanas, volvieron a resonar las palabras magnas.

—¡Queremos morir matando a la barbarie!—

El fuego

A las cuatro de la mañana, una vibrante diana puso en movimiento a los revolucionarios. La orden de partir hacia el ataque, hacia el fuego, hacia la muerte o la victoria, había sonado. Envuelto en su capote gris, montado en un brioso caballo negro, don Salvador recorría las colinas, dando instrucciones. Pocos momentos después de sonar el cornetín las diversas columnas de ataque estaban listas.

—¡Vamos… muchachos! ¡Adelante!—

Simultáneamente se movió, avanzando, toda la línea revolucionaria. Las espesas neblinas los protegían y al clarear el alba estaban pasando la quebrada que corría al pie de las lomas, por diferentes puntos. En esa operación fueron descubiertos por el enemigo. Las Mesas eran una sucesión de varias colinas, bastante elevadas la del centro; el declive no era muy pronunciado y estaba cubierto de malezas y peñascos. Las llamas habían limpiado en muchos metros la cuesta, favoreciendo la defensa. Arriba, extensas mesetas donde podía hacerse fuerte, erizando de trincheras las cornisas, un ejército numeroso. La vegetación no era muy abundante y llegaba a poca altura. Sólo se veían grupos reducidos de ocotes y robles alterando la uniformidad gris de la planicie.

Los fuegos se rompieron inmediatamente, al ser vistos los asaltantes. Los cañones del gobierno batían desde arriba los flancos de las diferentes colinas por donde subían los revolucionarios; sobre las cabezas de éstos pasaban las granadas y nubecillas de polvo indicaban el lugar donde caían. Una bala de cañón destrozó una casa que momentos antes había ocupado el general Andino, matando a dos de sus ayudantes; los muertos de la revolución iban cubriendo las subidas y los heridos se arrastraban buscando donde librarse de las balas.

Pronto se generalizó el combate en todos los sectores. De árbol en árbol, de piedra en piedra avanzaban los atacantes. Las ametralladoras, que no cesaban de tabletear un momento, enviaban verdaderas ráfagas de acero. Dominando el tumulto formidable de las descargas estallaba la gritería de los combatientes. Unos y otros se batían dirigiéndose tremendas injurias, enardeciéndose con voces, canciones y silbidos. Después de unas horas de ruda pelea las dos colinas laterales cayeron en poder de los revolucionarios; en las trincheras que coronaban las alturas se desarrollaron espantosas escenas de luchas cuerpo a cuerpo. Dueños de tales posiciones, los revolucionarios lograron coger bajo el fuego de sus ametralladoras las trincheras enemigas y enviaron a ellas aguaceros de proyectiles. Las banderas legitimistas flamearon en las colinas laterales, sobre los

reductos de piedra. Los artilleros gobiernistas se empeñaron en derribar los gonfalones que ondeaban al viento, anunciando victoria y uno de ellos fue abatido por el violento bombardeo. Sobre el filo del cerro, bajo la lluvia de granadas, como una visión fantástica, apareció un jinete clavando nuevamente la grímpola encima del reducto. Echados sobre la grama, en los abrigos de las trincheras, los revolucionarios celebraron con estruendosos hurras aquella hazaña.

Mientras las ametralladoras contitucionalistas barrían la meseta ocupada por el enemigo, las columnas de asalto se lanzaban por las faldas, impetuosamente. Dominando el rugido del cañón, el tac tac furioso de las máquinas y las descargas de fusilería, se oían gritos y órdenes vibrantes.

—¡Adentro… muchachos!—

Por diferentes vías hicieron irrupción en la extensa meseta los asaltantes: voluntarios de la sierra, indios opatoros, guajiquiros y texíguats fueron los primeros en llegar. Reducidas a sus últimos baluartes las tropas del gobierno prepararon una resistencia tenaz. Formando un semicírculo al borde de la meseta; por los bosquecillos de robles y ocotes, se extendía la línea revolucionaria. Después de unos minutos de vacilación, se inició la carga; muchachos impetuosos se lanzaron corriendo por las sabanas, a campo raso, exponiendo el pecho a las ráfagas de balas que enviaba el enemigo. Las ametralladoras contuvieron a los atacantes; su granizada mortífera rompió la línea de estos últimos, la desmenuzó, obligándolos a retroceder. Simultáneamente los gobiernistas iniciaron un violento contraataque; enardecidos por los gritos feroces de los oficiales y las *cuartas* de guaro, se arrojaron fuera de las trincheras; no resistieron la embestida los revolucionarios y muchos volvieron grupas, corriendo por las pendientes del cerro. Los más serenos se impusieron allí, deteniendo a los fugitivos, revólver en mano o a golpes de machete. Se vio a los jefes de columnas agarrar a los que huían, acobardados, y hacerlos volver a la línea a cintarazos, gritando:

¡¡Atrás… aquí nos haremos matar todos!!

El pánico sólo duró unos minutos y la línea revolucionaria pudo restablecerse sin perder mucho terreno. Peleábase de ocote a ocote, de peñasco a peñasco. A la caída de la tarde la resistencia flaqueó. Todo el cerro estaba sembrado de cadáveres y como las tropas del gobierno encontrábanse ya casi agotadas, se efectuó la última y victoriosa carga de los asaltantes.

La sangrienta jornada de este día fue memorable. A todos los grandes capitanes les llega su hora: el Waterloo de aquel rayo de la guerra; de Juan

García, a quien sus apologistas llamaban “la primera espada de la república”, fue aquella colina de Las Mesas, enhiesta y bravía. Al héroe de Santa Lucía le habló el espectro en el crepúsculo rojo de este día fatal. Junto a unas matas de piñón, que bañó con su sangre, fue encontrado el cadáver, caliente aún, del general Juan García. Amontonados cerca del jefe, sobre las trincheras, al pié de los árboles, muchos cuerpos de oficiales y soldados.

Temprano del siguiente día los revolucionarios recorrían la extensa sabana en busca de los heridos. Había muertos en todas partes; las vísceras de algunos salieron afuera por los enormes boquetes abiertos con las balas del calibre once o por los machetazos tremendos; bandadas de zopilotes voraces, seguros de un gran festín, revoloteaban, graznando, sobre el campo.

Los revolucionarios amontonaban a los muertos, rociándolos de gas en las aberturas hechas en los pulgares, para que ardieran más fácilmente. Besados por las lenguas crepitantes, los macabros despojos ofrecían un pavoroso espectáculo; algunos cadáveres se enderezaban; horribles rechinamientos y un olor sofocante salían de las gigantescas piras.

De noche, llamaradas siniestras iluminaban la altura. Los veteranos de la revolución contemplaban el espectáculo como si fuera un juego pirotécnico, celebrándolo con agudas chanzas y frecuentes carcajadas. Las espeluznantes contracciones de aquellos despojos humanos, devorados por las llamas, les proporcionaban un rato de solaz. A los reclutas les producían escalofríos. Muchos acudieron a ver cómo ardía el general derrotado y muerto en sus trincheras. El cadáver del que fuera temible caudillo se irguió por última vez, en medio de las lenguas rojas, para volver a caer instantáneamente. Pronto, aquel montón de humeantes despojos, no fue más que un puñado de cenizas.

Así acabó Juan García...

*
**

—Esta es una muerte simbólica— exclamó Marco Tulio.

—SÍ, una muerte simbólica— dijo el «Pensador» —si con ella se hunde para siempre la casta de los caudillos de estrella, sin genio, sin nobleza; figuras sombrías y ambiguas. No es ningún mal para la república que haya en su seno personalidades de vigoroso relieve a quienes sigan las masas y en quienes confíen. La influencia de un hombre dotado de virtudes cívicas y personales, apto por educación y temperamento para el bien y el progreso, con el respaldo de grandes contingentes de energías, tiene que ser decisiva y beneficiosa al país. Lo grave es que surja Juan García y que ascienda y se imponga. Pero Juan García,

caudillo de la casta de Rafael Carrera y de Pancho Villa, sólo puede se figura en un teatro de barbarie, como el nuestro actual.—

El rostro del «Pensador» tornóse grave; y sus amigos escucharon nuevamente su verbo, iluminado con fulgores de profecía.

—¿Ustedes recuerdan las últimas frases de «La Rebelión de los Ángeles», obra bellísima del maestro Anatole France?... son estas: « Y Satán, dirigiéndose a Nectario, terminó: tú combatías junto a mí antes del nacimiento del mundo. Entonces nos vencieron porque no habíamos logrado comprender que la victoria es Espíritu, y que para destruir a Ialdabaoth ha de luchar cada uno consigo mismo, a solas, dentro de sí»…

Esa es la postrera lección del maestro. Nosotros debemos aprovechar la enseñanza: destruyamos la barbarie que en cada uno reina. Propiciemos el advenimiento de la nueva era social combatiendo los vicios y las lacras que cada uno alimenta en su organismo. Y elevando los corazones, forjemos la Honduras del porvenir….

Conclusión

Pasada la tormenta, los ánimos serenos volvieron a congregarse bajo los aleros hospitalarios de la querida Santa Fe. Allí estaba reunida otra vez la familia, como en los plácidos días lejanos. Después de la ruda prueba, que con sus sacrificios había servido para aquilatar el amor a la heredad, los corazones palpitaban con nuevas esperanzas de dicha, con frescas savias de vida. En el horizonte se disipaban los humos del colosal incendio…

Como en los serenos días de antaño, el verbo de don Antonio del Castillo, Presidente de la República, bordaba en el recio cañamazo de la realidad, las filigranas de su idealismo constructor. Ante los dos hombres, tan diamantinos como fuertes, estaba la Heredad empenachada y bravía; pronta a tornarse grávida y fecunda cuando la voluntad hiciera sus milagros. Honduras sólo es tierra, tierra,… tierra, mas vendrá el brazo incansable a limpiar esa tierra de malezas, a cortar las ortigas, a humedecerle las entrañas, a regar las simientes. El pueblo —gleba triste— dará la nueva raza: dinámica, libre y feliz.

Sobre las altísimas guirnaldas del ocotal caía, lentamente, la noche; y de la tierra gris: llanura y serranía, cantera y talpetate, vega florida, bosque fragante; del agua clara, del pinar sombrío, del alma de los seres, se elevaba hacia los espacios, en la serenidad del crepúsculo, la oración del ángelus…

—¡… Y la paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!..

Tegucigalpa—1931.